



LEO PLÁN

REVISTA POPULAR ARGENTINA

60 años de vida en el país

60

años de vida en el país

En esta novela:

GRAND HOTEL

FAMOSA NOVELA DE VICKI BAUM

LA CASA DEL LIBRO TECNICO

CONSTRUCCIONES

Tratado de Obras Sanitarias Domesticas, por Miguel A. Benitez. Estado razonado de su Reglamentacion, un libro de utilidad para el ingeniero, el dibujante, el proyectista, el estudiante, y obreros especializados. Obras Sanitarias.	...	10
Proyectos de Arquitectura.	...	8
La Vivienda Moderna en el Campo. Consta de 50 chalets economicos.	...	20
La Vivienda Racional Economica.	...	12
Para Aprender a Construir una Casa, por Luis A. Romero.	...	15
Vivienda Economica, por Carlos Nitti.	...	10
Mi Casa, tres tomos: primero y segundo.	...	10
Manual Completa de 50 Viviendas, por el Arq. J. Luis Moya.	...	12
Como debe proyectarse un vivienda, verdadero proceso que debe seguir al proyectar una vivienda.	...	12
Curso Completo de Dibujo Arquitectonico, por el Arq. José Luis Moya.	...	12
Viviendas Rurales Economicas, Ducoul.	...	6
Manual Practico de Topografia, por José Luis Moya.	...	12
Tratado Metodico de Perspectivas, por Esplan Quatremaire.	...	22

MECANICA EN GENERAL

Para Aprender Diesel, por el Ing. F. Sami.	...	6
Motora a Explosión, por L. A. Duppini, dos tomos, cada uno.	...	6
Ajuste al Banco, curso para mecanicos, por L. G. Lelouis.	...	6
El Tornero Mecanico Moderno, por H. Mavel.	...	8
Tecnica del Automovil, por Arnaldo Lucas.	...	8
Manual para la Reparación y Ajuste.	...	6
Motors de Automoviles, por J. F. Pinto.	...	6
Tecnologia Mecanica, por el Prof. G. Gravetti.	...	6
El Torneo Moderno, descripción, manual, aplicación.	...	8
Manual por E. Stern.	...	8
Manual Herramientas y Maquinas de Taller, por C. C. Horowitz.	...	4
Maquinas Aquecedoras, por E. Stern.	...	4
El Torneo, trabajo practico, por Leon.	...	4
Ensayaje, por Cavalieri, trad. del italiano.	...	4
Diseño y Construcción de Matrices, por E. C. Marshall.	...	15
Contribución al Estudio de la Locomotora.	...	12
por Aldo A. Caracci.	...	6
Cepillado, por Stern.	...	21
El Torneo Moderno y sus Aplicaciones, por César E. Ferrero.	...	10
Presadores, principios basicos del funcionamiento y manejo de todos los tipos.	...	8
Torneo Raviter, profusamente ilustrado, por E. Stern.	...	10
El Resaca, medicos y trigonometria, por J. Higuera.	...	3
Guia del Mecanico Practico, por Walker.	...	12.50

AVIACION Y AEROMODELISMO

Aeronavegación Astronómica, por R. Hodin.	...	7
Aviones, tratado del ingles.	...	1.50
Aeroplanos, como vuelan.	...	1.50
Como vuela el Avion, por H. F. Brown.	...	1.50
Construcción de Aviones, por D. Hay Surgeson.	...	6
Motors de aviancion, por D. Hay Surgeson.	...	6
Potencia y Vuelo, por Assen Jordani, ampliamente ilustrado.	...	22.50
Principios Basicos del Vuelo.	...	4.50
Manual de Aviancion, por Alfredo San Juan.	...	6
Manual de Aprender a Volar, por el Ing. Fortunio Barbieri, Seg. Edición.	...	7
Metodo Practico para el Vuelo Cientifico, por M. de Pinilla.	...	7
Manual del Aeromodelismo (The Model Aircraft Handbook).	...	6
Manual de Aeromodelismo, por J. L. Scaldieri y S. Impellizzeri.	...	6
Construcción de Aeromodelos, con formulas planes de construcción, incluyendo todos los detalles constructivos.	...	3.50

RADIO Y ELECTRICIDAD

Manual de Luz Fluorescente, por Charles L. Amick.	...	10
Manual Practico del Instalador Electricista, practica del devanado de las dinamos, alternadores, motores y transformadores.	...	13
Bobinado de Inducto, trazado y ejecución, con profusión de esquemas y tablas de bobinado, por A. R. Parrilo.	...	9

El Montador Electricista, por Borni.	...	12
Electricidad Elemental Moderna, por J. A. Ducoul.	...	15
Electroinstalación Práctica Industrial, por el Ing. Agustín Ruiz.	...	14
Electricidad Aplicada a la Radio Electronica.	...	14
Sistemas Electricos del Automovil, por Agustín Ruiz, dos tomos, cada uno.	...	10
Electromecánica Práctica.	...	10
Y lo que debe saber de electricidad el mecanico, por J. A. Ducoul.	...	18.50
Acumuladores Electricos.	...	2.50
Electricidad en el Campo. Descripción completa de la instalación electrica y mecanica de los generadores a viento, por Agustín Ruiz.	...	4
Reparación de Cerecos.	...	4
Tratado de Electricidad. Un verdadero Curso para quienes desean tener conocimientos superiores en la materia, por Singer.	...	12
Comandos Radio-Fonografos.	...	3.50
De la Gaiaca al Super "G". Un manual para el practicante en radio-car model, explica 27 circuitos, desarrollados etapa por etapa.	...	10
Manual de Radio Ingenieria, por K. Henley.	...	40
La obra mas famosa de estudio y consulta, donde el autor y sus colaboradores, volcando todo su conocimiento en la materia, traducido por Saul Serin.	...	25
Manual del Radio Ingeniero. Termina. Tratamiento de la mas importante obra del mundo en Radio Ingenieria, dos tomos.	...	4.50
Manuales de Receptores, por G. G. Salvatierra.	...	20
Tratado General de Amplificación de Audición.	...	6
Lecciones de Radio. Un nuevo sistema de enseñanza para quienes desean aprender radio desde lo mas elemental, tomo I.	...	6
Ingenieria de Radio. Un nuevo libro de texto para estudiantes.	...	19.50
Exercit. lo mas importante para el Ingeniero de Comunicaciones, por W. L. Evers.	...	20
Medicina al estudio de esa especialidad.	...	7
Elementos de Electricidad, por Timbie, tercera edición.	...	12
Tratado de Medidas Electricas, por Linker.	...	20
Radio y Curso Acelerado, por Paul Gravel.	...	10
El Receptor Superheterodino de Radio y Television, por A. T. Witt.	...	7

DIBUJO Y PINTURA

El Dibujo el alicante de todos, por Andrew Loomis, el mas perfecto manual, patentado bajo su autor para el aprendizaje de dibujo artistico, proyecciones, caricatura, etcetera.	...	15
El Dibujo de la figura humana en todo su valor, por Andrew Loomis.	...	20
Lecciones de Dibujo Artistico, como aprender a dibujar, por E. Freixas.	...	5
Dibujo Artistico y Publicitario, por José Serrano.	...	8
Dibujo Moderno de la figura humana.	...	10
Perspectiva y Sombras, por Paul Gravel.	...	8
Dibujo Mecanico, por Marcos Eveson, en dos tomos, cada uno.	...	7
Manualidades para la Decoración, por Jean Ruzier.	...	8
Los Perspectivos Aplicados, por E. R. Noring.	...	9
Tecnica Aerografica, bracha de aire, por Juan Renaud.	...	7
Dibujo Geometrico, por Walter Stevens.	...	10
Dibulo de Maquinas, por K. Landau.	...	7
Manual Practico para el Dibujante de leiras, por J. G. Trepo.	...	5
El Dibujo para todos, por Victor Masner.	...	5
El Arte del Croquis, por V. Masner.	...	5
Perspectiva de la y las sombras, por F. Arlo y S.	...	5

REFRIGERACION Y AIRE ACONDICIONADO

Refrigeración, por Meyer y Fittz. La obra más completa en la materia.	...	35
Tratado también aire acondicionado y temas afines.	...	12
Aire Acondicionado, por Stradelli.	...	40
Acondicionamiento de Aires, por G. Reiss.	...	6.50
Refrigeración, por R. S. Buech. Manual teorico practico.	...	5

COMERCIO Y CONTABILIDAD

Comercio y Contabilidad, Prof. I. Revich. 3 tomos, c/u.	...	5
Secretariado Comercial, por Mercanti-Fabrona. 2 tomos, c/u.	...	7
Contabilidad Industrial, por F. C. Singer.	...	7

AMERICA TECNICA - Corrientes 1933
Sírvase enviarnos CATÁLOGO
GENERAL GRATIS.
Nombre
Dirección
Localidad F. C.

LIBRERIA AMERICA EDITORIAL
TECNICA
VANINI, LOPEZ y Cia.
CORRIENTES 1933 ★ Buenos Aires ★ T. A-46-6311

DESAPACHAMOS POR
CONTRASREMOLSO

Acordamos
CREDITOS

AL SERVICIO DE LA CULTURA DE AMERICA

En este número:

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIV - N° 335
5 de mayo de 1948

CORRITO
ARGENTINO
CUBRIR 8

FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 76
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3516

ESMERALDA 118
T. A. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 246.095



SU HERMANITA DE CERA, la nueva técnica de los marionetistas de cera y la historia de una joven millonaria, en una nota gráfica con texto de **Walter Stewart** 4

GRAND HOTEL, la insuperable novela de **Vicki Baum**, la gran escritora, cuya versión cinematográfica constituyó un alarde del séptimo arte 44



ASELINATOS EN GAZAM, una metódica, una muchacha frívola, un hombre bestial y, un crimen inexplicable, narrado por **Alfonso Ferrari Amores** 8



CUARENTA AÑOS CON LA BATUTA, la vida y el arte de **Wihelm Furtwängler**, el gran director de orquesta que nos visita. Una nota de **Dario Quiroga**. 12



RODO, PEREGRINO DE LA BELLEZA, un nuevo capítulo de "Fantasmas de entre dos siglos", la serie de artículos evocativos de **Valentín de Pedro** 14

AGUAS ARRIBA, la dura y trágica existencia de los hacendados en el norte, en medio de una naturaleza inclemente. Un cuento de **Alberto A. Iglesias**... 16

OCHO SIGLOS DE LLANTO Y DE SONRISA, una exposición de teatro francés, explicada por **Ernesto F. Babino**..... 18

ASI ES LA VIDA y en sus columnas el arte de **Liam O'Flaherty**, el gran escritor irlandés, manifestándose en toda su enternecedora humanidad 20

ENTRE LIBROS Y AUTORES, todo lo relacionado con la literatura argentina y extranjera a través de interesantes comentarios 22

CONFIDENCIAS DE INGRID, y el arte delicado de **Alberto Franco**, en un bello cuento sentimental 24

ACTUALIDADES GRAFICAS 26

UNA LADRONA, un cuento de **Bernardo González Arrioli**, y en él un episodio de la vida real, narrado con maestría 28



CINE, comentarios del cine nacional y extranjero, recogidos por **Amelia Monti** 30

EL REALISMO Y EL NATURALISMO EN ESPAÑA, un bello y bien meditado artículo de **D. Niceto Alcalá Zamora**..... 32

RISA Y SONRISA, un animado paréntesis de buen humor .. 35

AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leoplán"..... 114

ILUSTRARON ESTE NUMERO:

ARTECHE - OLIVAS - RAUL VALENCIA - MARIANO ALFONSO.

DIJOS Y HISTORIETAS DE:

GORDON - DOMINGO VILLAFRANCA - VALENCIA - SEVILLA - GONZALEZ FOSSAT, etc.



En el próximo número:

GLORIA PARA MI

la famosa obra de **MACKINLAY KANTOR**, más conocida por el título de su versión cinematográfica:

LO MEJOR DE NUESTRA VIDA

¡UNA NOVELA EXTRAORDINARIA!

LEOPLÁN aparece el 19 del actual
60 centavos en todo el país

SU HERMANITA

Por
Walter Steward

ESPECIAL PARA "LEOPLÉN"



ALICE JUDGE, CON SU HERMANITA DE CERA

Míster Walter Thornton, ciudadano del país de los dólares, ha resuelto artísticamente el problema de la inexpressividad y falta de personalidad de los maniqués que, en las vidrieras de las grandes tiendas, muestran al público las últimas creaciones de la moda. Lo ha resuelto mediante sus pin-ups, nombre éste que designa a las girls del elenco de modelos de que se vale para confeccionar los maniqués. Hoy, los propietarios de las grandes tiendas no piden un maniquí cualquiera, sino que se dirigen a Thornton con estas palabras: "Mándeme a Gloria Whalen para vestirla en casa". Esto es, que piden una reproducción exacta de la pin-up de ese nombre para vestirla a su placer y conveniencia. Otras veces dirán: "Ahí le enviamos un traje de baño. Mándenos vestida con él a Vicki Hazell. El año pasado fué todo un éxito". Por lo tanto, el fabricante de maniqués le recargará el precio, pues entre sus modelos hay "estrellas" vendedoras, siendo una de ellas Vicki, otra la nombrada Gloria, quienes, junto con Rita Daigle, forman un formidable trio, capaz de imponer cualquier prenda que anuncien en la más remota vidriera de los Estados Unidos.

Su hermanito

La fabricación de los maniqués, por supuesto, se encara con criterio moderno. Nada de formas adocenadas ni *standards*, simples *pechugas* con *aproxima-*

LAS MEDIDAS MÁS JUSTAS SE TOMARÁN A LA MODELO DE MANIQUÉS PARA QUE ESTE SEA UNA EXACTA REPRODUCCIÓN DE SUS PROPORCIONES.

DE CERA



RITA DAIGLE, UNA
DE LAS MAS ATA-
MADAS MODELOS,
EN COMPANIA DE
SU REPLICA.



VICKI HAZELL, ESTILIZADA E INMORTALIZADA A LA VEZ



ciones de la figura humana. Ahora tienen personalidad, son la réplica exacta de una figura humana, tanto en el color de la piel como en la estatura y en el cabello. Por eso la simpática Rita Daigle pudo decir cierta vez a una de sus amistades, frente a una vidriera: "Le presento a usted a mi hermanita de cera". Ni más ni menos. Eso era en realidad el primoroso maniquí que estaba ante ellos, vestido con un delicioso traje de calle.

Para lograr la perfección y gracia de sus modernas maniqués, mister Thornton tiene montada una fábrica perfecta. La modelo va pasando por sucesivas etapas de poses, hasta que su "hermanita de cera" queda concluida de acuerdo con el pedido de tal o cual tienda. Es la primera vez que se usan escultores para la fabricación de maniqués de este tipo comercial. Los escultores, a su vez, son auxiliados por un cuerpo de técnicos y estilistas en peinados, en colorido, etc. De los talleres no debe salir un maniquí cualquiera, sino Fulana de Tal, vestida de soirée o en traje de baño. Y la única manera de lograrlo es valiéndose, en primer término, de la escultura.

Una derivación

El comercio de mister Thornton tuvo una derivación inesperada. Miss P., famosa hija de un archimillonario, y



LA ESCULTORA LLEVA A LA ARCILLA
LOS RASGOS DE LA JOVEN MODELO.

prometida de otro señor también abundante en millones, se presentó un día en su taller pidiendo que la "hicieran" con un estupendo traje de noche. Como pagaba lo que exigiesen, no hubo inconvenientes. Las visitas de miss P tornáronse frecuentes. Hoy pedía que la "hicieran" con este traje mañana con el otro. Los gestos, las actitudes y las expresiones, asimismo, eran en todos los casos diferentes y, sobre todo, cuidadosamente escogidos por la cliente.

Pasado el tiempo, mister Thornton recibió una invitación de miss P para visitar su casa. Y cuál no sería su sorpresa al ser introducido en unos espaciosos salones, en los que halló artísticamente ubicados a todos los maniqués de miss P que confeccionara, cada uno llevando el costosísimo modelo de traje del caso. La joven millonaria había historiado toda su actividad social de invierno. "Es mejor que tenerlos en el ropero, ¿verdad?", le dijo al fabricante. Y lo hizo pasar a una sala especial, donde la millonaria aparecía luciendo, en diversas poses, un maravilloso traje de fiesta, modelo exclusivo de un gran modisto francés. "Lo estrené en la fiesta de Morgan, dijo miss P, en la que tuve un gran éxito. Claro que debí pedir a París varias copias del traje original. Cuando voy está la hija del rey del chocolate, se va a morir de envidia".

Mister Thornton asegura que miss P sería toda una estrella vendedora. Pero la prefiere como cliente. *



¡MIRA QUÉ TAN BONITA COMO PERFECTERA, CON SU REPLICAS.



Se resfrió?



GENIOL

calma,
reanima,
despeja.

Por la excelente com-
bustión de su fórmula,
GENIOL puede tomarse
entero o disuelto; siempre
es rápido y eficaz.

GENIOL

MILLONES DE PERSONAS LO TOMAN

Asesinatos en Gazam

Cuento policial, por
Alfonso Ferrari Amores

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE OLIVAS

HELLEN Windsow, predicadora metodista, volvía ese anochecer del jardín de infantes, adonde solía ir para hacer reparto de juguetes por cuenta de la cofradía de Gazam, un pueblecillo de los alrededores de El Cairo. Venía pensando con desaliento en su prima Bárbara, menor que ella, cuya liberalidad de conducta era la comidilla del vecindario. ¿Qué diferencia entre Helen y Bárbara! Cuando la primera se acordaba de la segunda (y podría afirmarse con seguridad, que no podía pensar en otra cosa), la expresión que acudía a su mente era: oveja descarriada. Se contaban de Bárbara las historias más escandalosas, y aunque debía suponerse razonablemente que más de la mitad eran inventadas, nadie podía negar que ella había hecho todo lo posible para que se las tuviese por verdaderas. La más reciente había tenido por escenario el recreo de "Las Cincuenta Danaides", un hermoso paraje con árboles, y con glorietas entre los árboles, iluminadas con panzudos faroles historiadados, en cada uno de los cuales se reproducía en colores la cuantiosa matanza de príncipes recién casados que, según la leyenda de Egipto, corrió por cuenta de las celebradas heroínas que daban nombre al recreo. En una de esas glorietas, precisamente, según diceses, uno de los camareros se había atrevido cierta noche a ponerse de rodillas ante Bárbara, confesándole con entrecortada voz que estaba terriblemente enamorado de ella... y la provocativa Bárbara había tenido la crueldad de recordarle que ambos eran de distinta categoría social. El camarero, entonces, iracundo, le había replicado que, en efecto, la categoría social de ella era bastante más baja que la de él, después de lo cual, y contra toda lógica previsión, Bárbara había seguido concurriendo como si tal cosa a "Las Cincuenta Danaides", sin presentar ninguna queja al propietario, continuando así en su puesto el camarero en cuestión, y aun —¡esto era el colmo!— era atendida Bárbara por él. ¿Se trataba de algún refinado des-





quite, o temía ella las iras vengativas del camarero si llegaban a despedirlo por su iniciativa? Según la virtuosa Helen, que se preciaba de conocer a fondo a su descomulgada prima, la razón de esa actitud obedecía al propósito de mortificar con un prolongado desprecio al aturdido mozo. Es que Bárbara era así, temeraria. De no serlo, otras cosas muy distintas se contarían de ella. Y otra vez volvió a su mente la expresión con que solía calificarla: vieja descarriada.

Reparó entonces Helen Windsow que había llegado, precisamente, al punto mismo en que el camino pasaba delante del recreo de "Las Cincuenta Danantes", y pensó que tal vez en ese momento se encontrara Bárbara en él. ¿Sola? La simple posibilidad de que alguien, uno de esos amigos dados a la intemperancia, estuviese con su prima, hizo enrojecer a la predicadora hasta la raíz de los cabellos. Sin embargo, la curiosidad, aliada inexplicablemente a cierto prurito apostólico, la impulsó a torcer su marcha, para internarse en la umbrosa arboleda del recreo.



En la primera glorieta que halló al paso, no vio a nadie; no así en la segunda, en la que fingió no ver... pero vio que no estaba allí su prima. Tampoco la encontró en la siguiente, y así anduvo un rato, sin desanimarse, hasta que, en el extremo mismo del parque donde ya no había otra cosa que el alambrado lindero, en el ángulo mismo del extremo, divisó la última glorieta. Le llamó la atención una excavación muy honda, mayor que las que suelen hacerse para los cimientos de los rascacielos, situada en el trayecto restante, hacia un costado del sendero, y a la que calculó, asomándose con precaución, unos quince metros de profundidad. En el fondo se vislumbraban confusamente unos montículos formados por adoquines. Contrariamente a lo usual, no había allí ningún farol indicador de peligro; pero la glorieta, allá al frente, estaba tan intensamente iluminada, que sus luces alcanzaban para alumbrar, aunque débilmente, el lugar donde en ese instante se hallaba Helen. Una pequeña zanja desembocaba en el profundo foso y, sobre ella, paralelo a una de las paredes del mismo, había un puentecillo de una sola tabla, cuyo paso estaba apenas resguardado por un endeble pesamancha de cuerda.

Avanzó Helen en dirección a la glorieta, y de nuevo solicitó su atención la extraordinaria cantidad de luz que en ella había; pronto comprobó, antes de entrar, que tal alumbrado consistía en un dispositivo circular de tubos de gas neón. En el centro de la glorieta había una mesa, y sentada a ella estaba Bárbara Window.

Al aparecer la tiesa figura de la predicadora en el vano de la glorieta, tuvo Bárbara un acceso de ruidosa hilaridad. Era

evidente que sus carcajadas se originaban en el pronunciado contraste existente entre las ideas de la metodista y la presencia de ella en un sitio como el recreo de "Las Cincuenta Danades".

—¡H, Helen, en un lugar tan peligroso!

—Peligroso, ya lo creo! —ratificó la recién llegada, desentendiéndose de la verdadera intención de aquella frase—. ¿Para qué han hecho ese enorme foso en mitad del sendero?

—No sé.

En ese instante apareció el camarero. Era un joven nativo de aspecto bestial, pese al simulacro de smoking que él endosaba como a propósito para sentirse incómodo; un gigantesco labrián, en fin, velludo y braciargo, con quijadas lombrosianas. Esto último, sobre todo: el acentuado prognatismo de ese rostro torvo, enconado, remató la desazón de la impresionable Helen; aquel hombre resultaba para ella una especie de rerago de la edad de piedra, un pariente cercano del *pitcantropus*...

—A propósito —agregó Bárbara al verlo—, vamos a preguntárselo a Yusuf. ¿No lo conoces? ¿Ni de nombre? Imposible. Es el famoso camarero que me hizo una declaración de amor.

Helen miró al hombre, y se estremeció al sorprender en sus ojos un relámpago de furor. Bárbara, muy tranquila, lo interrogó.

—Dime, Yusuf. ¿Para qué hicieron esa excavación ahí fuera?

—Para instalar la maquinaria de acondicionamiento de aire del hotel, *madame*...

—¿Satisfecha? —indagó risueñamente Bárbara, volviéndose

(CONTINUA EN LA PÁGINA 112)

*Para cuando
llegue el frío...!*

He aquí el confort que Ud.
anhela en Invierno!

La almohadilla "WARM-O-HOT."
le dará 6 graduaciones de
calor, regulables a su gusto,
por medio del "switch"
iluminado.

Pida una demostración de sus
muchas características sobresalientes,
en casas del ramo.



*le dará
el calor
que Ud.
prefiera..!*

WARM-O-HOT

Almohadillas Caloríferas Eléctricas

IMPORTADORES

JACK FIRENSTEIN & Cía. S.R.L.

PERU 599

Cap. \$ 500.000,00 m/n.

T. A. 34-8614

CUARENTA AÑOS CON



Muy alto, delgado, con espaldas débiles de hombre de ciencia, sólida cabeza despojada de cabellera y una frente prominente sobre celestes ojos de niño: tal Wilhelm Furtwängler. Contribuye a dar esa impresión de "sabio distraído" un andar ligeramente vacilante, como el de las personas aturdidas después de una dura prueba mental.

Pero este Furtwängler descripto precedentemente es, por supuesto, el que abandona el ensayo para dirigirse al hotel; el simple ser humano que vive y sufre; y no aquel que ha recibido el toque divino de las musas. Por lo contrario, cuando el ilustre músico que nos visita ocupa su sitial de director, se transfigura. Desaparece entonces todo el titubeo y surge el ser enérgico, capaz de imponerse a ciento veinte ejecutantes, de apoderarse de sus espíritus para someterlos a su propia sensibilidad, a su maravilloso sentido musical.

Como es proverbial en los grandes directores, tiene el que nos ocupa un carácter sumamente nervioso, díscolo en oportunidades y decididamente "terrible" en otras. Esa serie de reacciones, en suma, que en los actores se denomina "temperamento" y en virtud del cual se diferencian las estrellas de las partiquinas. Sin llegar al caso particular de Toscanini, de quien se comenta con mayor frecuencia sus arranques temperamentales que sus éxitos como músico, es evidente que el maestro alemán se siente molesto delante de los fotógrafos.

No resulta fácil, por tales circunstancias, reportear a quien significa, en estos momentos, la mayor expresión artística del mundo musical porteño. Una cita concertada con él —por medio de la infaltable secretaria— no es, ni remotamente, una cita obtenida. En oportunidades el maestro llega con atraso al ensayo —cinco minutos— y es inútil reclamar la validez de la cita: se encamina a su sitial cruzando rápidamente entre los músicos

y delante del periodista sin mayores explicaciones; otras veces se siente nervioso y deprimido y hay que cancelar la entrevista.

Así y todo, merced a una ejemplar perseverancia, podemos entablar conversación con el célebre *HuSped* y conocer algunos aspectos de su vida, sus aficiones y sus proyectos.

Pertenece Wilhelm Furtwängler a la categoría de los músicos precoces. Su compatriota Mozart componía y ejecutaba al piano a la edad de cuatro años; él hizo lo propio a los ocho. También, como el autor de *Las bodas de Figaro*, contó con el apoyo familiar no bien despierta la punzante vocación. Esta ejemplar conducta paterna permitió a Furtwängler acumular casi tanta experiencia musical como años de vida. Relativamente joven —nació en Berlín el 25 de enero de 1886—, tiene una carrera esbozada en la primera infancia, seriamente encarrilada en la adolescencia —maestro de ensayos a los 18 años— y definitivamente asentada desde la juventud —director a los 22 años.

—Llevo cuarenta años con la batuta en la mano —afirma el maestro—. En 1908 dirigí por primera vez en Zürich, y desde entonces hasta ahora son pocos los lugares importantes del mundo donde no haya actuado.

—Háganos un breve relato de su carrera. Por ser esta la primera vez que nos visita, el público desea saber el mayor número de cosas relacionadas con usted.

—Señalaré los puntos principales. Siendo todavía muy joven —corría el año 1915— fui elegido sucesor de Bodansky en la Ópera de Mannheim, ciudad del sur de Alemania, no lejana al Sarre. Más tarde crucé la frontera y trabajé en Viena, para regresar a Berlín como sucesor de Ricardo Strauss en la Orquesta sinfónica de la Ópera del Estado. A la muerte de Arturo Nikisch ocupé su lugar en la orquesta filarmónica de Berlín y en la "Gewandhaus" de Leipzig, que fundó Mendelssohn. En Viena, más adelante, sucedí a Weingartner como principal director de la orquesta filarmónica de esa ciudad.

LA BATUTA

WILHEM FURTWÄNGLER, EL GRAN DIRECTOR QUE NOS VISITA. ESTA CONSIDERADO COMO UNO DE LOS MAS GRANDES DEL MUNDO EN ESTE MOMENTO

Por
Darío Quiroga

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



—¿No le atraía América?

—Muchísimo. Pero hasta el año 1927 no tuve oportunidad de ver realizados, en parte, mis deseos. Fue entonces cuando se me llamó para dirigir la orquesta filarmónica de Nueva York, lo que hice hasta 1929.

—Tenemos entendido que actuó junto a Toscanini en los festivales wagnerianos de Bayreuth.

—Sí, en efecto, tomamos parte simultáneamente en esos homenajes musicales, pero posteriormente mi excelso colega dejó de intervenir y yo ocupé solo el cargo directivo.

—¿La conclusión de la guerra trajo aparejada la reiniciación de sus viajes?

—Desde luego. Hice temporadas en Londres, en Roma, en París, en Estocolmo y en Lucerna. Agregué ahora mi permanencia en este hermoso país y los contratos que va tengo para actuar en Roma, en Florencia y en Milán durante mayo y junio próximos.

—Es posible conversar con un extranjero sin preguntarle su opinión sobre la Argentina? Desde luego que no.

—No he podido conocerla aún —sonríe Furtwängler—. Desde que estoy aquí sólo he hecho este camino: del Colón al hotel y desde el hotel al Colón. Pero tengo una excelente impresión de los argentinos y de sus ejecutantes. Trabajo con ellos muy a gusto. En cuanto a la música —agrega adelantándose a nuestra pregunta— espero conocerla próximamente.

—¿Y del público tiene también la misma buena opinión?

—¡Inmejorable!

No puede dudarse de la sinceridad de la respuesta. Pocos artistas han tenido un éxito semejante al suyo. Nuestro primer coliseo resulta chico los días en que Wilhelm Furtwängler se coloca al frente de la orquesta para ofrecer versiones jamás oídas de la mejor música mundial. *



FURTWÄNGLER, EL GRAN DIRECTOR DE ORQUESTA

*Fantasmas
de otro siglo*



Por
Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "EL PLAN"

RODÓ, PEREGRINO DE

EL GLORIOSO MAESTRO
DE "ARIEL" TUVO EN LA
POLÍTICA SU FATALIDAD
Y A ELLA DEBIO SU VO-
LUNTARIO DESTIERRO Y
SU MUERTE EN LA
SOLEDAD



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

POR ser americano era ya nuestro, de acuerdo con su apostolado, que propendía a "arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible". Por ser americano — repetimos —, era ya nuestro; pero, por ser uruguayo, lo sentíamos tan cerca, que era como si estuviésemos entre nosotros.

Cuando su voz se alzaba en la vecina Montevideo, se oía igualmente en Buenos Aires. Pero decimos mal, porque su voz no se alzaba, sino que era como una "música callada" que fluía de su pluma. Lo que oíamos, pues, era la dulce armonía de su prosa, cincelada en la soledad y el silencio de su gabinete de trabajo.

Como para que pudiera oírsele mejor, empezó hablando de una figura familiar en esta orilla del Plata: Rubén Darío. Antes había publicado un tomito con dos estudios intitulados: *El que vendrá* y *La novela nueva*. Pero, como obra primeriza, no traspasó los límites de un estrecho círculo. Con su estudio sobre Rubén Darío se ensancha ese círculo, proyectándose su nombre, no ya en el área continental, sino también en todo el mundo de nuestro idioma, hasta donde había llegado en aquella fecha (1899) el nuevo acento poético del bardo nicaragüense.

No más que al año siguiente publicaría su *Ariel*. Mensaje del siglo que finaba al que nacía. Breviario de americanismo hispánico. Revelación de nuestro ser espiritual. Luz encendida en la noche de la selva americana, que alumbraba a los que buscaban un camino. Quien la había encendido era un maestro y un guía. Y su luz nos orientó cuando en nuestra adolescencia, ávida de lecturas, cayó en nuestras manos aquel breviario.

En el café

Los que le conocían personalmente, nos hablaban del contraste entre su arte y su idiosincrasia: entre su prosa, cuidada hasta el extremo, su su desuido en el vestir: su sombrero polvoriento, la chaqueta irisada de manchas, el pantalón con rodilleras, mal atados — o sin atar — los cordones de sus botines... Como Antonio Machado hubiera podido exclamar: "Ya conocéis mi torpe alio indumentario..."

Al igual que los escri-

tores españoles, o mejor dicho, latinos, pues se trata de algo concerniente también a los escritores franceses e italianos, frecuentaba, diariamente el café, donde su espíritu encontraba solaz y descanso, donde tomaba contacto con el mundo. Alguien nos decía:

"Estarse dos horas sentado frente a una mesa, tomando café y fumando, es para él uno de los mayores placeres de la vida".

También nos decían que, si bien amaba la soledad y el silencio, no desdénaba la compañía de los amigos, entre los que podía seguir devanando el hilo de su pensamiento al

arrollo de las conversaciones; hasta que la palabra ajena parecía despertar la suya, y entonces encantaba el oírle, porque su memoria prodigiosa acumulaba un caudal inagotable de anécdotas. Y era curioso que su voz, de un sonido áspero cuando empezaba a hablar, se afinaba, como un instrumento musical, adquiriendo pronto una dulzura y una sonoridad a tono con sus armoniosos conceptos.

Cuando nosotros empezamos a leerle, en vísperas de la guerra del 1894, había publicado ya sus *Motivos de Proteo*, su magistral *Bolívar* y *El mirador de Próspero*, más un volumen de



PALERMO, LA BELLA CAPITAL DE SICILIA, DONDE LA MUERTE AGUARDÓ A RODÓ

LA BELLEZA

carácter polémico, titulado *Liberalismo y Jacobinismo*. Tras el idealista mensaje de Ariel, aprendimos las magníficas lecciones de tolerancia y de belleza de sus libros posteriores. Algunas de sus parábolas quedaban ya incorporadas a nuestro mundo espiritual, con la intensa vida de las realidades interiores. Y así, por ejemplo, cuando la realidad exterior nos hiriera con una desilusión o con un fracaso, volveríamos los ojos a aquel niño que jugaba en el jardín de su casa con una copa de cristal, en la que golpeaba acompasadamente con un junco, divirtiéndose con su improvisada música, hasta que se le ocurrió llenar la copa con su improvisada música. ¡Recuerda el lector? Cuando el niño quiso arrancar de nuevo a la copa su fresca resonancia, se encontró con que el cristal había enmudecido. Ante el fracaso de su lira, hubo de verter una lágrima, pero la dejó en suspenso. Sus ojos húmedos se detuvieron en una flor. Se esforzó por alcanzarla y, cuando la tuvo en la mano, la colocó graciosamente en la copa de cristal, convertida en ufano búcaro, paseándola en triunfo entre las demás flores del jardín, orgulloso de su desquite.



LA VENTANA DE RODÓ, EN PALERMO

El voluntario destierro

De su elevado magisterio descendió a la política, contrariando sin duda su carácter, o más bien, traicionándolo, puesto que iba a dar en el polo opuesto a sus predilecciones.

Su lenguaje, como político, siguió siendo el del pensador, que se mueve en la serena región de las ideas y no en el turbulento campo de la lucha, como lo prueba este párrafo de uno de sus discursos, pronunciado en el ambiente violento de unas vísperas electorales: "El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad; y nunca habrá satisfacción más intensa que la de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan, y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita".

Parafraseando una expresión de Goethe, podríamos decir de José Enrique Rodó:

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)



MONTEVIDEO, CUNA DEL AUTOR DE "ARIEL"

Enrique J. Ruiz
TECNICO EN RADIO
RADAR - TELEVISION

GRADUADO DE
NATIONAL SCHOOLS
LOS ANGELES, CALIFORNIA, U.S.A.

**PRESENTELA
CON ORGULLO**

...QUE LE ABRIRA TODAS
LAS PUERTAS DEL EXITO!

Prepárese científicamente
mediante el incomparable
Método ROSENKRANZ de
estudio por correo.



**¡PIDA HOY
GRATIS!
ESTE
LIBRO**



Fundada en 1905
Cuenta con Sucursales en todo el Continente

NATIONAL SCHOOLS

NATIONAL SCHOOLS - H. IRIGOYEN 1556
BUENOS AIRES - ARGENTINA

ASOMBROSA DEMANDA

Se necesitan miles de
Técnicos en Radio re-
paración, Difusoras,
Amplificadores, Comu-
nicaciones, Radio en
la Aviación y en la Na-
vigación, Radar, Cine
Sonoro, etc.

Estudie es fácil y ame-
no y con costosos
EQUIPOS y HE-
RRAMIENTAS para
sus prácticas, com-
pletamente GRA-
TUITOS.

Dr. J. A. Rosenkranz, Presidente

Dpto. Núm. R 350 - 5

Mándeme su Libro GRATIS
sobre RADIO TELEVISION

Nombre..... Edad.....
Dirección.....
Localidad.....
Provincia.....

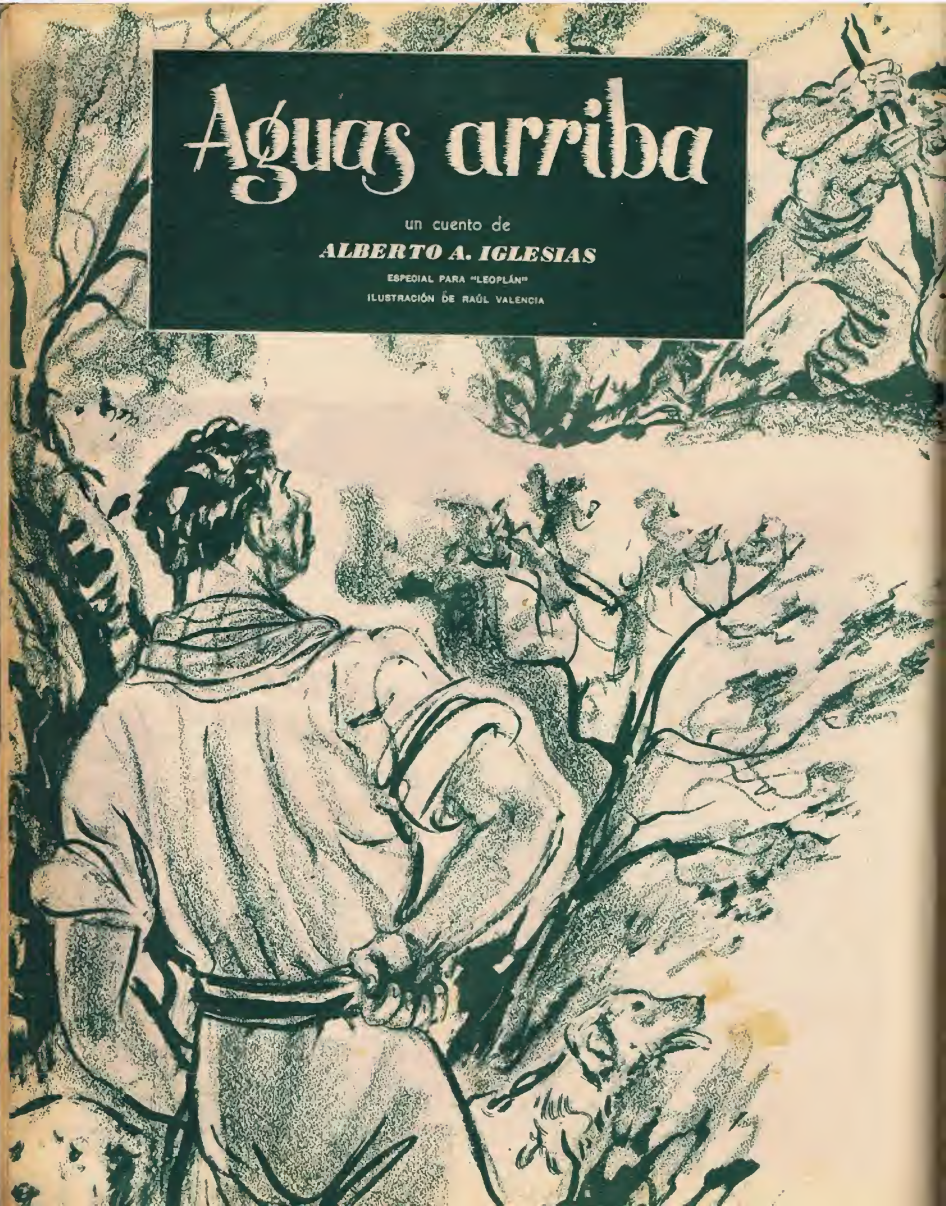
Aguas arriba

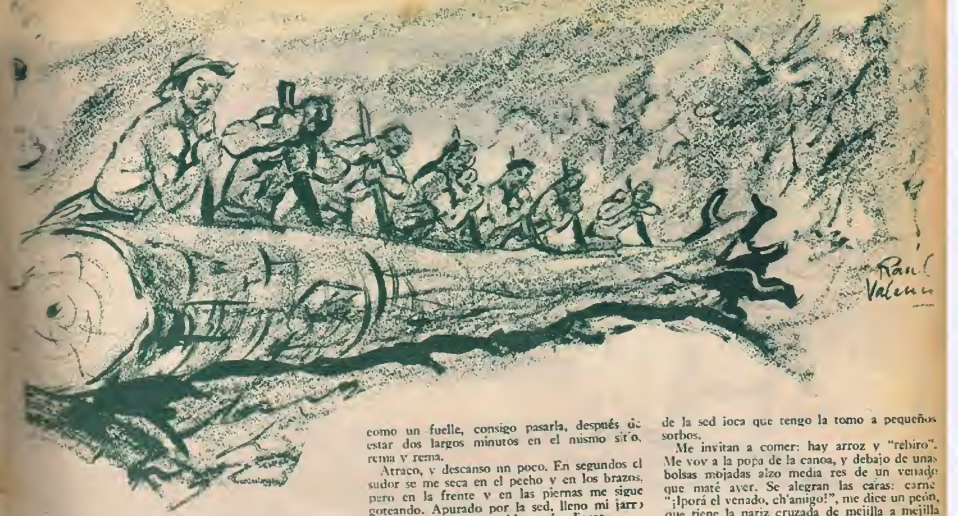
un cuento de

ALBERTO A. IGLESIAS

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA





Hace ya dos días que remontando el Paraná he dejado atrás el arroyo San Juan. Pleno enero; y en la espalda, en los hombros y en los brazos, el sol se ensaña conmigo. Los polvos pegados sienten también el calor bárbaro. "Patrón" y "Diana" han buscado un poco de sombra debajo del asiento de la canoa. "Bigote", parado en la proa, apoyada la cabeza sobre la borda, mira con los ojos melancólicos la sombra de los árboles sobre la escarpada costa. "Cherri" no sabe dónde echarse: se ha levantado cincuenta veces. La madera quemada, toda la canoa quemada.

Con golpes uniformes y cortos de los remos voy avanzando aguas arriba. El sudor me corre por las piernitas, por la espalda, por la cara, y por los bigotes me llega a los labios, tibia y salada. La bombacha de los muslos y en las rodillitas. Aguas arriba. Aguas arriba. Cada golpe le rema en un corto trecho. El río corre: trae alos, raigones, árboles enteros y camalotes que parecen islas verdes. Verde en las costas, verde en el río, sol y resplandor de agua. Mi cara es un fuego, y en los ojos entrecerrados por efectos del sol que arde en llamas blancas, el calor se agolpa como en un horno. Los siento irritados de la transpiración que resbala de las cejas: a veces me penetra bien en ellos, parpadeo, me da comezón, y tengo que dejar de remar para limpiarme con el trapo que me sirve de pañuelo. En cuanto suelto los remos, la canoa retrocede.

A mis oídos llega el fuerte aliento de lucha del agua que salta entre las piedras. Miro hacia atrás: "Es larga la cordera"... Tiene dos restingas. El río se empenacha, brinca, brama y rugie...

Con centímetros de agua paso pegado a la costa, haciendo piruetas con la canoa entre las piedras. "Patrón", como buen cachorro, le ladra a la cordera. Atropello la primera redada con remadas cortas y rápidas, y la paso bien. Aprovechando el remanso que se forma entre las dos restingas, hago tomar impulso a la canoa y atropello la segunda: pero es brava, y me saca fuera. Pruebo otra vez, y resoplando

como un fuelle, consigo pasarla, después de estar dos largos minutos en el mismo sitio, rema y rema.

Atraco, y descanso un poco. En segundos el sudor se me seca en el pecho y en los brazos, pero en la frente y en las piernitas me sigue corriendo. Ajustado por la sed, lleno mi jarro de agua, marrón de turbia: está caliente.

Los perros saltaron a la costa y están metidos en el río: tienen todos la boca abierta, alientan corto, y en las lenguas rojas hay espuma.

Miro hacia arriba: fco el lugar para acampar. Peñones calientes, arena caliente, costa escarpada y tucumal reseco. Tucumal, tucumal y tucumal.

De pronto, a mis oídos, trezendo en un golpe de viento norte, llega un sonido de voces, tenso y parcio: "¡Jaup-taa! ¡Jaup! ¡Jaup-taa! ¡Jaup!..." "Un obraje", pienso. A lo mejor tienen agua fresca.

En un momento otra vez los remos. Un síbido, y en hilera, uno tras otro, saltan los perros en la canoa y sigo aguas arriba. Como es cerca de mediodía, el sol aprieta más y más.

Voy cercano los gritos. Bordo una saliente de piedras y distingo la barranca limpia del obraje. Cuando me voy acercando, la peonada deja de trabajar y me saluda con gritos. Arriba distingo varios ranchos y pensando en el agua fresca me animo un poco y suelto mi grito de monte: "¡Buuu-iii!..." y en seguida otro que no hay forma de escribirlo, con un redoble especial que siempre hace reír a la paisanada.

Casi al mismo tiempo que atraco, alguien golpea un hierro para indicar mediodía. Campana de obraje. Todos dejan de trabajar y me rodean. Preguntas y más preguntas, y rien y gritan con mis "sal das" en guaraní.

Dos perros del obraje, escualidos, la piel con guante sobre las costillas, han venido al encuentro de los míos, ladrando, y al llegar cerca paran la carrera, se miran, se estudian, y con cautela de ambas partes se huelen. "Patrón", siempre escandaloso, rasca la arena con las cuatro patas en rápido compás, gruñe, muestra los colmillos que apenas le apuntan, se acerca con aire de amenaza a uno de los perros, y de pronto se pone a bincar a su alrededor. El otro es perro viejo y ni se molesta en mirarlo. El segundo se le arrima a "Diana", y "Bigote" gruñe fco. "¡Diana, venga acá! ¡Bigote!..." Tengo que intervenir porque "Bigote" es bárbaro para la pelea y no quiero tener líos por cuestión de perros.

Como va he pelido agua, viene un peón con una lata llena: es cristalina y fresca. A pesar

de la sed loca que tengo la tomo a pequeños sorbos.

Me invitan a comer: hay arroz y "rebiro". Me voy a la popa de la canoa, y debajo de unas bolsas mojadas alzo media res de un venado que maté ayer. Se alegran las caras: carne "¡Ipora el venado, ch'anguo!", me dicen un peón, que tiene la nariz cruzada de mejilla a mejilla por una ancha cicatriz.

Contentos todos, vamos barranca arriba y dos peones se han adelantado para preparar fuego.

Al rato, a la sombra de un alero, corre el "toreré" (mate cebado con agua fría). La peonada está observando mi escopeta, mi "44", mi cuchillo de monte y mientras las armas pasan de mano en mano, hay elogios y comentarios.

Terminados de comer: la carne ni estaba buena, porque apuramos el asado. De la media res, para los perros quedaron los huesos, que blanqueaban en el suelo, negras las puntas. Pero yo tengo reservados para ellos dos lindos pedazos.

Suena el hierro, y retoma la tatea. Observo el trabajo. Al borde casi de la barranca acaba de detenerse un alzaprima que arrastra, preso a su eje con cadenas, un gigante de la selva. Después de un rato, queda el enorme tronco en el suelo, tan vencido, que hasta las cadenas le han sacado, y al paso lento y pesado de los buyes sudorosos se aleja la alzaprima por la picada, chirrando, cantando su eje de madera en las vueltas despatas de las últimas ruedas, hundidas en el profundo surco. El canto de otra que se aproxima le contesta. Está arrancándole las entrañas al monte.

Se prepara la peonada para empujar el grueso rollo barranca abajo. Son ocho, ocho hombres hechos de cuero, hueso y nervio, ocho pedazos de bronce oscuro, ocho cuerpos sudorosos, ceñidos, que brillan al sol. Calza cada uno su larga palanca de dura madera debajo del hombro tumbado, y apoyándola en el hombro, una pierna atrás, listos para el esfuerzo se desgarra y cimbra en el aire el primer grito: "¡Jaup-taa! ¡Jaup!..." el rollo apenas a media vuelta sobre sí mismo: unos se agachan para recomodarse, se inclinan las espaldas; media vuelta sobre sí mismo: el rollo se refleja en el agua pulcra y el esfuerzo. La palanca, cubriendo por el rudo trabajo, Poco a poco empuja el tronco hacia el borde de la barranca: a último esfuerzo y se va rodando sobre la arena con sordo retumbar de cientos y cientos y

OCHO SIGLOS DE LLANTO Y



LA EXPOSICION DEL TEATRO FRANCES,
QUE SE REALIZO RECIENTEMENTE, FUE
UNA CABAL MANIFESTACION DEL ES-
PRITU LATINO Y UNA VERDADERA
HISTORIA DE SUS SENTIMIENTOS

Por

Ernesto F. Babino

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Se ha dicho hasta la saciedad del lugar común que Francia es la embajadora de la cultura, la representante del espíritu en el mundo. Casi hemos agotado de ese modo el caudal de frases hechas. Y no obstante esa misma repetición, esa insistencia, son la mejor prueba de que Francia es el testigo de todo lo grande y perdurable del espíritu humano. Nunca como hoy, en medio de una crisis de valores, ella se ha erigido, enhiesta y grácil entre las ruinas. Y es su claro mensaje el que nuevamente nos llega con esta síntesis de ocho siglos de teatro francés, que nos mostró a través de las salas de exposición.

Francia nos envió algo de su teatro, de su máscara, del disfraz de su risa y de su llanto, de la sugerencia de su plástica teatral; desde el alborar del tablado y de las representaciones sacras hasta la depurada técnica de su Comedia.

Son sus representantes, entre otros eminentes nombres, Rutebeuf, Molière, Racine y Claudel.

8 siglos de arte

Difícil, sino imposible, resumir en algunas pocas líneas la abundante y bien elegida documentación que se ha logrado reunir merced a los esfuerzos de críticos como Michel Simon, al servicio cultural de la embajada de Francia, y a la generosa y fina colaboración del Dr. Caillet



DE SONRISA



Bois. Gracias a ello el público porteño pudo contemplar y valorar, aunque un tanto de prisa, la evolución del teatro en Francia.

Nos hallamos ante una valiosa colección de documentos originales, de grabados de época, de reproducciones de escenas, de cartas autógrafas, etc. Desde el antiquísimo *Jeu d'Adam* et Eve, hasta la burla traviesa de Jean Cocteau.

Detengámonos, en la imposibilidad de una completa reseña, en algunas importantes piezas de la galería.

Encontramos, por ejemplo, algunos testimonios de la sencillez conmovedora del teatro medieval. El *Jeu d'Adam*, que se remonta al siglo XII, señala la transición del drama litúrgico al teatro medieval; la deliciosa farsa del maître Pathelin, que procede de los monólogos cómicos que reflejaban, satíricamente, la vida cotidiana, nos divierte, aún hoy, con su risotada casi insolente.

Mas adelante hallamos, con la sorpresa de la eterna niñez, los títeres, los muñecos movidos por medio de cor-

(CONTINUA EN LA PAGINA 114.)



TODO UN MUNDO DE MARAVILLA RESUCITO EN LA EXPOSICION DE TEATRO FRANCES: SIGLOS DE LLANTO Y DE SONRISA



Aproveche esta época del año para depurar su organismo.

En sus 3 formas:
JARABE
POLVO
SELLOS

GIROLAMO PAGLIANO
PURGANTE — DEPURATIVO



GOMINA
UNICO FABRICANTE
BRANCATO

DA BRILLO AL CABELLO
NO ES GRASOSA
NO PRODUCE CASPA

Así es la vida

un cuento de

LIAM O'FLAHERTY

ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

La madre estaba tendida sobre la espalda, con los ojos cerrados y los brazos alargados por encima de las frazadas. Sus manos se movían incesantemente. Después del penoso esfuerzo de dar a luz, estaba exhausta. Fue entonces cuando el niño lloró. Apenas oyó la débil voz, ella abrió los ojos, y apretó las frazadas con fuerza, entre sus dedos. Levantó la cabeza y miró ansiosamente a la abuela, que atendió al recién nacido sobre la chimenea.

La anciana notó la mirada desesperada de la madre, y se echó a reír. —Por el amor de Dios! —exclamó, dirigiéndose a dos vecinas que la ayudaban—. ¡Mirenla, tan asustada como una muchacha en su noche de bodas! Como si fuera su primer hijo, y no el último!

Tomó al niño por los pies, lo levantó alto, y con la palma de la mano le pegó con fuerza en las nalgas.

—Y ahora, grita, en nombre de Dios, y que el diablo salga de adentro de tus huesos! —le dijo.

Ante el golpe, el niño se estremeció con violencia. Gritó otra vez, y ahora, en su voz había fuerza.

—¡Caromba! —dijo una de las vecinas—. Comprendo que la madre se sienta orgullosa de semejante hombrerico, —v dando un golpecito sobre el estómago del bebé desnudo, agregó con honda convicción: —¡Nunca he visto un recién nacido tan lindo como éste!

—Sí, es un hermoso chico... ¡que Dios lo bendiga! —comentó la otra mujer, e hizo la señal de la cruz sobre el pequeño—. ¡Qué hombre va a ser!

—Sí —afirmó la abuela—. Ya se ve que será todo un hombre.

Al oír decir que ese niño sería el último que tendría, una profunda tristeza se apoderó de la madre. Contaba cuarenta y tres, y los años habían llevado ya hebras de plata a sus cabellos. Sabía muy bien que nunca más volvería a dar la vida por el poder milagroso de Dios. Ya lo hizo catorce veces. Exceptuando la primera, en la que la embriaguez del amor era todavía muy fuerte en su sangre, dar a luz le causó pocas alegrías. La mala suerte y el hambre se multiplicaron bajo su techo al mismo tiempo que la semilla de la vida. Para un matrimonio pobre como el de su marido y ella, que sólo contaban con unos cuantos acres de tierra pedregosa, resultaba muy difícil alimentar y cuidar a tantos cuerpecitos y tantas almas.

Sin embargo, ahora, al pensar que en adelante no daría más frutos, se sentía inmensamente triste. Cerró los ojos una vez más, cruzó las manos sobre el pecho, y empezó a rezar al Altísimo, pidiendo la ayuda divina en el camino penoso que tenía delante.



Cuando el niño y la madre estuvieron ya atendidos, se permitió al padre que entrara en la pieza. Aunque tenía cerca de cincuenta años de edad, pasados en su mayor parte luchando con la tierra, estaba aún en lo mejor de la vida. Al aproximarse al recién nacido se descubrió. En homenaje a la nueva vida persiguió, y dobló una rodilla.

—Que Dios te bendiga —dijo al niño.

Luego, fue hacia la cama y saludó a su esposa de la misma manera, diciéndole con dulzura:

—Gracias a Dios, todo pasó ya.

Al mirarlo, ella sonrió débilmente.

Me alegro de que el último hijo que te doy sea un varón.

—Que el Señor te lo pague! —repuso él con fervor, y volvió a inclinarse ante ella.

La anciana trajo el niño a la cama, poniéndolo contra el pecho de la madre.

—¡Aquí está la jóva más nueva y chiquita de la casa!

Al poner las manos alrededor del cuerpo del bebé, y sentir su corazón fuerte y flamante latiendo entre las costillas, del alma de la madre desapareció todo rastro de pena. Se le formó un nudo en la garganta, y las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Alalado sea Dios! —exclamó fervorosamente.



En el corral comenzó a cantar un gallo: Su voz se abió, áspera y fuerte por encima del ruido que hacía el viento de noviembre, que se abría paso con violencia entre las nubes.

—¡Que Dios proteja a mi hijo! —pidió la madre al oír el canto del gallo.

Todos los gallos del pueblo se unieron en el canto, hasta que formaron una sola voz que saludaba el amanecer.

—¡Que Dios libre de mal al pequeño! —dijo la otra mujer.

Muy lejos, los oídos rugían con fuerza al chocar contra los grandes acantilados del sur.

—Que lo libre de la enfermedad —rogaba la madre—, de la deshonra, de la desgracia, que euide de su cuerpo y de su alma.

Poco después se permitió a los demás niños que entraran en la habitación a conocer a su nuevo hermanito. Erán siete. Cuatro de los catorce.



murieron. Otros tres se marcharon en busca de medios de vida. Todos los que quedaban eran de una edad que oscilaba entre los tres y los quince años. Al ver al bebé, el sombro lo hizo enmudecer. Permanecieron cerca de la cama con la boca abierta, tomados de la mano.



Entonces dejaron entrar al abuelo. El no se quedó callado. Al vez a su nieto menor comenzó a charlar alocadamente:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Todo perdura menos el hombre! ¡Ay! ¡Que la Virgen María se apiade de mí! No soy más que los restos de un hombre, y hubo un día en que fui...

Era muy viejo. Pocos años antes, mientras dormía en el campo, en un día caluroso, el sol le hizo mal. Desde entonces era casi un inválido;

apenas podía caminar. Chocheaba. Su cuerpo se encogía cada vez más. El peso de su cuerpo era el de un niño. Temblaba como una hoja.

—¡Ay! ¡Ay! —se quejaba amargamente—. Hubo un tiempo en que no le tenía miedo a ninguno, desde el este al oeste, que quisiera pelear conmigo. Yo era un hombre sin miedo ni...

La anciana se lo llevó fuera de la pieza, diciéndole:

—¡Vámonos, y no aburras a la gente con tus tonterías!

—¡Ah! ¡Que Dios me ayude! —murmuró una de las vecinas—. Después de todo, ¡es bien corto el camino de la cuna a la tumba!



Cuando el bebé fué instalado en su cuna, junto al fogón de la cocina era como un rev en la casa. Toda la familia lo atendía. Era una tarca

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)

Entre libros y autores

Miguel Ángel Gómez, ante

MIGUEL ÁNGEL GÓMEZ es poeta. Hombre de inquietudes múltiples, por el mismo, y de múltiples ocupaciones a pesar del concepto corriente y tan falso de que el poeta

es un ser que sólo sirve para componer versos a la amada y a la luna. Ha publicado tres libros de poesía: "La rosa sobre los vientos", "Anhora" y "Tierra melancólica" (este último mereció un premio municipal), y fundó una revista, "Canto", en la que colaboraron algunos de los más destacados poetas jóvenes de hoy. En la actualidad, entre la fotografía, la cinematografía, la poesía, la abogacía, un puesto burocrático y su devoción por la literatura infantil, tiene bastante con que llenar sus escasas horas de ocio.

Le sorprendemos en su estudio, a medianoche, en horas habilitadas expresamente para nosotros, y de inmediato, teniendo por testigos una "Quimera" de Persico, algunos productos de la vocación fotográfica de nuestro poeta, que cuelgan de las paredes, una reproducción de la "Santa María" y un barquito encerrado dentro de una botella, además de una nutrida biblioteca, que da testimonio de los variados oficios y aficiones de su dueño —desde los boletines de "La Ley" hasta las "Odas seculares" de Lugones, pasando por "Una

edición inglesa de "La Cenicienta"—, iniciamos el interrogatorio de práctica:

—¿Cuántos libros tiene dados a la estampa, Miguel Ángel?

—He publicado ciertos libros de los que estoy cabalmente arrepentido, pero no creo que ello me invalide para opinar acerca de la poesía argentina...

—Precisamente, acerca de ella queríamos preguntarle.

—Y así distingo la poesía de sustancia argentina y la que se escribe —nó se llamaba— en la Argentina. En cuanto a la primera, atino la grandeza de "Romances del Río Seco", de Lugones, y algunas odas de Ricardo E. Molinari. Y en el ascetismo, no pintoresco y sobreviviente al ultranismo de, por ejemplo, Borges, "Llaneza", por ejemplo. Dentro de los que escriben con entera dignidad, con igual intensidad nacional en buen sentido, anoto a Bernárdex y a Marchal. Le advierto que no cito porque sí. Algún día será prolijo y fundaré la razón de la preferencia y las deliberadas exclusiones. Pero todavía cuesta ser poeta en la Argentina: no se ha encontrado definitivamente el concepto seguro de la cultura nacional, lejano del remedo folklórico, ni se concuerda, por lo menos, en que el país, por definición física, rechaza lo solemne, lo vacío; aunque en eso, por desdicha, mucho se persevera. Adolfo de Obieta, caboso entre los jóvenes, fijó este punto en un artículo de "9 Artes".

—Y respecto de los jóvenes, ¿qué puede decirnos de la generación de 1940?

—El azar me hizo fundar una revista

afinera. Por primera vez aparecieron en conjunto los escritores de la llamada generación de 1940, cuya existencia como tal no ha sido comprobada por hechos ni intenciones comunes. Hay valores de ex-



traordinaria dotación: unos de fino trasluz británico, como J. R. Wilcock; otros de mayor sentido americano, como Enrique Molina, para mí lo más serio entre los jóvenes. Y es merecido recordar a Alfonso Sola González, y afirmar que la poesía joven femenina, con idéntica seriedad, es

Un Congreso Balzaciano



Buenos Aires. Se trata de la "Confraternidad Universal Balzaciana", fundada hace varios años en Montevideo por don Santiago Gastaldi, en cuya casa, asienta a la vez de la institución a que nos referimos, funciona asimismo un Museo Balzaciano.

A la "Confraternidad" pertenecen, en calidad de miembros adherentes, los más grandes nombres de la literatura contemporánea mundial, y la sociedad, no obstante la relativa obscuridad en que desenvuelve su existencia, no deja de trabajar activamente por la mayor gloria del gran novelista francés.

Lo prueba el hecho de haber emprendido recientemente una campaña tendiente a organizar el Primer Congreso Universal Balzaciano, con motivo de la próxima celebración del seso de la muerte de Balzac, que tendrá efecto en 1950.

NOTICIAS BREVES

—Se encuentra entre nosotros el abate Omer Engelbert, autor de una "Vida de San Francisco de Asís", quien se halla recorriendo esta parte de América a la búsqueda de editores para la célebre "Patrologiae cursus completus", de Migne, pues en la actualidad ningún editor europeo está en condiciones de reimprimir los 221 volúmenes en folio de los Padres de la Iglesia Latina, completados por los 166 tomos de los Padres de la Iglesia Griega. Es muy posible, por lo tanto, que ese trabajo casi gigantesco sea llevado a cabo en la Argentina.

—Con motivo del estreno de su última producción dramática, titulada "Manos sucias", Jean-Paul Sartre ha dicho recientemente en París que "el teatro no está hecho ni para la demostración ni para la solución. Se alimenta de cuestiones y de problemas. Como en Sófocles, ninguno de mis personajes tiene razón o sinrazón".

—En Mónaco serán editados nuevos relatos inéditos del escritor italiano Curzio Malaparte, cuyo libro "Kaputt" causó sensación en los últimos tiempos.

—De los 4,600,000 francos que computa el Premio Nobel concedido a André Gide, el fisco francés se quedará con unos 2,000,000, o sea muy poco menos de la mitad.

—"Los emigrados" se titula la novela que acaba de publicar la escritora rusa, radicada en Buenos Aires, señorita Olga Volkonskiz, quien encara en esa su última producción la pintura de la existencia de los emigrados rusos después de la Revolución.

La poesía

representada por Olga Orozco. De ellos, como de Carlos Alberto Álvarez y de ambos José María Castañeira de Dios y Fernández Uscón—, ha de surgir un poeta, el que nos está faltando. Con otro sentido estético—cada uno de aquellos tiene raíz distinta—señala a Obieta otra vez, a Eduardo Jaque, de poesía más descomulgada, junto a la fineza de Paine. No olvidó a Barbery, que encará el tema nacional con imágenes de luciente serenidad. Y en este aspecto, sólo León Benarós, con acento llano y popular, profundo y hasta patético a veces, junto con Jorge Calvert en otro estilo, demuestra preocuparse visiblemente de incorporar a sus poemas los hechos del país. Pero por desdicha sólo hay nombres, poemas sueltos, no obras que citar, aunque hay mayor esperanza en ellos, o en otros jóvenes, que en casi todo lo anterior. Eduardo Jorge Bosco ha dejado poemas que son un ejemplo en cuanto al abandono de lo santuario, de la imagen sola, de la enumeración deslizada, y afinados en la querencia de las cosas del país. Por eso sus compañeros no habremos de lamentarlo bastante.

—Diganos algo de usted mismo, de sus proyectos, de las cosas que prepara.

—Quisiera tener tiempo, poder escribir solamente para tentar una aclaración de lo que ha pasado, en poesía, por nuestro país, desde Lugones hasta ahora. Ese es mi mayor proyecto. En cuanto a creación personal, algo tengo escrito a pesar de muchas cosas, y gracias a otras. Algún día habré de publicarlas. No tengo apuro.

Enemigo del arco iris

Celebrábase un día una comida en casa del pintor inglés Haydon, a la que habían concurrido conocidas figuras de la vida artística y literaria británica.

Al finalizar la misma, el poeta Keats, uno de los asistentes, se levantó y con la copa en alto propuso el siguiente brindis:

—A la execración de la memoria de Newton.

El asombro y la extrañeza fueron generales. Otro gran poeta que se hallaba presente, Wordsworth, pidió las consiguientes explicaciones al proponente antes de brindar. Keats respondió:

—Porque ha destruido la poesía del arco iris, reduciéndolo a un prisma.

Y de ese modo fué como se habló por que la memoria del gran sabio fuese execrada.



Horacio Esteban Ratti, autor de "Con la rosa, la lluvia y la estrella", libro donde su autor expresa, con palabra justa y acento emocionado, su rico intimidad poética.



"El cloro amor" titula el volumen de poesías que Alfredo Turrello ha publicado recientemente con general aceptación por parte del público y también de la crítica.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

CON LA ROSA, LA LLUVIA Y LA ESTRELLA, poemas, por HORACIO ESTEBAN RATTI. 95 págs. Bs. As. ADIOS DESDE LA MUERTE, poemas, por AURORA VENTURINI. 86 pgs. Ediciones del Bosque. La Plata.

"REVISTA DE MATEMÁTICAS Y FÍSICA TEOLÓGICAS", 193 págs. Ed. Revista de la Universidad de Tucumán.

"EL TIBURON DE QUILLA", por HORACIO ESTOL. 249 págs. Editorial Castelli. Santa Fe.

EL DETALLE EXQUISITO



que revela su sensibilidad de mujer, es el aroma grato y persistente de Colonia Rusa de Preal.

Adóptela usted también. Colonia Rusa de Preal, perfume juvenil, delicado, persistente, que atrae y retiene.

En venta en tiendas, farmacias y perfumerías

Colonia Rusa
de PREAL

Camauér & Cia., Soc. de Resp. Ltda.

INDUSTRIA
ARGENTINA

Inclán 2839/47

Capital \$ 200.000 m/n.

Buenos Aires.

CONFIDENCIA A INGRID

Un cuento de

ALBERTO FRANCO

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

Sábado 8.

AMIGA: Si esta carta llega a sus manos, la sorprenderá que le haya escrito a usted, precisamente a usted, que está tan lejos en la distancia y también en el tiempo. Pero, qué quiere usted. Me he pasado toda la noche, toda la santa noche, revolviendo recuerdos. Encontré una tarjeta de usted. Está fechada en una ciudad y en una data lejanas. En ella me dice usted: "Apenas le conozco; es cierto. Pero no importa: para sellar una amistad basta sólo una palabra buena recogida en el viento". Yo guardo esa palabra de usted y la invoco ahora para justificarme. Pero, ¿es que acaso necesito justificación? ¿No hay algo más poderoso que mi voluntad que me impulse a escribirle? Mire usted: yo debo decirle cómo ha sucedido todo, cómo aconteció esta soledad que pesa en el aire y acabará por desplomarse. Necesito decirlo. Mas, ¿por qué precisamente a usted y no a otro? No me obligue a pensarlo. No lo comprendo ni me importa. Todo este instante está lleno de usted, como el otro instante, el otro — ¿me entiende? —, estaba lleno de ella. Yo creía que era muy fácil contarle. Pasó tan levemente. Fue cosa tan imprevista, tan pequeña. Y, sin embargo, qué difícil es explicarlo ahora. Bastaría decir que ella se ha muerto. Pero no es eso. No se tiene con eso la idea de lo que fue su muerte. Llamé con los nudillos a la puerta, muy despacio, como si tuviera miedo de despertarla. Entonces sobrevino un leve parpadeo, y la vida se le escapó por una sonrisa. Eso es: por una sonrisa.

No podía ser de otro modo. Toda su vida se prodigaba así, con una sonrisa. Hay cosas grandes, enormes, que pasan y se van y no dejan huella. En cambio, es poquita cosa que esa su sonrisa ha dejado, al apagarse, la alcoba muerta de frío. Ahora va a amanecer. Debo correr todas las cortinas, porque la luz es guaranga y hace danzar los recuerdos ante mis ojos.

Si pudiera...

Lunes 10.

Así, un poquito cada día, tal vez alcance a decirselo todo. Ayer he paseado solo por las calles del puerto. Solo. No tengo amigos. Nadie me espera y yo no espero a nadie. Puedo venir a mi alcoba,

ahí ya la noche, y borronear cuartillas o quedarme sentado mirando el humo de mi cigarrillo. Pienso en los barcos que se van, mar arriba, mar abajo, con su carga de adiós. Ellos viven prisioneros en su libertad, atados a una cadena de puertos y de anclas. Mi vida, en cambio, es un barco que yo puedo manejar a mi antojo. No tiene prisa por llegar y puede pasarse un siglo navegando a la deriva. Aunque a veces pienso si yo no soy un esclavo de mi propia soledad; si la libertad no es nada más que una palabra bella. Quién sabe. Vivimos, y vivir es irse muriendo poco a poco. "La muerte nuestra de cada día, dánosla hoy". Es preciso repetírselo siempre. La idea de la muerte nos hace más buenos, nos identifica más con nosotros mismos. Y ésta es lección provechosa.

Vuelvo a releer lo escrito y observo la falta de cohesión, la visible incoherencia de mis frases. No puedo recordarlo. Ellas se ajustan a mis pensamientos. Debo fatalmente interrumpirme, saltar de una cosa a otra, distraerme a cada instante. Hace un momento, el ruiseñor de Stravinsky cantaba en la jaula de mi vitrola. Ahora ha venido otro pájaro, se ha posado en el alfiler de mi ventana, se ha llevado en el pico un recuerdo muy dulce que tenía destinado para usted. Es octubre. Con los primeros atisbos de la primavera, los pájaros, amiga mía, se han vuelto locos.

Ella vino también en una primavera, en una primavera igual a ésta. Tenía un nombre claro como agua de cantaro. Yo ponía mis manos entre los rizos de su pelo, y mis pobres manos se bañaban en oro. Fue — ¿es preciso que se lo diga? —, fue justamente cuando usted se marchaba. Usted y yo apenas si cambiáramos unas pocas palabras. Sin embargo, cuando usted partió, yo estuve mirando cómo se alejaba el barco, cómo se perdía en los pañuelos en la popa; cómo se perdía en la distancia. Y regresé más triste. Yo no sé por qué relaciono ahora estas cosas: estoy por creer que en la vida se ligan todos los acontecimientos, que todo está previsto, que todos los hechos humanos son los eslabones de una infinita cadena que ciñe al mundo, y al cabo de la cual — si tiene término — el primero y el último hombre se encontrarán tomados de la mano. Esta idea acude siempre a mi mente cuando repaso, como lo hice ahora, las vienas rondas de la muerte, que

yacen en los historiados pliegos de la suspirada Edad Media. "Dixo la muerte al caballero". ¿Se acuerda?

Lunes 10, tarde

Es menester que lo diga todo, que vuelva a revivirlo paso a paso. Usted no lo sabe y yo quiero, yo quiero que usted lo sepa. Cuando ella vino por primera vez, la recibí con recelo. Pero ella supo adelantarse en mí, acomodarse a todos los rincones, llenar todos los huecos. Lo hacía en silencio, con pasitos menudos, con mano ligera, con su invariable sonrisa. Ibanos juntos a los parques, a los paseos, a las ferias de diversiones. En los días de sol, visitábamos las casas vacías, las casas que se ofrecen al pasajero con sus carteles azules y rojos. Preferíamos las viejas mansiones, de grandes salas destartalladas, donde el eco repite nuestros pasos, donde puede oírse el rumor de las arañas que tejen su velo de novia. La noche nos sorprendía bajo las luces de la ciudad, ante las vidrieras que despertaban la codicia de los hombres, de esos pobres animales ahitos, bajo el caos de los anuncios luminosos.

Se vivía despreocupadamente, soñando un sueño demasiado dulce, jugando un juego demasiado peligroso. La vida pasaba a nuestro lado, se iba sin que lo sabíamos, se iba sin que lo advertiéramos siquiera. Tenía miedo. Tenía miedo a tanta felicidad. ¡Huí! Tal vez ella, al volverse para tomar mi sombrero, enjugó con la manga de su blusa una lágrima fugaz.

Quéde otra vez solo, otra vez en mi lírico desorden. Transcurrieron tres meses largos, llenos de lagunas de aburrimiento, de extrañas inquietudes de inconfesables deseos. Iba sin rumbo, de un lado a otro, ajeno y enajenado. Volví a los lugares que visitábamos juntos; torné a las grandes casas vacías. Todo estaba triste, doblado de angustia. Quise buscar nuevas sensaciones en los placeres vedados, en los lugares donde la ley no escribe su letra. Visitaba el fumadero de Tchen el Lagarto, donde se juntaban, en increíble promiscuidad, hombres de todas las razas. Era curioso observar cómo esos seres, tan distintos entre sí, se comprendían y se estimaban. El vicio los unía como no hubieran conseguido unirlos las virtudes.

Seguí embriagando mis horas, pero era inútil.





Volvi.

La casa estaba en silencio. La muerte había entrado y el aire olía a flores marchitas. Ella estaba pálida, muy pálida, en su cama, y las cortinas velaban la luz que quería penetrar en la habitación en raudales de vida.

Me recibí con su sonrisa más triste. La tristeza es la vejez de la sonrisa. Una gran piedad inundó mi corazón. Hacía frío. Leíamos junto a la ventana, bajo el tibio sol de invierno, bellos libros de viajes, y recorríamos postales de países lejanos. Acariciábamos proyectos de viaje, de fugas imposibles. Pero ella sabía que nada era cierto, que estaba llegando el fin. Y se apagó despacio, como había vivido. Con su última, triste y desolada sonrisa.

Martes 11

He aquí, amiga mía, cómo todo está dicho, cómo todo está consumado. ¿Comprende ahora por qué es difícil explicarlo? Sucedió tan fugazmente, que resulta inabismable. Se nos escapa, como arena de mar entre los dedos.

Usted, amiga mía, es bella, y tiene en sus manos aprisionada la ternura. Su nombre, nuevo para nuestros oídos, le da ese prestigio de lo que viene de muy lejos. El ha sido el refugio de mi soledad en muchas horas vacías. Quizá sea la gratitud lo que me mueve a escribirle. Ahora que le digo todo esto, tal vez no le extrañe tanto mi carta. Recién ahora empiezo a comprenderlo. Cuando la vi a usted por primera vez, me asombraron su quietud y la serenidad de su palabra. Pensé para mí: "Se diría que nació en un país

de soles muertos".

Hoy, al cabo de tanto desangrarse en las duras faenas de la vida, mi corazón la busca una vez más a usted, apenas en entrevista y largamente esperada. Parecerá irreverente mi voz, levantándose sobre el recuerdo todavía caliente de una muerta; pero estoy tan deshecho que nadie se atrevería a condenarme.

A través de todos los rostros, de todas las miradas, de todos los excesos, mis deseos, mis esperanzas, mis sueños estaban puestos en usted. Es muy tarde para remediarlo. Sin embargo...

No. Es imposible; es por primera vez imposible. No debo hacerlo. Ahora mismo voy a romper esta carta en trocitos menudos, muy menudos, para que usted no sepa nunca, nunca, amiga mía, cuánto lo quiero *

ACTUALIDADES



"LA ARGENTINA".—A bordo del buque escuela, donde hacen su aprendizaje nuestros marinos, días antes de su partida se ofreció una recepción, a la que asistieron el presidente de la República, su esposa, el ministro de Marina y otros jefes y funcionarios.



CEREMONIA.—Durante una emotiva ceremonia, el primer magistrado de nuestro país, general Perón, colocó el pectoral con que el gobierno distinguió al obispo de Resistencia, Monseñor Nicolás de Coria.



ANIVERSARIO.—Al cumplirse el 106° aniversario del fallecimiento de D. Alejandro M. de Aguirre se ofició una misa, a la que asistieron jefes del ejército y altos funcionarios de la Nación.



AYUDA.—La fuerza aérea argentina prestó su rápida e inmediata ayuda al pueblo hermano de Colombia, mediante el envío de alimentos y medicamentos, que lo ayudarán a superar las consecuencias de los trágicos jornadas vividos recientemente.



CONCERTISTA.—Ernesto de Donahay, famoso pianista húngaro, que comenzó en el Teatro Colón su serie de conciertos, con gran éxito de crítica y de público.



CONVENCIÓN.—Una vez más se reunieron en su convención habitual los señores de la Sociedad Anónima Caty, para convenir las diversas actividades que cumplirán durante el año.



INVITADO.—Visto a Holando, invitado oficialmente, el Dr. Enrique Gil. Lleva una misión encomendada por la Cámara Argentina de Comercio y pronunciará en el citado país varios conferencias.

GRAFICAS



HOMENAJE. — En memoria del doctor José María Bastillo, autor del Código de Justicia Militar, se realizó un homenaje. Durante la ceremonia disertó en nombre del Consejo Supremo de Guerra y Marina el contraalmirante Gastón Vicendeau.



AGASAJO. — El Club Amigos del Teatro agasaja recientemente, mediante una cena en sus salones, al Intendente de la ciudad de Buenos Aires, Dr. Emilio P. Siri.



BECARIA. — Alejandro Suárez Pacheco, que mereció uno de las becas otorgadas por el Superior Gobierno de la Nación, y que es la primera mujer agraciada con el título de profesora superior de órgano.



ARTISTAS. — Una pareja muy agasajada en nuestros principales salones es la formada por Los Trioneros, distinguidos cultores de los danzos españoles.



ARPISTA. — Actúa ya en nuestra ciudad el famoso artista del arpa Nicófor Zabolito, bien conocido por nuestro público, y o quien la crítica europea juzga como un gran valor contemporáneo.

Con ustedes...

¡FIORAVANTI!

en la transmisión del

CAMPEONATO DE FUTBOL

Profesional de 1a. División
ofrecida por GILLETTE AZUL

Con Borocotó, Damián Cané, Raúl Peire y Tito Martínez en informaciones y comentarios directos desde todas las canchas.

Y todos los domingos a las 12.04 "Anticipando la Fecha", con las últimas noticias, formación de equipos, pronósticos, etc.

LR4 Y LA RED ARGENTINA DE EMISORAS

SPLENDID

Gillette

AZUL

La hoja preferida de los hombres que exigen lo mejor

Locion

Gotas de Amor



EL PERFUME DELICADO Y SEDUCTOR QUE CONDENSA SIMPATIA Y AMOR. OTORGA EL TOQUE FINAL DISTINGUIDO QUE PERDURA...

Y PARA SUS LABIOS

ROJO FRESIA
¡SUFRENO!



LAPIZ LABIAL
GOTAS DE AMOR

Y 7 HERMOSOS TONOS DE GRAN MODA: ROJOS: AMOR • SEVILLA • HAWAI • LLAMA • MEDIUM • CICLAMEN • ROSA PLATA

Una ladrona

EN las primeras horas de la noche entraron en la comisaría cuatro personas acompañadas por un agente. Este entregó un papel, un pequeño envoltorio y dijo algunas palabras a un escribiente que estaba detrás de una mesa, pluma en ristre, y luego se retiró. El escribiente, al enterarse del contenido de la papeleta que le entregaran, dejó su asiento, y con desusada amabilidad invitó a sentarse a los recién llegados. ¡Caramba! ¡Nada menos que uno de los gerentes de "Fun y Fun", la tienda más grande de la ciudad, figuraba entre aquellos tres señores y aquella muchacha que no cesaba de llorar ni dejaba que se le viera la cara!

— ¡Sentense ustedes... Siéntense... Ya va a llegar el sub... — Gracias — respondió uno de los del grupo, y tomaron todos asiento en un largo banco de madera sin respaldar, que se hallaba arremado a la pared.

La muchacha ocupó un extremo del banco.

Media hora después llegó el subcomisario, ocupó el lugar del

escribiente en la mesa, púsose éste a su lado, empuñó resueltamente la lapicera, y con media resma de papel de oficio por delante, comenzó a garrapatear en silencio.

A una señal del sub, el gerente de la casa "Fun y Fun" abandonó el banco y se aproximó a la mesa. Era un tipo alto, rubio, desteñido, que hablaba dificultosamente el castellano.

— ¡Sí, señor... La cosa no tiene en sí misma mayor importancia — dijo —. Según me han comunicado mis empleados, esta... mujer, que estaba de vendedora, acostumbraba robar mercaderías. Hoy, a la salida, uno de los inspectores que están en la puerta, le descubrió que llevaba un par de medias de seda. Entonces ella las tiró al suelo... El inspector llamó a un superior y comprobó suficientemente el delito. Ella hizo un gran barullo, que es lo que lamento, por la seriedad de la casa. Lloró... Negó lo que estaba a la vista... Ahí están las medias... Y por fin, se echó sobre el inspector que la descubrió y le arañó la cara y las manos como una gata, verdaderamente...



Genel
Jalen

un cuento de BERNARDO GONZALEZ ARRILI

ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA

Durante los largos intervalos que el gerente ocupaba en buscar las palabras difíciles de su vocabulario, no se oía en la sala más que el rasguño de la pluma sobre el grueso papel de oficio y alguno que otro suspiro de la muchachita.

—¿El inspector? — preguntó el subeintendente.
—No ha venido todavía — respondió el gerente —. Ha sido llevado a una botica para que le curen los arañazos.
—¿Esa es la mujer?...
—Sí, señor, ésa...

—Pase usted — ordenó el sub, con voz aguardentosa.
El gerente regresó a ocupar su sitio en el banco. La muchacha se acercó a la mesa, ahogada en sollozos.

—A ver. Sáquese el pañuelo de la cara. ¿Como se llama?...
La muchacha descubrió la mitad de su

carra, mojada por las lágrimas. Era una rubia preciosa, no mayor de veinte años.

—¿Cómo se llama? — insistió el policía.
Ella dio un nombre y una dirección.

—¿Por qué robó usted este par de medias?
—No, señor... Yo no he robado nunca,

nunca... — respondió ella, con palabras truncas, antes de asomar a sus labios.
—¿Cómo? ¿Y las medias? — interrumpió

impaciente el gerente de "Fun y Fun".
—Tengo la amabilidad — le dijo el sub —;

no interrumpa el interrogatorio.
Y abrigándose a la muchacha, agregó:

—A usted se le acusa de haber robado un par de medias, de un valor de catorce pesos en las circunstancias que acaba de exponer el señor...

—¡Miente!...
—¡Eh! ¡Así no se dice!...

—Es mentira, señor, completamente mentira, yo no he robado nunca...

—Y las medias?
—Yo no sé, ni las vi... A mí no pueden

habérselas caído, como dicen... Es mentira, mentira...

El lloro se hizo más abundante.
—Bueno. ¿Y por qué entonces lastimó

usted al inspector que la descubrió?
—Porque es un sinvergüenza, señor, un

sinvergüenza...

La declaración de la muchacha no adelantó mucho más. La de los dos testigos que la acompañaban al gerente coincidía en un todo con la de él. La vendedora, descubierta por un inspector, a la hora de la salida, había querido librarse del "cuerpo del delito" arrojándolo al suelo. Al comprender que la trata no le valía, se echó sobre él y le arañó la cara. Se produjo un escándalo, perjudicial para la seriedad de la casa, que presenció un centenar de personas, y eso fué todo...

Firmadas las declaraciones que llenaban cuarenta y una páginas de oficio, los tres individuos se despidieron y marcharon. Quedó sentada en un extremo del banco de madera, la muchacha rubia, que continuaba llorando desconsoladamente.

Retirado el sub, el escribiente estuvo largo rato contemplando la figura interesante de "la ladrona" y chupando el mango

de la lapicera... Era el escribiente un muchachón alto, desgarbado, con cara de bueno o de contento. Hacía unos pocos meses que estaba allí llenando pliegos de papel de oficio con su letra endemoniada, y no había tenido aun tiempo de enduquecer el corazón con el espectáculo cotidiano del delito. De primera intención, todos los delincuentes eran para él inocentes víctimas de la maldad de los otros. Así le estaba pareciendo, una vez más, que era aquella muchacha rubia, ¡tan linda!, acusada del delito de robar un par de medias. La pobreza — él lo sabía — tenía la culpa de muchas cosas. Las medias — también lo sabía — constituían una verdadera obsesión para las muchachas bonitas. ¡Cómo se resigna una chica con piernas bien formadas — como parecían ser las de la rubia — a no llevarlas enfundadas en la seda transparente y brillante de un excelente par! La tentación era fuerte pasando el día entero en una tienda. Acaso la pobre estaba obligada por la necesidad a usar antipáticas medias de algodón oscuras y tupidas, que disminuían el encanto maravilloso de sus pantorrillas. Las ansias de seda estaban todo el día, como tentándola, delante de ella, y... naturalmente, se guardó unas en la cartera, dispuesta a lucirlas en la tarde del próximo domingo... Peio, ¡no! ¡Era

(CONTINUA EN LA PÁGINA 112)

PERMANENTES las más BELLAS

PERMANENTES MAGNIFICAS

PERMANENTES ONDA AL FRIO
sin máquinas, sin hilos y sin calor.

PERMANENTES
ASOMBROSAS POR SU NATURALIDAD

TINTURAS las más Perfectas

TINTURAS
"POLICROM" al aceite

TINTURAS
LAS MAS ELEGANTES

PEINADOS Hermosos
Masajes y Manicura

CANAS

Tintura Instantánea
"POLICROM" al aceite. Hermosos colores y de fácil aplicación para particulares. En venta en "La Esmeralda", C. Pellegrini 425 y sucursales. Envíos al interior, contra reembolso



LA ESMERALDA

La mejor y más grande peluquería de señoras en Sudamérica

S. R. L. Capital: \$ 400.000

Casa Central: C. PELLEGRINI 425

T. A. 35 - 6645 - 1233



ELEGANTE. — Angela Lansbury, una de las estrellas que, en los últimos tiempos, más se ha destacado por la gracia de su deportividad y también por la fresca y genuina de su belleza.

Cine

por **AMELIA MONTI**

ENTRE ASTERISCOS

MARLENE DIETRICH recibió una alta distinción norteamericana por su contribución de ayuda a los soldados durante la guerra. Fué la actriz que más representaciones ofreció a los combatientes pasando de un frente a otro. El director de la Academia Militar le hizo entrega de la Medalla de la Libertad que, emocionada, recibía y agradeció la estrella



Que el mas famoso pianista del mundo, acepte utilizar en sus programas una obra musical escrita para el cine, constituye una nota de gran trascendencia en los círculos artísticos. Para muchos entendidos, que desprecian las composiciones tonales creadas en Hollywood será una conmoción enterarse de que **ARTURO RUBINSTEIN** hará figurar en su repertorio el "Concierto en Mi Menor", de Leif Stevens, escrito originalmente para "Mi corazón te guía".



ETHEL BARRYMORE, una de las primeras damas del teatro estadounidense, desdén la pantalla durante largos años. Pero un vigorosa papel terminó por seducirla y los resultados le produjeron tan auténtica satisfacción, que desde entonces se convirtió en un elemento activo de la pantalla platinada.

UN ACTOR MULTIPLE

Pocos personajes más difíciles de interpretar que el Goyo Rios, el protagonista de "El Tambor de Tacuarí", que encarna Juan Carlos Barbieri. En las escenas en que interviene ha debido andar a caballo, sostener un serio combate a sable, redoblar en el combate a caballo, bailar el clásico minuet tambor, bailar el clásico minuet, recibir un sabroso malambo, recibir bofetadas y latigazos; arrojar al río desde una barcaza y ganar la playa a nado. Pese a todo, Juan Carlos Barbieri afirma que aun le gusta filmar y que es así como comprende el la labor del actor que procura identificarse con su personaje cinematográfico.



ANGULOS Y ENFOQUES



Está en vís de ser estrenada — en fecha muy próxima — la nueva producción de Lumiton, titulada: "Una atrevida aventura", que reúne por primera vez en la pantalla a Susana Freyre y Roberto Escalada. Ambos fueron dirigidos por Carlos Hugo Christensen

Ha dado comienzo en las galerías de E.F.A., el rodaje de "Romance sin palabras", que dirige Leopoldo Torres Ríos. El mencionado film, que se desarrollará sobre un tema de la escritora Adela Beltrán, será animado por Miguel Faust Rocha, Carmen Valdivia, Vida Davis, Elinor Almer, Alejandro Maximino, Darío Galaray y José Comellas.



En un gran decorado, que reproduce fielmente la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, y que ocupó integralmente una galería de los estudios que Emulca posee en Martínez, se filmaron las escenas culminantes y finales de "La novia de la Marina", producción de Ricardo Núñez, que realiza la citada empresa, con Susana Freyre, Ignacio de Souza, Alberto Bello, José Luis Rodríguez, Marcelo Díaz, Nelly Duggan, Torrestio Pintos, etc.



Actualmente se trabaja en los estudios de Wuyro, donde se halla más avanzada la rodaje de la nueva producción Lumiton, "La muerte camina en la lluvia", film de categoría en el que el director Carlos Hugo Christensen aborda por primera vez un género de temas tan poco común entre nosotros.

Comenzó a rodarse la tercera producción del año de la cinematográfica, que lleva adelante su plan de 1948. Odió Betón es la protagonista de esta aventura y comparte los honores estelares con Fernando Cortés, el actor-director.

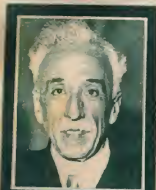


Tristes Argentinos Asociados, nos informa que ha reanudado su actuación ante la cámara con Enrique Muñoz, quien encarna — juntamente con Ángel Magaña — uno de los principales papeles de "La calle amarilla", película basada en un cuento original de Jorge Alberto O'Quinn, ejerciendo la dirección Lucas Demare.

SUGESTIVA — "So evil my love", titulada en inglés la película a la que corresponde esta escena, tomada al lado de Roy Milland muéstrase en todo su atractivo Ann Todd.



EL REALISMO Y EL NATURALISMO



Por

**VICENTE
ALCALÁ
ZAMORA**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Las inclinaciones al realismo aparecen de antiguo en las letras españolas, no como tendencia deliberada y pasajera, y sí como propensión espontánea y permanente, cual si ese afán de reflejar fielmente la vida fuese consecuencia y pedestal necesarios para sentir impulsos, atracciones y hasta quimeras, de índole muy distinta y aun opuesta. Casi puede afirmarse que ese rasgo, con sus caracteres de racial más todavía que de literario o nacional, aparece ya mostrado cuando no existía ni podía existir el idioma; porque dentro del clasicismo antiguo, si algunos se aproximan a Marcial en desvergüenza, o a ratos lo aventajan, ninguno lo iguala ni lo supera en la fuerza de su realismo absoluto. Desde los primeros balbuceos del habla, en la infancia misma de la literatura, son realistas y sencillas las comparaciones poéticas de Berceo, como lo es el poema del Gid, no sólo en la parte de cabal coincidencia histórica, sino además en la de inspiración legendaria, dándole ese tono de verosimilitud impresionante, que no rebaja su calidad, inconfundible y superior respecto de una mera crónica rimada. Dentro de la literatura hay que incluir el precezo y va ingente monumento de Las Partidas; y dentro de ellas, a pesar de no ser el campo más adecuado para el cultivo del realismo, éste asoma sin rebozo en crucezas ingenuas, que acaban dando cierto aire de ingenuidad cruda al código, no sólo cuando castiga vicios mirados como delitos, sino cuando resuelve complicados problemas de familia, o se refiere nada menos que a la propia dinastía. La tradición mantenida en los siglos posteriores, y afirmada desde la poesía a la lev, está destinada a imperar en la novela; y con demasiada frecuencia en "La Celestina", o sea en el "libro a la verdad divina", si encubriera más lo humano, que en el "libro a la verdad divina", formulada por la crítica cervantina desde la altura, en cuyo ambiente muere va la envidia. Ese imperio del realismo sobre el dilatado campo de la novela fué afirmándose con el desenvolvimiento de ésta, sin tímideces dentro de la picaresca, con mayor decoro en "Las Ejemplares" y en el propio "Quijote", donde para el vuelo soberano del ideal la realidad es contraste, que casi parece lev.

La fuerza de tal tradición realista había de ser obstáculo, en vez de facilidad, para el auge dentro de España de la moda naturalista triunfante más allá de los Pirineos. Naturalmente, la victoria y aun la lucha eran imposibles dentro del teatro, donde la representación naturalista hubiera significado osadía inadmisibles en las situaciones, y además con doble daño pesador insuperable en el diálogo. Pero también dentro de la novela, que parecía el campo fácilmente conquistable, el realismo español, como más arraigado, fuerte y verdadero, se impuso vencedor, resistiendo para ello sin miedo; e incluso sus coincidencias o semejanzas superficiales, en cuanto a licencias o atrevimientos, sirvieron para inmunizar, despojando de novedad y atención acoró ese aspecto a la nueva escuela. El público, y por intuición o acaso por la explicación lenta y abrumadora. Aun para lo atrevido o escabroso sirvió más presentar la vida como es que complacerse, con delectación morosa, en la rebusca comentada y explicada de la invención artificiosa.

La excepción más singular y destacada, como triunfo relativo del naturalismo, fué la señora Pardo Bazán, condesa al cabo de igual nombre, trocado de apellido en título. Mujer al fin, aunque su estilo superase con enorme ventaja y diferencias cualitativas al de las literatas de tertulias y poetisas de salón, encontró dos estímulos que atraerán su preferencia. Por un lado no pudo ser insensible en el orden literario, como en nada lo son las mujeres, al prestigio de la moda; y por otra parte halló sin duda en su afilición dentro de la nueva escuela un permiso de jerarquía literaria para abordar temas, situaciones, comentarios y diálogos que su sexo y el criterio de su ambiente social hacían de admisión difícil. Sin embargo, si como es de suponer creyó eso último, se equivocó en el fondo, porque a la misma o muy parecida libertad podía llegar continuando la tradición aneja, ella que procedía del tradicionalismo polifónico y social. Sus grandes dotes de escritora liberaron al estilo del tono plúmbeo difícilmente evitable, pero con todo su inclinación amorriguó, si es que no del todo frustró, cualidades que en sí llevaba. Gallega auténtica, de la pronia Galicia, y saez observadora, sacrificó el gracejo y el ingenio humoristas, que como una emanación del suelo o efluvió de la atmósfera, se extiende por el noroeste español o portugués de la península, y que con encarnaciones y caracteres distintos ha ido apareciendo (por no citar otros muchos casos) en la poesía serena de Campoamor; en la candente de Curros Enríquez; en la más combinatoria aún de Guerra Junqueiro; en las novelas azules y alto cócticas de Ega de Queiroz; en las zumbonas y levevemente sentimentales de Castello Branco o de Palacio Valdés; y hasta dentro de la oratoria magnífica y barroca en los donaires de Vázquez Vella. De ese modo aminó o perdió la insigne escritora un don



CURROS ENRIQUEZ

VICENTE BLASCO IBARRA, EN OCASIÓN DE SU VISITA A NUESTRA CIUDAD. (Foto Archivo Gráfico de la Nación.)

EN ESPAÑA

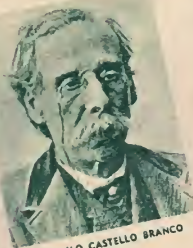
A rasgo de remoto origen celta, que más alta de España deja a sonar sus misteriosas pero innegables reminiscencias en las novelas de Wells, en las comedias de Bernard Shaw, y aun en los discursos de Lloyd George o de Aristides Briand.

En posesión de su relativo triunfo, mucho más personal que de la escuela o tendencia, la señora Pardo Bazán sintió el temor de aparecer aislada en las alturas de su talla literaria, o rodeada tan sólo por un círculo de seguidores; y quiso presentar ensanchado el de los adeptos de más categoría, jactándose con júbilo y orgullo de incluir entre los míos a Pereda. Se equivocaba por ofuscación ilusa en tal creencia. Pereda, castizo y tradicional desde el lenguaje a las ideas, fué ante todo eso, y por lo mismo un gran costumbrista: un pintor de paisajes, de usos y de caracteres que a él lo envolvían, de cuyo espíritu estaba imbuido, en cuyo interior, que para él no era recóndito, penetraba fácilmente. El presentó embellecida, por pulcro lenguaje y cuidado estilo, la vida que le circundaba, y que era a la vez la prolongación y el aire respirado en la suya propia.

Más dudoso, o por lo menos más enigmático, fué el caso de Blasco Ibáñez, con personalidad torada para no necesitar inspiración ajena, pero capaz por lo mismo de sentir y practicar la emulación ante los éxitos de cualquier origen o rumbo. Sin duda en algunas de sus novelas existen influencias clarísimas de Zola: en las dedicadas a la guerra, como "Mare nostrum" y "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", de los evangelios laicos del escritor francés; y en "La boda" y "El intruso" más que en "Sangre y arena", de la otra serie "zolaesca" de las ciudades "París", "Lourdes", "Roma". Pero Blasco Ibáñez, aun cuando se inclinara satisfecho hacia atrevimientos ocasionales, que no eran la substancia de sus obras, obedeció a muchas influencias, y en definitiva a su propio impulso, capaz de cambiar de dirección a su antojo. Si en obras como las antedichas hay remotos parecidos con algunas de Zola, también pudiera pensarse que



EÇA DE QUEIROZ



CAMILO CASTELLO BRANCO



JOSE MARIA DE PEREDA



GUERRA JUNCUREJO



ARMANDO PALACIO VALDES

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor aún a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Profesion Instructiva para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021
NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA
Nombre
Calle L. 335
Localidad

EN SU CASA, EN LA OFICINA, VIAJANDO

Un modo práctico y sencillo de tomar un laxante. Tiene la forma de chicle, se masca como chicle y tiene un agradable sabor a menta.

No tiene gusto medicinal. Pida Chicles Laxantes FEEN - A - MINT en Farmacias.

ACORDEONES DIATONICOS



MARCA PAOLO SOPRANO CASTELFIDARDO ITALIA

Nº 3000, con 8 bajos y 21 teclas, construido con voces de acero hechas a mano, fuelle de 16 pliegues forrado en tela, tejido desarmable, caja en nacarol. Medidas 30 x 29 x 16 centímetros. Voces brillantes. OFERTA RE: \$ 265.-

CLAME. Solicite catálogo. Se remite gratis al interior.
CASA SOPRANO
BRASIL 1190 - Bs. As.

Un orgullo nacional



LA REGION SERRANA
Y EL LICOR LA RÁBIDA

SU FINO
AROMA Y
DELICADO
GUSTO LE
DELEITARÁN



LICOR

"LA RÁBIDA"

HISPARGENT, S. R. L. (Cap. \$60.000.00) D'ONOFRIO 130 - CIUDADELA, F. C. O.

en "Sónnica la cortesana", al evocar la lejana vida de Sagunto asaltado por Cartago, no dejó de fijar su espíritu en la admirable "Salambó", de Flaubert. Cuando no se dejaba influir por nadie, e incluso cuando quería marchar por las sendas de otros, Blasco Ibáñez era ante todo un pintor con palabras: menos dibujante que Pereda, y mucho más colorista por la luminosidad levantina, que a través de los ojos había penetrado en el fondo de su alma, enamorándola. Por lo mismo, lo mejor de su obra, o sea lo más espontáneo, es lo valenciano, y después lo más próximo a esto, como por ejemplo lo balear.

Durante algunos años el sarampión naturalista prendió en escritores jóvenes, que pronto se oscurecieron, o se apartaron de la influencia exótica. Quizá entre ellos, el mejor dotado y el más convencido, apto y apasionado para seguir el camino, fué José Zahonero, figura interesante, con herencia de trazos románticos en su persona, aunque con inequívoca filiación naturalista en sus escritos. Los emprendió con entusiasmo, y los



EMILIA PARDO BAZÁN

abandonó con oculto pesar, tras su conversión en todos los órdenes, con renuncia de cualquier atrevimiento, va de política social, va de ética literaria. Vivió muchos años silencioso, es decir, con pluma ociosa, paseando por el salón de conferencias del Congreso la amarga, inquieta y sarcástica expresión de tristeza, en que se juntaban desengaños de la vida, y una mezcla de pesar y nostalgia al evocar calladamente sus antiguas rebelías. Era alentador para las modestias que empezában, e iconoclasta ante las fatuidades consagradas por la injusticia. Aun lo recuerdo, rompiendo su silencio para discutir nerviosamente, o levantándose al llegar alguno de los prelados que formaban parte de las Cortes monárquicas, para besar el anillo con rapidez de salto, que en nada se parecía a la inclinación ceremoniosa, sin aproximarse tampoco a la unión eclesiástica.

Del naturalismo español durante el siglo XIX quedará muy poco definitivo, más bien curioso como tema de estudio que triunfante como esfuerzo vencedor. En España fué una moda pasajera, vencida inevitablemente por la tradición inmovible y gloriosa del realismo, el cual, por si necesitara refuerzo en la lucha, recibió la adhesión de las dos figuras más grandes de nuestra novela contemporánea: en la perfección castiza y clásica del estilo, la de Valera, y en el conjunto integral de su magna producción, la de Pérez Galdós.

RISA Y SONRISA

ACLARACION

por IANIRO



—¡No, no, no!... ¡Qué Premio Nóbel ni que ocho cuartos!... La ambición de mi vida fué jugar en River Plate...

Viento, Nieve y Sol

por SEVILLA



—¡No te quedés parado ahí arriba! ¡Subi! ¡Subi!



—¡Pero, querida! Para venir aquí, bien nos podríamos haber quedado en nuestra fábrica de hielo.



—¡No lo dejes escapar!
Acuérdate de que me pro-
metiste un topado.



—¡Otra vez te olvidaste el hielo para el whisky!



—¡Apártese
¡Una avalancha!



—Venda el
San Bernardo y
haga como yo:
cómprase un bu-
rro ¡Yo sé lo que
le digo!

El Cometa



tes, con la otra desmenuzaba maquinalemente puñados de tabaco que iba sacando de un cacharro japonés con ligaduras de oro sobre fondo negro.

Lampiriere, que había terminado la lectura del informe, letrallaba los castigos:

—Agostini, finete le 2a. clase... dos días de calabozo por el sargento Tucheche, por haberse presentado en la revista sin tirantes.

—Bronn, alumno trompeta, cuatro días de arresto por el ayudante Fleck, por haber tocado diána con un pasacalle.

—Popirol, finete de 2a. clase, cuatro días de calabozo por el sargento de caballería Pié, por haber presentado armas al obuso imitando el graznido del cuervo.

Por el hueco de las cortinas abiertas sobre la tristeza chorreante de los campos cultivados, el coronel Merrays miraba caer el aguacero. Sin conmoviarse, dejando desplomarse una larga cascada de tabaco en el cacharro japonés, dijo:

—Quince días de prisión y siete de celda.

—Bien, mi coronel. Frente al nombre de Popirol, el sargento jefe de caballería trazó una cruz con lápiz y repuso con voz vibrante:

—Peticiones de permiso: El cabo Jenni, del tercer pelotón, solicita un permiso de cuatro días, con destino a Roubaix.

El ayudante de cantina Jousiaux solicita un permiso de ocho días e o destino a Bourg-en-Bresse. (Recuerda que no ha disfrutado ningún permiso desde su ingreso en el cuerpo).

Boutique, finete de 2a. clase, solicita un permiso de cuarenta y ocho horas, con destino a Paris. Lévy, finete de 2a. clase, solicita un permiso de cuarenta y ocho horas con destino a Paris.

El ministro de armas Maginel solicita del coronel permisos de noche a favor de los finetes Gira, Sinouquet, La Guillaumette, Lésarap, Lamüer y Bergeric, mercaderes por su antigüedad a la sala de armas.

El coronel aproba con la cabeza, mientras se hundía en la buca la mitad de una mano dedicada a la caza de migas de pan. De pronto, como el suboficial cerrara el cuaderno de las disposiciones, pasando cuidadosamente sobre cada página un papel secante.

—¡Ah! — exclamó —, dígame... —
—¿Mi coronel?

—Los periódicos de la localidad anuncian que hav un cometa.

Lampiriere, sorprendido, respondió:

—Sí, mi coronel, efectivamente.

El señor de Merrays prosiguió:

—¿Pues bien!... He pensado que quizás sería mi deber en esta ocasión dar a los hombres... ¡Oh! Desde luego sin ninguna pretensión... (Se esbozó una sonrisa bajo sus bigotes, al tiempo que hacía con la mano un gesto discreto, que dió en seguida a las cosas sus justas proporciones), un cursillo de cosmografía, tratando de la naturaleza de los cometas, de su marcha a través del espacio, de su periodicidad, y *cetera et cetera*. Creo conveniente que los hombres no vivan como bestias en la ignorancia de las cosas más elementales. ¿No es esa su opinión?

El sargento jefe no vaciló.

—Absolutamente, mi coronel. Dijo aquello con una gravedad lenta, como el hombre que ha penetrado la sabiduría de los designios verdaderamente superiores. Había mojado su lápiz y abriendo el cuaderno escribió de prisa bajo el dictado del coronel:

—Mañana a las once, ante las cuerdas, el coronel explicará un curso de cosmografía...

—Añada usted, familiar — dijo el señor de Merrays, que acababa de encender un cigarrillo y lanzaba por la nariz un doble chorro de humo azul... —, con relación al cometa. ¿Está usted?

—Sí, mi coronel.

—Escriba: En caso de mal tiempo...

...mal tiempo...

...el curso tendrá lugar...

...tendrá lugar...

...en la sala de gimnasia.

...gimnasia.

—Nada más.

Lampiriere saludó. Cerró sobre su dolman, constelado de una triple hilera de botones, su pesado abrigo azul y salió. Afuera seguía lloviendo copiosamente, con sálidos golpes de borrasca que se arremolinaban bajo la esclavina del soldado, levantándola y haciendo batir sus alas por momentos a cada lago de rostro.

II ORDEN DEL DIA

Con idéntico movimiento automático los humillares esbozaron el saludo militar, la mano levantada a la altura del gorro de cuartel, luego vuelta a dejarla caer a su tiempo en la misma línea.

—El coronel...

Allí estaban los cuatro escudrones en traje de cuadro, bajo la lluvia que poco a poco les iba calando los hombros; una cochina lluvia persistente, fina, que ravalaba de imperceptibles líneas el fondo sombrío de los ventanales abiertos. Aprisionado por las largas blusas de hilo crudo, estrechamente apretadas en círculo a su alrededor, el sargento jefe de caballería Lampiriere dió lectura en alta voz a la orden del día. Era un hombre pequeño, con poca presencia, y con demasiado fácil irritabilidad había



Por
Jorge Courteline

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

hecho llegar a la exasperación, pidiéndole verdaderamente fuera de sí, aquel diluvio tenaz.

Todos los permisos solicitados por el informe han sido concedidos. Mañana a las nueve, en las cámaras: teorías. A la una, revista de detalles por el señor oficial de semana. El castigo del finete Popirol ha sido elevado de cuatro días de calabozo a quince días de prisión y siete de solda.

Por momentos se interrumpía, lanzando una ojeada al espacio, como interrogando al cielo si se iba a ver pronto el fin de tal inclemencia.

— ¡A las once, delante de las

ciéntras, el coronel explicará, a propósito del cometa, un cursillo familiar de cosmografía...

A la palabra cosmografía, los jinetes, atolondrados, cambiaron ojeadas inquietas. Algunos esbozaron un gesto de saludo. La lluvia redoblaba. Cada nueva gota que caía sobre el cuaderno de disposiciones, se transformaba en una amplia estela violácea. Bruscamente, al sargento jefe le pareció que ya tenía bastante. Cerró el cuaderno, se lo puso bajo el brazo y farfullando, con la prisa de terminar, lanzó a plena voz este anuncio imprevisto, que no aminoró en lo más mínimo la estupefacción de los oyentes:

— En caso de lluvia, el cometa tendrá lugar en la sala de gimnasia.



ROMPE- CABEZAS

Un negro quiere ir al mercado de Timbuktú con una pantera, una cabra y un haz de maíz; tiene que cruzar un río que no tiene puente; sólo hay una soga tendida entre dos palmeras. ¿Qué hace el negro?

Primero ata la pantera a la palmera y cruza con el maíz, pero se da cuenta de que no puede dejar solos a los dos animales.

Vuelve pensando cómo puede cruzar sin que la pantera se coma a la cabra y la cabra el maíz.

SOLUCION:

1. — Hablando mucho, cruza la cabra al lado opuesto, volviendo solo.

2. — Después cruzó con el maíz.

3. — De vuelta trajo la cabra.

4. — Volvió a cruzar con la pantera, dejándola con el maíz.

5. — Volvió a buscar a la cabra.

6. — Al fin pudieron pasar todos sin peligro.



—¡Oh, querido! ¡Qué cariñoso estás hoy!



—Mira, querido, lo he conseguido...



—¿Te das cuenta? Dice que inventó la calesita.



—Así como le digo; este oficio de cartero tiene sus aliviadas: de vez en cuando se liga una carta sin estampilla.

Vire de familia



NOTA IMPORTANTE: Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

RAZON DE PESO

Maestra. — ¡Pero, Pachito! ¿Puedes soborse por qué tienes la manita de escribir tu nombre tan arriba de la página?

Alumno. — Es que mi papá siempre dice que hay que mantener bien alto el nombre de la familia.

SABIA LO QUE DECÍA

Un viro entra en un bar. Llama al mozo y dice:

—Deme una cerveza antes del tío.
El mozo sirve lo pedido. A los po-

cas minutos el parroquiano la llama otra vez y vuelve a pedirle:

—Tráigame otra cerveza antes del tío.

Pasado otro rato, el extraño cliente hace el mismo pedido anterior:

—Sírvame otra cerveza antes del tío.

Lo de "antes del tío" termina por picar la curiosidad del mozo, que se atreve a preguntar:

—Pero, dígame, ¿qué significa eso de "antes del tío"?

—Pero si está clarísimo...
—¿Sí? ¿Pero qué tío es ése?

—Hombre, pues el que se va a producir cuando tenga que pagar y usted se entere de que no tengo dinero...

INGENUIDAD

Un provinciano que visita lo capitol es presentado a los familiares del amigo en cuyo casa se aloja:

—Mi esposa, mi hijo Juan, mi suegra, mi cuñado, Eduardito...

—¿Y el tío no está? — pregunta entonces el provinciano con curiosidad.

—El tío? ¿Cuál? — dilece el dueño de la casa.

—Pues el del cuento... Eso del que con tanta frecuencia hablan los periódicos de aquí...

ENTRE ELLAS

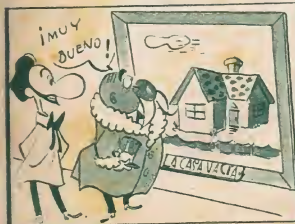
—Pero, Pacha, ¿luego de haber gastado tu familia tanto dinero en darte una buena educación vos a casarte con un mal educado?

—Precisamente... Tengo mucha educación para mí sola...

PINCELITO PURAPOSE

DE ACTUALIDAD

POR DOMINGO VILLAFANE





—Como propietario de este cine debo comunicarles que a raíz de un desperfecto en la cámara proyectora, para poder ver el final de la película tendrán que hacerlo de a uno por vez y en la forma que lo hace este señor.

¡SENSACIONAL!...

Leoplán

publicará en su **PROXIMO NUMERO**, mediante auténtico
esfuerzo editorial,

GLORIA PARA MI

la celebrada obra de **MACKINLAY KANTOR**, que fué
adaptada a la pantalla norteamericana con el título de

"LO MEJOR DE NUESTRA VIDA"

Lea, pues, en las páginas de

Leoplán

la obra que dió origen a una de las películas más extraordinarias de los últimos tiempos, y que fué interpretada por **FREDRIC MARCH, MYRNA LOY, DANA ANDREWS, TERESA WRIGHT, HAROLD RUSSELL** y un selecto grupo de intérpretes.

¡RECUERDELO!

LEOPLÁN

aparece el 19

DEL ACTUAL



Fotos:

Gentileza R K O

GRAND HOTEL

la famosa novela de

VICKI BAUM

TAPA DE ARTECHE



SENF



OTTERSCHLAG



KRINGEIN



GRUSINSKAIA



BARON GAIGERN



FREYSING



LLAMITA II

El portero presentaba un aspecto algo descompuesto cuando salió del locutorio número 7; buscó su gorra, que había dejado sobre un radiador de la sala de Teléfonos.

—¿Qué era ello? —preguntó el telefonista, sentado delante del cuadro, con los auriculares puestos y las clavijas rojas y verdes entre los dedos.

—Pues nada, que de pronto se llevaron a mi mujer a la Clínica y no sé qué podrá ser, pero sin duda la cosa ya está muy cerca, aunque bien sabe Dios que yo no lo esperaba tan pronto —dijo el portero.

El telefonista, que estaba atendiendo una comunicación, sólo escuchaba a medias.

—¡Bah!... Tranquilese usted, señor Senf —dijo sin dejar de meter sus clavijas—, porque si la cosa marcha bien, mañana ya tendrá usted a su niño.

—En fin, muchas gracias por haberme llamado aquí al teléfono, porque en la portería no puede uno tratar a gritos sus asuntos personales. El servicio es el servicio.

—Claro, claro. Y en cuanto nazca el bebé va le avisaré —dijo el empleado distraíentemente y siempre con las comunicaciones entre manos.

El portero recogió la gorra y alejóse de puntillas, inconscientemente, como si anduviese por la habitación en que su esposa estaba acostada, esperando la criatura; al atravesar el corredor que se extendía a lo largo de las salas de correspondencia y de lectura, que estaban silenciosas en la penumbra, suspiró profundamente pasándose la mano por el cabello. Entonces advirtió con sorpresa que tenía toda la cabeza mojada; pero no quiso entretenerse en lavársela. En suma, la noche del hotel no podía detenerse porque el portero Senf fuera a ser padre. Desde el ala del edificio recién construida, y a lo largo de los muros cubiertos de espejos, la música sincopada del salón de té llegaba alegre y saltarina. Los asados de la cena emanaban un suave tufillo a manteca;

pero todo estaba aún desierto y sin ruido detrás de las puertas del gran comedor. En el saloncito blanco, el servidor Muttoni preparaba su "buffer" frío. Con las rodillas cansadísimas, paróse un instante en la puerta, considerando con aire soñador los globos multicolores que brillaban a través de los bloques de cristal. Fuera, en el corredor, un operario, arrodillado en el suelo, estaba arreglando la instalación de electricidad. Desde que se habían puesto los grandes reflectores de la fachada eran frecuentes estos molestos accidentes, que originaba la distribución de luz, demasiado débil para esa sobrecarga. El portero hizo un esfuerzo sobre sí mismo y dirigióse hacia su puesto. Había confiado el cuidado de la portería a Jorgito, Jorgito era un empleado meritorio al que su padre, dueño de un importante grupo de hoteles, había puesto a servir gratuitamente para iniciarlo paso a paso en el oficio. Senf atravesó rápidamente el hall, lleno de público y de animación a esa hora. Los acordes del jazz del salón de té cruzábase allí con la lánguida música de los violines del jardín de invierno, mientras que el chorro de agua iluminado susurraba al gotear en la pila de falso cristal de Venecia, las copas se entrecrocaban en las mesas y erujían las sillas de mimbre. El ruido más ligero que se fundía en esta armonía era el suave frí-frú producido por los abrigos y vestidos de seda de las señoras. El fresco de marzo penetraba a pocas bocanadas por el tambor de la puerta giratoria cada vez que el sirviente hacía entrar o salir a los clientes.

—All right —dijo Jorgito cuando el portero Senf alcanzó con su última zancada la portería, en la que se mixió como en un refugio—. El correo de las siete está aquí. El 68 ha escandalizado porque no aparecía el chofer. Esa señora es algo histérica, ¿verdad?

—El 68 es la Grusinskaia —dijo el portero, mientras empezaba a clasificar el correo—.



GRETA GARBO Y JOHN BARRYMORE, EN UN MOMENTO DE LA GRAN PELÍCULA QUE FUE GRAND HOTEL Y DONDE FUERAN ACOMPARADOS POR UN NÚCLEO EXCEPCIONAL DE ACTORES, ENTRE LOS QUE SE ENCONTRABAN JOAN CRAWFORD, LIONEL BARRYMORE, WALLACE BEERY, LEWIS STONE Y JEAN HERSHOLT.

(Fotos gentileza de Metro Goldwyn Mayer)

Es la ballarina, y ya estamos acostumbrados a ella desde hace dieciocho años. Todas las noches, antes de ir al teatro, se pone muy nerviosa y nos aburre a todos.

En el *ball*, un señor flaco y larguirucho, curvo, siempre estaba con angustias, levantándose de su butaca, dirigiéndose con la cabeza baja hacia la cabina del portero.

—¿Hay cartas para mí? — preguntó.
El portero revisó el casillero número 218.
—Lo siento mucho, doctor, pero no tiene usted nada.

La continuación el larguirucho señor se puso otra vez en marcha, en la que se dejó caer con las piernas rígidas para contemplar el *ball* con una mirada distraída y el rostro sin expresión. Por lo demás, no tenía más que media cara, un perfil fino y agudo, que terminaba en una oreja admirablemente bien dibujada, bajo los grises cabellos de la sien. Pero a esta cara la faltaba la otra mitad, que sólo estaba formada por una nuca indefinida, de defectos, remendada y zurcida, y en la que se veía de cristal brillaba entre los costros y de electros. "Un recuerdo de Flandes", como solía decirse a sí mismo el doctor Ottersschlag refiriéndose a su cara cuando monologaba. Permaneció sentado un buen rato examinando los capiteles de yeso dorado de las columnas de mármol, que con una ya de memoria, y luego, cuando hubo contemplado suficientemente el *ball*, que poco a poco iba vaciándose por ser la hora de los teatros, volvió a levantarse y con su paso de muñeco de "guignol" se dirigió hacia la portería, en la que Sent, arrancado a los cuidados de su vida privada, había renunciado sus ocupaciones profesionales.

No la preguntado nadie por mí? — se informó el doctor Ottersschlag.

—Nadie, señor doctor.

—¿No hay ningún telegrama? — volvió a preguntar al cabo de un momento.

Sent tuvo la amabilidad de volver a mirar a casilla número 218, aunque de sobre supiese que no había nada.

—No, hoy no, doctor — dijo; y agregó luego satisfecho. — Si el señor quiere ir esta noche al teatro, me queda un palco para la Grusinská, en el teatro del Oeste.

—¿La Grusinská? No, no — dijo el doctor Ottersschlag.

Ocurre un momento inmóvil, y luego, al irse, el vestíbulo y dar vuelta al *ball*, volvió a sentarse en su butaca, pensando: "¿Bibi o Grusinská no llena ya el teatro; pero no me interesa nada, no quiero verla..."

Y arrellanó bien en su butaca.

Y que no se cargare el buen Sent — dijo el portero a Jorgito. — Siempre con la misma pregunta; que si tiene carta, que si tiene telegrama, y luego va diez años que viene al hotel, buscando largas temporadas, sin que jamás le haya escrito nadie ni nadie haya preguntado por él tampoco. Y el espantajo, tercer de tercio, esperando siempre.

—¿Quién espera? — preguntó por allí cerca Rhona, el jefe de recepción, mirando su cabeza roñosa por encima de la pampira de cristal.

Pero el portero contestó un poco en respuesta, aunque en su preciso momento le pareció que no chillar a su mujer. — Se ocupaba en lo más profundo de sí mismo.

Un momento, dejando a un lado sus preocupaciones particulares, volvió a las otras profesionales, pues tuvo que ayudar a Jorgito a formar en español al mejicano del número 218 sobre una combinación de trenes algo complicada.

Los "botones" número 24, con la cara roja como un langostino y el pelo muy pegado al agua, salió del ascensor gritando:

—El señor barón Gaignem pide su chofer.

Rhona hizo un gesto de reproche y apaciguamiento con la mano, como un director de

orquestra. El chofer transmutó por teléfono con la orden "¡portero, mientras Jorge muraba con los ojos llenos de inquietud espesa. Por el aire expandió un perfume a alhucenia y a cigarrillos azules, e inmediatamente después atravesó el *ball* un hombre si que siguieron curiosamente las miradas. Las butacas y sillas de hombre se animaban y la señorita de cera sonreía dentro de su quisco de periódicos. El hombre también sonreía, aunque sin razón aparente alguna y sólo porque quería sentirse satisfecho de su persona. Era muy alto y corpulento, estaba admirablemente bien vestido y tenía la flexible pretensión de un felino o de un campeón de tenis. Sobre el smoking negro puesto, no un abrigo de etiqueta, sino un abrigo de terciopelo azul oscuro, y esta incorrección en la vestimenta daba a su persona una nota de grato y elegante descuido. Dio un golpecito cariñoso en el pelo fijado al agua del "botones" número 24 y estrujando luego, sin mirar, un brazo por encima de la mesilla del portero, recibió un puñado de esas que se metió en el bolsillo, al mismo tiempo que sacaba sus guantes de piel de zorro. Después, con la cabeza baja, un gesto amistoso al jefe de recepción. Enclavó su sombrero de fieltro oscuro y, sacando del bolsillo una cigarrera, se puso un cigarrillo entre los labios, sin encenderlo. Pero inmediatamente descubrió para dejar paso a dos señoras que se encaminaban hacia la puerta giratoria para la Grusinská, delgada y menudita, irreflexiva hasta los ojos entre sus piegas, y seguida de una persona insignificante, que llevaba las maletas. Cuando el avisador de coche hubo instalado a las dos señoras en el auto, encendió el cigarrillo, volvió a meter las manos en los bolsillos para sacar la propina y darsela al mozo número 1, que mirándolo la puerta giratoria, y que desapareció gozoso entre las cristales móviles.

Cuando este caballero, este personaje, encarnado barón Gaignem salió del *ball*, quedó repentinamente en silencio, oyéndose el chorro de agua iluminado caer con un murmullo fresco y dulce en la pila de cristal de Venecia. Efectivamente, el *ball* ya estaba vacío; había cesado el *jaz-band* del salón de baile, irreflexiva la orquesta del comedor no había empezado a tocar todavía y estaba en el descanso el "Frio Venecia" del jardín de invierno. Este silencio sólo se entreabría por las ruidosas y continuas llamadas de los autos, que en el bullicio de la ciudad pasaban por delante del hotel. Sin embargo, era tan completa la calma en el *ball*, que parecía como si el barón se hubiera llevado consigo la música, el ruido y el rumor de la gente.

Jorgito hizo una seña hacia la puerta giratoria y dijo:

—Este si que es un tipo gracioso.

En cuanto al portero, encogióse de hombros como buen conocedor del mundo.

—No sabemos qué clase de tipo será. Hay algo en él... que me escama. No sé por qué; pero me parece demasiado gran chofer. Y luego, esos aires principescos, esa magnificencia propia... que recuerdan el cine; pocos años que aun viajan con semejante aparato, excepto los caballeros de industria. En fin, voy, en el puesto de Pilzeheim, abríen bien los ojos.

Rhona, el jefe de recepción, que siempre estaba al tanto, volvió a sacar la cabeza por encima de los cristales. Bajo sus oscuros cabellos rojos brillaba la piel de su cráneo.

—No hay que murmurar así, Sent — le dijo —. Gaignem es un hombre de bien; yo lo conozco; se educó con mi hermano en Feldkirch; no hay, pues, que darle el alta a Pilzeheim.

—¿Quién era el "detective" del hotel?

Sent se inclinó, callándose de repente. Cuando Rhona lo afirmaba era porque lo sabía. Era este conde Rhona, uno de los Rhona

de Silésia, un antiguo oficial, un "as". Sent volvió a inclinarse, mientras que Rhona, con su traje de galgo, desaparecía, volviendo a recobrar su estado de sombra detrás de la opaca pared de cristal.

El doctor Ottersschlag, allá abajo en su rincón, habíase incorporado mientras el barón permanecía en el *ball*; pero ya volvía a encogerse de nuevo sobre sí mismo, más sombrío que antes. Tropezó distraíentemente con un pie en la caja de cofre que tenía en el velador, vertiendo sobre sus muslos las amarillentas por el talpa, colgaban entre sus rodillas separadas y pesaban como si fueran guantes de plomo. Por entre sus alargados zapatos de charol veía la alfombra del *ball*, que cubría todas las escaleras, corredores y pasillos del "Grand Hotel". Ya estaba aburrido de aquel eterno "dibujo" de pampiras y pías amarillentas y verdes entre hojascas más oscura, todo ello sobre un fondo rojo. Todo estaba tan muerto; la hora estaba muerta, el *ball* estaba muerto. La gente había salido para sus negocios, sus placeres, sus vicios, dejándolo allí solo y abandonado en su butaca. Sin embargo, en este gran vacío, vióse de pronto a la encargada del guardarropa que con un pelo estaba alondro su clara cabellera de mujer ya vieja. El portero salió de su cuarto y corrió presuroso hacia el cuadro telefónico. Algo le debía haber ocurrido a este portero. El doctor Ottersschlag en vano buscaba su copa de coniac. "¿Qué, ¿me voy a acostar?", se preguntaba, y un ligero carmin le tñó las mejillas y desapareció como si se hubiera desuelto un secreto a su mismo "Sí", se contentó sin moverse, porque hasta para eso era muy indolente. Levantó un índice amarillento y Rhona, que le vio desde el otro extremo del *ball*, mandó inmediatamente a un mozo.

—Cigarrillos, periódicos — dijo inmóvil.

El mozo precipitose hacia la señorita característica, le reprochaba con los ojos esa petulancia juvenil. El doctor Otterslag, como los periódicos que le había elegido un mozo, pagó Ottersschlag, pero como el dinero solía la mesita y no en la mano del mozo, porque solía guardar siempre una respetuosa distancia entre él y los demás, aunque sin que él mismo se diese cuenta de ello. Hasta llegó a disminuir una sonrisa con la media luna que le quedaba intacta al desplegar los periódicos y comenzar a leer. Siempre espantoso, aunque no llegaba nunca, como tampoco recibía cartas, ni telegramas, ni mensajes. Estaba terriblemente solo, vacío y apartado de la vida, y hasta tal punto que el mismo se lo confesaba en voz alta: "Es espantoso — solía decir algunas veces, parándose sobre la alfombra roja y asomándose de su soledad —, es espantoso; no hay vida, ninguna vida para mí. ¿Dónde se esconde, pues? No hay nada, no sucede nada. ¿Qué aburrimiento! Todo está viejo, muerto. ¿Qué horror!" En cierto sueno no había más que espejismos. Todo lo que tocaba desmoronizaba en polvo. El mundo no era más que materia deleznable, impalpable e inconcreta, la caja de la nada en la nada y en el fondo no había nada que se interbiera. Este pobre doctor Ottersschlag, que se interbiera, más espantosa soledad cuando el Universo está poblado por sus semejantes.

En los periódicos no encontró nada que pudiera interesarle, ni un tñón, ni un terremoto, ni una guerra entre blancos y negros, ni crímenes, ni historias políticas. Nada.

Los periódicos le aburrían profundamente, le eran tan indiferentes que los dejó desmenuzarse de su mano amarillenta por el rubico, cayendo sobre el tapiz rojo de las pías.

Nada, no pasa absolutamente nada — se dijo a media voz.

Había tenido en otros tiempos una gatita negra llamada "Gurbi", pero se la había escapado detrás de un vulgar garzón de buhar-

...y ahora tenía que dialogar consigo mismo, mientras se dirigía bordeando hacia la portería para pedir la llave de su cuarto, la puerta giratoria hizo aparecer a un tipo realmente cómico.

—Eso es: Ya está aquí otra vez ese hombre —dijo el portero a Jorgito mirando fijamente al nuevo personaje, que avanzaba con la mirada severa de un sargento primero.

El personaje desentonaba completamente en el hall del "Grand Hotel". Llevaba un sombrero nuevo y redondo de fieltro, harato, estaba un poco grande y que gracias a las grandes orejas despegadas del individuo no se colaba hasta los ojos. El rostro era amarillento y la nariz fina se compensaba con un gran bigote de ese corte artificial que suelen lucir los presidentes de las sociedades de recreo. Llevaba vestido con un traje gris verdoso, raído y lamentablemente pasado de moda, y calzado con unas botas excesivamente grandes para él que no era muy alto; un pantalón demasiado corto dejaba ver los muslos de las cañas. Las manos, con guantes de hilo gris, apretaban una de una maleta que parecía demasiado pesada para él y que sujetaba de un modo muy particular, apretándola con las dos manos contra el estómago; además, debajo del brazo llevaba un mugriento paquete envuelto en papel de estraza. Era, en fin, de una cursilería apabullante y todo el conjunto tenía un aspecto grotesco, miserable y sumamente extenuado. El número 24 alemán presuponía a cogerle la mano del portero fué donde depositó su impedimento de imitación, y recuperando aliento hizo una especie de ridícula genuflexión al portero, diciéndole con voz clara y agradable:

—Mi nombre es Kringlein y ya estuve aquí dos veces. Vengo, pues, a tercera, a ver si...

—Pregunte aquí al lado, haga el favor, pero tengo que no haya nada de eso —dijo el portero, señalando a Rhona con un ademán correcto.

El señor espera hace dos días a que se desocupe alguna habitación y le explicó al otro por encima de los cristales.

Rhona, que no había necesitado mirar para comprenderlo perfectamente, hizo como que luseaba en el registro de entrada del hotel y expresó:

—Lo siento muchísimo, pero por el momento todo está ocupado...

—Siempre pasa igual. Y ¿dónde voy a alojarme entonces? —preguntó el personaje, algo amoscado.

Mire a ver en los alrededores de la estación, en la Friedrichstrasse: allí hay muchos hoteles...

No, gracias: esos no los quiero —reusó al recién llegado sacudiendo rítmicamente su pañuelo del bolsillo y limpiándose los ojos de la frente.

Ya estuve algunas horas en uno de ellos y no me gustan los hoteles de esa clase. Quiero alojarme en uno elegante.

Al ir a recoger un paraguas olvidado que llevaba debajo del brazo izquierdo, escurrese el paquete grasiento que sujetaba con el derecho, y cayendo a tierra, se abrió, esparciendo su contenido por la alfombra; unas curules tostadas con mantecca, secas ya por el calor del verano. El conde Rhona contuvo la risa, mientras Jorgito, a su vez, volvióse a mirar el casillero de las llaves. En cuanto al 17, recogió correctamente las tostadas, que el hombre se metió en el bolsillo con manos temblorosas. Quitóse luego el sombrero, poniéndolo sobre la mesilla delante de Rhona. Tenía nuestro héroe la frente alta y arrugada y las sienes hundidas y azuladas. Unos ojos de un azul muy claro bizqueaban ligeramente detrás de unos lentes que daban la impresión de que iban a caerse de un momento a otro por sujetarse mal en la estrecha nariz.

Quedara vivir aquí, alguna vez quedará algo libre, me figuro; haga, pues, el favor de inscribirme para el primer cuarto que se desocupe. Esta es la tercera vez que vengo ya, lo cual no es muy agradable, como usted comprenderá. Por otra parte, no creo que el hotel esté completo todo el año.

Rhona encogióse significativamente de hombros. Siguió un corto silencio, en el cual oíase la música del comedor y el jazz-band, que tocaba ya en el pabellón principal. El individuo, haciendo los salmos quedaban mirando con extrañeza y curiosidad, haciendo los salmos comentarios del caso entre risas y burlas.

—¿Conoce usted al director general señor Prevsing? Se aloja también en este hotel siempre que viene a Berlín, debe usted recomendarle. Pues bien, yo también quiero parar aquí, pues me espera algo muy interesante: una conferencia importantísima con el señor Prevsing. El mismo me dijo que me hospedara aquí, después de recomendarme mucho el hotel, y naturalmente, quiero firmarme de lo que él me aconseja. De modo que va lo sabe usted: soy un recomendado del señor director general, dígame ahora, ¿cuándo habrá habitación para mí?

—¿Prevsing? El director general Prevsing? —preguntó Rhona a Senf al otro lado de la vidriera.

De Fredersdorf, de La Algodonera de Sajonia, S. A. Ya también soy de Fredersdorf —dijo el individuo.

Si, ahora recuerdo —dijo el portero—. El señor Prevsing ya estuvo aquí un par de veces.

Creo que tiene encargada una habitación para mañana o pasado —apuntó Jorgito oficialmente.

Entonces haga el favor de volver mañana, cuando esté aquí el señor, me llegará esta noche —dijo Rhona después de hojear sus li-



REPASADORES

ORO
Y
PLATA

los repasadores Oro y Plata facilitan y abaratan la tarea del lavado. Y resultan muy económicos, porque duran mucho más.

COLORES FIRME GARANTIZADOS

SUBSTANTEX

Estadística:

7.864.914 MUJERES

En la República Argentina había en el momento de efectuarse el IV Censo General de la Nación, 7.864.914 mujeres, de las cuales se calcula que alrededor de 5 millones son compradoras y consumidoras de perfumes, cosméticos y artículos para la belleza.

Por otra parte, se ha comprobado, que cada día disminuye el número de mujeres engañadas por personas inescrupulosas que desprecian los productos de mayor calidad que ellas solicitan en algunos comercios del ramo. Esta disminución se debe a la firmeza y decisión con que ellas insisten para que se les entregue el producto solicitado, sin ser engañadas al de prestigio que se pretende hacer, vaya saber con qué finalidad.

Además, amable lectora debe protegerse eligiendo el producto de su agrado, así dentro de muy poco tiempo podremos decir que ya no hay más mujeres engañadas entre los 5 millones de compradoras del país.

Es una colaboración que le pide la Campaña Pro-Comercio Leal.



JOHN BARRYMORE, EN SU PAPEL DE
GAIGERN, CON LIONEL BARRYMORE
EN KRINGLEIN, EL HOMBRE QUE
QUERÍA GOZAR ALGO DE LA VIDA.

bros, donde, efectivamente, estaba apuntado el encargo.

Esa noticia pareció sorprender desagradablemente al viajero.

—¿Conque llega esta noche? — exclamó en tono angustioso y biquizando con más fuerza que hasta entonces. — Llegó esta noche y ya tiene su habitación esperándole. ¿Y por qué el director general la tiene y yo no? No me parece justo y no paso por ello. Pues sí, que está apuntado, dice usted. Vaya un argumento. Yo también lo estoy y es la tercera vez que tengo que venir y traer mi pesado equipaje. Comprenderé que es una bronca algo molesta con el tiempo que está de llover y más llover, y con todos los ómnibus atestados, tener que tomarme estos trajines con mi mala salud, ¿y cuánto va a durar esto? Vaya una manera de servir al público. ¿No es éste el mejor hotel de Berlín? Pues entonces yo quiero alojarme en él. ¿O es acaso que se me prohibe la entrada?

El individuo lo miraba a todos uno por uno. —Estoy cansado, extenuadísimo — dijo luego, y, en efecto, veíase que lo estaba, como se veía también los grandes y rídiculos esfuerzos que hacía para resistir por expresarse constantemente con palabras relucidas.

De pronto el doctor Ortmenschlag, que durante todo este diálogo había permanecido acodado sobre la mesa de la portería con la llave de su habitación en la mano, metióse en la conversación.

—Si le es tan urgente al señor tener en seguida habitación, puede disponer de la mía — dijo al portero. A mí me es igual un cuarto que otro. Que le suban, pues, su equipaje y yo me iré a otro lado. Así como así tiene siempre los bañiles hechos. Este señor viene muy cansado y se siente algo enfermo — agregó luego, rechazando una intervención del conde Rhona, que con manos activas y elocuentes trataba ya de disuadirlo.

—Por Dios, señor doctor — dijo Rhona viéndose —, no es cosa de que se sacrifique usted. Ya veremos de arreglarlo sin eso. ¿Quiere usted registrar su nombre en el libro de entradas? Tenga la pluma... así... Muchas gracias... Cuarto número 216 — dijo Rhona al portero, que entregó la llave al mozo número 11, mientras que el individuo, tomando la stilográfica que se le ofrecía, inscribía su nombre en el registro con una letra muy cursiva:

"Otro Kringlein, contador en Fredersdorf (Sajonia). Nacido en esa ciudad, el 14 de julio de 1882".

—Ya está — dijo respirando satisfecho y volviéndose a mirar hacia el hall con sus ojos bizcos muy abiertos.

Ya estaba, pues, allí plantado en el hall del "Grand Hotel", el contador Otro Kringlein, natural de Fredersdorf, con domicilio en Fredersdorf; allí estaba ya dentro de su raído gabán, devorándolo todo a un tiempo, con sus ojos a través de los cristales de los lentes. Estaba abrumado con un cansancio muy particular, como el de un corredor que llega a tocar con su pecho la cinta blanca de la meta; pero veía las columnas de mármol con adornos de yeso, el surtidor iluminado, las butacas. Veía señores de frac, señores de smoking, señores elegantes, muchos señores con los brazos desnudos, con vestidos resplandecientes y llenos de joyas y pienes; señoras extraordinariamente bellas y ataviadas con un arte exquisito. Oía la música a lo lejos y respiraba los efluvios del café, de los cigarrillos, de los perfumes, el olor a espárgamos del comedor y de las flores que allí, sobre una mesa, estaban a la venta. Pero lo que más le impresionaba era aquel utilitarismo que sentía bajo sus botas lustradas. Un mozo pasó como un relámpago con una bandeja de co-

pititas fajitas y chatas con coñac, sólo hasta menos de la mitad y un trocito de hielo... "¿Y por qué? — pensaba Kringlein —, en el mejor hotel de Berlín, no llenarán las copas hasta arriba?"

Los cuartos 216 y 218 eran los peores del hotel; en el segundo habitual el duque de Ortmenschlag, en su calidad de estable de pocos recursos, pero sobre todo porque era demasiado indiferente para pedir otra habitación mejor. El número 216 formaba un ángulo recto con el 218 y ambas habitaciones estaban enclavadas entre el ascensor de la servidumbre, cerca de la escalera de servicio N° 4 y la sala de baños del tercer piso. La cubierta de agua silaba y borbotaba en las paredes.

Kringlein atravesó un largo corredor bordeado de estatuas, jarrones aplicaciones de bronce y bodegones, hasta llegar a otras regiones más tristes del hotel, metiéndose desilusionado en la habitación que le abrió una camarera ya entrada en años y sin ningún atractivo personal.

—Número 216 — dijo el camarero. Y dejando la maleta solida, la mesa del cuarto, esperó la propia, pero tuvo que marcharse sin ella, silencioso y nohino.

Kringlein sentóse en el borde de la cama y empezó a examinar la habitación.

Fra larga y estrecha, con una sola ventana. Olía allí a tabaco ordinario y a la humedad de los armarios, sobre los que habían pasado un paño húmedo para lavarlos la cara. La alfombra era delgada y muy ruidosa. Los muebles

—Kringlein los tocó — eran de nogal con brillo. También en Fredersdorf los había así. Un retrato de Bismarck colgaba a la cabecera de la cama y Kringlein, al verlo, meneó poco convencido la cabeza, porque él también tenía otro igual en su casa. ¡Qué gran vagabundo otra cosa, otros grabados mejores sobre las paredes, que salieran de lo corriente. Kringlein dirigióse a la ventana y se puso a mirar al exterior. Abajo estaba todo perfectamente iluminado; la marquesina del jardín de invierno se alzaba por encima de la terraza y un muro desnudo y muy largo extendíase enfrente. Silba de allí un olor a cocina, exhalaciones raras que asqueaban. Kringlein sintió náuseas, apoyándose sobre el mármol del lavabo. "Decididamente, no me encuentro bien", pensó con tristeza.

Volvió a sentarse sobre el estropeado edredón y su malestar fué creciendo por momentos. "No me quedará aquí — pensó — de ninguna manera; no quiero seguir en este hotel, pues para esto no he hecho el viaje hasta aquí. Repetidamente no valía la pena de haber hecho todo eso para alcanzar estos resultados, y no me avengo a empezar de este modo ni tengo tiempo que perder con habitaciones semejantes. No hay duda de que me han tomado el pelo, y seguramente habrá otras habitaciones mejores en el hotel. Previsto no admitiré esto, seguramente, sino que protestaría; voy lo creo". Si que iba él a pasar porque le dieran esta porquería; en seguida. "Nada, que no puedo seguir aquí". Kringlein puso fin a sus reflexiones. Luego, recogiéndose en sí mismo, para lo que necesitó algunos minutos, tomó de pronto una resolución y quitarse en tono violento de la habitación.

Si se considera que era la primera vez en su vida que Kringlein se atrevía a gritar, hay que reconocer que la cosa no le salió mal del todo. La camarera, con su blanco delantal, completamente asustada, fué a buscar a una compañera honorífica sin delantal; muy dejóse ver a lo lejos y el otro criado del piso, que mechó sobre la palma de la mano, una botella con fiambres, se paró delante del número 216 para escuchar. Llamaron a Rhona al teléfono, el cual rogo a Kringlein que se dirigiera a una antecámara, a la que llegó el

BANDERAS ARGENTINAS



7⁹⁰

Especial para balcón,
1.50 x 0.80 m., alg.
2 x 1 \$ 12.-
2.50 x 1.20, " 19.-
3.00 x 1.50, " 26.-

DE PURA LANA

1.50 x 0.80	\$ 15.50
2.00 x 0.90	" 19.-
2.50 x 1.35	" 26.-
3.00 x 1.50	" 36.-

Nos especializamos en banderas reglamentarias para escuelas, confeccionadas en gro.

SOLICITE CATALOGO

Envío al interior contra reembolso en el día.

CASA PEREL

NAZCA 1085 MAIPU 317

T. A. 59-2550 T. A. 31-9434

59-5072 31-9452

Ud. puede ser:

MECANICO DENTAL

EN POCO TIEMPO ESTUDIANDO EN SU CASA POR CORREO




Un moderno sistema Americano de enseñanza en 12 libros, con 300 fotografías.

HOMBRES Y MUJERES

Pueden aprender esta interesante y productiva profesión en su casa el sistema de la Escuela de Mecánica Dental por 2000 Dólares. CUALQUIER PERSONA puede estudiar a tiempo o a distancia.

PIDANOS INFORMES

GRATIS

Obsequiamos instrumentos y material para los trabajos prácticos y un mes de enseñanza personal.

INSTITUTO AMERICANO DE MECANICA DENTAL

CERRITO 236 BUENOS AIRES

Nombre.....
Calle y N°.....
Localidad..... P. C.....

director del hotel, uno de los cuatro directores. Allí Kringlein se obtuvo, tanto como una mula, en exigir una habitación bonita, lujosa, cara y que fuera, por lo menos, como la de Preysing. Parecía considerar el nombre de Preysing como una palabra mágica. Aun no se había sacado el alfiler, y con sus manos trémulas aprataba dentro de sus bolsillos las tostadas de Fredersdorf, viejas ya y desmigajadas; biqueaba y pedía una habitación que enstase cara, se encontrara mal, muy fatigada. De algún tiempo a esta parte cualquier cosa le hacía llorar, aunque por razones particulares referentes a su salud. Ya estaba dispuesto a marcharse del hotel, cuando de pronto se encontró con la sorpresa de haberse dado el número 70, un salón, con alcoba y cuarto de baño que costaba cincuenta marcos diarios. Al oír el precio cerró un poco los ojos diciéndole:

— Está bien. Y tiene baño, ¿verdad? ¿Es decir, que me puedo bañar a cualquier hora, siempre que me dé la gana?

El conde Rhona, imperturbable, contestó que sí, y Kringlein tuvo que hacer su segunda mudanza.

La habitación número 70 estaba bien, porque tenía muebles de caoba, espejos móviles, sillitas tapizadas de seda, un escritorio tallado en unos bodegones de ébano, y en la pared colgaban unos bodegones de ébano, y sobre la cama se extendía un edredón de seda. Kringlein se tocó Kringlein tres veces seguidas con alguna incredulidad, recreándose en aquel tacto suave y templado. Sobre el *bureau* alzábse una imponente escribanía de bronce; un ángulo con sus grandes alas desplegadas, bajo las cuales se colaban dos tintos vacíos.

Al otro lado de la ventana se veía la pesada lluvia de marzo; el aire estaba saturado de esencia, los autos atronaban; enfrente, un anuncio luminoso formado por letras rojas, azules y blancas, galopaba a lo largo de una fachada, y tan pronto como se apagaba por una punta volvía a encenderse por la otra; Kringlein estuvo mirando aquello unos cuantos minutos. Alajo bullían los piragueros, y las claras portorillas de las mujeres, los autobuses amirillos y los arcos voltaicos. Hasta había un árbol que extendía sus ramas no muy lejos del hotel, unas ramas muy diferentes de las de los árboles de Fredersdorf, como un islote de tierra en medio del asfalto, alrededor del cual, en circunferencia, como si ese árbol heróico necesitara protección contra la ciudad, Kringlein, rodeado de tantas cosas extrañas y maravillosas, sintió cierta simpatía por este árbol. Desistió quedándose un momento perplejo y sin saber qué hacer delante de la bariera, cuyo mecanismo ni siquiera entendía; pero, en fin, de pronto comenzó el secreto y dando salida al agua caliente, mojose las manos.

Se desnudó con una sensación algo penosa al descubrir su cuerpo débil y macilento a la claridad de aquellos azulejos de porcelana. Pero finalmente se metió en el agua, permaneciendo en ella más de un cuarto de hora, sin que le diera nada, sin sentir aquellos dolores que le torturaban durante semanas enteras, y que ahora desaparecían bruscamente. Y, por otra parte, sólo se había decidido a que no volviera a dolerle nada en lo sucesivo?

Hacia las diez de la noche vino a Kringlein deambulando por el *ball*, bien vestido, con una americana larga, con un cuello almohadado, y muy alto, y que orbitaba negra de nudo hecho. En este momento no estaba nada cansado; por el contrario, una agitación y una impaciencia febril se habían apoderado de él. "Ahora va a empezar", pensó repentinamente, y sus delgados hombros temblaban como las patas de un perro nervioso. Caminó a paso y se puso en el ojal; luego, deslizándose deliciosamente sobre el tapiz rojo, dirigióse hacia la portería para quejarse de que

no había tinta en su cuarto. Un "botones" le condujo inmediatamente al salón de coquetización; pero apenas se encontró Kringlein delante de todos aquellos pupitos vacíos, bajó la luz suavizada por pantallas verdes, perdió por completo el aplomo y sacando la mano del bolsillo de su pantalón ofrecía un aspecto bien triste y sombrío. Luego, con un gesto habitual en él, antes de sentarse, metióse bien los puños blancos en las mangas de su americana, y con su *canotera* cursiva y perfilada de contador empezó a escribir:

"A la Dirección del Personal de la Algodonera de Sajonia, S. A., de Fredersdorf."

"Muy señores míos y de todo mi respeto: El que suscribe se toma la libertad de informarle que, según resulta del certificado médico que acompaña (anexo A), se halla en la imposibilidad de desempeñar su empleo durante un período de tiempo que provisionalmente puede fijarse en cuatro semanas. En cuanto al sueldo mensual de marzo, que ha vencido el 31 del pasado, el que suscribe ruega a ustedes lo hagan efectivo a la señora doña Ana Kringlein, Banhnstrasse, 4, conforme al anexo B. Si, sin embargo, fuera posible al firmante reanudar su trabajo al terminarse este plazo de cuatro semanas, les avisaría a ustedes oportunamente. De ustedes affmo, y respetuosamente, s. s. — OTTO KRINGLEIN."

"A la señora doña Ana Kringlein, Fredersdorf (Sajonia), Banhnstrasse, 4."

Querida Ana — escribí en seguida Kringlein, dando a la letra A una amplitud en los rasgos que verdaderamente convino. — Te comunico por la presente que el resultado del reconocimiento del doctor Zalman no ha sido favorable. Tendré que marchar de aquí directamente a un establecimiento médico, siendo estos gastos por cuenta de la Caja de Invalídicos, y volveré a Berlín en unos cuantos días. Mientras tanto, estos viáticos aquí enviados, basados en la recomendación del señor director general, D. de algunos días te daré nuevos detalles, pues todavía tendrán que sacarme otra radiografía hasta el diagnóstico definitivo. Te abraza tu — Otto."

Querido Kampmann, notario, Fredersdorf, en Sajonia, al Rosenstein, Meustrasse."

"Al querido amigo y compañero de capilla — escribió Kringlein en tercer lugar con su letra muy clara, torciendo ligeramente la punta de la pluma: — Te sorprenderá recibir esta larga carta mía fechada en Berlín, pero tengo que comunicarte importantes cambios en mi vida, confundiendo en tu talento y en tu discreción profesional. Por desgracia, me extra mucho expresarme por escrito; pero espero que, dada tu cultura general y el conocimiento que tienes del mundo, interpretarás perfectamente mi carta. Ya sabes que no he llegado a restablecerme por completo de la operación que me hicieron el verano pasado, y que yo no he tenido nunca mucha confianza en nuestro hospital ni en nuestro médico. Esta es la razón de haber aprovechado la herencia de mi tío para venir aquí a que me digan en qué punto estoy de mi enfermedad. Pero, ¡ay!, querido amigo, me queda poco tiempo de vida en la opinión del profesor que me ha reconocido."

Kringlein permaneció con la pluma en el aire un instante y olvidó poner un punto al final de la frase. Su himno, su hermoso y marcialmente bigote presidencial, se volvió ligeramente; sin embargo, continuó con entusiasmo su carta:

"Claro es que una noticia así despierta y revuelve en uno todos los pensamientos, y así he pasado muchas noches sin dormir y sumido en un mar de dudas. He determinado, pues, no volver a Fredersdorf, sino a pasar un poco de la vida durante esas semanas que voy a pasar en el mundo, porque me parece muy duro no haber disfrutado nunca de nada y tener que morir en la cuarentena y seis años. Haber sufrido siempre y disputando de continuo

en la fábrica con Preysing y en casa con mi esposa. Como comprenderás, es muy injusto que tenga que desaparecer del mundo sin haber sentido jamás una verdadera alegría; no puedo, desgraciadamente, mi querido amigo y compañero de capilla, encontrar los términos adecuados y precisos para expresar mi sentimiento. Sin embargo, te diré que mi sentimiento, que hice este verano antes de que me operaran, sigue siendo válido, aunque la situación haya cambiado. En efecto, he hecho que me giren aquí la totalidad de mis economías y he tomado también un préstamo bastante considerable sobre mi póliza del seguro de vida; en fin, traje conmigo diez mil y tres mil quinientos marcos heredados de mi padre, tres mil este dinero podrá vivir como un hombre rico durante algunas semanas y esto es precisamente lo que pretendo. ¿Por qué heinos de consentir a los Preysing que ellos solos disfruten de la vida y hemos de seguir siendo nosotros los eternos pobres que no pensamos más que en economizar y guardar para mañana? He pensado, pues, en total, ocho mil cuatrocientos marcos para mi y para Ana herede luego lo que quede de ellos, porque creo que no le debo mucho más; bastante me ha envenenado ya la vida con sus constantes disgustos, y si siquiera ha valorado para darme un hijo. Te tendré al corriente de mis andanzas; pero te ruego guardes estas confidencias más bajo secreto profesional. Berlín es una magnífica ciudad, que se ha desarrollado extraordinariamente para aquel que lleve muchos años sin verla. Me propongo también visitar París, ya que conozco bien el francés, por haberlo practicado en mi infancia, y como me gusta mucho París, como bien y me encuentro aquí en un momento que hace tiempo. Te abraza tu fiel moribundo."

OTTO KRINGLEIN.

P. D. — Limitate a decir al Comité de la Capilla que he tenido que ingresar en un sanatorio de enfermos de mente.

Kringlein revisó lentamente esas tres cartas, cuyos borradores le habían costado dos noches de vigilia, y no quedó completamente satisfecho, pues le pareció que algo muy esencial en la carta al notario se había dejado en el tintero; pero no pudo descubrir qué. Por torpe y adueñado que fuera Kringlein, no tenía un pelo de tonto; era un ideólogo con ciertas tendencias a la cultura; por ejemplo, se llamaba a sí mismo "el moribundo", porque lo había leído en un libro de la biblioteca que le había costado algún trabajo desenterrar y que había rumiado luego durante sus profundas pláticas con el notario. Kringlein venía haciendo desde su infancia la vida normal del perfecto e insignificante burgués de la vida insulsa, llana y rutinaria, pueril y sin interés que llevaba empillados de una ciudad pequeña. Se había casado joven, sin grandes entusiasmos, con la señorita Ana Sauerlack, hija del tendero de comestibles Sauerlack, una mujer que le parecía muy linda desde que se hicieron novios hasta que en casa desde que poco después le pareció fea, antiquísima y poco atractiva, continuamente en las cosas más ridículas y mezquinas, a las que estaba de dárles importancia. Kringlein estaba a sueldo fijo, pero tenía quinientos, que bien mejorando poco a poco su situación, y como su salud distaba mucho de ser buena, su mujer y su familia habían impuesto en él, en casa desde el primer día la más severa economía para lograr una probanza económica "horro para la vejez". Por esto le negaron el piano que había estado deseando toda su vida y por esto, cuando aumentaron el impuesto de los perros, le obligaron a que vendiera su fiel Zapfel. Llevaba siempre arrañados en la piel del cuello, en casa desde que se casó, el estorbo del continuo roce de los cordones de sus camisas. A veces el bueno de Kringlein se decía que algo le faltaba en la vida; pero sin darse

...nunca qué. Otras veces, en la Capilla, cuando su voz de tenor, alta y dulce, sobresalía con su resaca por encima de las otras, empezaba a temblar ligeramente, con una emoción llena de embriaguez, como si echara a volar lejos de sí mismo. De tiempo en tiempo, por la noche, pasaba por la calzada hacia Mickemau, al fondo de las calles, y franqueaba el hilo de la luz que bordeaba la carretera, encamándose sus pasos por la senda entre dos cantos. Un ligero murmullo deslizabase entre los pies, sin saber por qué el pasante se resaca con la caricia que las espigas le hacen a las manos. Más tarde, en el hospital, bajo la influencia del narcótico, había sentido dentro la impresión de algo extraño y luego, pero en seguida se había olvidado de ello. El contable Otto Kringelein no se diferenciaba de la mayor parte de los hombres más o menos por detalles insignificantes. Pero estos detalles insignificantes — acaso en complicación con los venenos perturbadores que su cuerpo destilaba — habían traído aquí al moribundo, al hotel más caro de Berlín, donde había escrito esas cartas, en las que anunciaba un esplendente propósito concebido por muy tan fáciles...

Kringelein levantóse, algo vacilante, y cuando con los tres sobres en la mano atravesó el salón de lectura, se encontró al doctor Otterschlag, que se dirigió hacia él con deseos de interrogarle, y como mostraba precisamente su media cara destrozada, Kringelein recibió una impresión bastante desagradable.

— ¿Le han instalado a usted por fin? — le preguntó perezosamente; estaba de smoking y miraba complacido las puntas de sus zapatos de charol.

— Sí, ya lo creo; perfectamente — respondió Kringelein cortado—. Gracias, le debo a usted mil gracias, porque ha sido muy amable conmigo.

— Amable yo? No señor! Ah, sí! Díe usted por la habición? Ya, ya. Hace tiempo que quería dejarla, pero no tenía ganas de mudarme. En el fondo, esto hotel no es más que una jaula. Y si usted hubiera tomado mi habitación, pues a estas horas estaría yo en un coche del expreso de Milán o en cualquier otro tren y no me hubiera aburrido. En fin, que las cosas siempre son lo mismo y en particular hace un tiempo horrible en todo el mundo; poco importa, pues, estar aquí o allí, y, después de todo, lo mismo me da seguir en el hotel.

— El señor, por lo visto, está viajando constantemente? — preguntó Kringelein con timidez, pues presentaba en cada habitante de este hotel un potentado financiero o un gran señor de la nobleza—. Y ahora, permítame usted que me presente; Kringelein — dijo modestamente, con una reverencia muy elegante—. ¿El señor conoce entonces el mundo entero?...

Otterschlag hizo un gesto con "el recuerdo de Flandes".

— Así, así — dijo—. Conozco todo aquello que se tiene costumbre de haber visto, las carreteras que todo el mundo conoce, las lindas y algunos lugares más allí.

Luego sonrió débilmente, viendo la inmensa avidez que sus palabras despertaban en los ojos azules y bizcos de Kringelein, detrás de sus lentes.

— Yo también me propongo viajar — dijo Kringelein—. Nuestro director general, Prevost, por ejemplo, todos los años emprende un largo viaje; no hace mucho que estuvo en Saint-Moritz, y el año pasado, por Pascua, fue a Capri con toda su familia. Yo me imagino que todo eso debe ser maravilloso...

— Tiene usted familia? — preguntó el doctor Otterschlag mientras doblaba el periódico. Kringelein lo pensó cinco segundos antes de contestar.

— No.

— No — repitió Otterschlag, y en su boca esta palabra tomaba un carácter irrevocable.

— Quisiera empezar por París — dijo Kringelein—. Dicen que París es muy hermoso.

El doctor Otterschlag, que hacía unos instantes parecía interesarse por la vida, estaba ahora a punto de dormirse. Muchas veces al día tenía estos estrados de laxitud, de los que no lograba deshacerse más que por un remedio secreto y tóxico.

— Espere usted hasta el mes de marzo si quiere ir a París — murmuró, y Kringelein repuso rápidamente:

— No dispongo de tanto tiempo... Y de pronto el doctor Otterschlag le dejó plantado con la palabra en la boca.

— Voy a mi cuarto; quiero acostarme un poco — dijo dirigiéndose más a sí mismo que a Kringelein, que quedaba abandonado en el salón de lectura con sus tres cartas en la mano.

El periódico que Otterschlag había hojea-

do y que cayó al suelo estaba todo emborrinado con monitores, y cada uno llevaba debajo una gran cruz. Ligeramente desilusionado, Kringelein salió del salón de lectura, pisando la multitud alfombrada; tenía el semblante desconcertado. Dirigióse hacia el comedor, desde donde subía, atravesando todos los muros del "Grand Hotel", una música atenuada, pero que se distinguía muy bien, y que era tan pronto lánguida como agitada.

El telón cayó golpeando el piso del escenario con el ruido sordo de una masa de hierro. La Grusinskaja, que sólo hacía un instante giraba ligera como una flor entre las bailarinas, arastróse jadeante detrás del primer bastidor. Mareada, atontada, tuvo que asirse con su mano trémula del musculoso brazo de un tramoyista, y, como si estuviera herida.

SOBERBIA! MAGNIFICA!

LA NUEVA SERIE CONDAL 1948

YA ESTAN EN
VENTA LOS NUEVOS
MODELOS



Más de 100 modelos para el campo y la ciudad. Cada uno, dentro de su tipo, representa la expresión más alta en radio-recepción.

Zonas disponibles para representaciones activas.

Más de 50 modelos de sustitutos combinados 1948.

Un modelo para cada gusto y para cada presupuesto.

CONDAL

TALCAHUANO 64 **Buenos Aires**

T. A. 38 - 1585 - 5955 - 8712

Talleres y Depós.: SALOM 333-75 - T. A. 21-1991

SOLICITE
HOY MISMO
CATALOGOS
Y OFERTAS
1948.

GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL

CONDAL

TALCAHUANO 64 Buenos Aires

T. A. 38 - 1585 - 5955 - 8712

Talleres y Depós.: SALOM 333-75 - T. A. 21-1991

GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL-TALCAHUANO 64

Ruego me envíen catálogos generales de la nueva línea de posguerra y OFERTA PROPAGANDA.

Nombre

Dirección

Localidad F. C. L. 335

hizo grandes esfuerzos para recobrar alientos. El sudor le corría a lo largo de los hundidos surcos bajo sus ojos. El ruido de los aplausos, débil al principio, como el de una lejána lluvia, fué acercándose y creciendo rápidamente al levantarse de nuevo el telón. Más allá, detrás de una caja, un maquinista daba vueltas al manubrio del torno, levantando el telón poco a poco a fuerza de riñones. La Grusinskaia reanuda luego su labor, con su sonrisa estereotipada, como una creta de cartón, avanzando hasta las candilejas para saludar.

Gaigern, que se había aburrido espantosamente, dió tres palmadas ligeras por pura inabilidad y cortesía, desizándose luego entre las filas de butacas, hacia una de las puertas de la salida, que el público, impaciente, llenaba ya. En las butacas de orquesta y arriba, en las galerías, algunos incondicionales gritaban entusiasmados y aplaudían obstinada-

mente; y más hacia atrás, los espectadores apretujábanse para ganar cuanto antes los guardarrropas. A los ojos de la Grusinskaia, en escena, esa ola de pecheras blancas, de espaldas negras y de abrigos abrochados que se precipitaban en una misma dirección, tonaba la apariencia de una huida, de una pequeña alarma. La bailarina sonreía echando hacia atrás la cabeza por un movimiento de su cuello flexible como un tallo y dando saltitos hacia derecha e izquierda, al mismo tiempo que saludaba con los brazos extendidos hacia el público, dispuesto a marcharse. El telón bajó y volvió a subir. El cuerpo de baile, perfectamente disciplinado, seguía inmóvil y fijo en sus puestos.

—Telón, telón arriba —gritaba agitadamente Pimenoff, el maestro de baile, que era el encargado de reglamentar los éxitos.

Tardí algún tiempo en subir; el hombre del torno hacía grandes esfuerzos. Parte del

público de butacas, que estaba ya cerca de las puertas, se detuvo un momento, rodando, aplaudiendo con una vaga sonrisa. La Grusinskaia señaló con un gesto de su mano a las señoras del cuerpo de baile, niñas vestidas de muselina que se agrupaban en torno de ellas; con todas las apariencias de la modestia, rehusaba a esos aplausos desperdigados para cederlos a aquellas insignificantes jóvenes. Algunas personas que ya se habían puesto sus abrigos se quedaron paradas cerca de las puertas, asiendo con semblante curioso y divertido a esas últimas llamadas a escena. Abajo, en el foso de la orquesta, Witte, el viejo director alemán, con suplicantes gestos pedía obediencia a los músicos, que ya enfundaban sus instrumentos.

—Que nadie se mueva de su sitio —murmuró angustiado: el mismo estaba temblando y el sudor le bañaba la frente—. Todo el mundo quieto: hagan el favor, señores. Quiera tenermos que repetir el "Vals de la Primavera".

—¿Si hay cuidado? —dijo un lagot—. Hoy no hay prujuna... ¿No le dije?

En efecto, los aplausos declinaban por momentos. Sin embargo, la Grusinskaia aun no tuvo tiempo de ver la luzaca negra y blanca del músico, que se reía allí abajo en el foso fúrtiva que el telón puso su muro por medio. De pronto cesaron los aplausos y siguió un silencio, sorprendente por lo rápido. En esa gran calma de ahora oíase el menudo paso de las bailarinas por el escenario, de aquellas mujercitas vestidas de tarlatana que hacían eruir levemente el tablado con sus zapatos de seda.

—¿Qué, ¿podemos marcharnos ya? —preguntó en francés Lucila Lafite, primera bailarina, dirigiéndose a la Grusinskaia, que volvía hacia ella su espalda agitada, enajenada de blanco.

—Sí, marchaos, marchaos todos al demonio —respondió en ruso la Grusinskaia.

De buena gana hubiera gritado, pero fue más bien un sollozo lo que salió de su garganta. Las jovencitas vestidas de tarlatana, amedrentadas, corrieron hacia la puerta. Se apagaron las luces de la batería y durante algunos segundos la Grusinskaia quedóse sola en el escenario, mirando en aquella claridad de día nublado, que la reducida iluminación de los ensayos hacía aún más gris y monótona.

De pronto oyóse como el crujido de una rama o el pateo de un caballo; no era posible enganarse; allí abajo, en la sala desierta, una sola persona aplaudía. La cosa ni tenía nada de particular, era Meyerheim, el empresario, que con la audacia de la desesperación trataba de salvar la representación. En medio de un entusiasmo desmedido, aplaudía con todas sus fuerzas, golpeando una contra otra sus ahuecadas y sonoras manos, mientras dirigía iracundas miradas a la galería, que la chispe, negligente de sus deberes, había abandonado demasiado pronto. El primero que oyó estas palmadas sueltas fué el brón Gaigern, por lo que volvió a entrar en la sala por curiosidad y dispuestos a tomar parte en la broma. Quitóse, pues, rápidamente los guantes y empezó a aplaudir frenéticamente, y es más: cuando algunos individuos de la claqué y dos o tres curiosos volvieron del guardarrropa, empezó a patear furiosamente como un estudiante. Algunos bromistas se sumaron a la algaraza. Siguió una llamada a escena muy gentil y graciosa, impuesta por unas sesenta personas que aplaudían y pedían con insistencia a la Grusinskaia.

—Telón, telón —gritaba Pimenoff con voz potente.

La Grusinskaia bailaba como una histérica de un lado a otro del escenario.

—¿Miguel! ¿Dónde está Miguel? Que venga en seguida —exclamaba riendo, las pechos cubiertos de pasta azul y llenas de sudor y lágrimas.



EL AZAR LOS UNIO Y UNA PASIÓN TAN DOLOROSA COMO INFUUSTA.

Witte empezó a bailarín hacia la escena y la Grusinskaia, sin mirarle, lo tomó de la mano, tan mojada, por cierto, que apenas pudo sujetarla; luego, desde el centro del escenario, ante la escolilla del apuntador, saludaron varias veces con la bella armonía de los cuerpos habituados al trabajo de conjunto. Mas apenas cayó el telón cuando la Grusinskaia, dando rienda suelta a su irritación, armó una trifulca.

—Has merido la para y por tu culpa se estropeó todo. Has vaciado en el tercer arabesco, ¿Cómo es posible que con Pimenoff me hubiera ocurrido una cosa así?... —

—Compasión, ¿yo? Pero Gru — murmuró Miguel con su cómico acento báltico y con una desesperada entonación.

Witte lo condujo rápidamente hasta detrás de la tercera caja y posándose la mano en la boca dijo:

—Por los clavos de Cristo... no la contradigas... Déjala... — murmuró.

La Grusinskaia recogió sola los aplausos, aprovechando las bajadas del telón para seguir despotricando a su gusto, echando sobre todos las más espantosas maldiciones y llamándolos marranos, perros, asquerosa pandilla de bergantes. Miguel era un borracho y Pimenoff otra cosa peor; amenazaba con licenciar al cuerpo de baile, que ya había sufrido de escena, y a Witte, el director de orquesta, con suicidarse por las faltas de medida cometidas. No obstante, el corazón le saltaba en lo largo de su sonrisa de cera y colorete. Pero el jefe de los tramoyistas fué el encargado de poner fin a esta escena bajando una pesada palanca; la sala quedó a oscuras apenas se dió tiempo a un mozo para extender unas fundas grises sobre las filas de butacas. El telón quedó echado y el hombre del manubrio desó en su tarca.

—¿Cuántas llamadas, Susita? — preguntó la Grusinskaia a una mujer de edad que estaba entre bastidores para echarle sobre los hombros un abrigo. — ¡Sí? Yo he contado ocho. ¿Cree usted que siete nada más? Tampoco está mal, ¿verdad?, y siempre es un éxito, ¿no?

Tuvo que escuchar luego con impaciencia las protestas de Susita, para quien aquello había sido un éxito enorme, casi igual al de Bruselas tres años antes. ¿No se acordaba ya la señora? La señora se acordaba. —No, no ha sido como en Bruselas!, pensó enfadadamente y muerta de fatiga.

Listó sus miembros húmedos de sudor; estaba sentada, y, como un borrador acostado en su rincón después de un "round" agotador, se dejaba secar y friccionar por Susita. El cuarto era un rincón triste, demasiado caliente, sucio y estrecho; olía a vestidos viejos, a pastas agrias de tocador, a pomadas, a humedad. Quizá la Grusinskaia estaba decorada por el ardiente malestar que le había dejado la representación de aquella noche. No había sido un gran éxito, no, ni muchísimo menos.

¿Y qué gentes crueles e incomprensibles eran las que empezaban a escatimar su gran éxito a la Grusinskaia?

Nadie sabía la edad de esa mujer. Algunos viejos señores rusos, emigrados emigrados, que vivían en habitaciones amuebladas en Wilmersdorf, pretendían conocer a la Grusinskaia desde hacia cuarenta años; pero esto era seguramente una exageración.

Sin embargo, se podían calcular veinte años de fama internacional y otros años de éxitos y gloria que representan un tiempo infinito. A veces le decía el viejo Witte, su amigo y compañero desde los comienzos de su carrera:

—Witte, soy una criatura condenada a arrastrar siempre durante su vida una carga enorme, demasiado pesada para mis fuerzas.

Y Witte le contestaba gravemente:

—No dejes que nadie lo advierta, por favor, Elisabeta Alexandrovna: que nadie lo vea; no habléis jamás de pesadur. Tenéis la misión, pero nadie que os lo diga, de ser la ligereza personificada. El mundo entero se ha hecho pesado; pero vos no: debéis seguir siendo ligera como una pluma, para que no se produzca una catástrofe mundial. No os canséis, por Dios.

La Grusinskaia no había cambiado; pesaba las mismas noventa y seis libras desde los dieciocho años, y ésta era principalmente la razón de sus éxitos y aptitudes. Su compañero, que estaba acostumbrado a esa ligereza, no podía bailar con ninguna otra. Su nuca, su cuerpo, que parecían totalmente articulados, el óvalo delicioso de su rostro, no habían perdido nada con los años. Sus brazos se movían como gráciles alas. Se sonría, que se abriría bajo los párpados alargados, era por sí sola una obra maestra. Toda la fuerza de la Grusinskaia no consistía más que en esto: pareciera siempre a sí misma, sin darse cuenta de que esto era, precisamente, lo que empezaba a aburrir a los públicos.

Quizá este mismo mundo de sus admiradores la hubiera querido tal como ella era en realidad y como aparecía en este momento, sentada en el "camerino": una pobre mujer nada joven ya, delicada, agotada, de unos cansados y carita demacrada. Cuando la Grusinskaia no tenía éxito — lo que solía ocurrir de vez en cuando — ella se iba de pronto tornándose viejísima. De pie delante del lavabo gris empotrado en el muro. La tubería del agua caliente funcionaba mal. Por fin hubo manera de preparar las compresas calientes para el rostro de la Grusinskaia, que se entregó a las manipulaciones de rigor mientras Susita le quitaba las perlas del cuello, esas perlas célebres en el mundo entero, inverosímilmente bellas y que provenían de la época del Gran Duque.



COLONIA

BRANCATO

El perfume de moda

HOMEDES y MATILLA

por muchos imitados
por nadie igualados

Chinelas



Art. 124. La "Clásica" pantufla de la casa, en cuero, cinco colores, plantilla de goma.

Art. 109 y 824. En macramé y lana, respectivamente, plantilla de goma.

Art. 166. Redonda pantufla, cuero en cinco colores, plantilla de goma.

Capital Federal: Pídanles en: Casa Jurem, Bm. Witte 757 y suc. interior; Vento, ferri del calzado, Juzamiento 1658/60, Casa El Chic, Rivadavia 1102.

En el interior, pídanles en: Calzado Mitre, Av. Mitre 323, Avellaneda; y en los principales casas del ramo en toda la República.

A pedido, todos los modelos también con plantilla de suela.

Ventas al por mayor, en la capital e interior diríjirse directamente a sus fabricantes.

OLAVARRIA 1921 - T. A. 21-2347 - Buenos Aires

YA APARECIO

Chabela

La revista mensual predilecta de todas las mujeres ofrece una hermosa novela, de AMALIA SANCHEZ SIVORI, uno de los valores nuevos más firmes de nuestra literatura. Este hermoso relato argentino, cuya acción transcurre en un ambiente pleno de realidad y de interés, lleva el título de

“SU PROPIO DESTINO”

y en él, la prosa ágil y fina llama tanto la atención como la trama hábilmente construida, y el finl lógico y emotivo. Pero además, este número cuenta con otro motivo de atracción para los lectores, pues presenta gran cantidad de modelos exclusivos, para EL AJUAR DE LAS NOVIAS, con todas las novedades que son el resultado de los recientes cambios de la moda, y también su habitual material brillante formada por modelos de París, Londres y Nueva York.

UNA MAGNIFICA SELECCION DE LABORES,



con todo clase de prendas para la estación, nos, cuentos, etc.

Chabela

ESTA EN VENTA. ¡ADQUIERA SU EJEMPLAR, ANTES DE QUE SE AGOTE!

—Puede usted guardar las perlas, ya hoy no me las voy a poner — dijo la Grusinskaja.

—La señora no se va a poner las perlas! La señora debía embellecerse para el banquete...

No, no, basta. Arréglenle usted y póngame bella sin perlas. Susita — dijo la bailarina, y con cara compungida se entregó a las manos de su fantástica doncella, a sus esmeraldas y potingues.

Tenia que asistir a una cena ofrecida en su honor por el Club de la Escena, y por eso se hizo maquillar en esta ocasión con suho, enro. Fuera, en el corredor de los “camerinos” de las artistas, Witte iba y venia como un centinela, montando su guardia pacientemente, mientras arañaba la caja de su reloj, que, conforme a la antigua moda, llevaba en el bolsillo del chaleco. En el rostro envejecido del músico dilucidábase la preocupación y el disgusto. Poco después, el maestro de baile, Pimenoff, vino a unirse y luego llegó también Miguel con las pestañas brillantes de vaselina y fuertemente empolvado.

—¡Vamos a esperar a la Gru o no marchamos luego todos juntos!

—preguntó alegremente.

—Yo te aconsejaría que tomaras el portante, querido mío — dijo Witte —, aun cuando no hubieras ya vacilado cien veces para hacerlo.

—Pero si yo no he vacilado, Pimenoff. ¿He vacilado yo? — exclamó casi llorando.

Pimenoff enrojeció de hombros. El también era un hombre de edad; tenía una gran nariz característica y sentía una predilección muy marcada por las corbatas plastrones como en tiempos de Eduardo VII. Ya no bailaba; únicamente dirigía los ensayos y preparaba las distracciones para la Grusinskaja; una coreografía clásica y difícil, llena de pájaros, de flores y de alegorías bailadas sobre las puntas.

—Ve a acostarte y que no te vea hoy la Gru. Lucila se ha marchado también — agregó prudentemente.

Miguel, cuyo rostro joven revelaba indignación, llamó a la puerta del cuarto.

—Buenas noches, señora — exclamó —; no la acompaño a usted. ¿A qué hora va a ser mañana el ensayo?

—Si, sí, tienes que acompañarnos; no hay más remedio, porque eres tú el que viene que sentarse a mi lado en la mesa — dijo la Grusinskaja desde dentro —. No me disgustes corazón mío. Del ensayo ya hablaremos; espérame, que dentro de un momento estoy lista.

—Naturalmente. Como que ya he echado fuera de sí la borra-

chera a fuerza de lágrimas — murmuró Witte con gestos de condenado.

—¡Oh, las lágrimas, las dulces lágrimas! — murmuró Pimenoff, con la barbilla metida en el cuello de su abrigo.

—No desee yo a mi peor enemigo que baile un “pas de deux” con Gru. Misericordia, querido — agregó Miguel con su tan cónico acento germanobáltico.

En el “camerino”, a la cruda luz reflejada por el espejo, la Grusinskaja perfumaba los lóbulos de sus orejas dándose golpecitos con un algodón empapado en la esencia. “Miguel debe venir también — pensaba —; siempre estov rodeada de viejos: Pimenoff, Lucila, Susita”. De pronto se puso a odiar rabiosamente el sombrero rojo y vio de raído que Susita, en el fondo del “camerino”, se estaba poniendo sobre sus cabellos grises. Con un movimiento algo brusco rechazó su ayuda y salió al corredor llevando al brazo el abrigo de noche, negro y oro, guarnecido de armiño. Luego presentó sus espaldas a Miguel para que se le pusiera. Lo hizo como acostumbraba siempre: con una gran delicadeza femenina. Era una pequeña ceremonia de reconciliación... y quizá alguna otra cosa más; era, por parte de la Grusinskaja, como un tenue y secreto ruego de comunión con ese joven.

Ahora estaba resplandeciente, hermosa, sorprendente y ágil como una flor.

—Elisabeta es encantadora — dijo Witte, haciendo una reverencia de otros siglos.

Había tomado la costumbre de expresarse en un estilo complicado: primeramente para ocultar su amor hacia ella, de la que estaba enamorado desde su juventud, y luego, porque tenía que traducir sus frases del alemán tan pronto al ruso como al francés. La Grusinskaja pasaba también constantemente de una lengua a la otra, del “tú” ruso al “usted” francés e inglés; pero conocía también el alemán, siéndole familiares, asimismo, todas las groserías y amabilidades más corrientes. Por eso no siempre podía seguirse fácilmente su charla. Al subir al auto preguntó:

—¿Crees tú, Witte, que son las perlas las que tienen la culpa?

—¿Cómo, las perlas? — preguntó Witte asombrado.

—Dios mío!, ¿cómo es posible, las perlas? — preguntó también Pimenoff.

—Si, sí, las perlas, estas perlas, que me traen la negra — dijo ella con una insistencia infantil.

Witte golpeaba uno contra otro sus guantes de piel brillante, a la moda antigua.

—Pero, querida... — dijo desconcertado.

—¿Cómo? — dijo Pimenoff —. Toda tu vida te han dado suerte esas perlas; han sido tu mascota, tu talismán, y no podías bailar sin ellas.

—Y ahora de pronto te van a traer la negra. ¿Qué original eres, Gru!

—Si, si; me dan la suerte negra; lo veo — dijo Gru con tal terquedad que se dibujó una arruga entre sus cejas, reforzada a lápiz. Ya qué se

eran Duque Sergio nie trajeron la buena suerte; pero luego lo con... lagarto, lagarto, lagarto. Después me desloqué el tobillo entre el año pasado, vino el déficit en Niza, y todo lo demás... la negra. No me las pondré más para bailar, lo digo desde

Que no te las pondrás más?... Pero, querida, queridísima Gra, es posible que baileis sin las perlas; toda la vida habéis creído que seríais bailar sin ellas, y ahora, de pronto...
S... — dijo la Grusinskaia —, sólo era una superstición.
W... echóse a reír.

— ¿No — exclamó —, palomita, querida mía, ¿qué criatura es usted? No me comprendes. Me comprendes muy mal, Witte. Las perlas no sientan bien y no es preciso que me las ponga. Antaño era este; había que ponerse alhajas, en Petrogrado, en París, en Viena, una bailarina tenía que poseer joyas y lucirlas. Pero ahora... ¿lleva perlas verdaderas hoy? Yo, que soy mujer, tengo más para estas cosas y las siento mejor que usted... ¿Le has dormido Miguel? Dinie, por lo menos, lo que opinas.
Miguel, sin un sólo movimiento de su gracioso cuerpo, dijo en su rebuscado:

— ¿Pero que quiere usted saberlo, señora, lo dire que debía dárselas niños, pobres, a los inválidos, invirtiéndolas en cualquier obra de caridad, señora...

— ¿Pero qué dices? ¿Las perlas? ¿Dar yo las perlas? — exclamó la Grusinskaia en ruso, de tal modo que parecía cantar la palabra «vovot!».

— ¡Ah, hemos llegado — dijo Pimenoff, mientras el auto frenaba bruscamente, siempre adelante — ordenó la Grusinskaia —. Seamos hermanitos alegres.

— ¡Se abre la puerta cochera, y Witte, que subía la escalera detrás de la señora, declaró:

— El único defecto que tiene Elisabeta Alexandrovna es que adora el operativo catagórico.

— La Grusinskaia sonreía y se puso radiante como una lámpara de la que se hubiera sacado más mecha; y así, luminosa y sonriente, se entró en el club, donde treinta señores metidos en orras negras la estaban esperando.

— ¡Por fin Gaigern fué el último en dejar de aplaudir; pero tan pronto como se dio cuenta de que va no se levantaba más el telón, salió del teatro con la cara seria del hombre que lleva mucha prisa. Había dejado de ver numerosas luces blancas y amarillas se reflejaban en el asfalto de la Kanstrasse; el tranvía deslizábase entre las casas, los regulaban el tránsito de los autos, los sin trabajo acercaban sus ojos a los abrigos de pieles para abrir las puertas de los coches. El ruido del barullo, Gaigern atravesó la calle y, con peligro de su integridad el reglamento de la circulación, entrando rápidamente en la oscura Faschenstrasse, donde estaba estacionado su coche. El conductor fumaba un cigarrillo.

— ¿Que hay? — le preguntó Gaigern.

— ¡He vuelto a cambiar de chofer — dijo el interrogado —. Esta vez es un inglés, lo trajeron de Niza, donde lo dejó su arruinado señor. He estado con él, pero no se le saca una palabra del cuerpo.

— ¿Cuántas veces te habrá dicho que te quites el cigarrillo de la boca para hablar conmigo? — dijo Gaigern a media voz.

— ¡Es bien — exclamó el chofer tirándole —. Acala de llevarla al club y luego la dejará en el Club de la Escena; está allí mismo en el coche, pero no sabe a qué hora tendrá que ir a recogerla.

— ¿No la sabe — repitió Gaigern distraídamente, golpeando con los nudillos la palma de su mano —. En fin, está bien; yo me marchó a dar las gracias por allá abajo. Tú llevas el coche al teatro y me esperas.

— El mismo aspecto de seriedad de un hombre escuálido, Gaigern se pasó por delante del teatro. Aquellos lugares estaban ahora solitarios; el gran anuncio luminoso habíase apagado y los grupos de movimiento. Gaigern se deslizó entre un grupo de escuálidos, fijando los ojos en la puerta vidriera; la luz ardía en los cristales de esa puerta, por la que él tenía que salir. Los primeros en salir fueron los bomberos, seguidos luego los tranviistas de anchas espaldas y sendas pipas entre los brazos. Poco después la puerta dió paso a algunos grupos de bailarinas, seguidas con abrigos de pieles baratos, criaturas insignificantes, seguidas de una algarabía de palabras francesas, rusas e inglesas, Gaigern las siguió sonriendo con los ojos, pues reconocía a algunas de las que él había visto en Niza y en París. Cuando se reía, su labio superior se quedaba algo corto, como en algunos niños; esto era enanqueado por las avivadas.

— ¡Dios mío, qué pesado se está poniendo esto hoy — pensaba intilmente, mientras el patio volvía a quedar en silencio. Transcurrió un cuarto de hora, hasta que el chofer del coche de la Grusinskaia empezó a removerse como un perro que sueña y puso el motor en marcha. Gaigern, que conocía esta señal, metióse profundamente en la sombra del muro y así, al aparecer por fin la Grusinskaia, se hizo invisible.

Un momento de su vida encontrará Ud. en

EL ALBUM DE LA FAMILIA

Cuyas páginas desfilan todos los

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

de 12.45 a 13 hs.

por L. R. 4

Y LA RED ARGENTINA DE EMISORAS SILENDIO



con

**MENECA
NORTON**

y un calificado elenco
en una audición profun-
damente humana con
libretos de

**NISHA ORAVEN y
CELINA MALBRAN**

EL ALBUM DE LA FAMILIA

Es un programa auspiciado por:

CIA. de TIERRAS LAGO SAN ROQUE S.R.L.

Capital \$ 1.200.000



"LAMITA", EL BARON DE GAIGERN, KRINGEIN Y EL ESCÉPTICO DOCTOR OTTERSCHLAG, QUE INTERPRETO LEWIS STONE.

—Espérame aquí, Susita —dijo, volviéndose hacia la puerta—. Berkley vendrá en seguida a llevarla al hotel.

La bailarina estaba envuelta hasta las orejas en una capa de seda sumamente vistosa, negra y oro, guarnecida de armiño, asemejándose por completo en su belleza a las fotografías que de ella publicaban las revistas ilustradas del mundo entero. Gaigern, desde la sombra en que se ocultaba, no le sacaba el ojo, y en el momento de poner ella su zapato de tisi de plata sobre el estribo, se entreabrió el cuello de armiño y entonces pudo ver aquél el cuello de la bailarina, ese cuello célebre, largo, blanco, semejante al tallo de una flor, y que aparecía esa noche especialmente desnudo. Grande fué la satisfacción de Gaigern, que aspiraba el aire entre sus dientes apretados. No había descuido nada más que ver ese cuello desnudo...

Tan pronto como partió el auto, Susita se presentó en el patio solitario y desierto, seguida del portero, que cerró con llave la puerta de entrada de los artistas. Susita siempre tenía el semblante de una copia vieja y amarillenta de su ama; llevaba los vestidos viejos, los sombreros usados de la Grusinskia que habían pasado ya de moda. Aquella noche, que arrastraba los pies atravesando el patio, iba vestida con una larga falda acompañada y un abrigo desteñido y adornado con un cuello escotado. En cada mano llevaba una bolsa; en la izquierda, una valija chata y bastante grande, y en la derecha, un pequeño maletín de charol negro. Caminaba lentamente, con un paso algo embarazado, hasta la verja que separaba el patio del teatro de la calle, y una vez que se encontró ya en la acera, dió algunos pasos arriba y abajo, a la viva luz de los faros volcánicos. Ideas completamente descaídas arrojaron durante algunos segundos

el pensamiento de Gaigern, que seguía en su rincón, los músculos en tensión, como pronto para acometer o salir huyendo. Pero nada de esto tuvo que hacer, porque el maldito Berkley, haciendo un viraje de maestro, detuvo el coche delante de Susita, que se metió prontamente dentro. En la iglesia de la Comemoración daban las once y media y Gaigern, que por unos momentos se le había olvidado respirar, abrió la boca absorbiendo el aire que necesitaba. Luego silbó y su pequeño auto estuvo allí al momento.

—Pronto, pronto, al hotel; síguela —le ordenó el chofer.

—Pero, entonces, ¿es que va a dar el golpe hoy mismo? —preguntó el chofer, otra vez con el cigarrillo entre los labios.

—Hay que esperar —respondió Gaigern.
—Otra vez estar en acecho con el auto toda la noche? ¿No se va a dormir entonces? —dijo el chofer.

Gaigern señaló con el dedo el coche gris, que doblaba delante de ellos la torruja luminosa del puente Hirtzig.

—Pásalo —se limitó a decir, y el chofer apretó el acelerador; por allí, cerca del puente, no se veía ninguna guardia. La vida nocturna de Berlín bullía en las calles bajo un cielo rojo, sin estrellas, en la claridad de aquella noche primaveral.

El chofer seguía haciendo sus reflexiones: —Esto es un asco; esta historia está dando más molestias que lo que vale, para acabar en una plancha colosal.

—Quien no se arriesga no pasa la mar —respondió jovialmente Gaigern, quedándose algo corto el labio superior—. Si la cosa no te conviene, te doy la cuenta y hasta más ver.
—Lo que digo es por su bien —repuso el chofer.

—Sí, como yo te lo digo a ti también por el tuyo —exclamó el barón.

Luego ambos guardaron silencio hasta el hotel.

—Colócate cerca de la entrada número 6 —dijo Gaigern saltando del coche.

Al meterse en la puerta giratoria que ponía en comunicación el pequeño foyer de la entrada con el ball, dióse de manos a boca con un personaje bufo, era Kringlein, que se le atravesaba en la entrada porque se había metido al revés. Gaigern empujó la puerta con un gesto impaciente e hizo girar el timbre con su contenido.

—La puerta gira en este sentido —dijo el barón.

—Gracias, muchas gracias —respondió Kringlein, que había querido salir, pero que se hallaba otra vez empujando hacia dentro.

Gaigern corrió a buscar su llave en la portería y, meriéndose en el ascensor, dijo al manco al llegar al primer piso que le esperaba un momento, porque iba a volver en seguida. Encaminóse rápidamente a lo largo del corredor hasta el número 69, que era el de su habitación; entró, pues, en ella y, echándose sobre la cama su sombrero y su abrigo, tomó de un florero una linda rama de orquídeas y, corriendo siempre, salió otra vez al pasillo.

—Haga el favor de decir al manco que yo no necesito el ascensor —dijo a una camarera, que, muerta de sueño, se arrastraba delante de la fila de puertas.

La camarera transmitió el recado al manco, que bajó gruñendo en el ascensor. Susita ya estaba abajo con sus maletas para meterse allí. Eso era precisamente lo que Gaigern había esperado y había combinado.

Al llegar Susita delante del cuarto número 68, que ocupaba la Grusinskia, percibió detrás de una palmera a un muchacho muy

bello, con cara tñiñda y suplicante, y que le parecío haber visto ya alguna vez.

—Buenas noches, señorita, tenga la amabilidad de escucharme un momento —dijo en francés encantador, pero algo afectado—. Una palabra... ¿La señora no está en su cuarto?

—Lo ignoro, caballero —respondió Susita, que estaba bien aleccionada.

—Perdone usted la indiscreción... pero es que quisiera dejar esta flor en el cuarto de la señora. ¡Siento tanta admiración por ella! Hoy mismo la vi en el teatro; no faltó a ninguno de sus bailes, y como he leído que le encantan estas orquídeas... ¿Es verdad que le gustan?

—Ya lo creo, muchísimo —dijo Susita—. Se enloquece por ellas; tanto es así que en estas estufas de Tremezzo las estamos cultivando.

—Muy bien, entonces tenga esta ramita, y me hará el favor de ponerla en el cuarto de su señora, ¿verdad?

—Hoy he recibido una cantidad enorme de flores. El embajador de Francia envió una canasta magnífica —dijo Susita, amargada aún por el éxito tan disculpable de la noche pasada.

Miraba con simpatía a aquel agradable y tímido mozo, pero no podía agarrar la rama por tener ambas manos ocupadas, y hasta encontraba dificultades para pasarse la llave a la mano derecha para abrir la puerta del 68. Gaigern, viendo su apuro, se acercó vivamente:

—Permítame usted —le dijo haciendo ademán de sostenerle las dos maletas.

Susita soltó la grande, pero retuvo el saquito de mano con un movimiento instintivo de protesta.

—Ya sé dónde están las famosas perlas", se dijo Gaigern, aunque tuvo buen cuidado de disimularlo.

Airrió, pues, la doble puerta, y con paso entre discreto y respetuoso franqueó el umbral de la habitación que la Grusinskaja ocupaba en el hotel.

El cuarto era vulgar y la instalación como la de todos los otros, de una relativa elegancia. Hacía allí fresco y en la atmósfera flotaban effluvis de perfumes tenues y selectos y el olor que despedía el balcón estaba de flores; la puerta del pequeño balcón estaba abierta de par en par. El techo no tenía colgaduras, a los pies veíanse unas chinelas algo raídas ya y desgastadas por las suelas; las zaparillas de una mujer acostumbrada a dormir sola. Gaigern, que se había parado en el umbral, sintió una lástima furtiva, tierna y dulce por aquellas zaparillas tan vulgares colocadas junto a la cama de una mujer hermosa y célebre. Con un ademán de súplica alargaba la rama de orquídeas hacia la doncella de la bailarina. Susita dejó el saquito de mano sobre el cristal del tocador, entre los tres espejos, y al fin agarró las flores.

—Muchas gracias, caballero. ¿No llevan su tarjeta?

—¿Qué ocurriría? No, no soy tan indiscreto —V miró desdenosamente a Susita, cuyo rostro marfilino, cubierto de arrugas, recordaba singularmente el de su ama.

—¿Está usted fatigada? —le preguntó—. Claro, su señora se recogerá tarde. ¿Tiene que esperar?

—Oh, no! Mi señora es muy buena y me dice todas las noches: "Acuéstate, Susita, que no te necesito"; pero a pesar de todo siempre le hago falta; la esperaré; nunca vuelve después de las dos, pues empieza a trabajar todas las mañanas a las nueve. ¡Y qué trabajo, Dios mío! Si viera usted... Sí, sí, la señora es muy buena...

—Debe ser un ángel —dijo Gaigern lleno de respeto.

Y mientras lo decía se hacía su composición de lugar: "De modo que no hay más

que un cuarto de baño sin ventana entre el 68 y el 69". Al recorrer con los ojos la habitación vió, que Susita bostezaba profundamente.

—Buenas noches, señorita, y un millón de gracias —dijo modestamente, sonriendo, y desapareció.

Susita echó el cerrojo a las puertas detrás de él, puso las orquídeas en el jarro de agua y, sentándose luego en una butaca, se puso a esperar, encogida y hecha un ovillo, como un paquetito trémulo.

Hasta la una de la mañana no empezaban a verse los pares de calzados en el corredor, delante de las habitaciones del Grand Hotel. Todo el mundo está fuera para gustar los encantos nocturnos de la gran urbe, de su tumulto, de su bullicio y de su claridad eléctrica. La camarera que hace el servicio de noche

bosteza acurrucada en un rincón del corredor, y en cada piso puede verse una doncella virtuosa y ajada, muerta de cansancio. El equipo de los "boys" se releva a las diez; pero los recién llegados tienen también bajo sus gorras de plato, picaramente ladeadas, los ojos brillantes de fiebre, como ocurre a todos los chicos que se acuestan tarde. El manco de humor endiablado, encargado del ascensor, ha sido relevado a medianoche por otro manco de genio igualmente malo; también Senf, el portero, ha entregado su servicio al portero nocturno, y sin pensar en que se va a molestar inútilmente, vuelve a la clínica castañeteándole los dientes de agitación y zozobra. Allí le recibe la hermana tornera con poca amabilidad, diciéndole que se vuelva tranquilo a su casa, porque podrán pasar cuarenta y ocho horas antes de la llegada del niño. Pero estos son asuntos particulares del señor Senf, con los que nada tiene que ver el hotel.

YODOSALINA

YODOSALINA

TODO EXCESO ES MALO, PERO...

¡EL EXCESO DE PESO ES PEOR!



La gordura no es solamente antiestética, sino también peligrosa. Cuando la balanza le esté indicando un "exceso" de peso, recuerde que su médico es el mejor consejero y podrá darle el régimen que Ud. necesite. Recuerde además, que una dosis diaria de YODOSALINA, las tradicionales y siempre eficaces sales yodadas, tiene una pronunciada acción deshidratante, que le ayudarán a mantener la "línea".

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

YODOSALINA

Este ahora está lleno de alegre bullicio; la alegría se desborda por todas partes. En el pabellón amarillo se bala sin descanso; el mostrador de Matroni ha sufrido ya grandes acometividades y el mozo negro, con la sonrisa de sus ojos y dientes muy blancos, cada vez más atareado, corta grandes lonchas de jamón frío, y echa marraquino en las ensaladas de frutas congeladas. Los ventiladores zumban y arrojan un aire viciado a los patios del hotel. En el comedor del entresuelo, que es donde comen los choferes, se reúnen éstos para despellear a sus amos, descontentos siempre de no poder beber mientras dura el servicio. Los viajeros, que en la mayoría de los rincones de Alemania, es decir, los clientes provincianos del hotel, se asombran y casi escandalizan, allí sentados en el *hall*, al contemplar a sus compañeros los berlineses, unos señores con el sombrero echado muy atrás, que hablan a gritos gesticulando mucho, y unas señoras pintadas a conciencia. Rhona, al que acaban de dar una friolera cargada de pesadumbre, atraviesa el *hall* pensando: "No es muy selecta que digamos la clientela de noche del hotel, pero, ¿qué remedio!, esta gentileza es la que da dinero".

Kringelein atizó en el bar del hotel poco antes de la una. Estaba muy cansado y se sentó junto a una mesita, poniéndose a mirar en torno suyo con los ojos bizcos de la fatiga de sueño. El polbre estaba muerto de fatiga, pero no quería acostarse. Por otra parte, le parecía estar durmiendo ya. Todo lo veía confuso, como en un sueño febril de su cerebro: el ruido, el murmullo de la gente, las voces, la música, todo tan cerca de él y al mismo tiempo tan lejano, que le parecía una alucinación. Aquellas voces que le llegaban desde el hotel le sumían en un estado de ánimo maravilloso, como si estuviera embriagado sin haber bebido. Pero su misero cerebro de contable, acostumbrado a echar cuentas toda su vida, tenía que calcular bien.

Así, por ejemplo, una ración de caviar cuesta nueve marcos y Kringelein le parece que el caviar no acaba de convenirle si por lo menos no supiera a sardinas después de ser tan caro. Un sudor frío le acometió al ver que le acercaban la caracilla de las entradas, bajo las miradas malignas de tres camareros que le observaban con cara de burla. Había tenido que dejar el cubierto — veintidós marcos con propina — y ahora se está-magu enfermo lo rechazaba. El borgeña era un vino pastoso y agrio que venía acostado en una especie de cochecito de niño, como si fuera un bebé. ¿Qué caprichios más raros tenía la gente aquí? Como Kringelein no tenía un pelo de tonto, y estaba siempre pronto a entender lo que ignoraba, acostumbrado a comprender que para aquel convector de lujo muy mal vestido y que estaba hablando el ridículo más espantoso al servirse torpemente de los diferentes cubiertos que tenía delante. En toda la noche no le había pasado un malísimo temblor nervioso, y las últimas horas vinieron a serle aún más angustiosas con el continuo pensar en las propinas, con sus lentas equivocaciones de puerta y con las miradas de los contrariados que le atormentaban. Sin embargo, también había tenido sus momentos felices y maravillosos esa primera noche de hombre rico en un hotel onecopetado: las vi-dieras, por ejemplo. En Berlín se dejan entre los dos escaparates hasta muy tarde, y en ellos pueden contemplarse, como en las riquezas del mundo entero. "Todo lo que puedo comprar si quiero..." es este pensamiento que le atormentaba por su novedad para embriagar la bastante enfriada de Kringelein. O bien, por ejemplo, Kringelein va a un cine — en Berlín están abiertos desde la nueve y media — y saca una entrada a palco. También en Frederichs iba él al cine. Le vino a la memoria la película de Saint-Moritz, una

de las últimas que había visto. Oh, qué mundo allí, inconcebiblemente maravilloso! De pronto, allí, en el rincón del bar, se decide a ir a Saint-Moritz. "Esos lagos y esos valles no se han hecho solamente para los Preysing — se dice —. Yo también puedo disfrutar de ellos." Y su corazón salta de alegría ante este pensamiento, que le obsesiona. Una dulce, amarga y triunfante libertad se apodera de aquellos que saben van a morir pronto. Pero Kringelein no sabe definir lo que por momentos le oprime hasta el punto de tener que suspirar profundamente para recobrar aliento...

— ¿Le permite usted...? — dijo el doctor Otterschlag sacándole de sus labores y poniéndolo a desahogarse con sus rodillas huesudas bajo la mesita que ocupaba Kringelein. "No hay un solo sitio vacío en este maldito bar. No puede estar peor organizado..." "Louisiana-Flip" — dijo luego al camarero, poniendo sus flacos dedos sobre la mesa, entre él y Kringelein, dedos que parecían por lo fríos y pesados diez varillas de metal.

— Encantado — dijo Kringelein con distinción, realmente, encantado de volverlo a encontrar... Ha sido usted tan amable conmigo que no lo olvido; créame que es para mí un motivo de eterno agradecimiento...

Otterschlag, a quien después de un número inapreciable de años de vivir solo en el mundo, había dicho que era amable, y que llevaba ya diez sin hablar con un alma viviente veinte palabras seguras, sintió un ligero desdén no exento de cierta complacencia al oír los testimonios de gratitud del señor de Frederichs.

— Bien, bien; pues, entonces, a su salud... — dijo, mirando de un trago su "Flip".

Kringelein, por su parte, había bebido una bebienda absurda, y como no se atrevía a beberla, se contentaba con mear los labios de vez en cuando en el líquido de color cobrizo en su cubilete de níquel.

— Hay algo en la animación y movimiento de este hotel que me atrae y desconcierta un poco al principio — dijo entonces —.

— ¡Hum! — respondió el doctor Otterschlag. — Al principio sí, pero pronto se acostumbra uno a esta vida, que luego ya no varía nada... Camarero, otro "Louisiana-Flip".

— Las cosas son muy diferentes en la realidad de como uno se las ha imaginado — dijo Kringelein, quien su cocktail había fantaseado. — Claro que hay también en las vicinias se vive dentro del mundo; se lee la prensa, se va al cine, se ve todo en las revistas ilustradas; pero, no obstante, la realidad es muy diferente.

Entre el run-run de las voces, el choque de la cristalería y el sordo zumbido de los coches eléctricos llegaron hasta Kringelein las alegres risas y las risueñas voces que formaban animados grupos en el fondo del bar.

— ¿Isas no son propiamente mujeres de bar? ¿No le parece?

Otterschlag volvió hacia él la mitad sana de su perfil.

— ¿Les falta cierta femineidad. ¿No es eso? No son las estables caballerizas, porque están en los establecimientos, como es respetable al que todas las mujeres vienen acompañadas por caballeros. No son, pues, verdaderas mujeres de bar, como señoras propiamente dichas. ¿Viene usted acaso en plan de aventuras?

— Oh, no, gracias; nada de eso! Porque si hubiera querido, ya he encontrado una sí, una señora joven, hace un rato, que quería bailar conmigo.

— ¿Es posible? ¿Usted ha encontrado eso? Pero ¿dónde? — preguntó el doctor Otterschlag, riendo con su desdichada media boca.

— Pues es muy sencillo; en un cabaret que está muy cerca de la Postdamer Platz — dijo Kringelein tratando de imitar el tono cor-

tado, de elegante hastío de la vida de que Otterschlag le daba ejemplo... Le digo a usted que aquello es una precisión: un alumbra-do maravilloso — buscó otro término más expresivo, pero renunció a él —, un alumbra-do maravilloso... Fúenticetas con juegos de luces de todos colores en constante movimiento. Lo que es, porque, naturalmente, hay que consumir champagne y cobrar veinticinco marcos la botella. Desgraciadamente, yo resisto poco la bebida, no me encuentro bien del todo, y usted comprenderá que...

— ¿Qué va a decirme! Lo comprendo perfectamente. Cuando a un hombre le quedan los cueros anchos dos centímetros, no tiene que beber.

— ¿Est usted médico? — preguntó Kringelein muy asustado, notándose inconscientemente dos dedos entre la tela y la piel; y, en efecto, le estaba muy ancho.

— Lo he sido. Yo fui todo lo que se puede ser. Enviado al suroeste africano como médico del gobierno. Un clima asqueroso. Hecho prisionero en el 14 y en el mismo tiempo prisionero en el Nairri (Africa Oriental Inglesa). Aquello es espantoso. Repatriado luego bajo mi palabra de honor de no empuñar las armas. Seguí hasta el final toda esa porquería, sirviendo como médico. Luego una granada me llevó media cara. Plagado después de bacilos de difteria hasta 1920. Dos años de cama. En fin, ya está bien, ¿no? Punto final. Lo he sido todo, pero, ¿a qué puede importarle?

Aterrado, Kringelein contemplaba con sus ojillos bizcos aquella ruina de hombre, cuyos dedos rígidos e inanimados descansaban sobre la mesa. Llenaba el bar una especie de ruido musical, en medio del cual adivinaba un charlatán que, con sus palabras, hacía un ruido. Muy poco había comprendido Kringelein del relato telegráfico de Otterschlag, pero lo bastante para que una aguija picante se le subiera a los ojos. Desde su operación, que no había servido de nada, se echaba a llorar ridículamente por la cosa más nimia.

— ¿No tiene usted a nadie que... quiero decir... entonces usted vive solo? — preguntó indiscretamente, y por primera vez sorprendido a Otterschlag el timbre alto y agradable de la voz de su interlocutor, una voz varonil, insinuante y sugestiva.

Extendió sus dedos helados sobre la mesa y los retiró en seguida. Kringelein miraba pensativamente las numerosas cicatrices y costumbres del rostro de Otterschlag. Luego volvió de pronto y empezó a franquearse, diciendo poco más o menos: que él también estaba solo, completamente solo, por haber roto los lazos, los diferentes vínculos... — seguía buscando palabras escogidas y sonoras... — y que era la primera vez que venía a Berlín; cuando se fue al pasado toda la vida en Frederichs, se fue a capital, a capital, a capital, idiota... luego no tanto que no se diera cuenta en seguida de su propia estupidez; él conocía muy poco la vida, pero quería descubrir al fin la verdadera gran vida y solamente movió por ese deseo había venido.

— ¿Perdón — continuó Kringelein —, ¿dónde está la gran vida? Yo todavía no pude hallarla. Estoy en el casino, en el casino, en el casino, en el hotel más caro de Berlín, pero no es esto; yo siempre creí que la verdadera gran vida, la que merece este nombre, debe ser otra cosa muy distinta y que hay que ir a buscarla a otra parte. No sé... cuando no se está iniciado... comprenderá usted que... —

— Perfecto — dijo Kringelein, que imaginaba usted esa vida? — respondió el doctor Otterschlag. — La verdad está siempre en otra parte. Cuando somos jóvenes pensamos: "Con los años será mejor nuestra vida"; y luego, cuando llegan esos años, decimos: "¡Qué buena era la vida por aquí entonces!" Cuando se está aquí se piensa que la verdadera vida está allí

en las Indias, en América; y cuando se está allí, esa vida ha vuelto a escabullirse para plantarse aquí, donde nos está esperando tranquilamente, aquí mismo, de donde habíamos huido.

Fra la primera vez que Kringlein oja pronunciar a su amigo algunas frases incoherentes, que no dejaron de impresionarle, aun cuando no las creyera.

—No le creo —dijo con modestia.

—Pues créame, porque es así: uno se figura todo mucho más alto de lo que es en realidad. Y se comprende. Usted ha llegado de ese mundo de su provincia con ideas completamente falsas y equivocadas de las cosas, y ha pensando: "¡Oh, el Grand Hotel, el hotel más cálido de Berlín, tiene que ser una maravilla!"; y es, en suma, una gran farsa, como la vida toda. Si, señor Kringlein, la vida no es más que eso, una gran farsa llena de humo. Se viene a ella, se para un momento y se la deja.

Todos somos transeúntes, ¿comprende usted? que la atravesamos rápidamente. ¿No es así? ¿Qué hace usted, qué hacemos todos en un hotel, en el más lujoso que pueda usted soñar? Comer, dormir, deambular, flirtear un poco, alguno que otro negocio, bailar otro poco... ¿no es eso? Bien, pues, ¿qué hace usted en la vida más que eso? Con puertas que dan a un corredor y nadie sabe nada de su vecino. No bien se ha marchado usted, llega otro viajero y se queda en su cama. No hay más. Y si no, siéntese algunos ratos en el ball y observe con atención lo que pasa a su alrededor. Allí los verá a todos como ficciones, sin fisonomía propia, como muertos, como que ellos lo sepan sin ella. Valiente pachuquina es esa de los grandes hoteles! El Grand Hotel, Bella Vista! Mentira, para mentira todo, créame. En fin, lo esencial es hacer como yo, que tengo siempre mis maletas preparadas...

Kringlein se quedó muy pensativo, hasta que le pareció haber comprendido la peroración de Otterschlag.

—Sí, es verdad —dijo, asintiendo, pero apoyó con fuerza la última palabra, y Otterschlag, que se había quedado un poco traspuerto, se despertó.

—Quiere usted algo de mí, que le enseñe la vida, introduciéndole y guiándole en ella? Me parece excelente su determinación, y en todo caso encuentro incondicionalmente conmigo, señor Kringlein.

No quisiera molestarle —repuso el contador, triste y respetuoso.

Luego quedóse pensativo. Llevaba embotelladas una porción de frases elegantes, pero no se acordaba de ninguna. Desde que se alojaba en el Grand Hotel estaba como gallina en corral ajeno. Hablaba el alemán, su propio idioma, como una lengua extraña que hubiera aprendido en libros y periódicos, tal era su afección y amaneramiento.

—Ha sido usted tan excesivamente amable —dijo—. Yo creía que... pero usted lo ve todo evidentemente de otro modo, bajo ese prisma, más acostumbrado a todo, mientras que para mí, todo es nuevo y sorprendente... ¡cuello, y por eso me impaciento... Tendrá que perdonarme...

Otterschlag observó atentamente al contador, y hasta su ojo de cristal bajo el párpado cosido parecía mirar. Vio su flaco cuerpo que bailaba dentro de un traicillo de lana, de corte rampón, que empujaba va a ratarse; vio dibujarse bajo aquel bigote conquistador, de presidente de un círculo deportivo las líneas tristes y ávidas de sus labios descoloridos; vio su cuello descarnado que se escapaba por el otro de la camisa, ancho y roado; sus manos vulgares de escribiente, de uñas descuidadas, y las botas negras de becerro y elásticos cuñas puestas se acercan a su cuerpo, hacia adentro, allí debajo de las mallas, sobre el grueso y mullido tapiz, y por último

vió también los ojos de Kringlein, unos ojos humanos, azules, detrás de unos lentes de contenedor, en los cuales se leía una innensa plegaria: la espera, el deslumbramiento, la curiosidad... la sed de vida del que siente cercana la muerte.

Bien porque nuestro contador transmitiera algún calor al frío pasmarote de Otterschlag, o bien, simplemente, porque se aburría, el caso es que le dijo:

—Sí, desde luego, usted tiene razón al decir que para mí todo ha pasado y que estoy cansado y harto de todo. Así es realmente. Pero, ¿creo usted realmente que va a encontrar novedades? Siente usted apetitos, ¿verdad? Quiero decir en lo moral. Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que se imagina? El paraiso corriente de los hombres: champagne, cuiteros, carreras, la vida, la bebida... ¡vaya, vaya! Ya la primera noche cae usted en una de esas cosas y en seguida tropieza con una aventura. ¿no es eso? —preguntó Otterschlag impasible.

—Sí, muy rápidamente. Una señora estaba empujando en bailar conmigo; una señora ligera y muy bella. Acaso sé fuera completamente... ¿cómo decir una de esas "flores de la gran ciudad". Pero, en cambio, era muy elegante y, sobre todo, muy bien educada.

—Conque bien educada también, ¿eh? ¡Vaya, vaya! ¿Y de la aventura, qué? —murmuró Otterschlag.

—Pues nada, que como no sé bailar... cosa que debería saber, porque, por lo visto, es muy importante... —dijo Kringlein, al que se echó a reír le hacía febrilmente atrevido y triste a la vez.

—Sí, es muy importante, mucho, no lo sabe usted bien —repuso el doctor Otterschlag con una entonación extraordinariamente animada—. Hay que saber bailar y practicar ese estrecho contacto mientras se gira vertiginosamente a compás con la pareja. ¿no es eso? Nunca se debe decir que no a una señora que quiere bailar. Por lo tanto, es necesario aprenderlo. ¡Oh, qué razón tiene usted, señor Kringlein! Aprenda lo pronto como pueda para que nunca tenga que decir no a una señora, señor Kringlein... porque aquel que vive fuera de la vida pasional es un hombre muerto... ¡Mozzo, cóbrese!

Después de esta inesperada conclusión, Kringlein pagó también y se levantó desconcertado. Detrás de las espaldas esqueléticas del doctor Otterschlag, ajustada por un estrecho smoking, salió del bar y, dirigiéndose hacia el portero, tomó posición de su llave.

—¿Hay cartas para mí? —preguntó al portero de noche, parecía haberse olvidado repentinamente de Kringlein.

—No —dijo el portero sin comprobarlo siquiera.

Una dama pasó a su lado; un tenue perfume aguillete se desprendió de su escotado abrigo de seda, con bordados de oro. Kringlein miró descaradamente a la señora, con admiración rayana en impertinencia. Tenía los cabellos negros y lisos, sujetos por una diadema; los párpados alargados eran de un azul oscuro y unas grandes sombras muy oscuras también se dibujaban bajo los ojos. Las sienes, las mejillas y la barbilla eran de un blanco marfilino, vetado por el azul de las venas; a boca carminosa, casi púrpura, era de un dibujo exageradamente arquero, que reforzaba por los albos de la nariz. Llevaba el pelo partido en dos bandas aplanadas que le bajaban muy por debajo de las mejillas, y en el lugar donde esas bandas se unían en la piel veíase extendida una sombra de un ligero color de ocre.

Puesto allí con un arte exquisito, la dama parecía muy alta, aunque su estatura no pasaba de ser mediana, deteniéndose esta impresión —hasta el mismo Kringlein se daba cuenta de ello— a las proporciones armonio-

NADA LE CUESTA

solicitar el folleto gratuito con informes y programas detallados de todos nuestros Cursos por Correspondencia. Envíe este cupón:



Nombre y dirección

..... L. 335

y lo recibirá a vuelta de correo. Recuerde que EL QUE SABE es el QUE GANA. Aprenda en POCO TIEMPO y con POCO GASTO dibujo y pintura, planos y construcciones, contabilidad, taquigrafía, etc. CURSOS FEMENINOS: Corte y Confección, Plisados, Loberas, Carbonis, Trabajos en mugre de pan, hule y Pate Lenci, Decoración, Juguetes, Cocina, etc.

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL

UNIVERSIDAD FEMENINA

SARANDI 1273 Buenos Aires

"COBRAN MAS BARATO
Y ENSEÑAN MEJOR"

TRASTORNOS CIRCULATORIOS

VARICES

Dr. A. STIGOL - Montevideo 459

T. A. 35-6190 - Cens. de 16 a 20 horas



¿Acido úrico?

El organismo que elimina correctamente los venenos y desechos que produce su constante desgaste, permite gozar de esa vida activa que tanto nos satisface.

A veces conviene recurrir a un buen diurético que estimule la función renal, permitiendo una mejor eliminación.

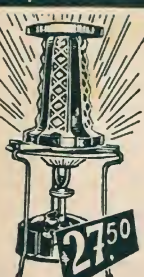
Las Píldoras De Witt son un diurético eficaz. Activan los riñones, a la vez que hacen sentir su acción antiséptica y balsámica en el aparato urinario.

Se expenden en frascos de 40 y 100 píldoras. Las hallará en la farmacia de su localidad.

PILDORAS

DE WITT

Convierta su calentador en una práctica estufa



El perfecto sistema del radiador, **AYMARO 341** aplicable a cualquier calentador asegure un rendimiento de calor igual a una estufa de 5 radiantes.

PÍDALO A SU PROVEEDOR O A SUS DISTRIBUIDORES

CASA PRIMUS
SANTIAGO DEL ESTERO 143 - Bs. As.

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA
ACADEMIA DEL PRESTIGIOSO PROFESOR
LUIS ROFFMAN
Peinados. Permanentes. Tinturas. Maquillajes y manicuras.
PASO 139 • BUENOS AIRES

DR. MANUEL ENRIQUE BELLO
ENFERMEDADES DEL PULMON
Es Médico del Hosp. Militar
HUMBERTO 1, 1947 T. A. 26-4240

DR. ANGEL E. DI TULLIO
MEDICO CIRUJANO
Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta
y Ginecología
NUEVA YORK 4020 T. A. 50-4270

500 SECRETOS PARA GANAR DINERO

No es un recetario común, sino un compendio de fórmulas valiosas. INEDITAS por primera vez en castellano. Para hacer productos de rápida y fácil venta. Secretos para la industria, el comercio, la mujer, el hogar, el hombre, las artes, etc. \$ 8.50, a pagar en destino, \$ 7.00. (Por carta: C. de Correo 1680, Buenos Aires).

A. WARD, Sga. del Estero 1519 - Talcahuano 419

SE OFRECCE CORRECTOR
redactor, revisión de originales, traducciones, etc.
Por carta R. V. - Esmeralda 77, 2º piso D.

Trabaje con provecho en su propia casa

Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le reemplazamos gratis su manojo. Vístenos o solicite folletos ilustrados. Venta de hilados y medias.
THE KNITTING MACHINE CO
Salta Nº 482 Buenos Aires



sas de su cuerpo y a la ligereza de su marcha. La acompañaba un vejeito que llevaba en la mano un sombrero de copa y que tenía toda la apatencia de un músico.

—¿Podrías estar mañana en el teatro a las ocho y media, querido? — preguntó la dama al tiempo de pasar junto a Kringlein—. Quisiera trabajar media hora antes del ensayo. Kringlein, que en su vida había visto nunca nada tan artístico como esta señora, sintió una profunda admiración y, tirando de la manga a Otternsclag, le dijo a media voz:

—¿Quién es esa mujer?
—Pero, hombre, ¿no la conoce usted? Es la Grusinskaja — dijo Otternsclag impacientemente, dirigiéndose hacia el ascensor.

Kringlein quedóse plantado en medio del hall. «La Grusinskaja, cuerpo de Dios, la Grusinskaja!» — pensó, porque la fama de esta artista era tan grande que hasta había llegado a Fredersdorf—. «De modo que existe realmente? Y la he visto como es, y no solamente los periódicos hablan de ella, sino que acabo de verla con mis ojos. Se codea uno con ella, se la roza al pasar, todo el hall conserva su perfume cuando lo atraviesa. Tengo que escribirse a Kampmann». Inmediatamente se puso en movimiento para volver a ver a la bailarina y contemplarla con atención. En ese momento, una pequeña ceremonia de cortesía tenía lugar delante del ascensor. Un hombre sumamente apuesto y bien parecido, un buen mozo lleno de elegancia y distinción, se quedó deliberadamente dos pasos atrás para dejar libre la puerta del ascensor, colocándose detrás de la Grusinskaja con un ademán desenvuelto y respetuoso a la vez.

Otternsclag, que estaba solo y plantado del otro lado, hizo un gesto muy raro exclamando para sí: «Sir Walter Raleigh». Kringlein, por el contrario, estaba tan lanzado, que, pasando delante de Otternsclag, precipitó el ascensor detrás de las anchas espaldas de aquel joven tan bien educado. De tal suerte, que su bienhechor se quedó solo atrás, porque no podían subir en el ascensor más de cuatro personas a la vez; ya iban bastante estrechos uno contra otro en aquella pequeña cárcel de cristales y mirallas. El apuesto joven había metido materialmente en un fincancón.

—¡Ah!, ¿conque usted también en Berlín, barón? — le preguntó Witte, el viejo director de orquesta.

Y el barón Gaigern respondió:

—Efectivamente, aquí estoy también. Kringlein escuchaba respetuosamente este diálogo entre gentes distinguidas. El marco giró la manivela y el ascensor se detuvo en el primer piso. Sobre el tapiz rojo se encaminaron hacia sus habitaciones. Abrió la marcha la Grusinskaja y luego seguía Witte, el barón y por último Otto Kringlein. Abrieron las puertas de los cuartos 68, 69 y 70. Erán las dos de la mañana y un viejo reloj de péndulo colgado en un recodo del corredor daba la hora sin apremiarse. La música del pabellón amarillo llegaba muy vagamente, pero se oía tocar la marcha final.

La Grusinskaja se paró un momento entre las dos puertas de su habitación.

—Buenas noches, querido — dijo a Witte en alemán — en cuya lengua le hablaba cuando estaba de buen humor — y muchas gracias por esta noche. La cosa ha ido muy bien y no puedo quejarme. Ocho llamadas... ¿No han sido ocho? Y a propósito, ¿quién es ese joven? Me parece que lo hemos visto en alguna parte. ¿No habrá sido en Niza?

—Sí, sí, precisamente, Lissa; en Niza es donde lo hemos visto. Un día se me presentó y luego hemos jugado algunas veces al bridge; parece sentir una admiración profunda por Elisabeta.

—¿Ay, ya! — dijo simplemente la Grusinskaja sacando de debajo de su abrigo una mano y acariciando la manga de Witte, con el pensa-

miento en otra parte — Exáctos!; buenas noches, querido. Pero oye, es bueno que el hombre más hermoso que yo vi en mi vida... — agregó en ruso, No hubiera hablado más fríamente de un objeto expuesto en un escaparate para ser vendido en pública subasta...

Kringlein, que se había demorado delante de su puerta, haciéndose el remolón, escuchaba indecisa y como sensible de aprendizaje esos acentos de una lengua extranjera. Tenía la sensación confusa de que el mundo era más grande y más excitante y, sobre todo, muy distinto de lo que él se figuraba en su pueblo.

Después, se cerraron las puertas. Corrieron los pestillos detrás de cada doble puerta y cada individuo se quedó solo en su cuarto en compañía de sus secretos.

Ni el más pequeño resplandor de vida mundana brillaba entre ocho y diez de la mañana en los salones del "Grand Hotel". Ni una luz que arda, ni una música que suene, ni una mujer que se haga visible... a menos que se trate de una criada de delantal azul que barre el hall con ascritin mojado; pero, en todo caso, Rhona no la tiene por tal. Ya está de nuevo en su puesto este famoso conde Rhona, tranquilo, asiduo, recién afeitado y asociándole discretamente por el bolsillo de la americana una puntita del pañuelo de seda. Le parece ser más bien de un hotel de segundo orden eso de ponerse a hacer la limpieza en presencia de los clientes; eso no debe hacerse. Por lo demás, los clientes no se preocupan de ello, porque todos los que se encuentran por la mañana en el "Grand Hotel" son señores serios, trabajadores, gentes activas, de negocios. Allí sentados en el hall hacen sus círculos y, hablando todas las lenguas del mundo, venden papeles, algródin, accionitos de naufragio, al por mayor, patentes de invención, películas cinematográficas, cronómetros; venden planos, ideas, su energía, su cerebro y su vida. Desayunan copiosamente y la sala de desayunos se puebla con el humo de los cigarrillos. Las mesas están llenas de periódicos, todas las cabinas telefónicas se ven ocupadas y asediadas. El portero Senf no espera recibir noticias de la clínica antes de la hora de la tarde. En el corredor del quinto piso, inmediatamente después del lavador, se pasa revista a los mozos antes de empezar su servicio.

Tomando como modelo al director general Preysing, de la Algodonera de Sajonia, S. A., y considerándolo como el tipo medio de los hombres de negocios, podemos ver inmediatamente entre los individuos de su categoría hacen, poco más o menos, en el "Grand Hotel", entre las ocho y diez de la mañana.

Este director general Preysing — un mucchón muy pesado y corpulento en densidad — había llegado al hotel a una hora intempestiva: a las seis y veinte de la mañana, porque en aquel malaventurado Fredersdorf solamente se paraban los trenes cortos. Preysing llegó, pues, al hotel molido y de rodajas por el viaje, y allí supo con gran disgusto interior que el cuarto que le reservaban era uno de los más caros: piso primero con salón y baño, número 71, setenta y cinco marcos. Preysing era un hombre económico y por eso no llevaba su coche a Berlín, para ahorrarse el hospedaje al chofer. Pero como de todos modos le cobraban tanto de esas habitaciones, el baño comprendido, empezó a sentirse en la bañera largo rato con cierta satisfacción — semejante a la de otro viajero del hotel que venía también desde Fredersdorf, el señor Kringlein—. Luego se tumbó un rato en la cama, pero sin poder deshacerse de la impresión de incomodidad de toda una noche pasada en el tren. Volvió, pues, a levantarse, abrió su equipaje con una exagerada me-

calentando y empezó a colgar las prendas de las perchas portátiles que traía en su equipaje. En calzado, cada montón de ropa blanca, cada prenda, cada objeto, lo colocaba en una toalla de tela, limpia, con sus iniciales, "K. P.", enrolladas en cadeneta de algodón rojo.

Al mismo tiempo que se hacía el nudo de la corbata, profundamente abstraído de todo, Preysing miraba a la calle, ahogada todavía en la niebla de la mañana. Era muy temprano, y la luz poco clara; las barredoras mecánicas cepillaban atravesando la niebla matinal. Preysing miraba a la calle, pero no distinguía nada. El día se preparaba muy duro para él, tenía que recogerse en sus pensamientos y hacerse el ánimo a la idea de que tendría que trabajar mucho. Llamó al criado y le dio en calzado para que lo limpiase. La habitación estaba ya llena y saturada de un olor inconfundible e indefinible de los rápidos viajes de negocios: olor a cuero de las maletas, a odol, a agua de Colonia, trementina, humo de cigarrillos. Con los gestos meticulosos, lentos, y precisos que le caracterizaban, Preysing tomó su cartera y contó el dinero. En el departamento interior había un grueso fajo de billetes de mil marcos, por si acaso, porque en el mismo curso de la discusión el dinero contante y sonante podía tener su utilidad. Preysing, mojándose los dedos, empezó a contar su dinero con el gesto de un hombre salido de la nada y que había hecho una fortuna. Después guardó la cartera, y por exceso de precaución cerró con un imperdible el bolsillo interior de su chaqueta de lanilla gris. Calzado con sus zapatillas de viaje de cuero rojo, paseóse por la habitación preparando mentalmente la conversación que iba a sostener con los delegados de los géneros de punto de Chemnitz. Buscó un cenicero y, como no lo encontró, se disgustó de tener que echar la ceniza de su cigarro en el rinero, que era otra águila de bronce igual a la que había encontrado al señor Kringelein, en el número 70. Durante algunos momentos el director general tocó el tablero con los dedos sobre las alas desplegadas del águila; luego el criado le trajo los zapatos limpios, de manera que Preysing pudo salir de la habitación a las ocho menos diez, dirigiéndose en seguida a la peluquería. Aun cuando estaba preocupado, su aspecto al ponerse a desayunar no podía ser más tranquilo y alegre, con la cara recién afeitada que reflejaba salud y buen humor. A las ocho y media, como estaba convenido, llegó Rothenburger.

—Buenos días, Rothenburger — dijo Preysing tendiéndole los dos dedos con que sujetaba su cigarrillo.

—Buenos días, Preysing — le contestó Rothenburger echándose el sombrero hacia atrás mientras se sentaba y desplegaba sobre la mesa su gran cartera de hombre de negocios—. ¿Usted también ha vuelto por aquí?

—Sí, sí — dijo Preysing —, y ¿cuánto me alegro de verle! ¿Qué va usted a tomar? ¿Te, coniac, huevos con jamón?

—Tomaré una copa de coniac. ¿Cómo están en su casa? La señora y las niñas, ¿están todos bien?

—Bien, gracias; claro está que le hemos agradecido mucho su felicitación por nuestras loldas de plata...

—Ya lo creo, no faltaba más. ¿Y cuál ha sido la actitud de la Sociedad en estas circunstancias?

—Dios mío! ¿Qué tiene que ver en este caso? He aportado el viejo coche a mis negocios y en su puesto he recibido otro nuevo.

—Sí, sí, "el Estado soy yo", "la Sociedad soy yo", puede decir un Preysing. ¿Y cómo vea su señor padre político?

—Está bien, muchas gracias: todavía se fuma sus buenos cigarrillos habanos.

—Dios mío! El tiempo que hace que le



LA GRUSINSKAIA, CON DE GAI-
GERN, EN UNA PATÉTICA ESCÉ-
NA DE GRAND HOTEL.



LA FATALIDAD USO DE INSTRUMENTO A PREYSING (WALLACE BERRY) Y MERCED A EL DESAFARCE DE SU VIDA EL GRAN AMOR DE LA GRUSINSKAIA

y rebucadas del jurista, porque Zinnowitz tenía la costumbre de hablar como si estuviera siempre en una Asamblea general.

—Entonces, ¿habrá que tocar a retirada? — preguntó Preysing.

—No; es imposible retirarse ahora sin producir la peor impresión — observó Zinnowitz. — Queda todavía por saber si podrá ganarse o perderse algo con una prórroga. Hay probabilidades...

—¿Y qué probabilidades son esas? — preguntó Preysing, que no podía quitarse la espúrida costumbre de preguntar lo que sabía perfectamente.

—Usted las conoce tan bien como yo — dijo el doctor Zinnowitz, y su respuesta equivalía a un reproche. — Se trata ahora, como siempre, de saber cómo van las conversaciones con los ingleses, y a mi juicio el punto más esencial en este asunto es la firma Burleigh y Son, de Manchester.

—No, es que vayan mal, precisamente, las

negociaciones con Burleigh... — dijo Preysing con alguna vacilación.

—Pero tampoco precisamente bien, por lo que deduzco — replicó vivamente el abogado.

Preysing hizo además de asir su cartera, retiró la mano, la volvió a extender, se quitó el cigarro de la boca, cuyo extremo estaba mordisqueando, y ya, a la tercera tentativa, tomó una carpeta azul donde estaban clasificadas las cartas y las copias.

—Esta es la correspondencia mantenida con Manchester — dijo rápidamente tendiéndole el cartapacio a Zinnowitz; pero arrepiñiéndose en seguida, sus manos volvieron a mojararse en un sudor frío.

Luego, con un tono familiar y de súplica, agregó:

—Por supuesto que le enseño a usted todo esto a título rigurosamente confidencial.

Por toda respuesta, Zinnowitz le echó una mirada por encima de los papeles y Preysing guardó también silencio. Desde el comedor

grande, donde estaban arreglando las mesas, llegaba ya algún ruido mezclado con el olor a carne asada. Preysing empezaba a sentir hambre, e instintivamente se acordó de Muller, en su hogar, y de los niños, que estarían sentados a la mesa.

—Claro que sí... — dijo el doctor Zinnowitz dejando las cartas sobre la mesa, y mirando a Preysing entre pensativo y distraído.

Después de algunos minutos de silencio, Zinnowitz prosiguió su peroración:

—Volvamos al punto de partida. Por el momento continúan las negociaciones con Burleigh y Son, y por lo tanto tenemos todavía en nuestro poder esa carta de triunfo que ejercer presión sobre Chemnitz. Pero puede ocurrir que, si aplazamos la conferencia a Burleigh abandona el negocio, lo cual es de presumir en vista de su última carta del 27 de febrero, se nos escape ese triunfo y entonces habremos perdido terreno. Hoy hoy estamos sentados "entre" dos sillas, en

de estarlo "sobre" ellas.

De pronto, la frente de Preysing cubrióse de carmin, una oleada de sangre corrió por su piel, ligeramente arrugada, y sus venas se hincharon. Algunas veces se sentía acorralado por esos accesos de ira.

— Toda esta conversación es música celestial, lo que necesitamos obtener es la fusión — dijo así gritando, y pegó un gran puñetazo sobre la mesa.

El doctor Zinnowitz tardó algunos momentos en contestar.

— Pero es que, aunque la fusión no llegara a hacerse, no creo yo que por eso quebraría la Sociedad Sajonia — dijo.

— No, seguramente que no; no se trata de quebra — dijo Preysing—. Pero entonces tendríamos que reducir nuestra explotación y despedir los obreros de la fábrica; tendríamos...; pero, ¡ah! ¿para qué hablar más de ello? Es preciso que logre el triunfo y lo lograré, y esto también por razones de orden interno. Hay que establecer autoridad en el mecanismo interno, que no me gustan para mí. Porque al fin y al cabo, toda la creación de la fábrica es obra mía, organizada por mí y entonces querían retirarme el beneficio moral. El dueño está muy viejo y su cuidado no me conviene por ningún concepto; se lo digo a usted francamente; usted conoce a ese joven, y yo no lo quiero. Ha traído de Lyon unas costumbres que no me gustan para mi negocio. No soy partidario del "bluff", no me gustan estos "bluffistas"; yo trato mis operaciones sobre una base sólida, sin hacer cartillos en el aire. Por el momento, aquí estoy para dar mi opinión...

Vivamente interesado, el doctor Zinnowitz consideraba al director general, que en el calor de la discusión estaba diciendo más de lo que debería.

— En esas cosas se le conoce a usted como el modelo de un hombre de negocios correcto — observó cortésmente, pero con un asomo de reproche en su entonación.

Preysing corrió por lo sano y, tomando la carpeta azul, la metió en la cartera con mano agitada.

— Estamos, pues, de acuerdo — dijo Zinnowitz—. La conferencia tendrá lugar mañana, y como veamos la menor posibilidad, apresuraremos la firma del contrato preliminar. Ahora, que si yo pudiera saber... Oiga usted — dijo después de haber reflexionado en silencio durante un minuto—. Si pudiera usted darnos algunas de esas cartas. Las más prometedoras, ¿comprende usted?, las que se recibieron al principio de las negociaciones. Yo necesito esta misma tarde a Schweimann y Gerstenkorn. Lo que no puede perjudicar si se... Claro que yo no enseñaré todas las cartas, sino solamente algunas...

— Imposible — dijo Preysing—. Nos hemos comprometido con la firma Burleigh y Son a guardar la más absoluta discreción.

Zinnowitz se contentó con sonreír.

— Esta es la eterna canción — observó—. Pero, en fin, haga como le parezca, pues que usted quien tiene la responsabilidad. Si pudiéramos consolidar hábilmente las conversaciones con Manchester, podríamos esperar todo; pues es la única manera de conducir a buen fin este negocio mal dirigido, y habría que deslizar algunas cartas entre las manos de Schweimann, así como por casualidad; claro que eligiéndolas, algunas copias; pero, en fin, haga como le parezca, ya que usted es el responsable.

— No, no me gusta, es incorrecto. Las negociaciones con Chemnitz, han empezado mucho antes de las conversaciones con Burleigh, y entre Gerstenkorn y nosotros no se ha hablado nunca una palabra; pero de pronto todo empieza a girar sobre este punto. Si los de Chemnitz no quieren aceptarnos más que co-



OFERTAS REBAJADAS!!!

NUESTROS CUBIERTOS NO SE ROMPEN. NO SE MANCHAN. NO SE OXIDAN

Juegos algebra blanca extra. garantida, cuchillos hoja inoxidable Suiza, mango pulido:
De 24 piezas \$ 46.80 De 85 piezas \$ 179.20
De 49 101.80 De 103 237.60

Venta por mayor y menor para hoteles, restaurantes y familias.

Cuchillos de mesa, cada uno \$ 3.—
de postre 2.90
Cucharas de mesa, cada una 1.80
de postre 1.70
Tenedores mesa, cada uno 1.80
de postre 1.70
Cucharitas té, cada una 1.20
Cucharón sopa, cada uno 10.—

Precios especiales para revendedores

Taller de Platedo y Reparaciones de Juegos de Té, Cubiertos, etcétera.

REMÍTIMOS CONTRAREEMBOLSO O GIRO

FABRICANTE:

FRANCISCO LOYUDICE & Hijo
VENEZUELA 4245-47 Bs. Aires T. A. 45-0625

mo un accesorio del negocio inglés... cosas que me temo mucho... ¿y por qué he mos de mostrar nuestra correspondencia, después de todo? No, eso no lo haré.

— Tienes los alcances de un pollino!, pensó el doctor Zinnowitz cerrando su cartera, cuya oreadura hizo un pequeño ruido.

— Está bien — dijo luego, mordiéndose los labios, y se levantó.

— Tiene usted alguien que pueda copiar alguna de las cartas? Yo podría, en definitiva, hacerle algunas copias; pero no quiero deshacerme de los originales — dijo rápidamente en alta voz, como si tuviera que cubrir la voz de alguien—. Tiene que ser una persona digna de confianza y muy discreta, porque tendré también que dictar algunas cosas que necesito para la conferencia. Las mecanógrafas del hotel no me sirven; siempre me parece que van a contar al portero todos los secretos del negocio.

— Desgraciadamente, ninguno de mis empleados tiene tiempo — dijo Zinnowitz fríamente y algo sorprendido—. Tenemos pendientes algunas grandes trabajos y hace ya algunas semanas que mi personal tiene que trabajar horas extraordinarias. Pero, ahora que me acuerdo, espere usted... se le puede enviar a usted a "Llamita"; si, "Llamita" es la que usted necesita; voy a telefonarle.

— ¿A quién? — preguntó Preysing, al cual este diminutivo le había imprisionado desagradablemente.

— A "Llamita", "Llama II". La hermana de "Llama I", que ya conoce usted y que hace veinte años me trabaja. "Llama II" también viene algunas veces a ayudarnos cuando el trabajo nos agobia. Me ha acompañado también en algunos viajes, siempre que "Llama I" estaba indisputada; es una muchacha muy activa e inteligente; voy a necesitarla esas copias antes de las cinco. Por lo demás, me conduciré de una manera completamente oficiosa y esta noche voy a cenar con esos señores de Chemnitz. "Llamita" puede llevarme las copias directamente a mi gabinete. Voy a telefonar en seguida a "Llama I", para que me envíe a su hermana.

El doctor Zinnowitz y el director general Preysing, con sus grandes carteras muy vie-

jas debajo del brazo, salieron del jardín de invierno, atravesaron el corredor y pasando delante de la cabina del portero, entraron en el "hall", donde muchos señores parecidos, provistos de carteras semejantes, conversaban sobre temas análogos.

Al atravesar hacia los teléfonos, Preysing oyó que le llamaban. El mozo número 18 venía corriendo por los corredores y con su voz infantil, clara y mal impuesta todavía, gritaba a intervalos regulares:

— Señor director Preysing, de Fredersdorf, señor director Preysing.

— Aquí está — gritó este, y tendiendo la mano recibió un telegrama y dijo: — Con permiso.

Abrió el despacho, y mientras lo leía sintió helárselo la raíz del pelo, hasta el punto de que, maquinalmente, se puso su sombrero hongo.

El telegrama decía así: "Negociaciones con Burleigh y Son, rotas definitivamente — Brohesmann."

"Esto ya no sirve de nada y es inútil que me mande usted esa señorita, porque ya no me hace falta. No hay que pensar en Manchester", iba diciéndose Preysing a medida que caminaba hacia los teléfonos. Había medido el telegrama en el bolsillo de su abrigo, aprendiendo convulsivamente entre los dedos. Esto ya no sirve absolutamente para nada; ya no necesito hacer copias, pensó haciendo el firme propósito de decirlo; pero no lo dijo. Lo que hizo fue toser ligeramente, porque tenía todavía la garganta irritada de su viaje en el tren, la noche anterior.

— Por fin tenemos buen tiempo — dijo. Tratándose a fines de marzo respondió Zinnowitz, que no era ya un hombre de negocios, sino otra vez un particular, que iba recreándose en la contemplación de las medias de seda de las mujeres.

— La cabina número 2 va a quedar libre al momento — anunció el telefonista.

Preysing se apoyó junto a la puerta tapizada, y a través del ventanillo de cristales, dirigió maquinalmente una mirada hacia una ancha espada que había en el interior del cuarto. Zinnowitz dijo algo que él no comprendió. Una violenta rabia se le subió de pronto a la cabeza contra el imbécil de Brohesmann, que enviaba semejantes telegramas en el cri-

Resotil

FUCUS

JARABE
EXPECTORANTE
PARA NIÑOS

En ese momento en que era precisa toda la energía para una negociación tan difícil, Es probable que el viejo estuviera detrás de ese telegrama, aquella estantigua, con su maldad y alegría ofensiva y maligna, de viejo chocho: "Te he embarrancado, ¿eh? Pues así como puedas del aviladorero." El director general tenía los nervios fatigados por su noche de insomnio, mareada la cabeza por las preocupaciones, la conciencia limpia, en medio de cosas poco claras y de tórridas complicaciones, y por todo esto sentía ganas de llorar. Trató, pues, de coordinar sus ideas, que se arremolinaban y huían de su cerebro. El doctor Zinnowitz, a su lado, hablaba, con el tono de un comodoro estallado, de una nueva revista en la que todo era de plata. La puerta de la cabina contra la que se había apoyado en busca de sostén golpeó contra sus espaldas y se abrió luego con fuerza, pero sin violencia, dando paso a un hombre alto, extraordinariamente apuesto y de aspecto amable, que traía puesto un gabán azul. En lugar de protestar, este hombre se disculpó con algunas palabras corteses. Preysing, con la imaginación ausente, le miró cara a cara, haciéndole buena impresión el desconocido; éste también murmuró algunas palabras de excusa. Zinnowitz estaba ya en la cabina telefónica y llamaba a "Llania II", "Llania", una muchachita muy inteligente, encargada de copiar las cartas que ahora ya no iban a tener ninguna utilidad. Preysing sentía claramente que había que poner fin a esa comedia, pero no lograba encontrar la dosis de energía necesaria.

—Ya está arreglado todo — dijo el doctor Zinnowitz saliendo de la cabina —, "Llania" llegará a las tres. Aquí en el hotel hay bastantes máquinas de escribir; así podré tener las cartas a las cinco. Todavía antes de comer le hablaré por teléfono antes de la conferencia y va a ver usted cómo logramos al fin dar este golpe de mano. Hasta luego y buen apeto.

—Bien apeto — contestó Preysing dirigiéndose hacia los cristales giratorios y relucientes de la puerta, que empujaban al abogado hacia la calle.

Fuera brillaba el sol, y un hondurillo misero y andrajoso vendía violetas; allí, en la calle, nadie se ocupaba de fusiones ni de contratos difíciles. Preysing sacó la mano derecha del bolsillo de su abrigo y con la izquierda se apoderó del telegrama, que había apretado convulsivamente en la otra mano que el doctor Zinnowitz desapareció en un taxi. Después, dirigiéndose hacia una mesa del "hall", estiró cuidadosamente el papel, lo volvió a doblar y lo metió en el bolsillo interior de su impecable americana gris.

A las tres y cinco el timbre del teléfono despertó a Preysing de su pequeña siesta. Levantóse de la "chaise-longue". Se había quitado los zapatos, el cuello y la americana, y sentía ya ese ablandado y sabor amargo que suelen suceder a los cortos sueños dormidos en la habitación de un hotel. El teléfono seguía sonando con impaciencia. El portero

anunció que una señora esperaba en el "hall" al señor director.

—Dígame usted a esa señora que suba — dijo Preysing comenzando a vestirse rápidamente.

Pero en la forma más cortés le pusieron por teléfono dificultades inesperadas. El hotel registró por principios y reglas muy severas sobre el particular; Rhona, el jefe de recepción, en persona, se lo comunicó así a Preysing, al mismo tiempo que le presentaba sus excusas con la sonrisa dolorida, pero embustera, de un hombre de mundo. No se permitía la visita de las señoras en las habitaciones, y él sentía mucho no poder hacer una excepción a esa regla.

—Pero, ¿qué diantre! Si no es la visita de una señora. Esa señorita es mi secretaria y tengo que trabajar con ella. Usted mismo lo reconocerá en seguida — dijo Preysing impaciente.

La sonrisa del jefe de recepción subió de punto. Le rogaba ya al señor director que hiciera el favor de ir con esa señora a la sala de correspondencia, especialmente reservada para esos casos. Pero Preysing corrió de pronto y colgó con brutalidad el auricular, porque era esta una contrariedad muy odiosa que venía a alterar sus costumbres. Después lavóse las manos, se enjugó la boca, luchó con el cuello y la corbata y por fin bajo precipitadamente al "hall". Allí estaba sentada "Llania II", la señorita "Llania II", la hermana de la señorita "Llania I", y es imposible que hubiera en el mundo dos hermanas más diferentes. Preysing se acordaba rememorando de "Llania I", como de una persona muy tranquila, de cabellos incoloros, con un nanguito de lustrina en el brazo derecho y otro de papel en el izquierdo, y que escogía en la antesala del doctor Zinnowitz las visitas indeseables. "Llania II", "Llania", por el contrario, que no tenía nada de esa rígida pureza, habíase sentado a su anchas en una mecedora, como si estuviera en su casa, jugueteando con sus zapatos de color narrón, que trobaba una contra otro; su aspecto era muy alegre y juguetón; tendría unos veinte años.

—El doctor Zinnowitz me envía para las copias y yo soy esa "Llania" que le ha anunciado a usted — dijo sin cumplidos.

En el centro de la boca había plantado un círculo rojo con el mayor descuido y frescura y únicamente por seguir la moda. Al levantarse se dio cuenta de más que el director general; tenía las piernas largas y llevaba un cinturón de cuero muy apretado, que le hacía muy delgada la cintura; por lo demás, estaba admirablemente formada de pies a cabeza. Preysing sintióse furioso contra Zinnowitz, que lo ponía en estos estúpidos compromisos. Ya comprendía los escrúpulos del jefe de recepción. La muchacha se había perfumado de una manera escandalosa. Le dieron ganas de mandarla a su casa.

—Espero que nos daremos prisa — dijo "Llania", con voz grave y algo ronca.

—¿De modo que es usted la hermana de la señorita "Llania"? A ella ya la conozco yo — dijo con una entonación más bien grosera que sorprendida.

"Llania II" adelantó ligeramente el labio in-

ferior, y con un soplo se subió un rizo que le colgaba sobre la frente, bajo un gorriito de fieltro. Ese rizo le dio dorado levísimo, y volvió a caer otra vez lentamente en su sitio. Preysing, que había decidido no mirarlo, no tuvo otro remedio que verlo.

—No somos más que medio hermanas — dijo "Llania" —, porque yo he nacido de la segunda mujer de mi padre; pero nos llevamos muy bien.

—¡Ah! — dijo Preysing mirándola con ojos turbios.

Ahora tendría que copiar cartas que ya no tenían ningún sentido y que no iban a servir para nada. Hacía ya meses que había construido y combinado esa alianza con Barleigh y Sen, y ahora no podía prescindir de ella tan rápidamente; le era materialmente imposible borrar ese negocio de entre sus preocupaciones, pasándole una esponja por encima. "Definitivamente rotas... Brothesenau". Definitivamente. Habría que dar también una carta para Brothesenau, muy aguda, y otra al viejo también, relativa a sus cuarenta mil. Si mañana Chemnitz se echaba atrás, ese dinero destinado a sostener la cotización sería un dinero tirado por la ventana.

—Adelante, pues. Vámonos a la sala de correspondencia — dijo Preysing seriamente preocupado, precediéndola al corredor.

"Llania", sumamente regocijada, relaje del mechón de pelos tiesos que tenía en la nuca el director.

A lo lejos oíanse ya las máquinas de escribir, como el ruido atenuado de una ametralladora, y sonaba el timbre a intervalos regulares. Al abrir Preysing la puerta, una nube de humo de talco escapó, señeando a una enorme mujer desnuda.

En el interior de la sala un señor daba grandes pasos, las manos cruzadas a la espalda, el sombrero en la nuca, dictando en un inglés americanizado. Era el gerente de una Sociedad cinematográfica; echó una rápida ojeada de conocer a la muchacha y siguió dictando.

—Eso no, de ninguna manera — dijo Preysing cerrando la puerta violentamente. Quiero el cuarto para mí solo. ¡Las eternas máquinas de este hotel!

Volvieron a salir al corredor; pero ahora él iba detrás de "Llania", iba furioso; pero, en medio de su cólera, el balanceo de las cadenas de la muchacha le hacía horruquear ligeramente la sangre. Llegados al "hall", los hombres miraron también a la muchacha, porque, como mujer, era un "hacoteo de cardinales"; no era fácil dudarlo. A Preysing le molestaba bastante atravesar el "hall" junto a una criatura tan vistosa y llamativa; dejaba, pues, allí plantada y fue a tratar con Rhona si no podría él disponer exclusivamente del cuarto de las máquinas de escribir. "Llania", incómoda por completo a las miradas masculinas que la aseteraban — ¡Dios sabe si estaba acostumbrada a ellas! —, principió a empujarse la nariz aunque sin gran cuidado, y luego, allí en medio del "hall", con un gesto de desdén, sacó una cigarrera del bolsillo de su abrigo y encendió un cigarrillo. Preysing acercóse a ella como a una mata de ortigas.

—Tendré que esperar diez minutos más aun — le dijo.

—Bueno — dijo "Llania" —; pero después habrá que desahuciar pronto, porque a las cinco tengo que estar en casa de Zinnowitz.

—¿Tan puntual es usted? — preguntó Preysing sin ninguna animabilidad.

—Naturalmente — respondió "Llania" con una sonrisa que tenía la acuña que le acordó la nariz como a un niño, e hizo rajar sus ojos castrados, claros hacia el ángulo de sus párpados.

—Entonces, sientese, y mientras espera hágase servir lo que desee... Camarero — dijo rudamente —, sírvale algo a la señorita — y desapareció.

los ojos bízcos de angustia y frías las orejas; pero, a pesar de todo, no llega a forzarle una saca de como será, aunque espera que no sa- ha de diferenciar mucho del sueño anérgico. Llegado a este punto de sus pensamientos, empieza a temblar; sí, Kringlein tiembla ante la muerte, aunque no puede figurársela.

Hay mucho insomnio detrás de las puertas cerradas de un hotel dormido. El doctor Otermischlag, que está recogido en su cuarto a esa hora, deja una tempestad sobre el lavabo y se acuesta para rememorar hacia las vaporosas regiones de la morfina. En cuanto a Witte, el director de orquesta que se aloja en el ala izquierda del hotel, en el 212, no consigue conciliar el sueño... ¡Duermen tan poco las personas de edad! Su habitación hace juego con la del doctor Otermischlag, porque el ruido de la ducha de la pared se oye al gorgoteo del agua y el ruido sordo del ascensor, que sube y baja; la habitación que tiene es casi una habitación de servicio. Está sentado en el vano de la ventana y tiene la frente abombada de músico pegado contra el cristal, contemplando la fachada de enfrente. A las ocho y media de la noche ha empezado a llover, y allí está, sentado al piano, tocando siempre la misma marcha para acompañar las flexiones de las bailarinas, siempre el mismo vals, la mazurka y el cake-walk. "Debía haberme separado de Elisabeta a su debido tiempo — piensa —, pero ya no es posible, porque la pobre está muy vieja y no se la puede abandonar. Es preciso aguantar una cosa o otra para el poco tiempo que nos queda de vida".

Elisabeta Alexandrovna Grusinskaja tampoco puede dormir. Siempre corre el tiempo a través de la noche, rápidamente y sin tregua, mientras en las tinieblas del cuarto percibe tristemente el tic-tac de dos relojes, uno de bronce sobre la mesa del despacho y el otro, de madera, sobre la mesita de noche. Los dos marcan los mismos segundos y, sin embargo, el tic-tac del uno es más rápido que el del otro. Al oír este ruido palpita su corazón. La Grusinskaja enciende la luz, se levanta, mete sus pies en las zapatillas viejas y va a mirarse al espejo. El tiempo está también en el espejo, más que en parte alguna. Allí, en la habitación en la que ella, en su calidad de directora de la Prensa, en el éxito de las extravagantes danzas dislocadas, tan en boga, en el déficit de la "tournee", en los débiles aplausos, en las frases groseras del director Meierheim, en fin, en todo; el tiempo está en todas partes. Los años pasados bailando están encerrados en los tobillos cansados de la bailarina y en la falta de respiración que la oprime cuando da las treinta y dos vueltas clásicas, y en su sangre, que la edad crítica porque atraviesa actualmente lanza por su cuello arriba hasta sus mejillas en oleadas calientes. Hace calor en la estancia, aunque está abierto el balcón; afuera, las bocinas de los autos escandalizan sin cesar. La Grusinskaja saca sus perlas del saquito de mano, dos puñados de perlas frescas, y se las pasa por la cara; pero es inútil, porque los párpados siguen calientes y doloridos del colorette y de la ardiente luz de las candelas; la devoran sus pensamientos mientras los dos relojes siguen galopando como caballos; debajo de la barbilla, la Grusinskaja lleva, a modo de barboquejo, una antigua cinta de goma; sus manos y sus labios están cubiertos por una espesa capa de crema. Al pasar por delante del espejo se ve tan fea que apaga inmediatamente la luz. Llegue, en la oscuridad, se traga un sello de veronal y rompe a llorar con lágrimas rubias de mujer inconsolable y apasionada. Después, poco a poco se queda dormida.

Fuera se oye el ascensor; alguno que se retira a su cuarto, acaso sea el joven de Niza. La Grusinskaja le arrastra consigo en su sueño pesado de veronal, arrastra al señor del nú-

mero 69, que es el hombre más bello que ha visto en su vida.

Al entrar esa persona en su habitación silba débilmente, pero sin que ese ruido tenga nada de molesto; es un silbido alegre y agradable. Una vez dentro, empieza su tarca; se pone su pijama, cázase unas elegantes zapatillas de cuero azul y se desliza luego más silenciosamente aún por el corredor; aquella figura que tiene algo de gato morriño y de machucho bonito.

Cuando atraviesa el hall es como si en una habitación fría se abriera de pronto una ventana para que el sol entrara a raudales. Baila sorprendentemente, con moderación y elegancia. Sin embargo, tiene algo de peculiar en su habitación, porque le gusta mucho su propia perfumada. Sigue a las mujeres por la calle con el paso corto, menudo y saltarín de un boxeador; a algunas se contenta con miraras, para su propio recreo; a otras les habla o bien las acompaña para encerrarlas, o bien se las lleva a un hotel de segundo orden. Y cuando, más tarde, refrescado ya y con un falso aspecto de apóstol entra por la mañana en el "hall del Grand Hotel" — ese hall tan distinguido e irreprochable en cuanto a la moral — y pide su llave al portero, éste no puede menos de sonreírse maliciosamente. Algunas veces llega borracho, pero siempre tan amable, que nadie puede decirle nada. Por la mañana el vecino del cuarto de abajo tiene que bajar a un raro desagradable, porque es la hora en que arriba tiene lugar un entrenamiento y se oye el ruido acompasado del cuerpo, que golpea sordamente el piso. Gasta unos lacitos de corbata muy coquetos y vaporosos y chalecos muy decorados. Sus ternos anchos adaptanse a los músculos del cuerpo, y la piel se le ajusta a los huesos de los perros de caza. No es raro verle irse en su pequeño cuarto asientos y no volver en dos días. Se pasa las horas muertas visitando las agencias de automóviles, examinando coches, metiendo la cabeza bajo las capotas para ver los motores, respirando vapor y el metal caliente, golpeando las cubiertas y acariciando el caucho, la cromera azul, rojo, beige... Compra a los vendedores ambulantes correa para calzados, encendedores, pastillas para el calzado, cajas de fósforos. De pronto le acomete un ansia loca de ver caballo, se levanta a las seis de la mañana, toma el autobús para l'atersall, aspira con deleite al aire lleno de asfín, de olor a cuero y arneses, de barro y de sudor, hace amistad con algún caballo, sube trotando hasta el Tiergarten, en medio de la niebla matinal, completamente gris, tendida sobre los árboles, en los que aparecen ya los primeros brotes de marzo, hasta que, calmados sus nervios por este paso a caballo, vuelve al hotel. Algunas veces lo han visto en el patio, detrás de la escalera de servicio, el número 14, junto a un alcañitarilla, mirando a lo alto, hacia el quinto piso, donde, bajo un cielo incoloro, está fijada la antena. Podría sospecharse que estaría mirando a las de las camareras, la única bonita del hotel, la única de quien se puede sacar partido y que, por cierto, está ya despedida. Dentro del hotel tiene infinitud de amantes, cuando a veces se le ven los apuros con pequeños servicios, amables y oportunos: a los que no tienen estampillas, a los que hay que orientar para un viaje en avión, a las señoras ancianas, ayudándolas a subir al auto, o bien hace el número cuatro para jugar al bridge, y conoce perfectamente la lista de vinos del hotel. En el índice derecho lleva el sortijo de sello de la policía con las armas de los Gaigern; el hacha! planeando por encima de las olas. Por la noche, cuando se acuesta, entabla diálogos con su almohada en dialecto bávaro: "Hola, rica, buenas noches. ¡Qué buena eres y qué blandida! ¡Cuánto te quiero! ¡Qué bien te portas conmigo!"

Y en seguida se duerme sin molestar a sus vecinos con ronquidos ni garga- ni con el ruido de su boca de los zapatos al salir. Su chofer camina abajo, en la sala del señor de los criados, que el barón es bastante agradable, pero algo tonto. Sin go, por muy barón Gaigern que sea, él no le habla detrás de dobles puertas y tiene cretos y móviles escondidos... — Fuera de eso, ¿nada nuevo? — dice el chofer.

El barón está sentado, desnudo el torso, medio de la alfombra de su habitación, a dos masaje en los muslos. Su cuerpo es raviloso: un pecho de boxeador, acaso bado en exceso; su piel es de un color claro en las espaldas y las piernas.

— No sabes nada más que eso... — Pues yo creo que es bastante... res- el chofer tumbado sobre la chaise-longue, rrada de una imitación de Kelim; tiene el garriño pegado a su labio inferior... Si que van a estar siempre esperando en Amsterdam, a que la cosa se haga... Schal- ha pedido ya cinco mil, pero eso no pa- segundamente... Enmuy está en Springe cruzada de brazos, pensando que se la ocupe. En París hemos casado, en Niza también, y si ahora no este golpe y Schallhorn sigue con sus ex- pías de dinero, no sé qué va a ser de nosot- — Pero es que acaso es Schallhorn el e- — Segund el batón con calma mientras echaba, agita de Colonia en las palmas de manos.

— Un jefe debe tener iniciativa para nunca faltar tarea a la banda; es lo único te puedo decir — refunfuña el chofer.

— Se debe trabajar, sí; pero en el mo- oportuno. Tu sistema de operar no me gusta. Yo soy de los que temo mucho. Con- te tensis siempre algún percance. Con- no sucede nunca eso y Schallhorn ha recien- siempre su parte. Si Enmuy está nervio- aburrido en Springe, tendré que desha- de ella; ya se lo dije la última vez. Si es no puede permanecer tranquilamente se- en su tienda de antigüedades artísticas y de- Schallhorn con calma las monturas tigas de las alhajas.

— Nos reímos poco de las monturas guas; tras primero las perlas, que ya tiempo para lo demás. Por supuesto que esto no son más que ideas tuyas. No te que la cosa, al principio, no se anunciara teases, porque las cosas valen quini- mil marcos, y deduciendo dos meses de tos aún quedaría bastante. También será fácil salir de ellas montándolas a la am- de acuerdo. Moehl, encerrado en Springe, tá copiando con toda exactitud las alhajas tu abuela; pero Enmuy y Schallhorn em- a gruñir impacientes; no te fies mucho por acaso, sobre todo de esa mujer, porque si ga a hacer es muy capaz de jugar una mala pasada. ¿Qué decides, por fin? Cu- va a dejar de divertirse el señor barón em- pazar de nuevo a trabajar en serio?

— Tienes apuro, ¿no? Te has gastado los veintidós mil marcos de Niza y te abur ahora porque estás sin un cobre — dijo el rón, siempre con amabilidad relativa, se b- puesto que me refieres de seda negra una blanca y los zapatos de baile.

— Pues bien, pero que lo sepas de a estamos ya de ti hasta la coronilla — le di- chofer por encima de la mesa —, además no eres de los nuestros y no puedes hacer- en serio, ¿comprendes? No eres de la ma- que hace falta y nunca llegará a nada. Interesas! Lo mismo nos da que te juegues dinero, que apures en los zapatos de baile, engastes a alguna cotradora vieja y le veintidós mil marcos, o que trates ahora dar ese golpe del collar de quinientos ma- hecho es que te ries de todo y no te de nada serio. Para ser jefe hay que obrar

modo, y si tú no cambias de pavo ya te voy a cambiar nosotros. No lo dudes.

—¡Ehate —dijo análemicamente Gaigern sentado con un pequeño movimiento de júbilo a mano amenazadora del chofer. Tú ocu-
to para tomar mis resoluciones. No te
de la coartada. Esta noche a las doce y
y estar aquí de vuelta mañana a las
y dieciséis. Iré a buscarte a las nueve;
me listo; luego invitaremos a alguien y
tendremos a dar una vuelta con el coche.
Si mañana, al surgir el escándalo, pos-
siquiera, te haré detener. Te he pregun-
tado un momento si no ocurría nada
más.

El chofer volvió a guardarse en el bolsillo
de la mano, en la que los dedos del barón habían
señalado unos círculos rojos alrede-
do de la muñeca. Parecía que no quería con-
testar, pero al fin dijo:

—Ahora todas las mañanas, a las seis y me-
die, sale para el teatro; se ha vuelto muy ne-
cesario —gruñó el chofer, domado contra su
naturaleza—. Esta noche, después de la fune-
ral, habrá una cena de despedida en casa
del embajador de Francia; pero no durará
más de dos horas. Mañana a las once se re-
unirá en Praga, donde estará dos días, y luego
a Viena. Pero quisiera saber cómo te las
vas a arreglar para quitarte las perlas hoy
mismo en el tiempo que media entre la pre-
sentación y la cena, para que la cosa no tenga
principios. Claro que ese rincón oscuro del
patio es muy a propósito para el caso —con-
tinuó en tono algo gruñón todavía, pero sin
verse a mirar de frente al barón, que du-
rante este tiempo se estaba transformando en
un correcto señor vestido de smoking.

—Ya no lleva nunca sus perlas, sino que
se deja simplemente en el hotel —repuso
Gaigern audazmente su corbata negra—. Ella
misma se lo ha contado a un reportero idiota
de la prensa lo ha publicado.

—Pero, ¿es posible que esa mujer sea tan
descuidada? ¿De modo que si no hubiera las ha
depositado en la caja del hotel? ¿Y basta con
estar en su cuarto para tomarlas?

—Así es, y ahora te agradeceré que me de-
claras solo —dijo cortésmente a su camarada,
que lo miraba con la boca abierta, tanto que
el otro le veía perfectamente la garganta, de
un rojo oscuro, y los huecos negros de los
dientes.

De pronto sintió una furiosa cólera contra
ese canalla con el que se había relacionado, y
los músculos de su nuca se contrajeron vio-
lentemente.

—Ahora, lárgate —agregó simplemente —
y ten el coche a las ocho, delante de la en-
trada principal.

El chofer miró a Gaigern con aire sumiso
y marchóse sin desembucharlo todo lo que te-
nia dentro.

El señor del número 70 es inofensivo —
murmuró a pesar de todo por vía de infor-
mación final, y con un gesto de lacayo hasta lle-
gó a recoger el pijama azul que rodaba por
el suelo.

Luego agregó:
—Este tipo que acaba de cobrar una quan-
tiosa herencia y no sabe en qué derrocharla.

Pero el barón no le escuchaba y el chofer,
supersticiosamente, paróse entre las dos puer-
tas y escupió por tres veces detrás de sí an-
tes de salir.

Un poco antes de las ocho de la noche vol-
vimos a encontrar al barón en el hall, de
vuelto y con impermeable, muy alegre y
empeñado, hasta el punto de que el mismo
Pilzhelm, el "detective", sospecha fundamen-
tamente que ese encantador Apolo procura por
todos los medios prepararse una coartada. En
el hall, el doctor Otermerschlag está tomando
café con Kringlein, y abrumado de digni-
dad espera con su amigo a que llegue la hora de
ir al teatro a ver bailar a la Grusinskaja. Le-

vanta uno de sus dedos rígidos y señala con
él hacia el barón.

—Mire usted, Kringlein. Como ese tipo
deberíamos ser todos —dijo burlescamente,
desviado por la envidia.

El barón desliza un marco en la mano del
mozo número 18 diciéndole:

—Póngame a los pies de su novia.

Y luego se acerca al cuarto del portero.

Señ, que le ve llegar con un aire lleno de ce-
lo, tiene el semblante desconcertado, pues ya es
la tercera noche que tiene que ocultar las pre-
ocupaciones personales que le inspira el esta-
do de su mujer, que sigue hospitalizada en la cli-
nica sin poder dar a luz.

—Me ha sacado usted el billete para el tea-
tro, ¿verdad? Aquí tiene los quince marcos.
Bueno —dijo al portero—, si preguntara al-
guien por mí le dice usted que estoy en el
Club Deutsche Theater y que después iré al Club
del Oeste.

Salé, y donde se dirige es a casa del conde
Rhona.

Al atravesar el hall todas las miradas le si-
guen con manifiesta simpatía. Gaigern sube

MAS Y MEJOR PRODUCCION



HETESIA

a su coche y sale en persecución de su coar-
tada.

A las diez y media telefonaba al hotel desde
el Club del Oeste.

—¡Ah, el barón Gaigern. ¿Ha preguntado
alguien por mí? Estoy en el Club del Oeste
y no volveré al hotel hasta las dos de la
mañana o quizá algo más tarde. Mi chofer
puede acosarse.

Al mismo tiempo que esta voz, por teléfono,
creaba una coartada elegante y trivial. Gaigern
en persona se adhería marcialmente contra
la fachada del "Grand Hotel" entre dos
bloques de piedra artificial, y aunque su pos-
tura no fuera muy elegante que digamos, le
llenaba, sin embargo, de esa encendida alegría
del cazador, del luchador o del alpinista. Para
agometer su arriesgada empresa se había de-
jado atontadamente su pijama azul obscu-
ro. Tenía los pies calzados con ligeros zapato-
sitos con suelas de cuero cromado, y por en-
medio de ellos se había encajado unos gruesos
calcetines de lana que conservaba de sus de-
portes de invierno, para que sus pisadas no
dejaran huellas comprometedoras. Gaigern, que
había salido por la ventana de su cuarto, to-
mó el camino del de la ballarina; no había re-
corrido todavía siete metros y ya se encuen-
traba a mitad del camino. Los bloques de pie-
dra artificial del "Grand Hotel" eran una imi-
tación de las almohadillas del Palacio Pitti,
de un aspecto pomposo y decorativo. ¡Con

tal de que no se desmoronara! Gaigern iba
pasando con toda cautela y precaución las
plantas de los pies en los entranques de la cre-
stería. Había tomado también la precaución de
enguantarse las manos, medida perfectamente
inútil, porque pronto empezaron los guantes
a estorbarle seriamente mientras se arrastraba
como un reptil a lo largo de la fachada y a la
altura de un segundo piso. Algunos trozos de
yeso y mortero se desprendieron de la pared
cayendo ruidosamente sobre el reborde de cine
de una ventana.

—¡Maldición! —exclamó aterrado, con la
garganta seca, mientras regulaba su respira-
ción como un motorista sobre la pista encen-
tizada.

Pero volvió a hacer presa en la fachada, y
colándose en un momento con peligro de sí-
dida sobre el dedo gordo del pie, logró ad-
vantar la otra pierna cincuenta centímetros
más. Era presa de una profunda agitación, y
si silbaba era porque trataba de enganarse y
si mismo dándose la apariencia de una sangre
fría que estaba muy lejos de sentir. En esta
momento tan crítico en el cual él pensaba
que iba a perder las perlas que estaban en juego.
En efecto, no hubiera sido difícil apoderarse
de ellas por cualquier otro medio: un puñe-
tazo en la cabeza de Susita sobre su cutis y
ráido sombrero cuando regresaba del tea-
tro con el saquito de mano, o bien un asalto
nocturno a la Grusinskaja, o, en definitiva...
cuatro pasos por el corredor, una gata y
un aire inocente y sorprendido si le descubrieran
en una habitación que no era la suya.

"Cada uno debe obrar conforme a su natu-
raleza", había tratado de explicar Gaigern a
sus gentes, a aquella pequeña "troupe" de ber-
gantes que dirigía desde hacía ya dos años y
medio a trueque siempre de que se le suble-
varan. "Yo no cazo a largo ni corto, yo me
notaría en fúncular" —les decía—, y lo que
no puedo procurar con mis propias manos lo
dejo en su sitio; no trato de poseerlo y dis-
frutarlo".

Como se comprenderá, estos discursos creaban
un continuo desacuerdo entre él y los
de su banda. La palabra "valor" no le era
familiar, aunque todos ellos tuvieron una par-
te suficiente de ello. Emmy había dicho un día
en Springe, razonando claramente bajo sus
oscuros cabellos y tratando de explicar la
conducta de Gaigern: "Todo lo convierte en
deporte". Su intimidad con Gaigern era gran-
de y acaso tuviera razón. En todo caso, en ese
momento, a las diez y media, Gaigern, en plan
de explorar la fachada del "Grand Hotel",
tenía toda la apariencia de un "sportsman", de
un turista, de un alpinista en una climática
difícil o de un jefe de expedición que fuera
a dar un golpe de mano en un paraje solitario
y peligroso.

La parte peligrosa era la zona de los entran-
ques de la fachada, detrás de la cual estaba el
cuarto de baño de la Grusinskaja. Todavía le
faltaba la fantasía del arquitecto había trazado
una superficie completamente lisa y unida, sin
siquiera un alfiler de ventana; el cuarto de
baño abría hacia dentro y daba precisamente
al mismo patio en el que un día habían
visto al barón mirar a lo alto, hacia las anten-
nas... Pero una vez pasados los cuarenta y
cinco metros e inmediatamente después de la
superficie unida, empezaban ya las delgadas
barras de los herrajes del balcón del núme-
ro 68.

Jadecando ligeramente y tan pronto silbó-
do como jurando, Gaigern detuvo sobre la
última saliente que le ofrecía un punto de
apoyo, antes de acometer el espinoso paso de
la superficie lisa, que no tenía más que el
que el mismo Gaigern sentía un violento rebotar
en los músculos de las piernas y en las articula-
ciones de los pies, la ardiente vibración ner-
viosa y las pulsaciones agitadas de su enorme
esfuerzo. No obstante, las cosas marchaban
a satisfacción y todo se cumplía exactamente

y tal como él había previsto y calculado convenientemente.

Por el lado de la calle, de esa calle que bullía debajo de él, Gaigern estaba a culterio por completo de las miradas de los transeúntes por los grandes reflectores que el hotel había instalado recientemente en sus fachadas. No había, pues, peligro de que nadie intentara mirar a los balcones o pena de cegarse en la viva luz de los enormes focos. Era, pues, completamente imposible percibir una figurilla humana vestida de azul oscuro que amañaba entre la sombra, protegida por aquellos fuertes chorros de luz. Gaigern conocía este truco por haberlo visto practicar a un prestidigitador en un salón de variedades; este ilusionista hacía dirigir sobre el público un deslumbramiento parecido mediante unos proyectores, mientras delataba de una cortina de terciopelo oscuro, se entregaba a sus fantásticas manipulaciones, serrendo a las mujeres por la cintura o haciendo bailar a los esqueletos en el aire.

Gaigern descansó detrás del segundo reflector y miró a la calle. Desde el punto que ocupaba veía las cosas de un modo extraño, y aquel pedacito de mundo debajo de él parecía dislocado y deformado. El mundo hundido en las profundidades de la noche parecía lúgubre y hostil. Incluyó la cabeza adelante — el tiempo nada más que dura un relámpago — y miró debajo de sí, conteniendo la respiración y hasta el parpadeo; no sentía el menor vértigo; solamente en el pulso, debajo de los guantes, le corría por la piel ese homínido dulce y excitante que conocen bien los amantes. La cabeza redondeó hacia el castillo de los Gaigern — en otros tiempos, era más alta. En Feldkirch, cuando saltaba el muro por la noche, tenía que deslizarse a lo largo del pararrayos. Los "Tre Cime", en los Dolomitas, tampoco eran un grano de anís. Los dos metros cincuenta que había hasta el balcón no eran fáciles de salvar; pero en la boca más difíciles. Gaigern no tenía ya la cabeza abajo, sino un poco hacia arriba. Enfrente, a la altura del tejado, brillaba un letrero luminoso: unas bombillas eléctricas parpadeaban formando la espuma de una desbordante copa de champán. Gaigern movió sus dedos en los guantes, los tenía mojados; sintió la sensación de un agua fría; pero todo marchaba bien otra vez. Junto, pues, sus fuerzas, encogióse y, dando un salto, se lanzó al vacío. Súbito el aire en las orejas; pero ya estaba colgado de las barras del balcón, cuvas vivas aristas le cortaban los dedos. Durante un segundo le latió el corazón con violencia y se dejó colgarse suavemente; pero en seguida se restableció, frangueó el enrejado y pudo saltar las manos. Ahora ya estaba en el balcón, delante de la puerta abierta del cuarto de la Grusinskaja.

—Al fin — dijo satisfecho, y permaneció acostado en el mismo sitio que ocupaba sobre las baldosas del balcón, respirando profundamente.

Oyó a bastante distancia por encima de él el zumbido de un aeroplano y, en efecto, vio pasar la débil claridad redonda de la carlinga a mucha altura sobre sus ojos, muy abiertos, y entre las nubes rojizas de la gran ciudad. Un ruido violento y confuso subía de la calle.

Durante algunos momentos Gaigern permaneció muerto de fatiga y nervio inconsciente; pero debajo de él las bocinas de los autos tocaban pidiendo paso. La Lija de los Filántropos celebraba una fiesta en su saloncito, y numerosos abrigos de noche, semejantes a escarabajos de oro, hormigueaban al salir de los coches, subían tres escalones y desaparecían luego por la entrada número 2.

—¿Dios mío! ¿Daría ahora cualquier cosa por un cigarrillo? — pensó Gaigern, moviendo la cabeza una locura tal cosa. Mientras seguía tumbado en el balcón, quiso el guante derecho y empezó a chuparse la herida que se había hecho en el dedo índice, porque no podía

proseguir su tarea con las manos ensangrentadas. Saboró ruidosamente el gusto ligeramente metálico de la sangre, mientras sus espaldas mojadas sentían el agradable fresco de la noche del balcón. Por los intersticios del enrejado empezó a medir las distancias para calcular las dificultades que iba a ofrecerle el regreso. Había traído una cuerda consigo. Tendría que empezar por atarse al balcón y ganar el otro extremo mediante un balanceo de péndulo.

—Que sea enhorabuena! — se dijo con el tono deferente que empleaba cuando era oficial.

Volvió a ponerse sus guantes como para una visita de cumplido, y levantándose penetró en el cuarto de la Grusinskaja. En aquella habitación oyó una el-tiac de dos relojes, uno de ellos casi dos veces más rápido que el otro. Había allí un olor raro, a enebro y horno crematorio. El letrero luminoso de enfrente proyectaba sobre el piso un triángulo amarillento que llegaba hasta el borde del tapiz. Gaigern sacó su linterna de bolsillo, y con cautela pasó el haz luminoso por la habitación. Llegaba en la memoria el plano y mobiliario, gracias al breve diálogo que había sostenido con Susia en el mismo umbral de aquel cuarto oscuro. Estaba dispuesto a descubrir las maletas dondequiera que estén, a forzar las maleas, saltar las cerraduras de los armarios y a descifrar los enigmas de las cerraduras con secreto. Pero de pronto, cuando al seguir el pequeño óvalo luminoso de su linterna se vio reflejado en el gran espejo de la consola, sintió una sorpresa casi cómica.

En efecto, sobre la mesa del creador estaba el saquito de mano, a la buena de Dios y sin protección alguna. El tenue rayo de luz jugaba inocentemente sobre la superficie del cuero. "Tengamos calma", pensó Gaigern dominándose. Lo primero que hizo fue mirarse su mano derecha ensangrentada en el bolsillo del pantalón. En un instante, la mano se la llevó allí, quieta y oscura, no hizo más que tocarlo todo dejando huellas de sangre. Luego metió la linterna en la boca y con la mano izquierda, enguantada, asió cautelosamente el saquito de mano. Allí estaba por fin el codiciado objeto, y ahora podía tocar con sus dedos el cuero brillante. Levantó el maletín y sintió que no estaba vacío. De la interior la apagó y quedóse un momento pensativo. Había en la habitación un olor sofocante a enebro. En la oscuridad Gaigern echóse a reír cuando se dio cuenta de ello.

"Laureles, laureles", pensaba al acordarse de la entonación de Susia cuando le dijo: "La señora recibe muchos laureles. El empujador de la luna la envió una gran canasta llena de laureles".

Se arrodilló delante del armario de luna — el "parquet" cruía ahora con la malicia de una persona — y en la oscuridad tomó el maletín con la mano izquierda. "No, no — pensó soltándolo de pronto—. Los otros de esta clase traen la mala sombra consigo. Cartas, valijas, portamonedas, todos esos artículos son nefastos; tienen una tendencia a dejarse quemar, a flotar sobre la superficie de los ríos, a ser encontrados en las alcantarillas por los obreros, para ser luego llevados como piezas de convicción poco simpáticas a las mesas de los Tribunales. Y, por otra parte, un maletín, que vendrá a pesar unas cuatro libras, no es nada cómodo de llevar entre los dientes cuando los que franean dos metros cincuenta de fachada completamente lisa". Gaigern, pues, retirando su mano, se puso a reflexionar. Volvió a dar luz a su linterna y examinó detenidamente las dos cerraduras de la valija. Sabía Dios con cuántos secretos no habría dejado allí encerrados los Filántropos. En seguida, por vía de ensayo, Gaigern empezó a dejarlas franqueadas, con las que hizo saltar la pequeña placa de latón de la cerradura.

Esta se abrió bruscamente.

El saco de mano ni siquiera estaba cerrado con llave. Gaigern estaba tan lejos de sospecharlo siquiera, que al oír ese pequeño ruido seco se asustó. "¡Vaya, vaya, qué rica eres! — se dijo dos o tres veces—. ¡Qué linda, qué rica te eres! — Levantó la tapa y abrió los departamentos interiores, los perlas de la Grusinskaja estaban allí dentro.

Después de todo, no alababan mucho; a lo sumo, un montoncito de bolitas resplandecientes que podía mirar de cerca, y esto no se parecía nada a las leyendas que corrían por el mundo y que se contaban de este regalo que había colgado al cuello de una bailarina. Una hebilla muy linda, una cadena de perlas de mediano grosor; pero muy iguales; tres sortijas, y un par de pendientes con dos perlas insistentemente grandes y redondas; todo esto descansaba percosamente sobre el mullo de terciopelo, mientras la luz de la linterna de bolsillo despidía los fulgores dorados de las alhajas. Luego, tomando grandes precauciones y con su mano derecha enguantada, Gaigern las sacó de los estuches y se las metió en el bolsillo. Después, durante unos momentos, pensó si lo más corto y cómodo para volver a su habitación no sería atravesar simplemente el corredor.

—Acaso estas mujeres llevan debajo también abiertas las puertas de la habitación? — pensó. Pero no; la puerta estaba cerrada. En el corredor oíase a intervalos regulares subir el ascensor, y el pequeño crujido de la puerta de hierro al cerrarse, ya que la habitación 68 caía al frente. En la oscuridad, Gaigern sentía el frío de la pared y la humedad de sus fuerzas para el trayecto de una distancia se acometió por un irresistible deseo de fumar, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a que el humo lo delatara. Era prudente y cauteloso en demasía.

Vamos al asunto — se dijo —; vamos pronto: los Filántropos, adelante". Se prodigaba nombres amistosos, se decía palabras afectuosas, mostrándose cariñoso consigo mismo, elogiando o reprochando a los miembros de su cuerpo.

—Cochino — le decía a su dedo derecho, que sangraba —, cochino, ¿no me vas a dejar en paz?

Se daba palmadas en los muslos como se acucia a un caballo.

—¡Bravas bestias, bravas bestias! — decía —. ¡A ver si os portáis bien!

Dejando luego el olor a laureles del número 68, asomóse al balcón y allí aspiró el aire. Pero apenas había asomado la cabeza entre las cortinas, que bailaban ligeramente, cuando advirtió un olor desagradable y tuvo que pasar algunos segundos antes de darse cuenta de lo que era; que su cara y su cuerpo estaban ahora bañados por una claridad que no había antes; vio los reflejos de la seda sobre las mangas de su pijama e instintivamente metióse en seguida en la oscuridad de la habitación como un animal que se refugia en la sombra. Después, después de haber olfateado al borde de un claro, brist allí indecisa y alerta oyendo con perfecta claridad el-tiac de los dos relojes, y más lejos, perdidas en la gran ciudad, las once campanadas del reloj de una torre de iglesia. Las fachadas de las casas, al otro lado de la calle, tan pronto se iluminaban como se oscurecían y parecía como si el mundo se gozara en hacer esos guiños y habildades.

—¡Maldito! — gruñó Gaigern volviendo al balcón; esta vez con aire impaciente de dueño y señor, como si estuviera en su cuarto, en el número 69.

Los reflectores habíase apagado y otra vez fracasaban las nuevas instalaciones de luz en el hotel. En el saloncito de fiestas de la Lija de los Filántropos tampoco tenían luz, y en el salón de los electricistas trabajaban silenciosamente, pero sin encontrar nada en los empalmes.

comunidades, ni en los cuartos. Abandonaba la calle, grupos de curiosos se habían congregado en la esquina, y las bocanadas de humo del hotel, en la que los cuatro reventaban y apagaban sucesivamente.

Un guardia había unido a los grupos, chofletes se enfurecían porque no encontraban la calle. El letreiro luminoso de la fachada seguía luciente, haciendo brillar en las miradas de vinos espumosos, y por la parte toda lo posible por el lado de la fachada del hotel, de manera que se veía claramente su superficie. Empezar a caminar de vuelta, franqueando los siete metros de esa fachada que volvía a la vida, y disparar y no había que pensar en eso. Estoy lucido; si quiero salir de aquí no quedo otro recurso que forzar la puerta", Gaigern.

Pero, pues, sus herramientas y su linterna, con las precauciones que eran de rigor, anduvo urgando en la cerradura del cuarto 68, pero sin conseguir nada. Un momento estaba colgado al lado de la puerta, con ánimo de pronto y cayó, rozándose la cabeza con su ribeza sedosa. Sintió tal terror en las arterias de su cuerpo, que empezó a temblar con violencia. Fuera, en el corredor, la gente; oíanse pasos, tosan, el ascensor empezó a oír el ruido de su arranque y subía, y subía, volvía a subir y a bajar; una campana que pasó corriendo dijo algo a gritos y se contestó a gritos también. Gaigern se vio vencido y, separándose de la cerradura, volvió de nuevo al balcón. A tres metros por debajo, los dos montadores cabalgaban sobre la marquessina, sosteniendo los cables con los dientes y despertando el respeto y admiración de la calle.

Gaigern sintióse acometido por un acceso de loca temeridad y, sacando la cabeza por encima de la barandilla, gritó:

—¿Qué pasa con la luz?

—Un corto circuito — dijo un electricista.

—Y va a durar mucho? — preguntó Gaigern.

Los obreros, abajo, que eran dos, se encogieron de hombros.


—¡Idiotas! — pensó maquinalmente Gaigern; la perturbación y pedantería de aquellos dos asistentes, sentados en los cristales de la marquessina, le irritaban profundamente. — ¡Bah, dentro de diez minutos habrán acalado — se dijo. Y después de mirarlos unos momentos, volvió a entrar en el cuarto.

De pronto sintió como la amenaza de un peligro; pero este sentimiento no duró más que un segundo y se dispuso en seguida a dar unos zarpazos cubiertos por los calcetines de lana, que no podían dejar ninguna huella perceptible.

—Con tal que no me duermiera, pensó, y para animarse metió la mano en sus bolsillos y sacó las perlas, que se quitó los guantes para darlos a la luz. Se quitó los guantes para darlos al gusto de tocar aquellas bolitas lisas que valían tanto dinero. Sus dedos se guzaban de ellas. Al mismo tiempo pensó que el chofete perdería irremisiblemente el tren de Springe que habría que volver a organizarlo todo de nuevo; porque las cosas luchaban con él, y las perlas no le habían causado ninguna dificultad, pero, en cambio, el pequeño escalón se ponía muy serio a última hora. En medio de sus combinaciones para salir del atolladero, un pensamiento repentino le hizo sonreír: — Pero ¿qué mujer es ésta que deja rodando ese chiste de mujer en el cuarto? Debe ser desordenada y descuidada como una gitana, o, si sabe, puede que tenga un gran corazón. —

Sin embargo, el cansancio empezaba a invadirlo. En la obscuridad dirigiose hacia la puerta, levantó el peñador, empezó a abrirlo con curiosidad. Un perfume desconocido, agrio, y casi imperceptible se desprendía de la tela; pero esos efluvios nada tenían de la mujer vestida de muselina en las noches

de baile, que tantas veces había aburrido a Gaigern. Por lo demás, él le deseaba todo el bien posible, porque no le era nada antipático. Tomó negligentemente el peñador; pero cometió la imprudencia de dejar las diez huellas digitales sobre la seda, y con el aire de un desocupado volvió perezosamente al balcón: abajo, los dos obreros continuaban la división de su corto circuito. — Si que voy a divertirme — se dijo Gaigern; y en espera de los acontecimientos, permaneció entre la



LA SALUD A SU ALCANCE

**COMO EVITARLAS
COMO TRATARLAS**

Para la mujer y el hombre destinamos estos volúmenes en lenguaje claro y práctico, a fin de tratar de todas las enfermedades en forma natural.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO Y ENFERMEDADES DEL HIGADO, Dr. Valles
ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES, Dr. Fontanals
ENFERMEDADES DEL CORAZÓN, Dr. Fontanals
EL ESTREÑIMIENTO, Dr. Remartínez
LA TUBERCULOSIS, Dr. Remartínez
LA APENDICITIS, Dr. J. Valles
LA FIEBRE, sus causas, Dr. Puente
HIGIENE, SALUD, MICROBIOS, Dr. Puente
LA SIFILIS, Dr. Corbera
LOS VEGETALES, valor medicinal, Dr. Veiga
LA ALIMENTACIÓN HUMANA, Dr. Fernández
COMO DESTRUYEN SU BELLEZA LAS MUJERES
ALIMENTOS SOLARES, FRUTAS Y VERDURAS
COMO PREVENIR ENFERMEDADES INCURABLES
PEQUEÑOS MALES, Dr. Austregui
LA PUERILITUD, cómo criar hijos sanos, Dr. Llamas
LA CALDERIA, cómo engendrar hijos sanos
EL REUMATISMO, Dr. Alfonso
EL ELOGIO DE LA VEJEZ, cómo prolongar su vida
CALISTENIA, el ejercicio y la salud, Prof. Wood

Precio **\$ 3.50** por tomo

INTERIOR: REMITIDOS CONTRA REEMBOLSO O GIRO.
 CAPITAL: ATENDEMOS PEDIDOS TELEFÓNICAMENTE, personalmente o por correo. — Horario: de 14 a 20 horas.
 REMITIDOS EN SOBRE CERRADO Y SIN MEMBRETE

Instituto "NOVEDADES"
 Av. DE MAYO 961 - B. As. - T. A. 37-1195

TACHE, dejando solamente los títulos que desee.

NOMBRE.....
 DIRECCIÓN.....
 PUEBLO..... L.

cortina de seda y el transparente de encaje, de centrilla y en acecho como un soldado en su garita.

A través de sus lentes, Kringelein miraba el escenario, donde se desarrollaban muchas cosas inquietantes y que a él le parecían demasiado rápidas; de buena gana hubiera mirado más despacio y a sus anchas a una de las coristas, una morenita de la segunda fila que se reía, pero no que reírse; pero no se le presentó ocasión, porque en el "ballet" de la Grusinskia nadie se daba instante de reposo y todos aquellos cuerpos saltaban y volaban como mariposas sin tregua ni descanso. De tiempo en tiempo, las bailarinas alicianaban a ambos lados del escenario y con sus manecitas

pasaban a la Grusinskia.

Esta, con el rostro y los brazos de un blanco de cera, llegaba girando sobre la punta de un pie, tan firme y segura sobre las tablas del escenario que parecía estar sobre la acacha de los hombres que se arrastraban, porque en el fuego del baile convertíase en una especie de peon blanco, rayado de plata, y mucho antes de que terminara el baile, Kringelein se mareaba siempre un poco.

—¡Es fantástico, es maravilloso, es sorprendente! Qué agilidad en las piernas! ¡Esta mujer es única! ¡Lo deja a uno tonto! — y sentía una admiración asombrosa.

—¿Tanto le gusta a usted? — le preguntó el doctor Otterschlag en tono aburrido. Allí sentado en su palco, volvía hacia el escenario la mitad ametrallada de su cara, que ofrecía un espantoso aspecto a la clara luz de los reflectores.

—¡Realmente! era una cuestión inquietante para Kringelein, porque, de hecho, nada era real desde que se había mudado al número 70. Todo tenía un gusto de ensueño y de fiebre, todo marchaba demasiado de prisa, todo era impalpable, sin que pudiera hacerse de nada. Como le había pedido tantas veces a Otterschlag que le instruyera a acompañarla a todas partes, éste había pasado con él toda la mañana corriendo la ciudad.

—¿Está ya contento? ¿Es feliz ahora? ¿Se va reconciliando usted con la vida? — le preguntaba Otterschlag de vez en cuando.

Y Kringelein contestaba categórico y sumiso:

—¡Sí, por cierto!

Esa noche había muy poca gente en el teatro y, aunque era la quinta representación de la Grusinskia, la sala estaba casi vacía. El patio, donde se veía alguno que otro expectador diseminado, parecía como destrozado y comido por la polilla. En el entreteatro se sentaba frío y mudo un grupo de ancianas localidades desocupadas. A excepción del proseno reservado a petición de Otterschlag — Kringelein quería en lo sucesivo ocupar siempre las mejores localidades: en el cine la última fila, en el teatro las butacas de orquesta y en los "ballets" las butacas de entreteatro —, a excepción de Pimenoff se veían pocas localidades ocupadas. A excepción de Meierheim, todo lo demás estaba vacío. Meierheim esa noche se había economizado la claque, que era como ahorrarse el chocolate del loro, porque el déficit ya era bastante cuantioso. Antes del entreteatro se oyeron algunos aplausos, por lo que Pimenoff se volvió hacia el escenario, miró el telón; la Grusinskia se adelantó hacia la batería, lanzando sus sonrisas a una sala muda, porque los aplausos morían apenas nacidos; la gente salía apresuradamente hacia el "buffet". Algo se extinguía también en el rostro de la Grusinskia allí arriba, en el tablado desde donde ella miraba las gracias al público, que se abandonaba ya la sala, mientras bajo el sudor y el color se enfriaba por momentos el rostro de la bailarina. Witte soltó su batuta y subió al escenario. Allí estaba Pimenoff con cara de entero, en tanto que los tramovistas transportaban de un lado a otro los útiles de la escena, tropiezos que se resaca en la espalda de la "frase", que él, muy ufano, se ponía todas las noches, como si el Gran Duque Sergio fuera a llamarlo a su palco cuando menos se lo esperase. Miguel, con una pequeña piel de leopardo colgada del hombro izquierdo y con las piernas desnudas y empolvadas, esperaba humildemente en la cola de la Grusinskia, temblando ligeramente con las rodillas y las manos, los hombros y los dientes.

—Perdone usted, señora — exclamó débilmente Miguel —, *Perdomez-moi, Madame*. Yo tengo la culpa...

—Pero la bailarina, que avanzaba la mirada distraída por el escenario entre los ruidos y nubes de polvo, arrastrando su chal y sus

de su raído gaban, aunque aun no tuviera común, porque desde niña en el teatro se le ponía nunca más que en el escenario para defenderse de las corrientes de aire que atraviesan todos los teatros del mundo. En las bóvedas, las puertas de hierro y las lámparas para caso de incendio, las del escenario, que formaban un suave resaca delante de sus pies. "Nunca más, nunca más", pensó. "Nunca más", dijo, y se fue larga y con su vestido se estorbóndola la vista, así que tuvo que recogerla cuanto se separó del escaparate de las flores para que las calles laterales, menos animadas. Al entrar encontró un Buda con las manos de hierro durado, que descansaba tranquilamente en una vitrina y que parecía querer apagarla con el fuego del derribamiento de la sala. "Nunca más, nunca más, nunca más", dijo, y se fue a su socorro, pero su garganta no le permitía que sollozos.

—Sergio, Gabriel, Gastón!...
—Eran los nombres de sus amantes; llamaban también a su hija Anastasia, y a Pomponio, que vivía en París y a quien ella había amado; pero seguía sola y nadie venía a verla.

De pronto se detuvo espantada. "¿Pero qué he hecho? —pensó—. Me he escudado del teatro. ¿Qué tontería más grande! Es verdad; tengo que volver." Un reloj de cobre las once, lenta, gravemente, por ella sonó efectivamente con campanadas y pudo oírse. La Grusinskia sacó las manos de los bolsillos de su abrigo y las dejó caer hacia adelante con algo de agonía de la paloma herida en ese movimiento.

"Demasiado tarde", parecían decir las manos. La representación debía estar próxima a comenzar. La Grusinskia levantó la cabeza, fijándose en la calle que había tomado en su camino; ignoraba dónde se hallaba. Sobre un pequeño pórtico alumbrado por luces azules se amarraba se leía un letrero: "Bar Ruso". La bailarina atravesó la calle, plantóse delante de la puerta y se quedó embobada como un niño que pensaba. "Bar Ruso", ¿qué podía entrar? No reconocerían inmediatamente. Esos músicos con sus blusas rojas, tocarán el vals de la Grusinskia y la cosa resultará interesante.

"No, no debe ser nada interesante —corrigió—, es un pensamiento en medio de una triste vida mortal. No puedo entrar en este sitio. ¡Pero cómo puedo tenerlo! Es muy posible que nadie me conozca tal como estoy ahora, y si me conocen... tanto peor para mí."

Mandó parar a un "taxi" desvencijado que pasaba y le ordenó que la llevara al hotel.

Gaigern seguía allí como un centinela entre la cortina y el transparente del cuarto 68, esperando que los hombres de la blusa azul terminaran su trabajo en la fachada. Pero no lo terminaban. Iban de un lado para otro desfilando sobre los rebordes de las ventanas del primer piso, manipulando las cortinas y las pesadas pizarras, alzando los techos. "¡Oh! muchos. ¡Ah! con verdadero entusiasmo," pero los reflectores seguían tan apagados como antes. En cambio, toda la fachada del hotel estaba ya mucho más alumbrada por los arcos mágicos, por la luz de las cinco entradas y por el letrero luminoso, al otro lado de la calle. Había una veintena de hombres que se estaba esperando allí, cuando la puerta del número 68 se abrió y, encendiéndose la luz, apareció la Grusinskia en la cruda claridad de la habitación.

Para Gaigern el asunto se había estropeado por completo, la empresa había abortado; como una helada hoja de acero el terror le había entrado en el cuerpo de la cortina, hasta el estrógeno. "¡Maldita mujer! ¿Qué tendrá que hacer en el hotel a las once y veinte? ¿De qué podrá uno fiarse entonces si no puede contarse con certeza lo que va a durar una

representación teatral? Ya está aquí la suerte negra"; pensó Gaigern con los dedos apretados; esa mala suerte que tanto le preocupaba, en este negocio, con todas sus malditas complicaciones. Le parecía que se había metido de cabeza en un lazo muy incómodo, lleno de amenazas. Gaigern se propuso permanecer tranquilo y contento. Las perlas que llevaba en sus bolsillos habían adquirido la temperatura del cuerpo; él las romba con sus dedos, entre los que se escondían. Durante un momento le pareció una locura, un imposible, que ese puñado de bolitas redondas y nacaradas pudieran valer una fortuna. Cuatro meses de acecho, siete meses de distancia con peligro evidente de muerte, y una vez veni-

LA BELLEZA DEL BUSTO

SIN DIETAS - SIN LAXANTES
SIN EJERCICIOS - SIN MASAJES

Por el famoso Dr. F. Jaramila en su sencillo y práctico método "La Quiescencia".
Precio del volumen, \$ 5.-

LO QUE DEBE SABER TODA MUJER
Por la Dra. M. WOOD. Referente a su organismo, funcionamiento normal y guía íntima para conseguir la juventud y la felicidad en la vida de soltera y matrimonial, además de gran cantidad de consejos médicos.
Precio del volumen, \$ 5.-

LA BELLEZA DEL BUSTO

Por la Dra. ELSE K. LA ROE. Ahora si usted podrá mantener, destruir o recuperar ese encanto tan femenino, cualquiera que los métodos prácticos de medicina natural, y la felicidad en la vida de soltera y matrimonial, además de gran cantidad de consejos médicos.
Precio del volumen, \$ 10.-

ENGORDE EN POCAS SEMANAS

El Dr. F. Valljos en su libro método "La Delgadez" le ofrece el tratamiento que usted deberá seguir para formar un organismo sano, fuerte, hermoso y feliz.
Precio del volumen, \$ 5.-

LA MUJER DE "35" Y SU GIMNASIA

Por H. PROF. RUTH DE MORGENROTH. Evite que su organismo se marchite, su piel pierda turgencia, tendencia a la obesidad, aparición de vello, trastornos funcionales. Volvamos siempre a la estética de la mujer.
Precio del volumen, \$ 5.-

INTERIOR: REMITIDOS CONTRA REEMBOLSO O GIRO CAPITAL: ATENDIDOS PEDIDOS TELEFÓNICOS. Personalmente a por correo. - Hacerse de 14 a 20 libros. REMITIDOS EN SOBRE CERRADO Y SIN MENBRES GRATIS SOLICITE CONSEJOS A MARIA DEL VALLE

Instituto "NOVEDADES"

Av. DE MAYO 981 - B.A.S. - T.A. 37-1195

Si usted remite contra reembolso el (a) los títulos LA BELLEZA DEL BUSTO, ENGORDE, LA MUJER DE "35" Y SU GIMNASIA.

TACHE, dejando solamente los títulos que desee.

NOMBRE.....
DIRECCIÓN.....
PUEBLO.....

do este riesgo, otro nuevo; siempre un peligro detrás de otro. Y su vida no era otra que una cadena de peligros, como no era otra cosa que una sarta de perlas de la vida de la bailarina. A pesar de su situación, tan comprometida, Gaigern sacudió la cabeza sonriendo. Por lo demás, se puso en guardia, y, volviendo prudentemente de cara a la habitación, detrás del transparente de la cortina, se la Grusinskia permaneció un minuto cerca de un minuto de pie en medio de la habitación, bajo los prismas de cristal de la araña, y su cara pareció expresar la sorpresa, como si se hubiera extraviado. Dejó que su chal de

lana cayera al suelo por su propio peso a lo largo de sus brazos colgantes, y pisándolo, dirigió hacia el teléfono portátil. Pasaron algunos minutos antes de que la pusieran en comunicación con el teatro del Oeste y otros más todavía para que llegara Pimenoff al aparato; sin embargo, un cansancio mortal aullaba a la bailarina hacia la impaciencia.

—¡Ah, Pimenoff...! Si, soy yo, Gru. Estoy en el teatro. ¿Tiene usted algo que decirme, gase? No podía respirar bien; lo mismo que en Schvinne. No, ahora estoy mejor. Ya sé que le he puesto a usted en un grave apuro. ¿Qué tal ha salido Lucila del paso? ¿Cómo? ¿Entonces no la he estado mal, ¿el público? ¿Qué me dice? No me preocupo; si la he estado escudando, puedes decirme. Si no lo ha habido, mejor. Todo muy tranquilo. Y de aplausos ¿qué? ¿Pocos? ¿Dices que otro programa? Bueno, ya hablaremos de ello. No, voy a acostarme. No, de ninguna manera; no quiero médicos, ni a Witte tampoco; no, no y no; no quiero a nadie, ni a Susita tampoco; no quiero a nadie. ¡Tiene usted que ir a la Embajada de Francia y disculparme. Gracias. Adiós, Pimenoff, buenas noches. Adiós, querido. ¡Ah, olvidé! Recuerdos a Witte y a Miguel. Si, recuerdos a todos. No, no me preocupes por mí. Mañana estaré bien, Adiós.

Colgó el articular del gancho y después, allí en su habitación, de pie, pensativa, repitió en voz baja:
—Buenas noches, querido.
"De modo que es el corazón el que la ha puesto mala?" —pensó Gaigern, que había seguido con mucha dificultad, pero con gran atención, ese rápido diálogo en francés—. Claro, por eso he estado tan ininteligible; y, por cierto, que no tiene nada que ver con la enfermedad. Ahora se acostará y yo esperaré una ocasión favorable para tomar el portante. Lo esencial es no perder la calma".

Retrocedió caudamente hasta el reborde del balcón y miró hacia abajo. Los dos edificios de blusa azul seguían allí, en silencio, claro, tranquilamente. Habían encendido dos lámparas sordas y, por las trazas, se preparaban a trabajar horas extraordinarias durante toda la noche. El deseo de Gaigern de fumar se unió a un cigarrillo iba tomando caracteres agudos y hostiles. Abrió la boca de par en par y bofetó, como un viento, un flujo de efluvios de esencia. Dentro, en la habitación, de vez en cuando, la Grusinskia se acercaba al espejo de la consola, sobre cuyo tablero descansaba el saquito de mano vacío (el pelo de Gaigern estaba bajo los latidos de su corazón); pero echó a un lado el maleficio sin alzar la mirada. La Grusinskia se acercó al espejo central, así con las dos manos el marco de la luna y, alzándose sobre las plantas de los pies, se acercó tanto que parecía interesarse en él. Luego se puso a examinar la cara con una atención escrutadora, ávida, angustiosa.

"¿Qué animales más curiosos son las mujeres!" —pensó Gaigern que si detrás de la cortina—. ¿Qué extraños animales! ¿Qué vez en ese espejo que le hace poner tan mala cara? En todo caso, él veía a una mujer bella, indiscutiblemente bella, a pesar del colorado que le chorreaba por las mejillas. La nariz, sobre todo, dolosamente reflejada por la luna rogadora, de una suavidad y flexibilidad incomprometibles.

La Grusinskia se miraba fijamente el rostro como hubiera mirado el de una enemiga; sin piedad ninguna veía allí la marca de los años, las arrugas, la carne flácida y muerta, las fatigas y los tormentos; las sienes se hundían, los ojos se hundían, los labios se hundían y caían, los párpados, bajo el azul de la pintura, estaban arrugados como papel de seda. De pronto, un nuevo temblor vino a sacudirla, más violento que el que poco antes había sentido en la calle; trató, sin consecue-

lo, de contrer el temblor de sus labios. Atravesó corriendo la habitación, apagó apresuradamente la fría luz de la araña y encendió la lámpara, pero esto no le dio ningún calor. Con movimientos impacientes se desnudó, arrojando al suelo el paño que cubría su cuerpo desnudo, cubierto por el "maillat" hasta las caderas, se dirigió hacia el radiador, apoyando en él su pecho sin pensar en nada; no buscaba más que calor. "Ya basta — pensaba —, ya basta, nunca más se acordará, ya basta". Después de esto se acordó, en efecto, de castañetes, palabras que expresaban su resolución inquebrantable de no volver a bailar. Después entró en el cuarto de baño y se desnudó por completo; puso las manos bajo el agua fría y se refrescó, pero el agua fría no le quitó el calor. Después se cubrió con un paño sobre sus muñecas hasta no poder resistir el calor. Cogió luego un cepillo y frotóse la espalda. Pero de pronto, disgustada y caprichosa, lo tiró todo por medio, y volvió, entrecerrando los ojos, a hablar por teléfono. Los labios estaban fríos, pero no le quitó el calor. Después se cubrió con un paño sobre sus muñecas hasta no poder resistir el calor. Cogió luego un cepillo y frotóse la espalda. Pero de pronto, disgustada y caprichosa, lo tiró todo por medio, y volvió, entrecerrando los ojos, a hablar por teléfono. Los labios estaban fríos, pero no le quitó el calor.

—Mándeme un té —dijo— muy cargado y con mucho azúcar.

Voltió al espejo, desnuda, y volvió a mirarse con hosca seriedad. Sin embargo, su cuerpo era de una belleza irreprochable y única. Era el cuerpo de una discípula de baife de dieciséis años, que una vida de trabajo, de disciplina y de abstinencia hubiera conservado intacto. De improvisto, el odio mortal que la Grinskaia sentía por sí misma se transformó en ternura; se acarcó el brillo atenuado de los hombros, extendiendo la caricia hasta las caderas. Bajó la cabeza hasta las rodillas, estrechas y duras como hierro, y las besó como si fueran unos niños queridos y enfermos.

Ridnaya, Moloknia — murmuraba.

Eran nombres afectuosos, acariciadores, de otros tiempos. *Biednaia Malenkaia*, que quería decir: "Pobrecilla mía, pequeñita mía". La fisonomía de Gaisern escondida entre

En la coronela expresaba, sin que él se diera cuenta, respeto y compasión. Ciertos es que le turbaba lo que estaba viendo, porque, aunque comocía bien a las mujeres, no las había visto nunca con un cuerpo tan gracioso, perfecto y esplendoroso; pero eso, después de todo, no era más que una cosa secundaria, porque lo que realmente le llenaba de una tiefna y dulce emoción, haciéndole hervir la sangre hasta las orejas, era ver aquella mujer delante de su espajo, trémula y sin defensa, agitada y lastimosa hasta la desesperación. Por eso dejó de manosear las perlas en sus bolsillos y sacó las manos. Sentó en el sillón y en sus brazos un cuerpo que él se acordó de recoger aquella mujercita solitaria para llevársela y consolarla, para reconfortarla calentándola por compasión y poner fin a aquellos horribles temblores y a sus murmullos febriles...

El mozo el pisu llamó a la doble puerta y la halarina, envolviéndose en su penador —ese mismo penador que había asustado poco antes a Gaigern en la obscuridad—, calzose sus chinelas. El criado adelantó discretamente desde fuera la bandeja del té por la abertura de la puerta, que la Grusinská cerró en seguida. «Ya está», pensó, y llenando la taza de té, le echó azúcar y fue a la mesita de noche, buscando la caja de cerillos. Alguien se había consumido, había un orbo de té y otro comprimido. Se levantó y empezó a pasearse por la habitación acaladamente, como si hubiera, de una pared a otra, cuatro metros a un lado, cuatro a otro.

—¿Y para qué sirve esto? —pensaba—. ¿Por qué vivir? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué saca de todos estos tormentos? ¡Oh, qué fatigada estoy! Nadie lo sabe. Yo me había prometido retirarme a tiempo. Pues bien, ya es la ocasión. ¿Voy a esperar a que me silben? Ya es tiempo. ¡Malenkaia...! pobrecilla! Gru no saldrá mañana para Viena, Gru renuncia a partir. Gru enferme; nadie sabe el frío que da la celebridad. No tengo a nadie a mi lado, ni un

alma viviente. Todos viven de mí; pero nada he vivido para mí, nadie, ¡ni un solo ser! No conozco más que a orgullosos y timoratos. Siempre he estado sola. ¡Oh!, ¿y quién va a acordarse luego de una Grusinskaya que ya no bailará más? *Constatmationi est.* No, no quiero yo pasarme por Montecarlo, arrugada y vieja, como esas otras estancijas célebres... ¡Ah, si me viera de nuevo como cuando el Gran Duque Sergio estaba aún en el mundo! No, no quiero nada de esos consuelos estúpidos. ¿Y dónde ir si no a Tremezzo? Allí me refugié para cultivar mis orquídeas, criar dos pavos reales y sufrir estrecheces de dinero sola, completamente sola, en plena vida burguesa, ¡ahora mi muerte. No hay más remedio! Dos de los nodos hay que morir. Nijinsky está en un manicomio esperando la muerte. ¡Pobre Nijinsky! ¡Pobre Gru! No espero más, ya es tiempo. Ahora mismo, ahora mismo, ahora mismo!"

De pronto se quedó parada escuchando, como si overa hablar; zumbaba ya en sus oídos el murmullo adormecedor del veronal y sentía ya la indolencia que provocaba la droga nictérmica. "Querido Gastón, ¡qué bueno fuiste para mí antraño! ¡Qué joven eras y cuánto tiempo ha pasado después! Ahora ya eres ministro y estás místico, con tu hermosa barba y tu calva. ¡Adiós, Gastón, adiós para siempre! ¿Verdad que hay un medio muy sencillo para no envejecer?"

La Grusnicia sirvióse otra taza de té haciendo algunos gestos tristes y doloridos como si se representara a sí misma una pequeña comedia; dentro de su angustia y su fúnebre resolución, había cierta energía y gracia. Con un suspiro además cogió el rubio de veronal y de un golpe se lo echó a la boca, como si quisiera esperar luego a que se deshicieran los comprimidos; pero como la cosa tardara algo, empezó a mover impaciente con la cucharilla el fondo de la taza. Después, levantándose, fué a mirarse otra vez al espejo, y maquinalmente se empolvó la cara, que cubría un sudor frío. Después se sentó en su sillón, ya, sino que sonreía como en sueños. Escendió el rostro en las manos murmurando:

—¡Dios, Dios, Dios!...

Ella también oía ya el olor a funeral que se desprendía de las canastas de flores marchitas y que llenaba el ambiente. Se arastró como paralizada hasta la mesa donde estaba el servicio de té, del que saboreó una eucharadía. El veronal lo había puesto espantosamente amargo, por lo que sacó del azucarero mis terrones con las pinzas y, echándolos en té, esperó a que se deshicieran. La cosa duró un minuto, quizá algo más. En el silencio, los ojos se le fueron marchando desenfocados.

La Grusinskaja se levantó, dirigiéndose hacia la puerta del balcón. Respiraba con dificultad, necesitaba ver el cielo; pero al separar el transparente de encaje, se encontró frente a una sombra.

—Señura, ruego a usted que no se asuste —dijo Gaigern inclinándose.— El primer movimiento de la Grusinská no fué de espanto, sino de pudor. Se abrió más tarde, y me dio lugar a una respuesta. Yo se puso a observar a Gaigern mientras reflexionaba en silencio: “Pero ¿qué es esto? —pensaba como en un sueño—. No he habido visto ya en mi vida un momento semejante. ¿Qué es esto? ¿Un sueño? ¿Un sueño? ¿Un sueño? Este aplazamiento que se interpreta entre ella y la tiza con veronal. Cerca de un minuto permaneció así, delante de Gaigern, mirándolo, sin hablar nada. Sus cejas estrechas y contraídas se juntaron por encima de la nariz; sus ojos, mirando hacia abajo, se hundieron en las órbitas; sus labios se abrieron y se cerraban una respiración rápida y anhelante.

Galgrin, por su parte, reprimió el chasquido de sus dientes. Nunca se había visto en tan grave peligro como en ese instante, porque en tales ocasiones había preparado y ejecutado todos sus golpes, de los que llevaba dados tres o cuatro, con tanto esmero y prudencia, que

jamás había caído sobre él la más pequeña sospecha. Y aquí estaba ahora, con quinientos mil marcos de perlas en los bolsillos, cazado en una habitación que no era la suya y separado de la cárcel solamente por una bagaceta: la perita blanca de celuloide del timbre y, al lado, una chapa con un letrero esmaltado en la que se invitaba a llamar dos veces para el mozo de piso...

Una cólera rabiosa y loca apoderó de él; pero no la dejó estallar, y pudo contenerla hasta que volvió a encontrar su energía y calma. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no aplastar a aquella mujer, porque se inclinaba hacia una gran locomotora a toda presión. Pronto se dio cuenta de que el movimiento se contentó, pues con inclinarse respetuosamente. Hubiera podido intentar una huida desesperada por el balcón, o asesinar a la Grusinskaisa, o atrenazarla para que no gritara. Sin embargo, amable por naturaleza y por instinto, mantúvose alejado de la violencia, y se inclinó con tanta suavidad y con tanta cortésmente, con un ademán espontáneo y lleno de una perfecta distinción.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? — preguntó la bailarina en alemán y en tono casi córrés.

—Señora, ¿verdemente usted que me haya metido en su habitación, y es realmente espantoso que me encuentre en ella, porque ha regresado usted más pronto que de costumbre y ésa es la desgracia. En cuanto a explicarle por qué estoy aquí, no sé qué decirle. Yo había retrocedido algunos pasos por la habitación, y me acordé de usted, y mientras encendía la luz del techo. Es muy posible que al encontrar allí, en su cuarto, a un hombre feo, y mal peinado, hubiese llamado en su socorro por el balcón; pero como se encontraba delante del hombre más hermoso que había visto en su vida, y se le acordaba ahora de su impresión pasada, entre los recuerdos de su vida, me acordé de usted y me quedé aquí. Es más, hasta sentía alguna confianza en Gargery.

—Pero, ¿qué buscaba usted aquí? —preguntó ella en francés, pasando involuntariamente a esta lengua.

—Nada, el gusto de sentarme aquí, de estar en su habitación —contestó Gaigern con dulzura.

Suspiraba profundamente. Lo esencial era embaucar a esa mujer, y Gaigern lo comprendió y cifraba en ello algunas esperanzas. El calzado de ladrón que llevaba puesto le comprometía, y con un rápido y diestro movimiento, pudo sacarlo sin que ella lo advirtiera.

—¿En mi habitación? Pero, ¡Dios mío!, ¿por qué? ¿Qué quiere usted hacer en ella? —preguntó con su vociferia de pajarero, alta y bien timbrada, y en su fisonomía reflejóse algo así como la expectativa de algo que iba a sorprenderla.

Gaigern, siempre de pie junto al balcón, respondió:

—Señora, le voy a decir la verdad. No es la primera vez que vengo a su habitación; porque estuve ya otras, con bastante frecuencia, aquí sentado, mientras usted bailaba en el teatro. He respirado el aire de su habitación, rindiendo así un pequeño homenaje a mi admiración; perdóneme usted.

El té saturado de veronal se enfriaba. La Grusinskaia sonrió ligeramente; pero, súbitamente, preguntó con severidad, reprendiendo la sonrisa:

—¿Quién le ha dejado entrar? ¿Fue Susita?
Varios, dígame usted cómo ha entrado.

Otra vez la Grusinskia volvió a sentirse como en sueños, invadida por la sensación de haber vivido ya otra aventura semejante. En una de las residencias veraniegas del sur de

Abas-Toman, donde el Gran Duque solía llevarla, alguien, un joven, escondióse una noche en su cama. Esta aventura podía costarle la vida, pero, poco después murió de un accidente de caza. De esa noche ya pasaron treinta años. Ahora, la Grusinská al balcón mirando hacia donde se amaba de Gaigern — esa mano que se movía vagamente hacia el vacío —, surcaba el pasado delante de ella con deraltes. Veía el rostro del joven oficial que llamaba Pavel Jerlinkov. Ahora se veía a los ojos de aquel hombre, pero el calor que emanaba de aquel hombre, cerca de ella, al balcón. Echó una mirada furtiva a los metros de fachada que separaban aquel del otro más próximo.

— ¡Qué peligroso, es...! — dijo distraída, pensando más en Jerlinkov que en el presente.

No lo es tanto — repuso Gaigern, frío. Cierre la puerta — dijo la Grusinská sin transición, y, pasando rápidamente de él, entró en el cuarto.

— ¡Obedeció, y cerrando la puerta, como cortinas y esperó con los brazos cruzados,

percibía también algún talento escénico, que se hacía suyo, y era preciso reconocer una farsa, a vida o muerte.

La Grusinská inclinóse, y, recogiendo del traje de escena que había tirado, lo alzó al cuarto de baño. La gota de sangre, cristal rojo vivo, cayó sobre y lactante. En esto se había repetido y el público se había quedado tan fresco al ver que otro bailarín estaba en su puesto. Público cruel. ¡Oh, ciudad más cruel era Berlín! ¡Qué soledad cruel! Había pasado por todos estos días y volvían a angustiarse.

— ¡Algunos instantes se olvidó por completo el teatro, que se parecía a Jerlinkov; pero tuvo que ocuparse de él, y, acercándose, mucho, tan cerca que sentía el calor de cuerpo, le preguntó sin mirarlo:

— ¿Por qué hace usted esas cosas? ¿Por qué esos peligros? ¿Por qué se siente secretamente en mi cuarto? ¿Qué quiere usted de

Gaigern intentó un ataque y se dispuso al salto.

— ¿Usted lo sabe ya; porque la amo — dijo un voz acariciadora. Y guardó silencio, esperando el efecto de sus palabras.

La Grusinská, con la boca entreabierto, se había esos amables palabras pronunciadas en sus oídos. Entraban en ella como un bálsamo, tanto que llegaron a quitarle sus estremecimientos. ¡Pobrecita! ¿Cuántos años hacía que nadie le había hablado así! Su vida pasó por su imaginación como un expreso rápido.

— Los ensayos, el trabajo, los contratos, los cheques, los contratos de hotel, el trabajo, un trabajo espantoso, y siempre trabajo y ensayos.

— Los fracasos, críticas, intervíus, recepciones oficiales, disputas con los directores.

Tres horas de trabajo ella sola, cuatro horas de ensayos de conjunto, cuatro horas de representación, y así un día y otro día.

— ¡Pienso, el día siguiente, que veía Suñer, y nadie más, ni un alma viviente que hubiera dado nunca el menor calor. Ponia las manos sobre los radiadores de flores extranjeras, y esto era todo. Y, precisamente, cuando

había pasado, en el mismo instante en que llegaba el insostenible fin de la vida, alguien se le ponía delante en su mismo cuarto pronunciando aquellas palabras desaparecidas hacía ya largos años de su vida.

La Grusinská se desplomó moralmente. Sentía un dolor atroz, que sólo se tradujo en dos lágrimas, en las que se fundía la tensión nerviosa de toda aquella noche.

Gaigern observaba el desarrollo de la crisis, que no dejaba de conmoverle. «¡Pobre bestia

humana! — pensaba—. ¡Pobre mujer! Esta lloradora. ¡La cosa no deja de ser idílica!

Pero la situación mejoró sensiblemente cuando la Grusinská derramó esas dos primeras lágrimas tan dolorosas. Sintió un río de lágrimas calientes y consoladoras, como lluvia estival, hasta que por fin se arrojó sobre su lecho sollozando una retahíla de palabras rusas entre sus manos, con las que se apretaba la boca. Al contemplarla Gaigern en ese estado, el ladrón de hoteles que había escalado a punto de aplastarla, se transformó en un hombre, en un hombre bravo, generoso y sencillo que no podía ver llorar a una mujer sin



EL ARTE DE AMAR Y DE SER AMADA
El Dr. P. Mantegazza, en su libro "Fisiología del Amor" enseña a desarrollar con arte la coquetería, la seducción y la conquista.

LOS AMORES DE LOS HOMBRES
Por el Dr. P. Mantegazza. Indica el tipo de mujer que prefiere el hombre, secretos y métodos que emplee para conquistarla y las peregones en el amor.

EL ARTE DE CONOCER A LOS HOMBRES
Por el Dr. R. MEHL. En su libro "Tipos Varjanes" le enseña a conocer a los hombres empleando psicología práctica.

SECRETOS INTIMOS DE LA MUJER
El Dr. M. Hübner en su libro "Higiene Sexual" trata: Fisiología de las relaciones sexuales. Instinto. Impulso y Conducta en las diversas edades.

CONDUCTA Y MISION DE LA MUJER
Por el Dr. P. Mantegazza. Enseña la orientación y camino que debe seguir toda mujer para ser feliz.

INTERIOR: REMITIDOS CONTRA REEMBOLSO O GIRO. CAPITAL: ATENDIMOS PEDIDOS TELEFONICOS, personalmente o por correo. - Horas: de 14 a 20 horas - REMITIDOS EN SOBRE CERRADO SIN NOMBRE GRATIS SOLICITE CONSEJOS o MARIA DEL VALLE

Instituto "NOVEDADES"
Av. DE MAYO 981 - Bs. As. - T. A. 37-1195

Sírvase remitirse contra reembolso el (o) los títulos CONDUCTA Y MISION DE LA MUJER, SECRETOS INTIMOS DE LA MUJER, LOS AMORES DE LOS HOMBRES, EL ARTE DE AMAR Y DE SER AMADA.

TACHE, dejando solamente los títulos que desee.

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

LA SALUD DE LOS NERVIOS, \$ 6.-

DIRECCION, \$ 6.-

PUEBLO, \$ 6.-

a tu lado? ¿Tienes miedo y lloras por eso? ¡Oh, contrita mía!

Revolvió la cama uno de sus brazos, y sacando las manos que la Grusinská apretaba contra su boca, se las besó. Estaban cubiertas de lágrimas; tenía también el rostro todo negro de las lágrimas mezcladas con el "rimmel" de los ojos, tanto que Gaigern no pudo contentar su sonrisa, y, aun cuando la Grusinská continuaba en silencio, pudo observarlo.

Gaigern se había separado del lecho y metido en el cuarto de baño, del que salió en seguida con una esponja y una toalla para limpiarle la cara con mucho mimo y cuidado.

La Grusinská continuaba temblando, pero en calma ya, porque había llorado todas sus lágrimas y parecía complacida por aquellos cuidados que se le prestaban.

Gaigern sentóse a su lado sobre el borde de la cama y la dijo sonriente:

— ¿Estás mejor ahora?

Ella murmuró algo incomprensible.

— ¡Dijo en alemán — pidió él.

— ¡Oh...! ¡Tú...! ¡Tú sí que eres un hombre! — murmuró la bailarina.

Esta palabra la conmovió, dando en su corazón con fuerza, como una pelota de tenis, y casi, casi le hizo daño. Las mujeres con que solía él tratar no prodigaban mucho las palabras de cariño. Porque para ellas no era más que "rico", o "hienito", "negro mío".

Oh, el eco de la desesperación en su alma, que le recordaba algo de su infancia, algo de una esfera en que ya no vivía. Arrojó, pues, lejos de ese recuerdo fúgido. "Si por lo menos tuviera un cigarrillo", pensó tristemente.

Durante algunos instantes la Grusinská le había mirado en los ojos con expresión vaga, y luego asomó en sus ojos una sonrisa.

— Se la ama y con los largos dedos de sus pies enganchó las chinelas, que se le habían caído, de pronto se transformaba otra vez en una gran señora.

— ¡Ta, ta, ta — dijo—. ¡Qué sentimentalismo más ridículo! La Grusinská llorando, ¡pero es posible! ¡Y luego, venga a verla llorar!

— ¡Ah, los años míos! El señor me ha abusado mucho y es la causa de esta penosa escena.

Le hablaba en tercera persona para tenerla a distancia y borrar el tufito espontáneo de antes, pero va aquel hombre estaba demasiado cerca de ella para poderlo llamar de usted. Gaigern guardaba silencio.

— ¡Es espantoso cómo el teatro le gasta a una los nervios — prosiguió él en alemán, creyendo que no la había comprendido—. ¡Oh, la disciplina! ¿Qué estrecha y qué caigante!

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

— ¡Cuánto nos fatiga la disciplina! Porque nos obliga a hacer siempre lo que no queremos, es decir, lo que no tenemos ganas de hacer.

nándose la nariz y los bronquios, más tranquilo ya, aunque su posición fuera todavía bastante trágica. En efecto, marchaba con las perlas en los bolsillos, porque si lo hacía, tendría que llevar esa misma noche, y al día siguiente, muy temprano... La Policía corriendo implacable detrás de él. Eso, naturalmente, no encaja dentro del plan de su vida. Había, pues, que mudarse, todo trance, hasta poder reintegrar las perlas a su estuche mediante un hábil truco de prestidigitación.

La Grusinskaja habíase instalado delante del espejo y estaba envuolviéndose el semblante sobre su tranquilo. Trazó algunas rayas sobre su piel, la maquilló ligeramente y con todo se sintió contenta. Gaigern acercose a ella, e interrumpiendo su avanzado camino entre el saquito de mano vacío y la mujer, le lanzó por encima de la espalda una melosa mirada de seductor.

—¿De qué se ríe? — preguntó ella.

—Porque estoy viendo en el espejo la mujer más hermosa que he tropezado en el mundo, y está riendo esta mujer, está semidesvestida... No, no quiero seguir mi viejo loco. No sabía yo que fuera tan peligroso ponerse a mirar en una habitación que no es la de uno y en la que una mujer se desviste.

En efecto, mientras Gaigern hilvanaba estas frases gelatinas, veía reflejada en el espejo la imagen de la bailarina, tal como la había visto poco antes, y sentía la admiración y la emoción pasadas.

La Grusinskaja le escuchaba atentamente. «¿Qué fría me he vuelto!», pensaba llena de tristeza, porque ninguna fibra vibraba en ella al oír esas palabras encendidas. Sentía la honda vaguedad que las mujeres que no tienen temperamento. Luego, con un movimiento ligeramente de estudiada gracia, volvió su esbelto cuello hacia Gaigern y éste, asiendo los pequeños y redondos hombros con sus caderas y expertas manos, la besó en la espalda, entre los omoplates.

Eso, besó, iniciado sin grandes entusiasmos entre dos cuerpos desconocidos, fué de larga duración. Penetró en la médula, como una aguja fina y caliente y empezó a latir su corazón. Su corazón enfriado, empezaba a vibrar; cerraba los ojos, la mujer temblaba. Pero Gaigern temblaba también al separarse de ella e incorporándose, y una vez más se señaló sobre su frente. De pronto sintió a la Grusinskaja que se le metía dentro y ocupaba todo su cuerpo; su piel, su perfume amargo y su temblor lleno de deseos, que despertaba lentamente. «¡Demonios!», pensó él bruscamente; tenía las manos como hambrientas y las extendió.

—Creo que es hora de marcharnos — dijo débilmente la Grusinskaja dirigiéndose a la imagen de Gaigern en el espejo —. La llave está puesta.

En efecto, allí estaba en la cerradura aquella molinita llave y ya podía marcharse él cuando quisiera; pero no sentía el menor deseo de hacer... por diversos razones.

—No — dijo, y aquel hombre tan alto se hizo de pronto autoritario, junto a aquella mujercita trémula y vibrante como la cuerda de un violín —. No me marcharé. Tú lo sabes muy bien que no me iré. ¿Puedes creer seriamente que voy a dejarte aquí sola en estas circunstancias...? A ti... en compañía de una taza de té cargada de veneno... Te figuras que no sé lo que está tramando? Se acabó, me quedo contigo.

—Se acabó, se acabó, se acabó; pero si lo que quieres es estar sola...

Gaigern dirigióse rápidamente hacia ella y, aferrándose a las muñecas, las apretó contra su pecho.

—No — repuso vivamente —, no es verdad, no quieres estar sola; al contrario, te da un miedo horrible la soledad; yo sé muy bien que tienes miedo, porque te conozco y es inútil que finjas; tu teatro es de cristal y veo muy

bien a través de sus paredes. Hace un momento estabas desesperada, y si me marcho ahora lo estarás aún más. Dime que me quedo contigo, dímelo — exclamó sacudiéndole las manos.

Ella se inquietaba; casi le hacía daño, sobre todo acordándose de que Jerimkov le había suplicado, mientras que éste se había puesto y mandaba. Débil y consolada, puso su cabeza sobre el pecho de Gaigern, cubriero por el pijama de seda azul.

—Bueno, quedate algunos minutos — murmuró él.

Gaigern miraba por encima del pelo de la Grusinskaja, respirando agitadamente. El espasmo del terror empezaba a dibujarse, como en un "film", pasó rápidamente sobre sus ojos un torbellino de imágenes: la Grusinskaja muerta en su lecho, una fuerte dosis de veronal en la sangre; él huyendo por los tejados, el sumario del día, la cárcel (no tenía ninguna idea del aspecto de una cárcel, pero la vio claramente en su imaginación); volvió también a su madre, y aunque muerta y volvía a morirle otra vez. Cuando volvió a la realidad del momento presente en aquel cuarto número 68, el temar y el peligro que había, se cambiaron súbitamente en embriaguez. Tonó entre sus brazos a la Grusinskaja y la depositó suavemente en el lecho, como a un niño.

—Quédate un momento — le decía al oído con voz que se había hecho más baja.

Hacía mucho tiempo que la Grusinskaja no había sentido su cuerpo; pero lo sentía ya. Durante muchos años su instinto de mujer había dormido en ella; pero al fin despertó. Un cielo negro, lleno de cánticos, empezó a girar sobre su cabeza, y ella se precipitó en aquel torbellino de pasión...

La luz de la noche, sobre la mesa del cuarto, pasaba por la calle. En aquel momento encendido, la luz blanca de la mañana se reflejó; luego solamente se vio el resplandor rojo del portañal de la mecha de noche, y por fin sólo quedó la claridad errante y fugaz de los avisos luminosos que se filtraban a través de las horas; en el corredor proseguía la marcha de los autos. En la lejanía, un relajo de tráfico dio una entre bocinazos de los automóviles y diez minutos más tarde los reflectores volvieron a encenderse en la fachada.

—¿Duermes?

—¿Estás a gusto?

—Sí.

—Estás con los ojos abiertos en este momento. ¿A que es verdad? Siento tus pestañas en mi brazo cuando parpadeas. ¿Qué extraño es que un hombre tenga las pestañas como un chicle?... ¿Estás contenta?

—No le sé la culpa a tu dichoso como ahora.

—¿Qué dices?

—Que nunca fui tan feliz con ninguna mujer como contigo...

—Dímelo, dímelo otra vez, repítelo.

—No, no, no, nunca fui tan dichoso... — murmuró Gaigern junto al brazo de la bailarina, cuyos brazos se le habían quedado en la verdad, porque se siente infinitamente consolado y agradecido.

Entre tantas aventuras amorosas, nunca había sentido esta felicidad. Experimentaba una sensación sin nombre, que no podía llamarse amor: la vuelta al hogar después de una larga noche.

—Es lástima... — murmuraba junto a la Grusinskaja; luego levantó ligeramente la cabeza, haciéndose un nido en aquel rinconcito, un hogar cómodo y caliente en el que reinaba un perfume maternal y campestre... Por este perfume se reconocería en seguida en cualquier parte del mundo que estuviese, aunque me tapase los ojos — dijo con candor.

—Pero, dime, ¿de qué es esta lástima que dices? Dímelo y déjalo ahora ese perfume... Tie-

ne el nombre de una florecilla que crece en los campos; nevada... no sé cómo se dirá en alemán; quizá sea el tomillo; me lo hacen en París, Pero, en fin, dime, ¿qué es eso de la lástima?

—Que empezamos siempre con la mujer que menos nos conviene. Que hace uno el idiota mil noches seguidas creyendo que el dijo del mal de tener ese saborroso y frío, pensoso como una nuez. Esa es la lástima que te decía, que la primera mujer con la que tropecé no hayas sido tú.

—Calla, calla, niño mimado — murmuró la Grusinskaja metiendo sus labios golosos entre la cabellera de Gaigern, en aquellos mechones espesos y brillantes.

Gaigern miraba las venas de sus dedos por los torneados brazos de ella.

—Me admira lo ligera que eres, tan incorpórea, como una pluma, como un poco de espuma de chupán en una copa — dijo con tierna admiración.

—Sí, no tengo más remedio que serlo — contestó ella, burlándose seriamente.

—¿Quieres a verte ahora. ¿Quieres que encienda la luz?

—No, no — exclama la Grusinskaja separándose de pronto.

El entonces comprende que ha asustado un poco a esta mujer, cuya edad nadie conoce con seguridad. Y de nuevo vuelve a compadecerse de ella, con una profunda piedad. Luego se acerca; vuelven a darse un abrazo uno junto a otro, y se quedan pensativos. En el techo se refleja la luz de la calle, en un haz estrecho y afilado como una espada, penetrando también en la habitación por las rendijas que abren las cortinas. Cada vez que pasa un auto, por la calle, una sombra fugitiva se desliza rápidamente por el reflejo del techo.

—Las perlas — piensa Gaigern — se las he llevado la trampa por el momento; si tengo suerte y la cosa se presenta bien, podré volver a ponerlas en sus estuches mientras ella duerme.

—¿Tendrás batohava ya a armar mi gente cuando yo vuelva sin ellas, y siempre que el chofer no volverá sin ellas, y siempre se emborrache esta noche el animal, estruendo todo. Este negocio está perdido por completo. ¿Qué mala suerte? De dónde vamos a sacar ahora el dinero? ¡Dios sabe! Quizá podría aligerárselo a que te pio provinciano, recién llegado a la ciudad, no hay que pensar en ellos; acaso acabe por pedirle las perlas lisa y llanamente o se le cuente todo mañana por la mañana, y si me conducen directamente no será ella con seguridad la que me las entregue. Esa mujerita tan ligera y atolondrada que decía esas cosas en cualquier lado. ¿Qué mujer más rara! Ahora ya lo conozco bien. Después de todo, ¿qué le importan sus perlas? Como ha acabado con todo, nada le importa... y, sobre todo, si yo no hubiera venido, no estaría ella ya en el mundo, no estaría, para qué las quería? Bien me las podía regalar a cualquiera. ¿Ahora ya lo conozco bien, si lo es? ¡Oh!

La Grusinskaja, por su parte, piensa «El tren de Praga sale a las once y veinte. Contal de todo me marche bien... porque todo lo he dejado abandonado; hoy no he hecho nada, mañana todo estará revuelto. Piensoff me demandará el dinero para la "troupe", y las chicas le toman el pelo, se lo están bailando a las narices. Pero hay una cosa que despidrán a todo el que pierda el tren de mañana. Si Pimenoff no se ha ocupado esta tarde de las decoraciones, no podrán empujar mañana. Los tramovistas tendrán que haber hecho horas extraordinarias esta noche. Seguramente, de lo que yo he dispuesto, no se habrá hecho nada, el desengaño de Meierheim... Pero, ¡dios mío! ¿cómo he podido marcharme así, abandonándolo todo? Pompe Witte si no se le vigilara, no haría nada de provecho. No tengo más remedio que

de todo, y esta noche no he estado ciega la catástrofe que se avecina; tiempo que Lucía está cada vez más y más insubordinándose a todo el mundo, parece a usted que no son bastante letras con que la anuncian en los periódicos y que no le hacen nunca el reclamo que merece. Pero vosotros otros, ¿será para mí que conducidos a latigazos. Me habíais mala, enfadada de mí misma y caníbal. Pero, ¿qué cansada estaba ayer! ¡Qué cansada para que us vierais sin la Grusinskaites si que hubierais comprendido que os hago! Pero ya no estoy fatigada, levántame ahora, sérveme una tarta, programa a un repertorio nuevo, una tarta. Diré a Pimenoff que me prepare la tarta: la danza de la angustia. ¡Oh!, ¿la danza de la angustia, tres vueltas sobre la tarta para empezar..., o bien otra cosa con un baile de puntas... Pero el caso es que estoy viva — piensa luego emocionada — vivo y baila esta danza que me da tantos éxitos. Vosotros hace más de diez años que casi me dejáis perecer de hambre, mientras que un muchacho loco que se me metió en mi cuarto por el balcón puede haberme dado tanta energía, un chiquillo adolorado que recién conoce el amor...".

La Grusinskaites se echó a reír y tapa a la cabeza como a un niño, y él le dirige palabras de agradecimiento, sintiéndose pequeño y asustado junto a aquella carne tibia y roja. Sus cuerpos han tomado ya una forma y una mutua confianza, pero sus pensamientos siguen sin conocerse, pasan y se enredan, extraviados la noche. En todos los mundos del mundo ocurre lo mismo: que se encuentran en ellos parejas tan cerca y tan lejos de otro.

Él ella la primera que quiso buscar en aquella noche incógnita, y por eso, asistiendo entre las manos la cabeza, como un fríolo grande y que hubiera recogido al sol, le dijo hasta al oído:

—Todavía no sé cómo te llamas, amigo. Me llaman Félix, pero mi verdadero nombre es Félix Amadeo Benvenuto, barón de... Te tienes que llamar de otro modo, con algún nombre diferente que pronuncie los labios para mí solo.

La Grusinskaites se quedó un momento pensativa, sonriendo dulcemente.

—Preciso es que tu madre estuviera loca cuando naciste para ponerte esos nombres tan bonitos — dijo luego —. ¡Hay que decirlo, el dichoso, el amado por los dioses, el querido. No llorarás cuando te bautizaron, ¿verdad?

—No sé, no me acuerdo bien.

—Ah!, ¿no sabes? Yo también tengo una niña. ¿Cuántos años tienes tú, Bienvenuto?

—Hay he vuelto a encontrar mis diecisiete años entre los brazos de una mujer; pero te temeré.

Se añadía algunos; quería parecer algo más joven por delicadeza hacia aquella mujer, que bajo la cruda claridad de la lámpara el rostro de sus propios años. Y, sin embargo, él se sentía sufrir: "No hay duda — pensaba él — que podría ser muy bien el padre de mi nieto, pero, que tiene ochos años. En fin, a otra cosa."

—Cómo eras de niño? Muy bonito, ¿verdad?

—Ya lo creo. Una preciosidad; siempre lleno de manchas, chichones y arañazos. Nuestros padres nos de cuada en gitanos, porque éstos andaban en la frontera donde teníamos la casa, los chichones y los arañazos eran más comunes. Cuando renemoro mi infancia me acordaba todavía a cuada. Después fui durante muchos años el terror de algunos bandidos; hice también la guerra, cosa que me divertía mucho, tanto que, a depender de mí, la hubiera hecho mi cruel todavía. Si volviera a empezar, mis cosas marcharían muy bien otra vez."

—¿Y ahora no, canallita? ¿De qué vives? ¿Qué clase de hombre eres?

—¿Y tú? ¿Qué especie de mujer eres? No conozco ninguna como tú. Lo corriente es que conozcas pocos secretos; pero tú me intrigas mucho más que otras; siento curiosidad, y aun quisiera preguntarte muchas cosas. Eres algo aparte de todas las demás mujeres...

—Lo único que tengo es que me he quedado antigua y fuera de moda; pertenezco a un mundo, a un siglo diferente del tuyo, y eso es todo — dijo la Grusinskaites sonriendo en la oscuridad mientras sentía una picazón en los párpados a causa de las lágrimas que subían a sus ojos. Nosotros las bailarinas recibimos una educación muy rígida y severa, como si fuéramos soldados; y en el Instituto de bailes imperiales de Petrogrado se nos enseñaba bajo una disciplina férrea... Allí no somos más que un batallón de reclutas para complacer a los grandes duques... Toda muchacha que a los quince años empezaba a engordar demasiado, tenía que llevar puesta una correa de acero para que no siguiera aquello. Yo era pequeña, pero dura como el diamante y muy ambiciosa,



¿sabes? Ardía la ambición en mi sangre como sal y pimienta. Era una verdadera máquina del deber, que trabajaba sin tregua, sin reposo ni descanso, sin pararme nunca. Y después, ya sabes lo que pasa con la celebridad, después de tanto correr tras ella: que nos deja instalados, así, en pleno éxito, pero en la más espantosa y fría soledad, tan desamparados de todos como en el Polo Norte. Este es el resultado de sostener esos triunfos durante cinco, diez, veinte años y siempre, siempre igual.

—Me comprendes ahora? Mira, cuando pasamos en tren por delante de la casita de una guardián o nos lleva nuestro auto a través de un pueblito, venimos siempre gente sentada a las puertas, inmóviles, idiotas, el gesto inexpressivo, las manos abiertas sobre los rodillales. ¿No es así? Pues bien, yo puedo asegurarte que cuando me siento fatigada no deseo otra cosa: sentarme así largas horas con los brazos cruzados. Pero no puedes hacerlo cuando, como yo, eres víctima de tu propio cartel. ¿Vas a presentarte imposible que otras trabajen por tí, esas horribles desdichadas que yo llamo las bailarinas? No, no, es imposible; se odia el trabajo, se queja una de él, todo lo que quieras; pero hay que seguir trabajando, porque si no, no se puede vivir. Con tres días nada más que me tome de descanso empiezo ya a preocuparme de si no perderé la línea y me pondré

hecha un barril. La técnica se la lleva el demonio. Es preciso bailar, es una obsesión; créeme, ni la morfina, ni la cocaína sirven contra el dolor, porque no hay ningún vicio en el mundo que convenga tanto como el trabajo y el éxito. No hay más remedio que bailar a todo trance, y esto es también muy importante para mí, porque el día que yo lo deje no habrá en el mundo nadie que sepa bailar como yo, fíjate bien. Todavía las bailarinas son otra cosa que aficionadas, y esto no basta; tienen que haber en el mundo alguien que sepa lo que el baile significa en medio del terrible materialismo histórico que nos invade. Yo he aprendido a bailar con las más célebres "estrellas" del mundo en otros tiempos, la Kschesinskaites, la Treiflowskaya, quisiera a su vez, fueron discípulas de otras celebridades de hace siglos, hace sesenta años. A veces pienso que mi destino es éste: bailar yo sola, contra el mundo entero, contra el cruel "hoy". El mundo actual, vosotros todos, esa caterva de ventajistas, de chahines de automóviles, antiguos soldados de la gran guerra y acaudalados, sois mi público, y esta pequeña Grusinskaites, yo, voy a ver, ¿verdad?, tan ruin, tan bailada, todavía os encantará con sus pasos de hace doscientos años, todavía os conquista, entusiasmandos entre risas o lloros en un éxtasis de locura y felicidad... Y todo eso, ¿por qué? ¿Por esa brizna de botas antiguas? Luego tiene su importancia, a pesar de todo. Así es, ya que lo que tiene su razón de ser para el mundo, lo que le es necesario, puede constituir un éxito mundial. Pero junto a esto todo se desmorona, se borra todo sentimiento de humanidad, desaparece todo; yo no soy ya una mujer, sino una masa de responsabilidades que marcha por el mundo. El día en que el éxito muere, en que creemos que ya nuestra vida no tiene razón de ser, ese día en cuando acaba todo para nosotros. ¿Me escuchas, me comprendes? Quisiera que me comprendieses — dijo la bailarina en tono suplicante.

—No del todo, pero casi, casi...; hablas tan de pites en francés... — respondió Gaigern.

Cuantas veces, durante su largo acedho de las perlas, había asistido a sus bailes, se había aburrido soberanamente, y le admiraba mucho que la Grusinskaites siguiera arrastrando sus bailes cuando, al parecer, tanto martirio le causaban. La Grusinskaites seguía hablando apoyada en sus brazos sobre las rodillas y pronunciando las más amargas palabras con su voz fina, caliente y bien modulada, mientras Gaigern, no sabiendo qué contestarle, se contentó con sonreír, al mismo tiempo que pensaba en aquello tan bonito que le había dicho de la gente sentada y ociosa a las puertas de sus casas.

Por fin rompió el silencio: —¿Por qué no te entusiasmabas bailar esas escenas?

—Y ella se echó a reír.

—¿Por, hombre, por Dios! ¡Si eso 'no se puede bailar! ¿Cómo le va a gustar a nadie que me presente vestida de vieja andrajosa, con un pañuelo amarrado a la cabeza y los dedos desfigurados por el renn? Habría que hacerse ridículo.

De pronto interrumpió la frase: ya antes su cuerpo se había sentido entregado a la novedad de esas danzas, hecho por el cual se contraía y estiraba. Imaginábale ya la decoración, pues conocía a un pintor en París, joven y exaltado, que podría pintar el ambiente típico de esas inquietas escenas. Figurábase ya este mundo baile, los hormigueos que causan y en los músculos contritos del cuello. Admirada y con la boca abierta, seguía en la oscuridad sin respirar apenas, tan grande era la tensión de sus nervios. La alcoba fúlbrense de mil figuras reales y palpitantes que ella había visto jamás, pero que eran perfectamente escintoladas. Una hormiga que se tendía hacia la limosa sus trémulas manos; una aldeana vieja bailando en la boda de su hija; delante de una barraca de feria, una titiritera de cara fúlbrense realizaba sus lamentables trucos; un mujer, bajo un árbol, esperaba el

paso de los hombres; una sirvienta jovencita a la que golpean sus amos porque ha roto una fuente; una niña de quince años a la que se obligaba a bailar desnuda delante de un hombre gigantesco y resonante de pedrería; un gran señor, un gran duque; la espinosa parodia de una institutriz; una mujer que huía aunque nadie la persiguiera; otra que quería dormir y no la dejaban; otra que se asustaba ante el espío; otra, en fin, que se envenenaba y moría...

—¡Calla! ahora, no te muevas —murmuraba la bailarina con los ojos perdidos en el techo sobre el que proyectaba la abertura del balcón como una espada de luz.

La alcoba había tomado ese aspecto lúgubre y encantado tan frecuente en los cuartos de hotel. Alajao, los autos rugían y bramaban como animales, porque la Liga de los Filántropos había terminado sus fiestas y la gente empezaba a desfilar a las dos de la mañana. La noche se hacía más fresca.

Con un ligero estremecimiento se arrancó la Grusinskaja de aquel remolino de imágenes y fantasías, para volver a la realidad. "Si lo supiese Pimenoff —pensaba—, él, que acababa de crear su nuevo "ballet" —él, que acababa de decir que estoy loca de remate, y acaso lo estaré realmente". La imaginación cesó por fin de martirizarla, y, aunque el vuelo de su pensamiento había durado escasamente un par de minutos, a ella le pareció que volvía de una larga viaje. Estaba un poco atrezoamente en el lecho, donde seguía temblando, cuya presencia casi causaba extrañeza a la bailarina. —¿Qué clase de hombre eres? —volvió a preguntarle en la oscuridad, con su cara pegada a la de él; y en ese momento sintió profundamente la admiración de tanta intimidad mezclada a su ignorancia completa de aquel hombre. —Ayer me te conté la historia. ¿Quién eres, pues? —preguntó muy cerca de la boca de Gaigern.

El, que estaba a punto de dormirse, la estrechó entre sus brazos, y el contacto de la espalda le hizo acordarse de su galgo "Lisette", allá lejos, en su casa.

—¿Que quién soy yo? ¡Bah! No valgo gran cosa —respondió obedientemente, pero sin abrir los ojos—. Soy un hijo prodigo; soy la oveja descarriada de un rebaño, una mala persona que acabará en la horca.

—¿De veras? —preguntó ella con su risita que le salía de lo más profundo de su garganta.

—Sí —dijo Gaigern con convicción; hasta aquí había empezado a citar por broma las mismas reprimendas que le dirigían en el pensionado; pero allí, en aquella cama, entre los tiernos efluvios del tomillo, se sentía acuciado por el deseo de confesión y sinceridad—. Soy un hombre sin amor, sin amor —prosiguió hablando en la oscuridad—, carezco de tenderme, soy terriblemente curioso. No puedo sujetarme a ninguna regla y no sirvo para nada. Allí en mi casa aprendí a montar a caballo y a jugar al gran señor; en el colegio, a rezar y a mentir, y en la guerra, a disparar y a escarmentar. Y eso es todo lo que soy. Soy un bolenito, un inabundante, un aventurero...

—¿Tú... ¿qué más? —
—Soy jugador y no me quedo corto en hacer trampas. También he robado. En definitiva, debía estar ya preso; pero en lugar de estarlo me encuentro libre, pero donde quiero, mi salud es inmejorable y no me privo de nada de lo que me gusta. También me emborracho alguna que otra vez y, además, odio el trabajo con mis cinco sentidos desde niño.

—¿Y qué más? —murmuró la Grusinskaja encantada; la risa contenida le hacía temblar la garganta.

—Además soy un criminal que escala las fachadas —dijo Gaigern somnoliento— y que roba con fractura.

—¿Y nada más? (No sé más también asesino? —Claro que sí; también lo soy, y poco ha

faltado para que te asesinas —murmuró Gaigern.

La Grusinskaja continuaba riendo inclinada sobre el rostro de él, que no veía, pero que adivinaba; más de pronto se puso seria, y, apriada el cuello entre sus dedos, le dijo muy bajo, al oído:

—Si tú no hubieras venido ayer, a estas horas no estaría yo en el mundo.

—¿Ayer? —pensó Gaigern—. ¿A estas horas? La noche pasada en el número 68 había durado una eternidad; le parecía haber transcurrido años desde que había visto a esta mujer que ocupaba el balcón. Y sintió miedo. La estrechó entre sus brazos, con fuerza, como si luchara, y sintió, con una rara alegría, que los músculos flexibles de la Grusinskaja resistían.

—No volverás a hacer más esto, porque no te dejo marginar. Te necesito y tienes que quedarte conmigo —le dijo, resonándole dentro estas palabras, de las que él mismo se sorprendía, dichas así con voz ronca que parecía salirle del fondo de su corazón.

—No, ahora todo es muy diferente, ahora todo marcha bien; ahora estás cerca de mí... —murmuró la Grusinskaja, sin que él pudiera comprenderla, porque lo decía en ruso.

Sin embargo, la entonación de estas palabras le conmovió profundamente, y la noche volvió a llenarse de caricias. Los pájaros fantásticos del tapiz salieron de los ramales...; el hombre olvidó las perlas en el bolsillo de su pijama azul y la mujer olvidó la falta de éxito en la escena y la taza de té saturado de veronal...

Ninguno de los dos se atrevió a pronunciar la palabra "amor", esa palabra tan frágil. Estrechamente unidos, se arrojaron al torbellino de una noche de pasión, y pasan del abrazo al susurro, del susurro al breve sopor y al Dos días después, provenientes de dos extremos del mundo para encontrarse, durante algunas horas en el lecho de un hotel tan frecuentemente ocupado, del cuarto número 68.



Apenas si el amor había ocupado sitio en la vida de la Grusinskaja, porque todo cuanto su cuerpo y su alma encerraban de pasión se exteriorizaba en el baile. Es verdad que había tenido algunos amantes, porque una bailarina célebre necesita tenerlos como necesita poseer perlas, un "auto" y vestidos de los grandes modistos de París y de Viena. Rodada de hombres que se rendían de amor, correada y perseguida por sus pretendientes, no creía, en el fondo, en la existencia del amor. No veía en eso otra realidad que la de las decoraciones de tela pintada, el templete de amor y los bocales de rosas entre los cuales se desarrollaban sus amantes. Aunque era por naturaleza fría y poco personal, pasaba por una amante admirable. Pero practicaba el amor como una obligación de su oficio, como una pieza de teatro, agradable algunas veces, y siempre casada, que no necesitaba de grandes recursos artísticos. Toda la flexibilidad de su cuerpo —todo lo que había en ella de ondularse, de gracioso, de refinado, de tierno y acariciador, de conmovedor y frágil, se arrancaba y su ímpetu, todas estas cualidades que componen su arte, las desplegaba abundantemente cuando pasaba la noche con un amante. Casi siempre conseguía emborracharlos de dicha, aunque ella conservara más tranquila y equilibrada. Cuando bailaba, se entregaba a despojarse de todo, a exaltarse, a olvidarse de sí misma, y a veces, sus compañeros de baile le oían lanzar pesados gritos a media voz, contra algunas notas, como un pájaro, mientras realizaba figuras más difíciles y verginosas. En cambio, cuando se entregaba al amor, no perdía nunca el juicio, se entregaba estrechamente a sí misma. Y era extraño que no creyera en el amor ni le hiciera falta alguna, y que, sin embargo, no pu-

diera vivir sin él. Efectivamente, el amor, como ella lo ignoraba, formaba parte integrante del cuerpo. Mientras fue joven y vio siempre lleno de flores y cartas su camerino; mientras había encontrado hombres plantados en todos sus caminos, dispuestos a morir por ella; acometer cualquier locura, a abandonar por ella fortuna y familia; mientras había durado este triunfo, se había sentido en pleno éxtasis, las amenazas de sus rivales, las persecuciones —a través del mundo, el valor de los regalos que le hacían sus pretendientes, y no solamente esto, sino también por los aplausos, las críticas y el número de llamadas a escena. Ella lo ignoraba; pero los entusiastas que hechizaba en definitiva, para ella un público ante el que triunfaba. Y por primera vez sintió con terror el declive del éxito cuando una señora de una gran familia, pero sin ningún atractivo personal. La atmósfera ardiente que la había envuelto durante años se enfrió, sintió y entenderse en torno suyo la sombra de la tarde, y al día siguiente, una escalera con más de cien mil escalones, una escalera tan pequeña que apenas si se enteraba de bajar y bajando. Y, sin embargo, qué camino más interminable había desde la Grusinskaja que antes había deslumbrado con sus danzas al mundo entero de preguerra, a la pobre Grusinskaja que era inmortal, que mendigaba algunos aplausos a un público escéptico, hosco y escrutado. Y al final de esta penosa noche quedaba, como última consecuencia, otra cosa que la soledad y una fuerte dosis de veronal... He aquí por qué aquel hombre que encontró en el balcón era para ella mucho más que un hombre, era la aparición milagrosa que surgía en el momento crítico, en el cuarto número 68, para salvarle la vida; era el único salvaguarda, que venía a ponersele delante, el mundo, que conscientemente se introducía hasta su habitación; era la prueba de que los tiempos románticos no estaban completamente revueltos, aquellos tiempos en que el joven Jeniklov se había hecho matar por ella. Ella se había dejado caer... y alguien venía por levantarla.

Figuraba entre el repertorio de la Grusinskaja una danza en la que la muerte y el amor bailaban un *pas de deux*; algunas veces, jóvenes poetas le habían enviado versos en los que se se sentía ese pensamiento trivial de que la muerte y el amor son como hermano y hermana. Aquella noche la Grusinskaja vivió sí misma ese lugar común lírico. La dolorosa cura de la noche anterior se transformaba, en una embriaguez y en un vértigo de gratitud que la hacía asirlo todo, tomarlo todo, sentirlo y guardarlo todo febrilmente para sí. Era el deshielo de muchos años de nieve. Su frialdad, que había escondido todo, se desahució como un secreto vergonzoso, se fundía. Se había olvidado tan miserable y sola durante un largo número de años, que hasta algunas veces le había mendigado a su compañero Miguel, como una limosna, un poco del calor de su piel joven y caliente. Aquella noche, en el cuarto del hotel indifere, una cama de cobre, que estaba fabricada en serie, sentía que se metamorfoseaba al descubrir el amor, en cuya existencia no había creído nunca.

Las habitaciones número 68 y 69 eran parecidas, de modo que Gaigern, al despertarse, no supo de pronto dónde se encontraba, y al ir a volverse hacia el muro que separaba el tropezó en el lecho con el desnudo cuerpo de la Grusinskaja, dormida, y que respiraba silenciosamente. Entonces se acordó y la maravillosa y profunda confianza de la primera noche que habían pasado juntos le hacía sentir un dulce encanto. Retiró, pues, su brazo, que se le había adormecido debajo del cuerpo de ella, y se echó a adormecer ligera y dichosa recordando los sucesos de la noche. No hay duda, que estaba enamorado, y un sentimiento de dulzura y de gratitud infinitas que no había conocido hasta entonces le colmaba de dicha,

...es que, dejando a un lado las cosas no sin cierta vergüenza —, el asunto de este fracasado de las mentes que se mete en una comedia a contar una historia fantástica a la vez que una comedia, es un asunto todo se lo cree. Es verdad que ella no tiene otra cosa. ¿Cuántos fingien comedias y se creen las cosas? En el fondo, se empieza a ser un charlatan y un salteador; se es uno en sus propios lazos, porque se te quita el alma y se te va la vida; Nevada; te quiero, sí, te quiero", y fresco en el cuarto y afuera delía a punto de amanecer; la calle estaba y un hilo de luz grisácea se deslizaba entre las cortinas. Los motivos de la tempezbaban ya a animarse y se albraban los colores, y la actividad del día en Gaigern se deslizo cautosamente del lecho. La bailarina dormia con un profundo y tenia la barbilla apoyada sobre su propio hombro. Ahora que toda la agitación de la noche habia pasado, parecia que los sentidos se iban despertando y se asió la mano, que casi fuera de ella, y luego de haber apoyado cariñosamente sus ardientes párpados contra la palma de ella manecita intera, la colocó con suavidad en el embozo, como si la Grusinská quisiera una muñeca. Después de eso, se levantó hasta el balcón, cuyas cortinas separó cuidadoso. La dormida no despertó. "Este es el momento de poner las perlas en su sitio", pensó Gaigern, admirándose el mismo por haber encontrado esta solución tan sencilla. "Se que en un round que no ha servido para nada, pensaba luego en la Grusinská, que me gustaba aplicar estas expresiones relativas a sus empresas aventureras. En el cuarto de baño para vestirse. Al lavarse las manos, la cortadura que tenia en la muñeca empezó a sangrar; pero la clupió ligeramente con el momento y ya no volvió a haber raso de ella.

El ace olor a laurel marchito que llenaba la habitación era cada vez más fuerte. Gaigera, sediento de aire, salió a respirar al balcón; tenía todavía el pecho invadido por una opresión agradable y desconocida.

Allá fuera, la niebla de la mañana se extendía sobre la calle; ni un auto ni alma viviente pasaba. Sólo la noche había avivado el estrépito de los coches que rodaban sobre el asfalto. La mañana salido todavía y no se veía más que un resplandor uniforme de un gris lechoso. Luego el ruido de pisadas hacia la esquina de la casa, y después otra vez el silencio. Si acaso el grito de un pájaro enfermo, un papel que pasa rodando por el asfalto a impulsos del viento. El árbol plantado cerca de la entrada, el número de la casa, el ruido de un coche que sale de la ciudad, un pájaro de marro, después de un sueño demasiado largo, emaya su voz en una alta rama que se mece.

Un camión cargado de cajas y garrafas de leche pasa trepidando ruidosamente y como poseído de su importancia; la niebla, que se va disipando, huele al agua de los lagos y a la coque de las chimeneas, y se gotea en la acera media. Gaigera encuentra en el balcón su calzado de salteador y lo mete rápidamente en el bolsillo, donde están los guantes y la lámpara eléctrica, con los quinientos mil marcos de perlas, de las que aun no ha podido desembarazarse. Vuelve luego al cuarto y deja las cortinas abiertas; la luz gris cae sobre el techo de la habitación, que tiene el color de la leche de Grainskötka, que siempre le da el

Estaba ya extendida, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, algo vuelta a un lado; la cama era demasiado grande para su personita tan menuda. Gaigern, para quien la mayor parte de las camas de hotel eran demasiado cortas, encontró en ello algún motivo de broma y admiración. A continuación se le ocurrió un pensamiento lleno de ternura: tomó de encima de la mesa la taza de té con el

ceronal y los tubos vacíos, y los llevó al cuarto de baño, y con el cuidado con que lo hubiera hecho una niñera enjugó la taza y la secó con una toalla, y luego, como un chiquillo, puso un beso en la salida de baño de la Grusinskaja, que estaba allí colgada; y como no supiera dónde echar los tubos vacíos, se los llevó a la cocina, los coló en el fregadero, y volvió a acercarse al lecho. En Grusinskaja se paraba en sueños. Adelantó la cabeza y se inclinó sobre ella, que seguía dormida. El día iba entrando y había más luz, por lo que pudo ver muy de cerca y a su anchura la cara de aquella mujer. La hacía cabellera caída hacia atrás dejaba al descubierto las estrechas y sombreadas sienes; dos profundas arrugas bajo los ojos; y una boca que se había cerrado en los años, y aunque Gaigern se dio perfecta cuenta de ello, no se disgustó. En cambio, la boca era un encanto, sobre una barbilla gra-

no transmite algo de sí mismo. En este momento la quería con un amor tan tierno y compasivo, que a él mismo le sorprendía grandemente. Sentíase limpio de conciencia y digno, aunque algo ridículo en su emoción por aquella pobre mujer, cuyos secretos había descubierto. Se separó del lecho, perennemente cubierto por una gruesa alfombra de espejo, con la frente contrainda, la boca entreabierta y profundamente abstraído. Se preguntaba si, a pesar de todo, no podría quedarse con las perlas. Pero no, no era posible. Por el momento era siempre el barón de Gaigern, un hombre más bien ligero, que se rodeaba de malas compañías, que se arrastraba hasta los ojos, pero digno de confianza y de una gran estima. En aquella habitación con las perlas no tardaría en correr tras él la policía, y entonces sí que se acababa su vida de noble considerado y se le perseguiría como a un vulgar criminal. No le placía eso y lo que le contrariaba era que se sintiera contenido en el amante de la Grusinská, cosa absolutamente ajena y contraria a su programa. — ¡Pero qué! — pensaba — ¿venía a transformarlo todo. Estudiaba sus probabilidades como hubiera calculado las de un "match" de boxeo o de un concurso de "tesis". Para él las aventuras, como ésta que había emprendido para apoderarse de las perlas, eran deporte. En su actual situación era imposible que se entregara a ellas. Debía esperar que buenamente se las regalara la Grusinská, y todo era cuestión de saber esperar. "Esperar", pensó Gaigern suspirando profundamente. Sus reflexiones eran muy justas y atinadas. No quería confesarse a sí mismo que había algo más en este asunto. Por eso no podía apreciar realmente ante sus propios ojos y odiaba el sentimiento. Luego miróse al espejo y pensó de mal humor: "De todos modos, no voy a robarle sus alhajas a una mujer con la que me he enamorado. ¡Qué le vamos a hacer! La cosa ha fracasado y no tiene remedio. ... Nevada — ¡qué nombre tan bonito! — me ha dado una repentina explosión de cariño. Yo, como hombre, tanto, mucho más me gustaría hacerle un regalo, darle muchas cosas, algún objeto lindo y valioso que le hiciera feliz, nenita mía". Procurando no hacer el menor ruido, sacó la sarta de perlas de su bolsillo. Ya casi no le gustaban, después de todo, acaso fueran falsas, a pesar de todas las pruebas que él había acumulado por la Prensa o que no tuvieran realmente el valor que se les atribuía.

Quando Lj Grusinskaja intentó despertarse, tenía la cabeza envuelta en sueño, como si se la hubiesen vendado con gruesos lienzos. "Esto es del veronal", pensó en seguida, y no abrió los ojos. De algún tiempo a esta parte se despertaba en pesadillas, ya que se veía en seguida rodeado de pesadas tinieblas y de vida. Esta mañana presintió vagamente que algo muy bueno y agradable le esperaba, aunque no lo hallara inmediatamente. Pasóse la lengua por los labios, que el pesado sueño del veronal había secado durante la noche, moviendo luego los dedos. Su cuerpo estaba fatigado, pero se sentía libre y ligero. ¡Qué dichoso, como después de un brillante éxito como después de una noche de muchas llamadas a escena, en que hubiera tenido que entregarse por completo bailando. Sintió que la luz de la mañana bañaba sus párpados prezo-
zados, y por un momento se imaginó que estaba en un alcázar, con el reflejo gris rosado del lago en sus azulejos. Por fin decidió a abrir los ojos.

Y lo primero que vió fué una colcha extraña y alta como una montaña que cubría sus rodillas, y después la tapicería del hotel donde los rojos frutos de los trópicos colgaban de unos finos y esbeltos tallos: una composición obsesiva y febril que atraía y retenía la mirada. El rincón cercano del pequeño escritorio estaba en la obscuridad, porque la cortina de la ventana estaba echada por ese lado y no se podía ver la hora del reloj. Entraba fresco

LIBROS UTILES

**¡GANE DINERO EN SU PROPIA CASA! . . .
ESTOS LIBROS LE ENSEÑARÁN COMO:**

ECETARIO PARA PEQUEÑAS INDUSTRIAS

Un manual para el pequeño industrial y también para estimular la iniciativa de aquellos que buscan una mejor orientación en la vida. El libro de 200 páginas, con infinidad de ideas prácticas. \$ 3.50

DISTRIBUCION DE PRODUCTOS DE USO DOMESTICO

Una pequeña enciclopedia que explica cómo pueden elaborarse fácilmente y con gran economía, los productos de uso cotidiano en el hogar. El volumen de 180 págs., \$ **3.50**

QUEÑAS FUENTES DE GRANDES EMPRESAS

Una verdadera selección de procedimientos caseros, basados en la experiencia de su autor, el profesor H. J. Ceretti, que proporcionarán al lector centenares de ideas para ganar dinero honestamente. El tomo de 220 páginas, prolíficamente

..... \$

OTROS LIBROS DE GRAN INTERÉS	
Electricidad en el campo	\$ 6.—
Reparación de cargadores aéreos	\$ 4.—
Secretariado Comercial	\$ 5.—
Cómo escribir una carta	\$ 5.—
Ortografía para todos	\$ 2.50
Solicite catálogo general GRATIS. Al interior enviamos contra reembolso.	

TECNICA POPULAR

LIMA 660 BUENOS AIRES

ciosa, aunque algo ajada. Algunos polvos mate cubrían aún la frente cerca de la punta dibujada por la raíz del pelo. Gaigera recordó sonriendo que la noche anterior había sacado ella una polvadera de debajo de la almohada que se había estado empolvando antes de dormirse. «¿De qué?», preguntó él. «Ahorra sí que te veo bien, aunque... sí, me quieras», pensaba con la sensación de un triunfo salvaje, como un raptor ancestral de las edades primitivas. Al explorar aquella fisonomía con un nuevo paisaje del que se parte a la vezitura, descubrió dos ravas misteriosas y simétricas, como si fueran las alas de un ángel, pasando cerca de las orejas, y que eran claras que el resto de la piel. Paso suavemente el dedo por encima: eran dos cicatrices sumamente tenues que encuadraban el rostro formando como la orilla de una careta, y de pronto Gaigera comprendió lo que era. Eran cicatrices de la época de la guerra, heridas hechas en la piel para estar siempre rejuvenecidas. Se acordaba de haber leído algo respecto a esto mismo. Mentó la cabeza sonriendo escépticamente e, inconsciente de lo que hacía, se puso a palpar sus propias sienas, que estaban duras y bajo las cuales latían las venas como el pulso de una vida sana.

Con una delicadeza extrema, puso su cara contra la de la Gruposola, y se quiso.

por la puerta abierta del balcón, y al lado del tocador, contra la luz del balcón, la Grusinskaja, aunque medio dormida, vídese dibujarse la ancha y sombría silbetea de un hombre. Estaba de espaldas, con las piernas abiertas y bien plantadas, absolutamente seguro de sí mismo y entregándose a un trabajo que la bailarina no podía ver. «Estaré soñando todavía», pensó la Grusinskaja, porque en ella estaba demasiado la somnolencia para asustarse. Pero no es la primera vez que me ocurre», pensó luego, y por último se acordó de Jerilinkov. Pero de pronto su corazón se puso en marcha como un motor: despertose, pues, completamente, y miró en torno suyo.

Respiraba con la boca cerrada furivamente, pero de un modo profundo. Con la respiración, todos los recuerdos de la noche se precipitaron en ella. Sacó luego un brazo fuera del enbicho, un brazo sumamente ligero, que sentía como ganas de echar a volar. Cogió a hurtadillas su polverita y empezó a empolvarla con mucha atención y mimetismo, riéndose en el pecho cuando se acordaba de la cajita. El delicado aroma de los polvos la alegraba; se encontró bella, sintiéndose como cananorada de sí misma y como no lo había estado hacia largo tiempo. «Benvenuto», dijo pa-sa si, y luego, en ruso: «Chelani!», pero como no pronunció este nombre en alta voz, él no pudo oírlo. Allí estaba el gran muestro de sus piernas separadas y sus anchas espaldas. «Parece uno de los ayudantes del verdugo de Signorelli», se dijo la Grusinskaja, mientras el hombre seguía dedicado a su misteriosa manipulación sobre la tabla del tocador. Entonces ella incorporóse sonriente en el lecho y se puso a mirar.

En efecto, tenía entre las manos el maletín de las perlas. La bailarina oyó perfectamente el crujido seco de uno de los estuches al cerrarse, ese ruido que le era tan familiar del estuche largo de terciopelo azul, donde dormía el collar de las cincuenta y dos perlas de regular tamaño. Al pronto no pudo explicarse por qué le costaba la lengua de la angustia mortal. Párasele un segundo el corazón, para latir luego con más fuerza, y sintió en su interior una profunda y dolorosa conmoción; la sangre le hacía dolo, agolpándose a las yemas de los dedos y lo mismo en los labios. No obstante, continuaba sonriendo, se olvidaba de borrar esa sonrisa de sus labios, y eso que su cara se enfriaba rápidamente, poniéndose blanca como el papel. «Entonces es un ladrón», se dijo al recobrar su lucidez por completo, y este pensamiento le atravesó el corazón como una puñalada seca y fatal. Creyó desmayarse — lo hacía ardientemente —; pero luego se le volvió el conocimiento, sintió un dolor surcado un momento por la infinitud de pensamientos negros y agudos que se cruzaban y chocaban entre sí como las espadas en un combate.

Tuvo la horrible sensación de que la habían engañado villanamente; un sentimiento de vergüenza, de mala fe, de culpa, un acerbo dolor y al mismo tiempo una gran debilidad de no querer ver, de no querer comprender, de no confesarse la verdad: una huida hacia la misericordia de la mentira.

—Que faites-vous? — dijo, dirigiéndose a aquel hombre de espaldas de verdugo que a su vez la veía ella: — ¿estoy la bailarina que gritaba, cuando lo que sólo hizo fué murmurar bajito: «¿Qué hace usted aquí?»

Gaigern se asustó tanto que llegó a inmortalizarse realmente, retratándose en su rostro una zozobra que valía por la más elocuente confesión. Tenía entre las manos el estuche de una sortija; el saquito de mano estaba abierto, y los hilos de perlas, allí extendidos sobre el tocador.

—¿Qué hace ahí? — volvió a preguntar la Grusinskaja, y era un espectáculo triste y lamentable verla sonreír con el rostro lívido y contraído.

Gaigern lo comprendió en seguida y otra

vez volvió a sentir compasión por aquella mujer, fuera el punto de que casi llegaron a latirle las lágrimas. Hizo un esfuerzo y se rehizo.

—Buenos días, Moussa — le dijo jovialmente. — ¿No sabes que mientras dormías he encontrado un tesoro?

—¿Pero cómo has podido descubrir mis perlas? — preguntó la Grusinskaja con voz ronca, y con la mirada de sus hermosos ojos, muy abiertos, suplicaba: «¡Míenteme, míenteme, por favor!»

Gaigern se acercó y le puso la mano delante de los ojos como una pantalla. «¡Pobre cosa, pobre mujer!»

—He sido muy impertinente — dijo —, lo reconozco, poniéndome a registrar tu saco de mano, pero es que buscaba una venda, algún trozo de trapo, fin, cualquier cosa..., y me figuré que podía encontrar algo en tu «necesaire» de viaje, y lo que he hallado es tu tesoro. Me parece ser Aladino en la gruta...

Hasta los ojos de la Grusinskaja habían palidecido, tomando un color plomizo; pero volvían ya poco a poco a tomar su color natural negro. Gaigern puso delante de ellos, como una prueba de lo convicción, una mano herida sangrante. Ella puso mimosamente sus labios sobre la herida, mientras Gaigern, con la otra mano, le acariciaba las gudeas, atrayendo la cabeza de la bailarina hacia su pecho. Entonces le dijo con carnosidad:

—Tontita... me le he dicho cariñosamente — creías acaso que iba a robarte tus perlas.

—No, eso no — mintió ella. Y así dos aseveraciones contrarias a la verdad formaron un puente de unión entre los dos amantes.

—Por otra parte — repuso más tranquila ya, — no me iba a volver a ponerme mis nubes más.

—Nunca más... ¿Y por qué?

—Es inútil que te lo explique, porque no vas a comprenderme. No es más que una superstición. En otros tiempos me dieron suerte: pero luego me fueron funestas, y ahora, que no me las pongo, otra vez parecen sonreírme.

—¿Es posible? — preguntó Gaigern distraídamente, teniendo que sobreponerse a una sensación de aburrimiento y malestar.

Las perlas descansaban otra vez en la mu-lilla canita de su estuche. «¡Adiós, que os vaya bien!», pensó puramente, y para acabar de hacer la idea de que las había perdido para siempre, se metió en los bolsillos de los pantalones, donde tocó todo un arsenal de ladrón: pero botín, ninguno. Lejos de entristecerle este fracaso, se sintió muy alegre y dichoso, con el corazón jubilo; así que lanzó a pleno pulmón un formidable alullido de alegría. Echóse la bailarina y Gaigern, precipitándose hacia ella, tapó sus propios ojos con los puños, como si quisiera escapar de la vista de la mujer, entregándose a su boca, su mirada, su alma, en un completo abandono de toda su persona. Ella le tomó las manos y se las besó con un gesto de humilde gratitud, en el que se mezclaban la sinceridad y la conedia.

—Mira, aquí es donde te sale sangre... — dijo, aplicando sus labios a la pequeña herida.

—Tienes labios de santa — respondió Gaigern. Y se arrojó delante de ella abrazando sus desnudos tobillos, en los que jugaban los tendones casi a flor de piel. En el momento en que la Grusinskaja iba a inclinarse sobre él amparándose en el teléfono con un repiqueo tan pronto breve como prolongo.

—El teléfono — dijo la bailarina.

—¿El teléfono? — repitió él. La bailarina suspiró profundamente. «De seguro, alguna majadería», parecía expresar su fisonomía. Tomó el auricular con gesto de cansancio, y así se pesó con un par de toneladas.

—Era Susita quien telefonaba.

—Son las siete — anunciaba con voz ronca, recién sacada de la cama —, y es conveniente que la señora se vaya levantando, porque hay que hacer todavía las maletas. ¿Se puede entrar

ya el té? Y luego, si hay que dar masaje a la señora, no hay minuto que perder... ¡ah!, el señor Eimhoff quiere que se le avise tan pronto como la señora esté levantada...

La señora permanecía pensativa unos instantes.

—Dentro de diez minutos... Susita... No espera un cuarto de hora y triéme el... y en cuanto al masaje ya me lo darás de prisas...

Volvió a colocar el auricular en su gancho, pero sin saltarlo de la mano, y tendió la otra a Gaigern, que de pie, en medio de la habitación, se balanceaba sobre las delgadas y cromadas suelas de sus zapatos de boxeo. Inmediatamente volvió a ponerse el auricular al oído; abajo, el portero respondía con voz clara; había empezado ya su servicio, aun cuando las noticias, más bien alarmantes, de la clínica le habían hecho pasar una noche completamente en blanco.

—¿Qué número? — ¿Me hace el favor? — preguntó correctamente.

—Wilhelm 70-10. El señor Eimhoff. Eimhoff no se alojaba en el hotel, sino en una pensión de un cuarto piso de Charlottemburg. Por lo visto, todo el mundo dormía en la casa todavía.

Mientras esperaba, la Grusinskaja vió en su mente al señor Eimhoff, vestido en su antigua bata de seda, dirigiéndose hacia el teléfono, arrastrando sus pequeños pies, que tenía siempre echados algo hacia afuera, como para la quinta posición de esgrima. Por fin contestó la voz suave y nerviosa del mismo.

—¿Hola, Eimhoff? ¿Es tú mismo, verdad?

Buenos días, amigo mío. Si, gran responsabilidad bien. No, no tengo demasiado veronal, dos sellos nada más; gracias, ya estoy de primera, el corazón, la cabeza, todo marcha bien. ¿Qué dices, qué ocurre? ¿Que Miguel tiene un desprendimiento de sinovia en la rodilla?... Peor, peor, peor. Dios, ¿por qué no me lo dijiste ayer? Es una contusión, pero no me acaban nunca, y eso es muy largo, muy largo. ¿Y qué has hecho? ¿Cómo, no has hecho nada todavía? Pues hay que telegrafiar inmediatamente a Thecheerhouse... ¿me oyes, en seguida, al momento, para que sustituyan a Miquel, que se ha caído de la silla. ¿Dónde está metido Meierichsen? ¿Le puedes telefonar en seguida: ¿Que es demasiado tarde? No, hombre, no; no lo es para nosotros; no puede serlo para él tampoco... Y las decoraciones, ¿las han llevado ya a la estación? ¿Yava por Dios! De modo que con la primera expedición... ¿Y cuándo empieza esa primera expedición? ¿Y la señor Bueno, pues como no lleguen a tiempo, lo haré yo mismo, Eimhoff. Nada de repeticiones. Usted es el director del «ballet» y es usted, no yo, quien tiene que ocuparse de las decoraciones. Bueno, sí, esperaré su contestación dentro de media hora lo más tarde. Vaya usted mismo a la estación. Hasta luego.

Era vez no cogió el auricular y se contentó con apoyar solamente dos dedos en la horquilla.

Pidió comunicación con Witte, quien, a pesar del número inculcable de años que llevaba viajando, sufría generalmente por las mañanas de una gran confusión en las ideas, y como él no se había podido salir de la cabeza los viajes, que era ya su hábito enfermizo, que le desahogaba todo. Pidió comunicación también con Miguel; vivía éste en un hotelito y tenía bastante en este momento con quejarse de aquella desgraciada sinovia, gritando como un perrillo al que le han una patita. La Grusinskaja le lanzó por el hilo una serie de severas instrucciones y consejos; cada vez que alguno de la compañía se ponía enfermo, se enfurecía y se mostraba muy injusta con él. Telefonó luego a tres médicos antes de encontrar uno que quisiera ir inmediatamente a visitar al pobre Miguel para prescribirle la dosis de descanso necesario y de consuelo. Después de Burrow. Telefonó a Meierichsen, dispuesto con él en un francés turbulento, mandán-

dale que fuera al hotel a las ocho y media para arreglar las cuentas. Puso un telefonema a Tuercherenov, y para mayor seguridad transmitió otro a un joven bailarín que podía convertirse y que actualmente se hallaba sin contrato en París. Así, como con la ayuda del señor Scif, combinó la correspondencia con el esposo de Paris, gracias a lo cual podría él ir a llegar a Praga en el momento oportuno, y por fin puso un tercer telegrama urgente.

—Haz el favor, querido, de llenarme el baño — dijo rápidamente a Gaigern entre dos comunicaciones — y luego dale un inglés una porción de órdenes telefónicas al chofer Bercklev, puesto que el auto no iba a ser utilizado por su dueña y había que aprovechar esas horas para repararlo cuidadosamente.

Gaigern, obediente, fué a abrir los grifos de la bañera, y es más, extendió para su señora una sábana y un baño sabonoso. Buscando la esponja, con la que había limpiado la vispera el rostro descompuesto de la bailarina, y la llevó al cuarto de baño, mientras la Grusinska seguía telefonando. Gaigern encontró un frasco de sales y arrojó un gran puñado al agua, que llenaba ya casi la bañera por completo. De buena gana hubiera seguido haciendo algo más para ser agradable a su amante, pero estaba todo hecho. Ella, por su parte, parecía haber terminado por el momento sus conversaciones telefónicas.

—Te das cuenta, ¿verdad? Pues todos los días es igual — dijo con un tono que quería hacer lastimoso, pero que en realidad era de desprecio y de lucha —. No hay más remedio que hacer todo esto. Miguel dice siempre: "La Grusinska es muy cargante y meticulosa"... como si yo hiciera de mi gusto.

Gaigern estaba de pie delante de ella, sentía deseos un poco de carino, de un poco de familiaridad confiada; ella le tendió las dos manos, pero de un modo distraído, porque pensaba en la sinovia de Miguel. Volvía a oír ya el galope de los relojes. Tomó rápidamente el auricular y pidió que se pusiera Susita al aparato.

—Esperé usted otros diez minutos, Susita — le dijo, con tanta más cortesía, cuanto que se sentía en descubierta con ella.

Sus miradas fueron a caer sobre la mesa donde estaba la taza de té de la vispera, la cual, como había sido en la noche, tenía ahora un aspecto completamente inocente e inofensivo, y sobre su gruesa porcelana brillaba el dorado de las fantásticas armas del hotel. "¿Qué noche loca! — pensó la Grusinska —. No deberían hacerse cosas semejantes, no podrían bailarse las danzas que yo me he acordado esta noche pasada. No ha sido más que una sobrecitación nerviosa. Si yo les fuera a las vienesas con bailes de esa clase, en lugar de la paloma herida y las nariposas, de seguro que me silbarían. Esos no son como los berlineses. Allí saben lo que es el verdadero ballet".

—¿Tienen miraba a Gaigern cara a cara, mientras reflexionaba de ese modo, no lo veía. El sintió un profundo disgusto, nuevo para él, una profunda pena que le apretaba la garganta.

—Manojito de tomillo, nevadita mía! — le dijo en voz baja.

Eran las mismas palabras pronunciadas en el declive de la noche y que oían al mismo par, pero, aquel inolvidable perfume amargo y dulce. Al oírse llamar así, la Grusinska volvió a darse cuenta de su presencia, y aunque sonreía, en su cara se reflejaba una expresión de sufrimiento.

—Creo que ahora vamos a tener que separarnos — dijo con voz que se esforzó por hacer dura e inflexible.

—Sí... — respondió Gaigern.

Las perlas en este momento se le habían ido por completo de la imaginación. Sólo abrigaba un punzante sentimiento de fidelidad hacia esta mujer, un deseo inmenso de mostrarse bueno, muy bueno para ella. En su perplejidad, daba vueltas alrededor de su dedo a una sortija de eslobo de lapidizoli, con las armas de los Gaigern impresas.

—Toma — dijo, tendiéndole la sortija con el movimiento torpe y desmanotado de un chico, — Para que no me olvides.

—¿Es que no voy a volver a verte nunca? —, pensó la Grusinska, y ante esta idea le ardieron los ojos, el dolor rostro de Gaigern desapareció entre las lágrimas. Este era un pensamiento que había que ocultar, y esperó.

—Déjame seguir a tu lado; será bueno para ti —, pensaba Gaigern por su parte; pero cerró tercamente los labios y no dijo nada.

—Dentro de un momento vendrá Susita — dijo visiblemente la bailarina.

—Salto para Viena? — preguntó él.

—No, voy primero a Praga, donde estaré tres días; luego quince en Viena. Me hospedaré en el Bristol — dijo por último.

Siguió un silencio, el tic-tac de los relojes, las bujías de los autos en la calle, delante del hotel, los ruidos de funerales, repintados.

—¿No puedes venir conmigo? Dime, ¿no puedo vivir sin ti... — dijo finalmente la Grusinska.

—¿Ir yo a Praga? No tengo dinero; tendría que empezar por buscarlo.

EL FAMOSO METODO DEL INSTITUTO LINGUAPHONE



LE PERMITIRIA APRENDER
INGLES O CUALQUIER OTRO IDIOMA
RAPIDA Y COMODAMENTE EN
SU PROPIA CASA

SOLICITE PROSPECTOS
FLORIDA 239 P. S.

—No te importe; te lo daré yo — dijo ella, rápidamente.

Pero no con menos rapidez contestó él:

—No soy ningún rufián. De pronto se encontraron abrazados, arrojados uno hacia otro por un sentimiento más fuerte que ellos, que los enlazaba y fundía en uno en el mismo instante en que debían separarse.

—¡Gracias! — decían ambos en tres lenguas, en alemán, en francés, en inglés, balbuceos, sollozos, murmullos, lamentos, exclamaciones de alegría —, "Danke Du!", "Merci!", "Bolchoie spasibo!", "Merci!"...

Ya Susita pidió la bandeja con el servicio de té al mozo del piso, ofendido por esta usurpación. Eran las siete y veintinueve. Uno de los relojes se había parado, faltarle el aliento; pero el otro, sobre el pequeño secreter, seguía el galope de sus horas. Como un reproche, parecía decir ese tic-tac: "Más aprisa, más aprisa, más aprisa".

—¿Entonces, en Viena? — preguntó la bailarina con los ojos húmedos—. Dentro de tres días irás a Buenos Aires y en seguida te tendrás a Tremezzo. Verás que vida más hermosa vamos a pasar juntos. Voy a darte seis semanas de vacaciones, o quizá ocho, y allí viviremos, no haremos otra cosa más que vivir, olvidados de todo, de todos los absurdos del mundo; vegetaremos en un "dolce far niente" y nos embriagaremos a fuerza de gozar y sentirnos dichosos. Luego me acompañarás a la ópera de la Sur. ¿Estuviste ya en Río de Janeiro?

Yo no lo conozco todavía. Y ahora márchate, que ya es tiempo de partir. Anda con Dios, y gracias.

—Dentro de tres días a más tardar — dijo Gaigern.

A última hora se preocupa la Grusinska de revivir rápidamente de algo de su dignidad mundana.

—Procura llegar a tu cuarto sin comprometerme demasiado — dijo abriendo sucesivamente las dos puertas.

Cuando Gaigern, sin decir palabra, retiró su mano de la de su amiga, sintió un dolor; su herida que volvía a sangrar de nuevo. El corredor estaba silencioso. La casa estaba vacía; se pierde en una larga perspectiva; los pares de botas duermen delante de ellas, con sus tirantes colgando como orejas caídas. El ascensor baja del piso de más arriba. En el tercero, alguno que no quiere perder el tren se despacha y taconeando corriendo de un lado a otro, en la orilla de la escalera, se desliza una de las ventanas de cristales esmerilados para que salga al patio el humo del tabaco de la noche anterior. Sobre sus suelas de boxador, Gaigern se desliza hasta el número 69 y abre su cuarto con una llave falsa, porque la otra, para establecer la coartada, sigue colgando en la puerta.

La Grusinska toma su baño y se entrega en seguida dócilmente a las manos de Susita para que le den el masaje. En este momento se siente vigorosa, elástica y llena de ánimo. Siente un deseo loco de bailar, y no ve llegar el momento de salir a escena. Espera ya tener un gran éxito en Viena, donde es tan fácil de encontrarlo, y presiente el triunfo de sus piernas en las manos, en la nuca, que echó hacia atrás, en la boca, en la que no quisiera se apareara nunca la sonrisa. Luego se viste y da vueltas una como peonza, y con un impulso formidable empieza sus quehaceres de la mañana. Dispara con Meierheim, lucha asustadamente contra las malicias de la compañía y prodiga paciencia con Pimenoff y Witte.

A las diez, el mozo número 18 le trae un ramo de rosas y en un trozo de papel del mismo hotel, estas palabras: "Hasta la vista, hermosa adorada". La Grusinska, después de leerlas, besa la sortija de su amante. "¡Yo tengo mi fetiche!", murmura ella como a un confidente. En efecto, vuelve a tener un objeto que le dará suerte. "¡Miguel tiene razón — piensa —, voy a hacer donativo de mis perlas para los niños pobres".

Y Susita toma el saquito de mano, mientras el camarero del cuarto saca las otras maletas. Sin sensiblerías ridículas, la Grusinska abandona este cuarto de hotel tan rico en aventuras, esa habitación cuya tapicería obsesional, la ha creído siempre, en el Imperial de Praga le tienen ya reservada otra habitación y otra también en el Hotel Bristol, de Viena, su cuarto habitual, que da al patio, número 184, y que tiene baño. Y un cuarto en Río de Janeiro, y otro en París, y otro en Londres, y otro en Buenos Aires, y otro en Río de Janeiro, y otro en París, y otros cuartos de hotel con doble puerta y ascensor corriente y con el olor indefinible de esa perpetua vibración de vida entre extranjeros...

A las nueve y diez la camarera, muerta todavía de sueño, quita perezosamente el polvo del cuarto número 68; tira las flores muscas, y, en la hora crítica silenciosa, en la que después con sábanas limpias y húmedas colaba la plancha, para hacerla la cama al viajero que vendrá.

• • •

Ladino, como todos los despertadores, el del director general Preysing hizo mucho despertarle con un ruido decisivo, rotundo y puntual.

La dueña y el mazo hizo oír un pequeño ruido, pero no muy leve y resonó, y ahí paró todo. Preysing, que dormía con la cabeza hacia adentro y seca, dio una vuelta en la cama, a cuyo movimiento se quejaron los muelles del *soinmier*. Detrás de las dobles cortinas amarillas, el sol brillaba débilmente. En fin, a las ocho, el portero, fiel a las instrucciones recibidas, despertó al señor director general con un golpe de teléfono; pero ya había pasado una hora y media. Aunque se le hacía tarde, perdió algunos minutos en elegir un traje. Pareció que se había decidido por una americana, pero luego se la sacó con rabia y se puso otra. Precipitose fuera de la habitación, y en el mismo umbral de la puerta tropezó violentamente contra un señor.

—¿Usted dispense —dijo Preysing, parándose en seco para meter en su sobretodo el brazo que le faltaba.

—No hay de qué —respondió el caballero continuando su marcha, y visto así de atrás, Preysing creyó reconocerle.

Cuando el director general llegó al ascensor, el caballero en cuestión bajaba precisamente, así que pudo ver bien esa fisonomía que él ya conocía, aunque no sabía de dónde. Lo único que le pareció es que le miraba con alguna impertinencia en el ascensor. Preysing, nervioso e impaciente, bajó la escalera corriendo hasta el entresuelo donde estaba instalada la peluquería del hotel, donde se mezclaba el perfume de piel de España al olor de humedad de los sótanos. Allí dentro todos los sillones estaban ocupados por los parroquianos del peluquero, que, envueltos como niños en blancos pañales, se prestaban sumisos y confiados a las manipulaciones de los oficiales de la peluquería, revestidos de sus blusas blancas. Impaciente, Preysing empezó a golpear el piso con sus gruesas suelas de "crepi".

—¿Va a tardar mucho tiempo en llegar mi turno? —preguntó, pasándose la mano por la cara sin afectar.

—Diez minutos. No hay más que el caballero que ha entrado antes que usted —le contestaron.

Y el caballero que había entrado antes que él era el mismo caballero del ascensor. Preysing lo examinó con mirada dura. Era un hombre insignificante, flaco, bastante cursi, que bromeaba detrás de unos lentes puestos al desgaire y que tenía la pícara nariz metida en un periódico. Preysing sabía positivamente que ya había estado en relación comercial con ese hombre, pero no podía acordarse de más detalles y, poniéndose delante de él se inclinó y le dijo lo más elemental posible:

—¿Sería usted tan amable de permitirme servirle antes que usted? Tengo muchísima prisa.

Kringelein, que se había encogido detrás de su periódico, juntó todas sus fuerzas y, saliendo de detrás del editorial, extendió su cuerpo largo y delgado, y mirando en plena brequera al director general, le contestó:

—No. —Perdone usted; pero... tengo muchísima prisa —balbuceó Preysing como en tono de reproche.

—Yo también —replicó Kringelein. Preysing, furioso, dio media vuelta y salió de la peluquería. Como un vencedor y un héroe, pero completamente agotado y amagado por el inmenso esfuerzo que había hecho, Kringelein siguió allí jadeando, entre los olores a las lociones.

Retrasado, sin afear y con la punta de la lengua dolorida, porque la había quemado con el café, que acababa de tomar a toda prisa,

el director general presentóse en la sala de actos, que los otros señores habían llenado ya de una respetable cantidad del humo azulado de los cigarrillos.

El doctor Zinnowitz había ya colocado ante sí los montones de expedientes; el viejo Gerstenkorn presidía en la cabecera de una larguísima mesa. Sólo hizo el ademán de levantarse para saludar; formaba parte de aquella misma generación de hombres enérgicos, a la que pertenecía también el suegro de Preysing, había corrido al director general cuando éste era muy joven todavía, y no era muy de su devoción.

—Se ha retrasado, Preysing —le dijo—. El cuarto de hora académico. Anoche estaría usted de juerga... ¿No? Claro, Berlín tiene tantos atractivos...

Echóse a reír con la risa profunda y gruesa de los bronquíticos, señalando a Preysing una silla junto a él y enfrente de Schweinmann. Sentóse, pues, el director general, que estaba preocupado e inquieto por haberse levantado con el pie izquierdo, y antes de comenzar la sesión tenía ya el labio superior completamente mojado bajo el ancho bigote. Schweinmann, que tenía los párpados orlados de un ribete rojo y una enorme boca, presentó a un tercero.

—Nuestro consejero, el doctor Waitz —dijo. Era este consejero un hombre joven todavía, de aspecto vulgar y distraído, pero que en realidad no tenía nada de ello; su voz de clarín, agresiva y uniformada, llegaba a hacerse antipática algunas veces en el curso de la discusión. Los de Chemnitz lo habían llevado consigo.

—Ya nos conocemos —dijo Preysing, poco encantado del encuentro.

Por encima de la mesa, Schweinmann ofreció un cigarrillo al director general. El doctor Zinnowitz sacó del bolsillo de su chaleco un estilográfica y la puso sobre la mesa, junto a sus papeles. Más lejos, hacia el otro extremo, detrás de la botella de agua, ligeramente empujada por un vaho de humedad, y de los vasos que temblaban sobre una bandeja negra, cada vez que un automovilista pasaba por la calle, estaba sentada una criatura insignificante, mecanógrafa "Lama I", encogida y apagada, con su bloque de cuartillas preparado, las mejillas cubiertas de una pelusilla blanca, en actitud discreta y correcta, y a la que hubiera sido imposible confundir con su hermana "Lama II".

—¿Qué estilográfica tan linda! —dijo Schweinmann a Zinnowitz—. ¿De qué marca es? Es una preciosidad.

—¿Le gusta a usted? Me la trajeron de Londres. Es bonita, ¿verdad? —dijo mientras escribía rápidamente su firma sobre un cuartillo.

Todos aquellos señores miraban curiosamente la escena.

—¿Sería indiscreto preguntarle cuánto le ha costado? —preguntó Preysing, que había sacado su pluma del bolsillo del chaleco, poniéndola sobre la mesa, en medio de la curiosidad general.

—Algo más de tres libras, sin la Aduna. Me la trajo un amigo mío de Londres, y realmente es un objeto muy agradable.

Como chicos en el banco de una escuela, todos alargaron sus cabezas sobre la mesa para mirar aquella pluma de malquita verde, con depósito de tinta, traída de Londres. Era una nimiedad, pero merecía la pena de que cinco graves y maduros señores que iban a discutir un asunto importante perdieran algunos minutos examinándola.

—Y ahora, pasemos a lo nuestro —dijo al fin el viejo Gerstenkorn con su gruesa voz. Acto seguido, el consejero de Justicia, Zinnowitz, extendió sus dedos blancos y con palabras sueltas y bien preparadas, puso a hacer una larga relación en la atmósfera azulada por el humo del salón de actos.

Preysing se ofreció el lujo de un pequeño descanso, y como no era un orador de grandes vuelos, estimaba y agradecía mucho a Zinnowitz que le descargara de ese trabajo y que sus frases fueran saliendo unidas y claras como de una máquina. Por lo demás, esto era más que un prólogo, y Zinnowitz no decía más que cosas ya sabidas en el curso de las negociaciones preliminares. Sólo hizo, pues, un nuevo resumen del estado actual del negocio, mientras iba sacando de sus carpetas ya un expediente, ya otro, y pasaba muy cerca de sus ojos miopes las largas columnas de cifras para poder leerlas sin vacilación.

—Está en el orden, la situación del negocio. La Algodonera Sajonia, S. A. marca, especialmente a la fabricación de tejidos de algodón y colchas y de una especie de trapos ordinarios o rodillas muy estimadas con los desperdicios, era una empresa de alguna importancia. Su activo era capital suficientemente grande. Su activo en terrenos, inmuebles y maquinarias, en patentes y otros artículos, y sobre todo en créditos, representaba una cantidad muy considerable. El balance anual y los beneficios netos se mantenían a un nivel medio estable; el año anterior se había repartido un dividendo de nueve y medio por ciento.

Zinnowitz leía estas cifras, absolutamente satisfactorias, y Preysing las escuchaba con notorio contento. La claridad y el orden reinaban en su fábrica, y el era el que había organizado el aprovechamiento de los desperdicios para la fabricación de las rodillas, que producían por sí solas unos marcos de ingresos brutos anuales. Miró a Gerstenkorn, el grueso, a la manera reservada y en cierto modo inercial de los viejos astutos, meneaba significativamente la cabeza, de pelo gris peinado hacia arriba. Schweinmann chapaba su cigarrillo, pero no prestó ninguna atención. Waitz concentraba su mirada en las anotaciones que llevaba escritas en un cuaderno de hule. "Lama II" esgrimía el lápiz como una pequeña bayoneta afilada, con la mirada perdida en los reflejos que la luz hacía jugar sobre la botella de agua.

Zinnowitz sacó otro legajo de su montón de expedientes, poniéndose a estudiar la situación de los géneros de punto de Chemnitz. Su larga perilla de chino suave y bajaba a compás con sus palabras.

La fábrica de géneros de punto de Chemnitz era una empresa de mucha menor importancia, según resultaba de las cifras. Su activo representaba escasamente la cuarta parte del de la Sajonia, y el balance reflejaba un estado de gran tensión. No se habían hecho otras amortizaciones que las indispensables, y, sin embargo, se habían repartido enormes dividendos. La cifra de negocios era muy grande, pero por ello los beneficios netos respondían a una proporción menor. Sin embargo, el balance de la Chemnitz arrojava un saldo que podía sorprender por su importancia.

Zinnowitz puso un puntito de interrogación lleno de cortesía después de la última cantidad enunciada... y miró al viejo Gerstenkorn.

—Más, más —dijo Gerstenkorn—. Puede usted tenerlo en su bolsillo 250000 marcos en números redondos.

—No puede usted calcular de ese modo —dijo Preysing, que se había puesto nervioso—, porque tiene que amortizar las nuevas máquinas, aparte de que las viejas no lo están todavía convenientemente.

—Con todo el despecho de todo —replicó tercanente Gerstenkorn.

El doctor Waitz giró con su voz de trompeta:

—Nuestras cifras están calculadas más por lo bajo que por lo alto.

El doctor Zinnowitz presentó un papel al doctor Waitz, y éste se sumió en arduos cálculos. Pero ya sabía el resultado. Los géneros de punto de Chemnitz era una empresa

fundada desde sus comienzos con un fin lucrativo, y que tenía que operar en la densidad hasta agotarlo. No obstante, esta sociedad marchaba viento en popa y sus beneficios aumentaban de año en año, hasta que la Algodonera Sajonia, aunque débil y financiera, se quedaba atrás. Esta cosa producía: algodón, colchales y coque. Así mundo no necesitaba más. En el momento en que se escribieron estos artículos, en Fredersdorf, el viejo sabía muy bien poner en juego todos los recursos para aprovechar de la hora propicia a los géneros de punto y para beneficiar su propia empresa.

—No tiene importancia; sigámos — dijo — con la consecuencia del que no se le da el terreno firme.

Gerstenkorn tomó el balance que aquél le presentaba y empezó a darse con él golpecitos en la palma de la mano, sonriendo con alguna satisfacción. Zimnowitz, que seguía expresando con gran facilidad, pasaba ya el examen de la situación de las acciones, y de los elementos del expinso. El efectivo real de la Sajonia representaba el doble del de Chemnitz vista de ello, durante las negociaciones anteriores, se había provocado dar a cada una Sajonia el valor de dos acciones Chemnitz en el caso de que ambas sociedades llegaran a refundirse en una. Pero es el caso que las segundas habían subido y las primeras habían bajado los valores comparativos sufrían, pues, una profunda alteración... y el doctor Zimnowitz, con un gesto conciliador de su mano, tuvo que reconocerlo así: que el alza de las acciones Chemnitz había sido hecho la base del cambio. Preysing escuchaba con disgusto esta peroración, pronunciada con voz incolora y que, aunque sembrada de subjuntivos irrefragables, no venía a demostrar más que una serie de cosas tristes y lamentables, de las que él, por desgracia, estaba ya harto de espanto. Cegó de saborear su habito y dándole algunas largas chupadas, lo dejó en el centro. En algunos puntos de las conferencias de Zimnowitz, el doctor Waitz había intervenido bruscamente como un actor que lanzara rápidamente su réplica, golpeando la mesa y haciendo objeciones. Leía las cifras de su libreta, que parecía inagotable. Preysing, por su parte, ponía en tensión los músculos de su frente y los ojos casi se le salían de las órbitas, tal era la persona escueta que hacía pasar y examinar todo sin perder la clara noción de las cosas. Se acercó, pues, algunas hojas de papel de cartas con el timbre del hotel que había allí sobre la mesa, y empezó a redactar notas y más notas, ocultándose para escribir y nervioso como un niño escolar. Zimnowitz, que se había dado un mal rato en la escuela "Llama 1", hecho que fue bastante para que el diligente muchacha empezara a estenografiar en su bloque de hojas de papeles azules las palabras agresivas y los argumentos presentados. El doctor Waitz, por su parte, cedió la conclusión de las frases que había pronunciado con su agudo oído y se dio cuenta de que podía estar ya los accionistas de Chemnitz el sacrificio de la mitad de su haber, que sentirían que hacer si esa fusión se llevaba a cabo.

Zimnowitz miró a Preysing y éste empezó a hablar sosadamente. Tenía la costumbre de pronunciar las cosas importantes en voz baja y nasal, con una entonación blanca y fría. Pero, porque como en el fondo era un hombre poco seguro de sí mismo, empleaba ese medio para darse la apariencia de la calma y de la reflexión. Al lanzarse a la lucha empezó a senar moche las palmas de las manos. Los ojos de Schweinmann, sencientes a dos ratoncillos grises, parecían salir furivamente de los agujeros, como si quisieran salir y en cuanto a Gerstenkorn, se había metido los pulgares debajo de las sisas de su chaleco y causaba la impresión de un hombre contento y divertido.

Preysing, pues, hablaba, y cuanto más ha-

blaba con su voz fría e incolora y más entraba en detalles, tanto más terreno perdía. Los pequeños, aunque siempre pertinentes reparos que Gerstenkorn le oponía, le pasaban junto a las orejas silbando como balas. En algunos momentos, Preysing hubiera dejado de buena gana toda aquella antipática historia de la fusión, para regresar a Fredersdorf con Mülle, Pernow y Babe. Pero como era director general y la vida no era cosa de juego, como el porvenir de la empresa dependía principalmente de esa fusión y a ella estaba subordinado por completo su situación personal, no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y permanecer estoicamente en su puesto. Sacó nuevamente a reducir el estado de su activo, ese inventario absolutamente neto de una empresa fundamentalmente sana, agarrándose a él como una lapa. Hasta llegó a aburrir a los de Chemnitz en un desbordamiento de detalles

MAS Y MEJOR PRODUCCION



perfectamente inútiles, y el consejero de Justicia tuvo que ponerle a flote como a una barca naufragada por la impericia de su tripulante. No hacía más que alirir a cada paso un paréntesis para enredarse más lastimosamente en ellos, obstruyéndose tercamente y sin ninguna perspicacia en algunos puntos completamente secundarios. Y, naturalmente, acabó por exasperar a los comunizados de Chemnitz con la descripción prolija y pesadísima de cómo con los desperdicios de la fábrica se elaboraban trapos de cocina — su tecla favorita — descuidando, en cambio, mencionar otros elementos muy importantes que tenía anotados en sus cuartillas allí mismo sobre la mesa. Por último, en medio de una frase se quedó atascado: la había empezado con gran énfasis y al final se convertía en un callosón sin salida. Sacó el pañuelo entonces para limpiarse el bigote, encendió un nuevo cigarro, que le supió a paja, enteramente insípido, y de pronto tuvo la impresión de que estaba sentando entre ventanitas, gente poco seria y de mala gana muy ancha; venía el profundo anarcho de un hombre bueno y leal al que se тона por un inhútil.

Gerstenkorn, a su vez, sacó de las sisas de su chaleco sus dedos blancos y carnosos de perfecto burgués y expuso su punto de vista. Estre Gerstenkorn, con su calera cuadrada peinada a la breva, con su voz, le bronceó entre un orador claro y de réplica pronta y segura. Empleaba los más variados dialectos para decir sin rodeos cuánto se le venía a la boca, esmalando sus discursos de néguicos con términos sajones, berlineses, judíos y meklenburgueses.

—¿Quiere usted hacer ya punto final y dejar hablar a los ases? — dijo sin sacarse el cigarro de la boca, como de intento, para dar a sus palabras familiares un tono de mayor confianza todavía... Acaba de decirnos lo que es capaz de hacer la Sajonia, cosa que sabemos ya perfectamente; pero, a pesar de todo, me duele la cabeza en la cabeza. En esto se lo hemos machacado a nuestros principales accionistas, que vacilan muy seriamente en hacer la fusión. ¡Demonio! ¿Cómo va usted a pretender que los accionistas le saquen las castañas del fuego por lo que respecta a su algodón? Pongamos las cartas boca arriba: nuestra situación ha mejorado sensiblemente desde que ustedes nos han presionado. En cuanto a la situación de ustedes, sigue estacionaria, por no ser descortés y decir que ha empeorado. En estas condiciones (estoy hablando en alemán, mi querido Preysing) no nos interesa ya lo más mínimo el que llegue a realizarse esa fusión, y tal como ustedes nos ve aquí ahora, tenemos en el bolsillo instrucciones para que los para que dejemos estas negociaciones en el punto en que se hallan. La otra vez, cuando ustedes se acercaron a nosotros, las cosas estaban muy diferentes...

—Pero, ¿es posible, amigo mío, que pierda usted así la cabeza? Fueron ustedes los que nos buscaron... Haga el favor, doctor Waitz, alcancéme el expediente... Usted nos dijo... el día... aquí está... Fue usted mismo... el 14 de septiembre, como resulta de esta carta.

—No es cierto — insistió Preysing con obstinación, apoderándose rápidamente del expediente, que tenía delante el consejero Zimnowitz — La iniciativa vino de nosotros. Antes de la carta del 14 de septiembre hubo ya una ligera conversación, una especie de contacto personal sugerido por usted...

—Déjese usted de sugerencias. Por lo menos un mes antes sin hacer político vino a verme a mi casa para hacernos una visita personal, a título de amigo, y...

—Insisto en que no hemos dado nosotros el primer paso — dijo Preysing.

Debajo de la mesa, Zimnowitz golpeaba el piso con sus zapatos, como si tocara alarma. De pronto, Gerstenkorn dejó esta cuestión a un lado pasando sobre el paño su mano cuadrangular.

—Eso bien — dijo —, sea. Conforme en que no dió usted el primer paso, para serle a usted agradable. Pero que se acercara o no a nosotros, la situación era muy diferente en esta época, y espero que lo reconociera usted así, señor director general — dijo "señor director general" y esta transición hueco de la lengua familiar al oficial tonal a una carta amenazadora... Por aquel entonces teníamos numerosas razones particulares para desear acercarnos a la Algodonera Sajonia. ¿Y qué razón podemos tener hoy para seguir queriéndonlo?

—Que necesitan ustedes más capital — dijo Preysing dando en el clavo.

Preysing levantó con dos dedos de su mano barrido el argumento sobre la mesa.

—¡Capital! ¡Capital!... Si hoy empujamos nuestras acciones tendríamos todo el dinero que quisiéramos. ¡Capital! Usted olvida siempre una cosa: que la edad de oro de ustedes ha sido la guerra, en la que se pudo hacer grandes riquezas con la poca militar y las manos. Ahora es la época de la sociedad de consumo. No necesitamos capital. Lo que nos hace falta son materias primas baratas, para poder traer nuestro nuevo procedimiento y hacerle rendir el máximo, pero precisamos dar nuevas salidas a nuestros productos en el extranjero. Le estoy a usted diciendo, con la mayor sinceridad, y sin ninguna reserva, que la sociedad de consumo, señor director general. Si la fusión con nosotros representa un auxilio desde ese punto de vista, podemos fusionarnos; de lo contrario, no volvamos a hablar de ello. Ahora haga usted el favor de explicarse.

¡Polbre Preysing! Le pedían que se explicara, cuando había llegado el momento crítico

que tanto le asustaba desde que tomó el tren en Friedersdorf. Echó una mirada apurada hacia a Zinnowitz, pero éste estaba contemplando atentamente sus cuidadas uñas de anísico y no levantó los ojos.

—Todo el mundo sabe que tenemos excelentes relaciones con el extranjero. Solamente a los Balcanes exportamos anualmente por sesenta y cinco mil marcos de tejidos de cochenila — dijo — claro que en caso de fusión haríamos todo lo posible para desarrollar nuestro comercio de exportación y no sólo para los productos confeccionados por la Chemnitz, sino también para sus nuevos.

—¿Hay elementos que permitan a usted asegurar de una manera más precisa? — preguntó el doctor Vaino incorporándose ligeramente mientras hablaba.

El director general se dejó intimidar. —No sé a qué clase de elementos se refiere usted — dijo con su maliciosa costumbre de preguntar cosas que estaba cansado de saber. Schweinman, frente a él, no había abierto una sola boca, extensible de mono; pero llegó el instante:

—Se trata de la comunidad de intereses con Burleigh y Son — dijo clara y netamente. Gerstenkorn columpiaba con la mayor atención un largo cono de ceniza al extremo de su cigarro.

—Desgraciadamente, no puedo informar a usted sobre el particular — respondió Preysing inmediatamente; hacía ya muchos días que había preparado esta respuesta para poder soltarla de memoria.

—Pues es lástima — dijo el viejo Gerstenkorn, y todos aquellos señores guardaron silencio durante algunos minutos.

La jarra de agua vibró ligeramente sobre la bandeja al paso de un autobús por la calle, y aquel delgado reflejo de agua que llevaba en reposo mucho tiempo, hizo bailar su luz sobre el retrato al óleo del fundador del "Círculo Havel". Preysing reflexionó febrilmente durante esos segundos. Después el doctor Zinnowitz había enseñado a los comisionados de Chemnitz las antipáticas copias de las cartas, que no tenían ya valor ninguno ni razón de ser. Volvía a sentir en las manos ese malestar, hijo de la suciedad y de la falta de cuidado. Su rostro, sin afeitar, empezaba a hacerle cosquillas de la manera más ridícula. Echó una mirada interrogadora y suplicante al conserjero de Justicia, sentado unos cuantos puestos más allá Zinnowitz, para tranquilizarlo, batió repetidamente los párpados de sus ojos de chino, oblicuos e inteligentes, con un gesto más claro, por lo demás, ya que lo mismo podía significar "sí" que "no", o "sí" que "no" significaba absolutamente nada. Preysing volvió a sentarse. "Es necesario que lo logre", pensó; pero era un sentimiento más bien que una idea.

—Señores — dijo levantándose — Ruego a todos que volvamos a la cuestión principal. Lo que hasta ahora ha servido de base para nuestras conversaciones es el balance y estado financiero de las fábricas de Friedersdorf. Ustedes han podido darse cuenta, y el señor conserjero de Comercio Gerstenkorn ha podido convencerse también personalmente, de la situación de nuestra empresa, y yo he de insistir en ello para que no me molezen hoy con nuestras negociaciones elementos vagos e impensables. No somos especuladores, por lo menos yo no lo soy, porque procedo con arreglo a los hechos, no a los rumores, y es que nosotros proyectamos una comunidad de intereses con la firma Burleigh y Son, de Manchester, no es más que un simple traslado de la Bolsa. Yo lo he hecho disminuir una vez y no puedo admitir que...

—Bien, bien — interrumpió Gerstenkorn —, no se moleste usted más, que no va a enseñar a hacer cosas a un mono viejo; todos sabemos perfectamente lo que es desmentir una especie.

Schweinman se había animado, y con sus

fosas nasales muy abiertas y su enorme boca de la nariz, ofiteaba... pero, así como si viera ya las posibilidades de venta a la Gran Bretaña.

Preysing encoloreció.

—Me niego terminantemente a considerar esta cuestión de la Gran Bretaña como un factor de nuestras negociaciones. Y no es que base mis cálculos sobre castillos de naipes, porque nunca lo he hecho, ni nuestra empresa lo haría, pero me baso en hechos, y éstos, en cifras, en este balance — exclamó dando tres golpes seguidos con su mano abierta sobre los papeles que tenía delante—. Estos son los hechos, y no quiero tonar ninguna otra cosa en consideración. Nosotros proponemos lo que venimos proponiendo desde el primer día de nuestra unión, hoy, esto no es bastante para nuestra sociedad, en tal caso lo sentí mucho, pero...

Paróse lleno de miedo: había salido galopando como si atravesara un terreno pantanoso. "Voy a asustar a esta gente con mis lamentaciones — pensó aterrado — y lo que me interesa es la ventura, y en vez de eso estoy escarapantando". Se sirvió un vaso de agua bebido, pareciéndole que estaba espesa e insipida y tan mala de ingerir como el aceite de ricino. El doctor Zinnowitz sonrióse maliciosamente y procuró arreglar las cosas.

—El señor director general es de una delicadeza de conciencia... ejemplo, — dijo — pero yo no sé si sus escrúpulos en asuntos de negociaciones entabladas con Manchester no son justificativos, o por lo menos exagerados. ¿Y por qué no echar en la balanza perspectivas tan prometedoras, ya que ello no implica ningún compromiso?... ¿Por qué?... ¿Por qué? Porque yo quiero — hacerse responsable — interrumpió Preysing.

Zinnowitz, que no podía hacerle una señal con el pie por debajo de la mesa, como hubiera querido, empezó a gritar con el objeto de cubrir la voz del director general. Preysing volvió a recomenzar sobre el terciopelo de su silla, tal como si se lo estuviera abriendo la boca. Había estado a punto de decir la verdad, pero se había dado cuenta que no debía continuar, tanto peor; ahora veríamos lo que iba a hacer ese célebre conserjero jurídico. "El negocio se le lleva el diablo — pensó Preysing—. Ya está fracasado, concluido, enterrado". "Negociación con Burleigh y Son, definitivamente rotunda", Perfectamente. Se presentaba a las gentes las condiciones honradas que podían ofrecer una empresa sana y un hombre cabal; pero ellas no querían admitirlas, querían sus combinaciones complicadas y montadas con todas sus piezas, sus rumores tendenciosos, su alzas ficticias, otros medios para enlazar que un poco de farsa.

Zinnowitz peroraba. La señorita "Llama" había vuelto a sumirse en su letargo profesional. Gerstenkorn y Schweinman apenas escuchaban: habían acrecido sus cabezas, y de un modo bastante decoroso se ponían de acuerdo a discutir sobre alguna cuestión.

—Nuestro conserjero de Comercio y el conserjero de Justicia — lleva acoso sus escrúpulos demasiado lejos. Se dice que si Sociedad está en vísperas de celebrar una comunidad de intereses, por todo extremo ventajosa, con la casa Burleigh y Son, tan antigua y afamada. ¿Y qué hace Preysing? Defiende como si se le acusara de quichura. Pero ¿adónde va, la cosa no sea en realidad más que un rumor. Todos sabemos que no hay humo sin fuego, y un hombre de negocios tan duchos como el conserjero de Comercio, Gerstenkorn, me concederá que algunos contratos firmados en regla, como el conserjero jurídico, y como la fábrica de Friedersdorf, después de muchos años, estoy en el caso de poderlo decir: no son más que rumores, y detrás de ellos hay operaciones muy precisas. Perdóneme usted, querido Preysing, si no me atengo, como usted mismo, a la más absoluta discreción a este respecto. No puede negarse que se ha

ya entablado ya negociaciones muy avanzadas, y claro que hoy no puede aventurarse todavía si darán el resultado apetecido. Pero existen en el momento actual y constituyen un hecho que no es peor que todo lo que usted enseña en su balance. Me parece de la mayor corrección y lealtad que el señor Preysing se niegue a considerar este negocio como un elemento del activo de la Sociedad; la cosa es muy delicada y del mejor gusto; pero no es, así como usted pretiene, en nuestros asuntos.

Zinnowitz continuó charlando por los godos y en términos de conciliación. Preysing había palidecido; lo sintió por la picazón de su sangre al latirle las arterias. "Entonces les he enseñado las cartas — pensó — pero, ¿vive Cristo!, que eso es un engaño, casi un abuso de confianza". "Negociaciones definitivamente rotas" — bromaseaba Preysing — volvió a ver la letra azul obscuro azul borrada del telegrama. Se metió la mano en el bolsillo interior de su americana gris, donde había guardado el telegrama, sacándolo en seguida como de un horno caliente. "Si no me levanto ahora mismo para decirlo, no podré hacerlo — pensó — pero ¿qué voy a decir?", pero sí dijo lo que hay, los otros van a mirarse y la fusión se la lleva el diablo; no me quedará otro recurso que regresar a Friedersdorf con las otras gachas". Lo pensó mejor y se volvió a sentar. Para disimular ese movimiento de irredolución, levantó nuevamente su vaso de aquella condescendencia y se la tiró al paladar como una pócima.

Entretanto Schweinman y Gerstenkorn se habían animado extraordinariamente. Eran dos ases en materia de negocios, con mucha mano izquierda. El hecho de que Preysing negase las conversaciones inglesas con tanta energía y que insistiera en todo lo que tocaba, hacía poner su atención en aquellos señores. Su maliciosa ulfateaba en alto algo particular, mercados, beneficios, concurrencias, quién sabe lo que habría allí. Gerstenkorn sospechaba también; así es que miraron igualmente al odio derecho de su compañero, junto a aquella orjea de un enorme globo.

—En otro caso no fuera él, un mentís de esa clase, equivaldría casi a una afirmación. Pero este infelizo de Preysing posiblemente es que diga pura y simplemente la verdad...

Gerstenkorn tomó la ofensiva violentamente. —Es inútil que el señor conserjero de Justicia siga hablando hasta ponerse ronco — dijo fulminándose sobre la mesa —. Antes de seguir diciéndolo, lo que el señor conserjero se digne decirnos claramente y sin ambages en qué estado se hallan las conversaciones con Burleigh y Son.

—Me niego a hacerlo — respondió Preysing — Insisto sobre este punto, si es que van a seguir estas negociaciones — repuso Gerstenkorn.

—En ese caso, le niego a usted — dijo Preysing — que, en observación a las, considere este asunto como si no existiera.

—Entonces he de admitir que las perspectivas de una comunicación de interés con Burleigh y Son no han tenido realización hasta ahora.

—Admita usted todo lo que quiera — dijo Preysing.

Todos callaron por breves momentos... "Llama" hojeaba discretamente su bloque de las cuartillas traquigráficas. El ligero ruido de las hojas al ser vueltas era lo único que rompía el profundo silencio que reinaba en aquel salón de reuniones. Preysing parecía un chiquillo contrariado: a veces aparecía en su rostro un cerrado cerco de inteligencia obtusa. Zinnowitz, paciente y resignado, hojeaba triángulos con su estilográfica de malaquita verde en la canina de un expediente.

—Éstimo — dijo finalmente Gerstenkorn — que en estas condiciones es inútil seguir discutiendo, y que debemos dar por terminada nuestra conferencia por hoy. Siempre estamos

de seguir tratando el asunto por es-

INSECTOS DAÑINOS



Los entomólogos afirman que de los 600.000 especies de insectos conocidas, sólo unos pocos miles pueden ser considerados como dañinos.

el momento de interrumpirse la conferencia no llamó a nadie en su auxilio, aún se sintiera muy mal y con ganas de llorar.

— ¡Acíma — dijo negligentemente —, por lo que se se aplaza se pierde. En fin, hagamos más de ello y ahora que han roto las negociaciones, puedo ya decirles nuestro contrato con Burleigh y Son es buena. Del bolsillo interior de su americana sacó el telegrama doblado. "Negociación con Burleigh y Son, definitivamente rotas. Desembarcadero". Una especie de embriaguez y triunfante apoderose de él después de desahogada mentira, rayana en la estafa, la ponía encima de la mesa. El mismo sabía si trataba de engañar a los otros o simplemente prepararse una retirada de la enojosa situación que se había creado. Schweinmann, que de los dos señores era el menos comedido, hizo un gesto de desagrado por apoderarse del telegrama; Preysing, muy tranquilo y con una sonrisa irónica se lo volvió a meter en su bolsillo y además reflexivo. El doctor Witz, el hermano de la mesa ponía cara de estúpido. El conde, el conserje de Justicia, lanzó un silbido bastante extraño entre sus blancos labios de chino. Gerstenkorn echó a reír con convulsiones bronquiales.

— ¡Mi querido amigo — dijo tosiendo —, es mucho más fuerte de lo que parece. ¡Con Preysing! Quéin lo hubiera adivinado! Venga, venga, tenemos que volver a hablar de esto.

Se sentó. El director general siguió de pie durante minutos todavía, con una sensación de vacío como si la medula se hubiera retirado de sus huesos; pero luego una extraña sensación en sus músculos le hizo sentarse. Por primera vez en su vida había mentido engañando a los demás, de una manera estúpida, ociosa e indisciplinable. Pero gracias a ello volvió a ponerse a flote después de infinitos fracasos. De pronto oyó que empezaba a hablar y a hablar, muy bien ahora. Estaba animado en una especie de embriaguez muy particular para él al oírse hablar; no es que se escuchara, sino que se daba perfecta cuenta de lo que decía, con frases y conceptos llenos de gracia y discreción, de energía y de una gran amplitud de miras.

Con todo el centelleo de sus ojos el fundador del "Grand Hotel" le miraba maravillado desde su retrato al óleo. "¡Llana I!" había inscrito en su carta de solterona arrugada sobre los signos de cuartillas y escribía rápidamente algunos rasguños, porque ya parecía estar próximo un acuerdo definitivo, y todas las palabras eran muy importantes.

Hasta el final de la conferencia que se prolongó aún tres horas y media. Preysing narrando en ese estado de ánimo, muy por él, que le daba alas. Pero cuando, al fin, tomó la pluma de malaquita verde para poner su firma al lado de la Gerstenkorn, al pie de ese acuerdo preliminar, miró a hurtadillas los minutos y vio que de nuevo le sudaban y que creaban espantosamente suscas.



— ¿Y por qué se va a marchar? Nada de eso. No se marcha.

— Como no ha mandado nunca que se le despierte tan temprano — repuso Jorgito.

— En fin, haz lo que te mandan, y calla — dijo el portero.

Por eso, a las nueve en punto, el teléfono empezó a llanar en la habitación exigua y mediocre del doctor Ottersschlag.

Con la prisita de un hombre muy ocupado, Ottersschlag hizo un esfuerzo para salir de entre las sábanas de sus sueños y siguió un rato en la cama sorprendido. "¿Qué ocurrirá? — se preguntaba a sí mismo y al teléfono—. Pero, ¿qué ocurrirá?" Siguió acostado unos minutos con la mayor calma, concentrando sus ideas y reflexionando, la mitad mutilada de su rostro medida entre la flexible tela de la funda de la almohada. Ah, sí... — pensó — es ese tipo de Kringlein, ese pobre diablo! Vamos, pues, a enseñarle la vida, ya que eso es lo que está esperando. Seguramente que estará en la sala de desayunos, sentado, esperándonos..." "¿Qué, nos levantamos, pues, y nos damos mucha prisita?" se preguntó. "Sí, vamos allá", respondió después de algún tiempo de vacilaciones. Combinó un programa para la jornada: estaba ocupado como un guía de extranjeros, como un mentor, como un hombre importante y solicitado. La camarera, que había entrado en el cuarto contiguo al número 118 para recoger un cubo y una escoba, oyó con sorpresa trazar una canción al doctor Ottersschlag, mientras se lavaba los dientes.

Kringlein, todavía aniquilado, agitado y encantado al mismo tiempo por la gran victoria ganada a Preysing en la peluquería, se había sentado ya en la sala de los desayunos. Diez minutos antes había trabado amistad con el señor barón de Gaigern, aquel personaje distinguido, asexuado y encantador, que no había perdido el tiempo, porque al salir de su noche con la Grusinskaja, sin las perlas, había tenido una explicación bastante violenta en voz bajo con el chofer. Después de darse un baño, de hacer gimnasia y darse una fricción con vinagre de alhucema, habíase lanzado en seguida sobre ese señor provinciano de número 70, al que él podría sacarle por las buenas o por las malas algunos miles de marcos que por

el momento le hacían falta. Se agitaba en una impaciencia radiante y dichosa; apenas había una hora que se había separado de la ballarina, cuando ya sentía una necesidad imperiosa, sensual y tierna de volver a verla. Su casa, descabía hallarse cerca de ella; su piel, sus dedos, sus labios, todo su ser aspiraba a volverla a encontrar cuanto antes. Sentido de vida y de emociones nuevas, Gaigern saturábase de esta emoción desconocida, del mismo modo que asimilaba toda nueva experiencia. Así, pues, con un impulso formidable empezó a conquistar a Kringlein, y, rápido como un cohete, le bastó un cuarto de hora para captar una gran parte de su confianza. Desbordado Kringlein, le abrió su alma de funcionario..., una alma pusilánime, ávida de vivir y dispuesta a la muerte; y lo que Kringlein no pudiera expresar, lo adivinaba Gaigern. Así es que cuando a las nueve y cuarto Kringlein se limpiaba con la servilleta del hotel la última sospecha de yema que pudiera quedar en su imponente bigote, se habían hecho los mejores amigos del mundo.

— Considere usted, señor barón — decía Kringlein —, considere que por cincuenta dachas he entrado en posesión de algún dinero, después de haber vivido muy modestamente siempre. ¡Oh, sí, muy modestamente! Esta es una cosa que una persona de la categoría del señor barón no puede figurarse con exactitud. Es el medio de que le presenten a uno la cuenta del carbonero, ¿comprende usted? O bien, que no se puede ir a casa del dentista y se va aplazando esta visita de un año para otro y mientras se van perdiendo casi todos los dientes sin saber cómo. Pero no hablenmos de eso. Si que usted va a reírse; pero le diré que anteaño comí caviar por primera vez en mi vida. Claro que usted lo comerá a diario, como otras personas parecidas. Cuando nuestro director general recibe, hace traer por libras el caviar de Dresde; acaso usted oíste al señor barón, ¿verdad?, que el caviar y el champán y todos esos lujos no constituyen la vida; bien, pero entonces, ¿qué es la vida? Mire usted, señor barón, yo no soy ya joven, y, además, estoy muy delicado y muchas veces tengo un miedo horrible de errar la vida, porque no quisiera desperdiciarla, ¿comprende usted?

— Eso es imposible mientras se vive; basta con saber vivir; y puesto que estamos en el mundo... — dijo Gaigern.

Kringlein miró a aquel hombre joven, tan apuesto y satisfecho, y acaso, acaso se le en-

— El número 118 ha encajado que se le llame a las nueve — dijo el portero a Jorgito, el peneño meritorio.

— ¿Entonces, se marcha? — preguntó éste.

rejoicieran los párpados ligeramente detrás de los lentos.

—Es, evidentemente, la vida es buena para usted en todos los momentos; pero para gentes como nosotros... — dijo en voz baja.

—Es extraño, usted habla de la vida como de un tren que pasara por debajo de sus narices. ¿Cuánto tiempo hace, pues, que viene usted persiguiendo la vida? Hace tres días, ¿no? ¿Y todavía no ha podido usted encontrar de los peloteros, ni de los chabanes, ni de los chicos. Vamos a ver, dígame usted, ¿qué hizo ayer? El Museo Kaiser Friedrich, Potsdam, y por la noche al teatro, ¿no es eso? ¿Poder de Dios? ¿Qué cuadro le gustó a usted más? ¿Cómo! No se fijó en ninguno... Claro... Y en el teatro... ¿vio usted a la Grusinskaja? Si... la Grusinskaja, señor Gaigern, y al principio, el señor Gaigern, su corazón recibió un violento choque, como si estuviera todavía en el bachillerato... ¿Pero, qué dice usted? ¿Le puso triste porque era demasiado poético? Hombre, claro, el género de ahora. Pero todo esto nada tiene que ver con la vida, señor director — que el asfalto hierve, borbotan, burbujan y a veces el aire a unos metros de distancia. Bueno, pues acerquese a una de esas calderas y meta usted la nariz en los vapores del alquitrán. Entonces aquello es maravilloso: está caliente, tiene un olor fuerte y amargo que le tira a usted de espaldas; allí dentro hay fuerza, allí no hay cosas ni ternuras ni sensuales. ¡Ah, el aire! — quiere decir la vida, y cuando le pregunto el color de los tranvías de Berlín, no lo sabe usted porque no los ha mirado. Por otra parte, dígame lo que voy a decirle: con una corbata como la que lleva es imposible que usted respigase jamás la vida; ha perdido; es imposible que usted nada sienta, desde el aire, a la vida, y como el que lleva y se lo digo a usted tan cruditamente porque huelgan en este caso los cumplidos. Si quiere consolarsé a mí para que las cosas marchen más a su gusto, lo primero que debemos hacer es ir juntos a casa del sastre. ¿Levaya usted dinero encima? Un talonario de cheques, ¿no? Bueno, pero contante y sonante. Mientras tanto, voy al garaje a traer mi coche. He dado permiso al chofer y se marchó a Springe a ver a su novia.

Kringelein sentía como si un fuerte viento le soplara las orejas. La observación relativa a su corbata — le había costado dos marcos cincuenta en la tienda y a su presencia él se había burlado mucho. Tímidamente levante la mano a su cuello postizo, que le había quedado muy ancho.

—¡Ineficazmente — dijo Gaigern —, ese cuello no está nada bien, porque se ve siempre la piel, y es evidente que no puede intercambiarse así ninguna estructura.

—Yo creí... yo no he querido nunca destruir mucho dinero a vestirme... — murmuró Kringelein mientras veía bailar cifras ventriscosas en su cuadernito de notas donde él anotaba todos sus gastos... Me gusta gastarme el dinero en otras cosas, pero no en la vestimenta.

—¿Y por qué no en la vestimenta? ¿Hay acaso nada más importante?

—Porque... no vale la pena — dijo Kringelein en voz baja; las maldras lágrimas, aquellas lágrimas cobardes volvían a mojarle los ojos. — Por los cuernos del diablo! ¿Que no puede pensar en su próximo fin sin enternecerse!

Gaigern lo miró con disgusto.

—Realmente eso no vale la pena. Quiero decir que... si nie hago ropa nueva, voy a disfrutarla poco tiempo. Yo creí... que sus tristes viejos podrían ir tirando todavía — mur-

muró Kringelein, consciente de su falta.

—¡Dios mío! — pensó Gaigern —, ¿Pero es que usted hombre tiene ya preparada su taza de té con veronala? Los transportes de carniño de la noche anterior le hacían sensible.

—No calcule... — dijo amistosamente —, no calcule, señor Kringelein, que siempre se hacen cuentas falsas. No debe usted agotar mucho tiempo los trajes viejos; lo que es necesario es hallarse en la verdadera disposición de espíritu para nuevos trajes. Yo no necesito siempre por las exigencias del momento y me va muy bien. Vamos, meta en el bolsillo algunos miles de marcos, y venga conmigo, que ya verá usted más si la vida es o no agradable. En marcha, pues.

Kringelein levantose obedientemente; tenía al señor Gaigern la sensación de giga dentro de un torbellino peligroso, como dentro de un cráter. «Unos cuantos miles de marcos — pensó a través de una nube —, un día feliz, uno solo, algunos miles de marcos gastados en un día». Pero ya iba detrás de Gaigern, algo rebelde todavía. Las paredes de la sala de desayunos tenían un alfilerador de él. Kringelein caminaba, vacilante por los corredores del hotel, privado de voluntad, bañándose los pies dentro de sus botas de elásticos recién lustradas. Tenía miedo, un miedo horrible a Gaigern, a los gastos del gran sastre; tenía miedo al auto gris, en el que el otro le empujaba junto al asiento del conductor, tenía miedo a la vida, y, sin embargo, corría tras ella. Llegó convulsivamente sus ruinas nucleas, púesose sus guantes de hilo y comenzó su jornada dichosa.

A las diez menos diez el señor doctor Ottersschlag daba vueltas por el "hall", buscando a Kringelein; el portero le entregó una carta:

«Muy distinguido señor doctor: Circunstancias imprevistas me impiden por desgracia esperar a usted donde nos habíamos citado; le saluda con el mayor afecto, Otto Kringelein».

Este era el estilo epistolar de Kringelein; pero no era enteramente su escritura. Unos rasgos duros, desiguales, se habían metido entre los palos regulares de su escritura de contable, y los puntos sobre las letras parecían que iban a echar a volar como globitos desprendidos de su hilo, para estallar allí arriba, cada uno por su lado, con un ruido seco, apagado y trágico que nadie llega a oír... El doctor Ottersschlag tenía la carta en la mano. El "hall" era un desierto lleno de horas vacías y sin fin. Con sus zancadas de avestruz, el doctor Ottersschlag pasó por delante del quiosco de los periódicos, del puesto de las flores, del puesto del ascensor, cruzó el grupo de las columnas hasta llegar a su sitio habitual. «¡Es horrible — pensaba —, es horrible, espantoso». Sus dedos de plomo, que el tabaco había puesto amarillos, colgaban del extremo de su mano, y su ojo postizo dirigíase fijamente hacia la mujer que, en contra del reglamento de elegancia y distinción de un gran hotel, encepizaba en pleno día a echar ascén mudo en el "hall" para barrerlo.



Ya tenemos a nuestro amigo Kringelein en el salón de pruebas del sastre más elegante de Berlín. Y su ansiedad es cada vez mayor. Los elegantes señores se ocupan de él; dice Kringelein mal vestidos salen de los espejos yuxtapuestos, dirigiéndose unos hacia otros, en ángulos agudos. Un señor elegante trae abrigos y trajes; otro señor elegante está arrodillado extriniendo los bajos de su pantalón, y un tercer señor elegante se contenta con el primer acercamiento de los otros, mirando al señor Kringelein con guiños de ojos a fuerza de hombre entendido y con murmullos de palabras incomprensibles. El barón Gaigern está sentado sobre una banqueta de terciopelo, bajo una

fila de retratos de actores de cine, increíblemente hermosos; con sus guantes calados se da golpecitos en las palmas de las manos, y por nada del mundo quiere mirar a Kringelein, como si se sintiera avergonzado.

Y ahora es cuando empieza a salir a la luz del día los sectores lamentables y bochornosos del contable Otto Kringelein, de Friedersdorf. Sus tirantes rotos han sido recosidos, remendados y por último chapucamente arreglados con la ayuda de un piolín. Su mujer, Ana, le ha estrechado el chaleco, que se le había quedado anchísimo, no, sin más que hacerle dos grandes pliegues en la espalda. Kringelein aprovecha las camisas de su padre, y como le están demasiado grandes, ha tenido que ponerse unas gomas en los brazos para que los larguissimos puños no le coman las mangas. Los gemelos, Dios sabe cuál será su fecha, los gemelos que en la espalda, Kringelein lleva una lana burda y descolorida; tan sólo sobre el delantero se ha puesto un cachito de zefir rayado como una ventanita a la calle. Todavía lleva algo de lana debajo de la camisa; una camiseta sin pelo de tan lavada y rosamente zurcida. Debajo de esto, una piel de gato de un animal de este mundo, que se brava contra los calambres y los espasmos de los accesos de fiebre. Los elegantes señores no pestanejan siquiera... Mejor quisiera Kringelein que le gastaran alguna bromita o que le consolaran.

—No he hecho nunca gran caso de la moda, porque por entonces todavía a la antigüa escuela... — dijo humildemente y con pena excusarse en medio de la cortesía comercial y helada de aquellos señores.

Nadie le contesta. Le van sacando todos sus capas, una por una, pelándole poco a poco como una cebolla. El tratamiento al que someten a Kringelein es bastante cruel, pero es grande, tan grande como antaño en la sala de operaciones; es la misma claridad cristalina bañándolo todo, y a Kringelein le parece que se le acercan demasiado. Los tres señores se ponen entonces a vestirlo. Gaigern, que se ha animado, empieza a dar algunos consejos.

—Esto es lo que tiene que llevar — dice —; nada de otra cosa.

Kringelein biquiza en la dirección de las pequeñas etiquetas fijadas a las diferentes prendas, donde se marca el precio, única cosa que le interesa; que no se atreve a preguntar. Por fin él decide y se sienta en un espanto sin nombre; de buena gana saldría corriendo; aquel salón de pruebas se convierte en una cárcel, donde cuatro severos guardianes le aprisionan entre aquellas paredes tapizadas de espejos. Kringelein transpira espantosamente, a chorros, y eso que le han sacado toda la ropa que lleva. Los señores están todos sus prendas íntimas, apiladas sobre una silla, ofreciendo un aspecto viejo y repulsivo. De pronto, Kringelein desinteresase de todo: le dan asco aquellas prendas de un pobre diablo, remendadas, oliendo a sudor, de colores tristes. Luego sufre una conmoción y se queda maravillado de la camisa de seda que le hacen ponerse.

—¡Ajaja! — dice Kringelein, y se queda plantado ante el espejo, en la cabeza inclinada, la boca entreabierta, como si estuviera escuchando secretos.

¡Ah, ah! Su piel se recoge y entraña en seguida una amarga cordal dolorosa la seda de la camisa, de dibujos delicados. El cuello le sienta bien, no le roza, no le araña, ni demasiado ancho ni demasiado estrecho; una corbata se esponja pomposamente sobre el pecho de Kringelein, bajo el cual late ahora su corazón como en espera de una fiesta secreta... con un latido fuerte, algo doloroso. Los tren calcetines y zapatos; aquellos señores tienen para él toda clase de deferencias. En dos palabras, Gaigern ha explicado que el señor director está algo delicado, y así,

desde los cuatro pisos del almacén de confección, le traen cuando es necesario para el uso de un hombre elegante, Kringlein vergüenza, una vergüenza intolerable de pies, pero le parece que de pronto le van a ver sus pies punzados, en los que hay manchas evidentes de las miserables calidades de su vida. Se mete en un rincón con los zapatos y los zapatos nuevos y, doblando, procura taparse con la espalda para no le vean, mientras se ata desahogado los zapatos. Después de esto le ponen un traje elegido por el barón.

El señor director está admirablemente bien vestido — dice uno de los señores elegantes — y le sienta este traje como a su hombre hecho a la medida.

—No hay que tocar en él un pelo — dice el segundo.

—Es maravilloso. ¿Qué pocos clientes tenemos tan esbostos! — dice el tercero.

Aludiendo a Kringlein de un ademán, lo empuja hacia el espejo y le hacen dar vueltas vueltas como a un maniquí de madera, hasta que se ha enfriado.

En este preciso momento es cuando Kringlein, al verse avanzar en el espejo al mismo tiempo que él mismo, siente la vida por primera vez. Si, la siente, se reconoce, con una emoción violenta como una exhalación. En un momento de la vida se dirige hacia él a un extranjero lleno de gracia y disimulo, con ademán algo cortado, un hombre en su embargo, le era sumamente familiar, como que era el mismo, el verdadero Kringlein, el Kringlein olvidado por el mundo, pero cuando volvió a mirarse ya no encontraba nada de nuevo que le sorprendiera; el hombre de la transformación se había realizado.

Kringlein respiró honda y fuertemente; tenía que un agudo dolorcito despertaba en su estómago.

—Yo creo que este traje me está bien — dijo a Gaigern con pueril satisfacción.

Y el barón mostró una amabilidad excesiva, porque con sus propias manos, anchas y exanimadas, encajó los hombros de Kringlein en el sitio dentro de la nueva americana. —Me parece que nos vamos a decidir por este traje — dijo Kringlein a los tres señores, pensando a hurtadillas el género entre sus dedos.

Algo entendió él de tejidos, pues aunque trabajase más en las oficinas de los salarios, no en vano estaba empleado en una fábrica de tejidos de punto.

—Buen tejido, soy del oficio — dijo como buen conocedor que sabe apreciar la mercancía.

—Es género inglés legítimo. Nos lo mandan directamente de Londres — respondió el de los ojos pitarreros.

—Preysing no gasta tela así — pensó Kringlein. De pronto Kringlein tuvo una resolución: metió las manos en los bolsillos nuevos, limpios de la americana, como diciendo: —Me quedo con el traje; ya es mío.

En transición, la alegría del comprador y propietario suplantó a su angustia. Por primera vez Kringlein sentía la ligereza, que casi un vértigo, inherente a la vida.

—¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón.

—¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón.

—¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón.

—¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón. — ¿Y ahora? — preguntó el barón.

rimiento: la derecha conserva la cicatriz de la cortadura y la izquierda está ahora bien desahogada desde que dió el anillo a la Grünsin. Disimuladamente se las pasa por la cara para olvidárselas. ¿Conservarán todavía los sus perfumes anaranjado y el color de la calma, de nevada, la florecilla que crece en el campo al borde de los caminos?

Kringlein se compra un traje inglés, gris oscuro, amplio y práctico, y un pantalón obscuro a rayas claras que irá bien con una americana muy entallada; un "smoking", al que tienen que cambiar los colores y la copa blanca, abundancia: camisas, cuellos, medias, pañuelos, tirantes, corbatas, y un abrigo de entretinte parecido al que lleva Gaigern, un sombrero blando, de una flexibilidad y ligereza sorprendentes, dentro del cual se lee la marca dorada de una firma de Florencia. Por último, con un par de guantes de gausa con calados negros y exactamente iguales a los de Gaigern, se encamina hacia la caja, donde le dan grandes facilidades de pago. Kringlein se pone en seguida de acuerdo, por serle familiar toda esa jerga de los libros e ingresos en caja; paga mil marcos al contado y el resto lo pagará por tres letras.

—¿Es usted satisfecho? — le pregunta Gaigern disponiéndose a poner el coche en marcha.

—¿No le hace daño nada? ¿Se encuentra cómodo? — Maravillosamente, es admirable, magnífico — responde Kringlein sintiéndose junto al chófer con asombrosa naturalidad. Luego se saca los dedos de un movimiento rutinario se pasa dos dedos por el borde de los párpados. Piensa en que cuando le presenten la tercera letra no estará ya en el mundo.

Los impenitentes dedos de Gaigern temblaban como si hubiera ácido carbónico entre sus manos y el volante. En las cruces de las calles, ante las señales luminosas, rojas, verdes y amarillas, los guardias de la circulación le amenazaban con un gesto, esbozando una sonrisa. El coche corría dejando atrás casas, árboles, columnas de anuncios, y una multitud de gente en la esquina de las calles, carros, flores, vallas cubiertas de carteles y viejas asustadas que, vestidas de negro, en plena marcha, y con la falda muy larga, atravesaban la otra calle a contrapelo, corriendo a saltitos. El asfalto reverberaba un rojo húmedo y amarillo.

Cuando alguno autobús interceptaba al coche, el conductor se apartaba y el coche seguía sus caminos bocinazos con sus dos aparatos acústicos, arrojando un estrépito que parecía los ladridos de dos perros escandalosos.

Mucha gente de Fredersdorf no había ido aún en automóvil. Ana, por ejemplo, no se había merido todavía en ninguno; pero, en cambio, Kringlein sí, y los señores elegantes también. Apenas fuertemente los labios contra los dedos y los hombros, mientras el aire le calaba lagrimear. Las curvas le impresionaban espantosamente, y bajo la nueva camisa de seda que llevaba sentía subir y bajar su corazón. Experimentaba el mismo goce angustioso que en su infancia, cuando por las ferias montaba en la calestra a diez centavos los tres vueltas.

Kringlein contemplaba Berlín, que, esvaido en largas fajas, pasaba corriendo junto a ellos. Como ya estaba un tanto familiarizado con la gran urbe, reconoció desde lejos la Buena Esperanza, la Brandeburgo y la Iglesia de la Commemoración, a la que lanzó una mirada llena de respeto.

—¿Adónde vamos? — preguntó a Gaigern acercándose mucho a la oreja derecha, pues el ruido del motor le parecía descomunal y sentíase impresionado como por el tragar de una tormenta.

—¿Continuar en el campo, camino del Avis, hacia el nuevo aeródromo — respondió Gaigern tranquilamente.

La carretera precipitábase hacia el auto cada vez con mayor rapidez. Llegaron cerca de la Torre de la Radio, donde ya había estado Kringlein la víspera con el doctor Oetterschke, pero como él no estaba en la noche y él estaba muy fatigado para poder entender nada. Aquellos nuevos "halls" inconclusos, extraños y desmantelados, le habían perseguido en sueños, y lo que había sonado y lo que veía en realidad se superponían a los dos capas anezadoras e incomprensibles a la vez.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

—Ya están concluídas — contestó su amigo, y Kringlein se quedó sorprendido; allí todo estaba desmantelado como en la fábrica de Fredersdorf, pero no era tan grande.

—¿Van a seguir estas obras? — exclamó Kringlein señalando las galerías de exposición.

"¡Atízel!" pensó Kringleien tragándose atorado la nuez de Adán, y con el busto inclinado se abandonó al movimiento que le arrebataba. Mas de pronto sintió por primera vez el aire y espantable grito del peligro, "¡Mas aprisa, más aprisa!" le gritaba desde lo más hondo de su ser un Kringleien desconocido e intrépido. El coche obedeció marcando la aguja 115; luego, durante algún tiempo se mantuvo a 118. Kringleien renunció definitivamente a respirar, y hubiera querido en ese momento precipitarse al vacío, profunda en la explosión. "¡Adelante, siga la marcha, y terminará esta marcha, y luego no hará falta una cama de hospital porque una fractura de cráneo lo arreglará todo".

Los grandes bastidores con anuncios continuaban galopando como locos a lo largo del coche, pero haciéndose cada vez más escasos. Luego los terrenos grises, fugitivos, despedazados a lo largo de la pista, se convirtieron en bosques de pinos silvestres. Kringlein volvió a girar los árboles más despacio en la dirección del coche. El indicador de velocidad bajó a 60, saltó un poco todavía la aguja, 50, 45 y salió del Avus por la puerta del sur, dando luego pacíficamente entre las villas de Wannsee.

—La cosa marcha bien y ahora me encuentro más ligero — dijo Gaigern riendo.

Kringelcin desvió las manos de los cojines de cuero, donde las tenía engarfiadas, y poco a poco, con precaución, fué deshaciendo la contracción de sus mandíbulas, de sus rodillas y de sus espaldas: sentíase completamente avotado, pero dichoso, dichosísimo.

—Yo también — respondió con la mayor sinceridad.

Cuando estuvieron sentados en la terraza de un restaurante, al borde del Wannsee, mirando las lanchitas de vela columpiándose sobre el agua, con las alas desplegadas, guardó silencio. Necesitaba que tomase cuerpo la impresión que había tenido y eso le costó un rillo. ¿Qué era la vida? ¿Qué sociedad? ¿Qué pena? No se la puede ver ni agarrar y eso de que pueda medírsela acaso no sea más que un cuento. Pero, ¿cómo será que llega a medírsele a uno con más fuerza y gusto que la música? Las cosas y las gentes van girando un poco en torno suyo, y eso era precisamente lo que le gustaba. Se le daba cuenta el frasco de bálsamo de vida de Hündt; pero no lo tocó.

—Le doy a usted un millón de gracias por este maravilloso paseo — dijo esforzándose ceremoniosamente para emplear los términos selectos que convinieran a su nueva existencia.

Gaigern, que no comía más que cosas baratas, espinacas y un huevo al plato, hizo un gesto negativo.

—A mí me gusta esto — dijo — y usted lo conoce por primera vez. ¡Es tan raro encontrar personas a las que se pueda enseñar nada nuevo!

—Sin embargo, usted mismo no me hace en absoluto la impresión de un hastiado, si puedo expresarme así — dijo Kringelein con desenfado.

Ya había tomado posesión de su traje nuevo, y ya estaba como en su casa dentro de su camisa de seda; se sentaba de un modo diferente y conía de una manera mucho más distinguida; pero sobre todo sus manos, las flaqueas manos que asomaban por los puños de aquella misma mañana le habían sido acaloradas por una linda señorita en el subsuelo del "Grand Hotel", le gustaban enormemente.

— ¡Dios mío! ¿yo hastiado? — dijo Gaiger con regocijo — No, nada de eso. Yo me siento bien nosotros llevamos una vida bastante activa.

— ¡Ah! ¿no? — preguntó, y empezó a reírse.

Tiene usted razón: nos ocurren a veces también dos cosas nuevas que no nos habían sucedido nunca del cuerpo, cosas extrañas — agregó hablando para sí y apretando un poco sus malos dientes, pensó en la Grusinskaia.

La impaciencia le coía los huesos. ¡Oh, si de nuevo pudiera él tener entre sus brazos aquella mujercita tan dulce e indefensa y volver a oír su voz, como el cántico de un pájaro triste! El tiempo que iba a pasar para él le parecía un desierto interminable. Ardiendo interiormente de impaciencia, se señaló tres días para agenciarse de un modo u otro algunos miles de marcos con que tapar la boca a sus camaradas y partir inmediatamente para Viena.

—¿Y qué hacemos ahora? — preguntó Krin-
gelein dirigiéndole con sus ojos bizcos una
mirada tierna y agradecida.

El barón encontraba simpático a este apacible provinciano, allí sentado a su lado, como un chico esperando la distribución de los regalos de Navidad.

—Ahora vamos a volar — le dijo con el tono tranquilizador de una niñera —. Esto es muy divertido y no hay ningún peligro; desde luego, es mucho más seguro que una rápida carrera en auto como la que acabamos de dar.

—¿Pero ha sido peligrosa? — preguntó Kringlein admirándose, pasado el peligro, sin sentir ya la zozobra anterior más que como un placer.

—Ya lo creo — dijo Gaigern —, 118 kilómetros por hora no es un grano de anís, aunque de que el piso estaba húmedo, cosa rara en esta estación. En definitiva, que un coche puede siempre saltar... Mozo, quiere traerme la cuenta? — dijo volviéndose anablemente hacia él, y luego pagó su refrigerio barato, espinacas y un huevo al plato; hecho este gasto, sólo le quedaron en el portamonedas veinticuatro marcos.

Kringeling pagó también; solamente había tragado algunas cucharadas de sopa, pues tenía mucho miedo de que su estómago protestara. Cuando volvió a guardarse su portamonedas — era el viejo portamonedas raído que traía de su casa — la visita fue breve. Después de un uadrellino, el pastor de la pasta de hule. Desde los nueve años, y hasta esa misma mañana, había apuntado sus gastos centavo por centavo, de ese modo. Pero ahora ya no podía seguir haciéndolo y no le harían más. No era posible inverbir mil marcos como gastos de un solo día; en concepto de Kringeling se había derrumbado una parte del edificio mundial, pero sin ruidos, sin que nadie ayudarle nadie.

Después Gaigern dirigióse hacia el cochete, atravesando la desierta terraza, pimpante y marcados con sus nuevas galas. Ahora sí que por dondequiera pasase lo saludaba todo el mundo solícitamente. "Buenos días, señor director general", pensó, y se vio pegado a la pared, aplastado contra el muro forrado de crepé azul en el segundo piso del edificio de Fredersdorf. Miróse los lentes en el bolsillo y, sentándose al lado de Gaigern, ofreció sus ojos desnudos al fresco brumoso de marzo. Con un vivo sentimiento de amistad y gratitud confiada, oyó que el motor se ponía en marcha.

—¿Salimos a la carretera o vamos otra vez al Ayus? — preguntó Gaigern.

—Otra vez al Avus — repuso Kringelein — pero a la misma velocidad de antes — agregó más quedo.

— ¡Vaya!, que se ha vuelto usted valiente — dijo Gaigern desembragando.

—No, no es el valor lo que me falta — exclamó con energía, y con la cabeza inclinada y la boca abierta, allí estaba el hombre dispuesto a ahondarse a la vida.

● ● ●

Kringelcin está apoyado sobre las maderas blancas y rojas del campo de aviación, procurando ver claro en ese mundo maravilloso por el que camina errante desde esta mañana. El día de ayer, hace ya cien años, ayer subió en el ascensor hasta el restaurante de la torre de la Radio, fatigado, con la cabeza

ya como común sonámbulo; realmente no había sido un placer, y los comentarios pesimistas del doctor Otternschlag lo hacían todo más incierto y fantasmagórico. Anteayer, hacía ya mil años, él era un contable auxiliar de la oficina de los salarios de la Algodonera de Sajonia, S. A., de Frelsdorf, un empleado insignificante, entre otros sesientos individuos del mismo linaje, con su traje barato de lanilla y con la obligación de pagar todavía de su escaso sueldo la prima de un seguro de invalidez. Pero hoy las cosas han variado mucho; está allí esperando al piloto, con el cual, mediante el pago adecuado del pasaje, va a emprender un vuelo bastante largo, organizado para el sábado. Este viaje, que él mismo no cree que pueda profundizar bien hasta el fondo, aunque Krügelin está ahora más despierto y concentrado en sí mismo,

Y eso de sentir el valor es una ilusión; lo que tiene es un miclo cervical, un miclo horrible a ese mismo placer que se está preparando: él no quiere volar, no siente el menor desdeseo de ello. Quisiera estar en su casa, no en Fredersdorf, sino en el hotel, en el número 70, con sus muebles de caoba y su "cédredón de seda, en su cama; ¿Qué gusto si estuviera acostado en su cama sin tener que volar!

Cuando Kringlein se había puesto en persecución de la vida, algo nebuloso e informe, floraba delante de sus ojos; pero al mismo tiempo algo tapizado y amplio, con plegados y franjas bonitamente guarnecidos con sutiles adornos; lechos abundantes de suntuosos adornos; figuras de carne y hueso; pero ahora, que goza de la vida, ahora que al parecer se satura de ella, todo toma un aspecto diferente; tiene que someterse a las exigencias, un áspero viento que corta las orejas, y, para llegar a una sola gota dulce de sensación, una amarga, una dolorosa, una convida de angustia y de peligro, "Volar...", piensa Kringlein. El no sabe de esto más que lo que ha soñado. He aquí el sueño que tuvo: Kringlein está de pie en medio de la Sala Zickerneyer, en torno suyo los miembros de la Coral, cantando un coro, cubriéndola con una gran multitud que canta con una voz cada vez más alta con una grandificadísima, sin ningún esfuerzo; es un placer puro, sencillo, bastante por sí mismo. Finalmente, se acostaba sobre la más alta de aquellas dulces notas que ha cantado y vuela empujado por ese sonido entre los rubes, que se acompañan con el viento, y mien tras mien tras, la Coral le contemplan estirando cuello el cuello. Al principio no hace más que planear bajo el techo de la Sala Zickerneyer; pero luego va el sólo emprende el vuelo sin nadie en torno suyo, y... solamente al fin, cuando se da cuenta de que todo ha sido un sueño, tiene que despertar. Despierta, y al despertar, descubierto, duerme el sueño más inocente de sus cuarenta años. La cabaña es espantosa y el despertar es un grito en la alceba oscura que huele a cerrado, con sus pequeños cristales en la ventana, sus armarios que apesantan a polvos insecticidas y su estufa de hierro fundido, apagada, sobre la que descansan

Kringelín guiña los ojos. «¡Volari!», pien-
sa, y vuelve al campo de aviación de Femen-
pelhof. Aquí el cambio de color allá abajo, cerca
de la torre de la Radio y en el Ayus los
colores violentos: amarillo chillón, azul,
rojo y verde. Se alzan unas torres enigma-
ticas: todo es sencillo, con miras a la economí-
a, el viento empuja un polvo gris plateado
de toda la extensión de asfalto, al otro lado de
las vallas, y las sombras de las nubes se apre-
suran a pasar la línea de partida. El pequeño
aparato que va a volar está ya preparado por
tres hombres se atrean en torno suyo; rugen
el motor. la hélice da sus primeras vueltas, se

el motor, a veces tras sus primeras vueltas de ensayo. Delante de las ruedas bajas se han puesto unos bloques; se ven vibrar las alas de plata. Otros pájaros aterrizan saludando

el tonco pitido de una sirena — también Fredersdorf la fábrica llama a las siete de mañana... y quizá esto no sea más que un sueño. — Otros aparatos empuenden al viento en la tierra, ligeros en el aire; de metal parecen de plata; otros dorados con fusilajes de madera; otros blanquinos muy grandes, con cuatro pilares y tres alas mugidoras. ¡Qué extenso y qué maravillosamente tranquilo es este campo de aviación! Las gentes aquí se sienten tan extrañamente con ganas, por el sol, pero de buen humor y calladas, con sus amplios monos y estrechas gorras; la única voz que allí oye es la de los aparatos, que cuando ruedan sobre la tierra para despegar ladran roncamente como grandes cañes.

Gaigern llega con el piloto, un señor muy joven de piernas combadas de antiguo oficial de caballería. Gaigern parece pertenecer al mundo; todo el mundo lo conoce y le saludan.

—Esto va a zumbiar en seguida — anuncia Gaigern, y Kringlein, que ya conoce por experiencia lo que significa este mundo, que otro siente un tanto temblor. — Socorro, socorro — piensa —. No quiero volar... Pero por nada del mundo lo expresaría él en alta voz.

—¿Despegamos ya? — pregunta como hombre conocedor, sintiéndose orgulloso de esa palabra, que emplea por primera vez en su vida, y poco después Otto Kringlein está sentado en la pequeña carlinga, amarrado por la cintura a un pequeño asiento cómodo, de cuero, sintiéndose luego rápidamente lanzado al espacio grisáceo de un cielo de marzo.

Gaigern, sentado junto a él, silba, y esto tranquiliza a Kringlein en ese momento, en que se abandona por completo a la suerte del motor que como una carrera de auto sobre un suelo desigual, y de pronto el motor que empieza a hacer un ruido rápido de infierno. En seguida empuja la tierra detrás de él y se remonta. No planea; lo que hace es mucho más difícil que lo que hacía el tenor Kringlein cuando volaba en el avión al espacio como un ímpetu, como para franquear los escalones del obispo; se eleva, baja un poco, vuelve a saltar y a caer, sube, baja, sube, baja; esta vez la sensación de malestar no se localiza en las piernas como en la carrera pasada a 120 por hora, sino en la cabeza.

Kringlein siente crujir los huesos de su cuerpo que parecen adolecer, hacerse quedados como el cristal, tanto, que por un momento se ve obligado a cerrar los ojos.

—Es el vértigo de la altura — dice Gaigern grávidamente al oído, y al mismo tiempo piensa en la posibilidad de sacarle allí mismo en el avión al señor Kringlein cinco mil marcos, o tres mil, aunque no fueran los que quisiera, para poder pagar su cuenta en el hotel y sacar su billete para Viena.

Al mismo tiempo le pregunta amablemente: —Se siente usted mal, se cansa?

Pero lleno de energía y valor, Kringlein se repone y responde con firmeza que no. Abre los ojos en su vacilante cabeza, que ahora como la de cristal se parece a mirar un punto fijo sobre el piso del avión y luego, más arriba, el ovalito de cristal en el bastidor delantero. Ve también allí cifras y agujas temblorosas. El piloto vuelve hacia él su enérgico semblante y le sonríe como a un amigo, como a un camarada. Para Kringlein este mundo es un tónico de una gran fuerza de respeto.

Los ojos, que zumban y silban, le grita Gaigern:

—Volamos a trescientos metros de altura y a ciento ochenta por hora.

De pronto todo se suaviza, se aligera y une; el aparato ha cesado de elevarse y, haciendo oír la voz metálica de su motor, se mueve en un gran ángulo de círculo, y, semejante a un pájaro, se alza por encima de la ciudad, que se ha quedado allí abajo, muy pequeña.

Kringlein se atreve a mirar el espacio.

Lo primero que ve es el metal ondulado y los pilares de las alas, que parecen como vivos, y mucho más abajo distingue Berlín, cortado en cuadrillos minúsculos, unas cúpulas verdes y una estación ridícula, como en un escaparate de juguetes. El Tiergarten es sólo una mancha verde; el Wannsee no es sino otra mancha gris plomiza con cuatro puntos blancos y microscópicos como islas. El horizonte de este pequeño mundo está allí abajo, muy lejos; se levanta formando una ligera bóveda; allí abajo hay también montañas y bosques y eriales de tierra parda. Kringlein aloja sus labios contraídos y sonríe puerilmente; está volando y ha podido resistir la prueba. Se siente perfectamente vigoroso. Por tener miedo de que en el momento en que un tenor lo deja y un goce lo toma.

Toca a Gaigern en la espalda y, respondiendo a su mirada interrogativa, le dice algo que se pierde entre el ruido del motor.

—Después de todo, no es tan terrible como parece — dice Kringlein —, y no hay por qué temer. — Pero él, que no puede hablar, Kringlein, al expresarse así, no solamente piensa en la cunctancia del sastre, en la loca carrera a lo largo del Ávus y en el vuelo, sino que engloba las tres cosas con la idea de que pronto va a morir y abandonar este mundo tan pequeño, salir de esta inmensa angustia; si la idea le pesa, que él mismo se remonte a una altura donde no llegan los aviones.



En el camino de regreso, nuestro renovado héroe, el nuevo hombre que ya era Kringlein, sintió el corazón encogido al contemplar las calles que se extienden por detrás del Tempelhofer Feld. ¡Se parecían tanto a las lúgubres calles de Fredersdorf! Alzábanse las chimeneas detrás de los desmontes de la estación, y Kringlein, con la nariz al viento, trataba de percibir ese olor de cola, tan característico, de que estaba acostumbrado en el departamento de los aparatos de la fábrica de Fredersdorf. En aquellas miserables calles disfrutaba con agudo y redoblado placer de su estancia en un automóvil y de su abrigo nuevo. Al llegar a la Halesche Tor volvió a esperar un momento; el vuelo le había dejado por todo el cuerpo una sensación de sosiego, pero de un gran embriaguez. Lleno de curiosidad, preguntó con tacto:

—¿Y qué propósitos tiene ahora el señor barón, por lo que a nosotros se refiere?

—Tengo que volver al hotel para asuntos más particulares; tengo una cita a las cinco — respondió Gaigern. — Venga usted conmigo, que voy a bailar un rato — le dijo el señor de su amigo la tristeza y profundo abandono que lo abrumaban.

—Muchas gracias. Le acompañaré con mucho gusto. Desgraciadamente, no sé bailar, pero me gusta ver bailar a los otros.

—Parece mentira que no sepa usted bailar, una cosa que sabe todo el mundo — dijo Gaigern.

Ya estaban lejos de la Friedrichstrasse y Kringlein seguía pensando en estas palabras.

—Y luego, ¿qué podemos hacer? — preguntó poniéndose ya pesado con su ansia insaciable.

Gaigern, sin contestarle, aceleró la marcha hasta que tuvo que frenar ante la lámpara roja de la Leipzigerstrasse.

—Dígame usted con franqueza, señor director, ¿se usted casado?

Kringlein meditó todo el tiempo que la lámpara amarilla y la verde estuvieron encendidas en el intervalo hasta seguir su marcha el coche y contestó:

—Lo he estado, señor barón, estuve casado, pero me separé de mi mujer. Sí, he tenido que recobrar mi libertad y puedo decirlo. Hay unos señores, señor barón, en que los dos se cansan mutuamente. Acaban por asquearse el

uno del otro, y no se pueden ver sin enfadarse. Y ya se sabe: basta encontrar por la mañana el peine de la mujer la casa de los platos que todo le salga a uno torcido en la noche; claro que es injusto, pues, qué culpa tiene la infeliz de que se le caiga el pelo? O bien es otra molestia la que nos crispa cuando, por las noches, tiene usted gana de leer los periódicos y su mujer no para de charlar o se pone a fumar los cigarrillos lastimando los dedos de buen aficionado a la música. Y eso de que todas las noches, cuando yo me sentía con ganas de descansar un poco leyendo, me dijera: "Córtame los dedos mañana", cuando la leña ya cortada estaba ocho peniques más por carga... Pero ella no le entendía: él quería el dinero (me decía de los cigarrillos), y por eso me decía: "¡Remenos de hambre sobre un jergón!". Bueno, pues su padre tiene una tienda que mi mujer tiene que heredar. Así, no tuve más remedio que recobrar mi libertad. No era para mí esa mujer; yo siempre he tenido otras aspiraciones más altas, y eso es lo que no me ha permitido. Cuando mi amigo Kampmann me regaló cinco cigarrillos como regalo de despedida, yo me acordé de "Cosmos", mi mujer los vendió por papel viejo y le dieron catorce peniques, y con esto queda retratada, señor barón. Me he separado de ella lo mismo da unas semanas antes que después, puesto que deberá arreglarse sin mí. Que vuelva al mostrador a vender salchichos, los tres últimos que me quedan de la fábrica para su cena, que así es como yo la conocí. Puede que tropiece con algún imbécil. También yo lo fui y no poco al casarme con ella; entonces yo no tenía ninguna idea de la vida ni de lo que debe ser una mujer, pero desde que estoy aquí en Berlín, he visto a esas mujeres, que son tan perfectas y bien educadas, es cuando empleo a ver claro. Pero ya es tarde para...

Este discurso de Kringlein, sacado de los más hondos de su alma, duró desde la Leipzigerstrasse hasta el Unter der Linden.

Y todavía no se han acabado para usted las cosas que le repelen algo distraído por disponerse a franquear la Puerta de la Puerta de Brandeburgo, un poco inquieto por la torpe maniobra de un chofer particular que le precedía. Los barruntos de cicatería que asomaban a las palabras de Kringlein escamaron un poco a Gaigern, que no veía en él más que un hombre que por los tres mil marcos conseguir el préstamo de un coche.

Y Kringlein, por su parte, que llevaba una camisa de seda y rodaba en auto, habría retirado de buena gana algunas de las palabras estúpidamente confiadas que antes pronunciara, y así dijo en tono desenvuelto:

—Vamos, pues, a bailar. Yo le estoy muy agradecido al señor barón de que me lleve su auto. ¿Y cuál podría ser el programa para la noche?

En los arcanos de su corazón, Kringlein esperaba una respuesta que realizara sus deseos irrealizables, algo semejante a esos cuadros de museo, pero más palpables; eso que en los periódicos que él leía se designaba con el nombre de "sergía". Él mismo sabía que los señores elegantes de la gran ciudad tendrían acceso a esa clase de diversiones. El doctor Ottersschlag, la víspera, se había prestado a su deseo vagamente expresado de ver mujeres, llevándole al "ballet" de la Grünsina, pero, aunque la cosa estaba bien, indistinguible de lo que él mismo había deseado, apetecía; desde luego era un espectáculo grato a los ojos, pero lo encontraba él demasiado poético, emocionante y grandioso, y llegó a cansarle, a pesarle sobre los párpados, descariéndole por último sus calambres de estómago. Hoy, en cambio...

—¿No le he estado diciendo que usted está no es asistiendo al "match" de boxeo en el Palacio de los Deportes — dijo Gaigern —. Preguntaremos al portero si le queda alguna localidad.

pación de dar vuelta al conmutador. «Pero cómo es posible — pensaba admirado — que yo vaya a Manchester? ¿Qué idea me ha dado?»

Y sin embargo es, en definitiva, lo que hay que hacer: voy, pucs, a Manchester, y lo mismo que he embaucado a los de aquí, haré con los de allí. Es muy sencillo, muy sencillo, pensó, y una nueva sensación de contento de sí mismo le hinchaba, como el viento en las velas de un barco. Un pequeño triunfo furtivo, logrado con una mentira, era suficiente para hacer de este hombre escrupuloso, vestido de lanilla gris, un ser intrepido y audaz, ávido de aventuras.

—La conferencia cuesta nueve marcos veinte — anunció el telefonista.

—Díngalo en la línea — dijo Preysing al paso, profundamente absorbido por sus pensamientos. «Tendré que telefonar a Mülle», se dijo; pero no lo hizo. Sentía una repugnancia extraña de conversar con ella. Allí abajo, en el comedor, la atmósfera estaba bastante caldeada; a Mülle le gustaban las habitaciones muy calientes y a Preysing le parecía siempre que aquel comedor suyo oía a coles. Imaginóse a su mujer interrumpiendo su siesta para acudir al teléfono, con sus mejillas redondas y blanduchas, en las que se veía la huella roja de los pliegues de la almohada. Se abstuvo, pues, de telefonar, y saliendo de la cabina volvió al conector, donde en el interín un mozo había cambiado el hielo para refrescar el vino y le ponía delante otros platos calientes.

Preysing comió, vació su botella, encendió un cigarrillo y con las sienes ardientes y los pies helados tomó el ascensor y se metió en su cuarto. Experimentaba una sensación extraña, agradable y confusa; la sensación le había extenuado por completo; sintió ganas de tomar un baño muy caliente, a cuyo fin abrió el grifo de la bañera; pero no había empezado aún a desvestirse, cuando se acordó de pronto que es muy peligroso bañarse encima de la comida — durante un momento de espanto vislumbro claramente la sensación que le acechaba en aquella banera ensalada — y quitando la tapa soltó el agua. El malestar de su cansancio se manifestaba por hormigueos en la cara, y cuando quiso rascarse advirtió que no se había afeitado. Tomó su sombrero y el sobretodo, como para una larga expedición, y sorteando al peluquero que entraba en el hotel — al que guardaba rencor desde por la mañana — le buscó cerca una silla de peluquería que le mereciera confianza.

Y ahí es cuando le acontece al director general Preysing el suceso más trascendental de su vida: a este hombre de excelentes principios, pero privado de su maquina de escribir, un individuo de muy malos recuerdos, y que había, no obstante, cometido una acción digna de un desgraciado que la embriaguez de un triunfo arrastraba hacia... Bajo la apariencia de la casualidad, quizá fuera el destino inexorable el que vino a decidir la vida del director. Este suceso trascendental fué el siguiente.

El saloncito de peluquería donde se hallaba Preysing estaba muy limpio y ofrecía un aspecto simpático. Había en él cuatro sillones, dos ocupados ya: uno, por un caballero al que servía un oficial joven y afable, de pelo ondulado, y el otro, por un hombre ni joven ni viejo al que atendía el mismo dueño en persona, el cual, por su apariencia y modales, parecía una ayuda de cámara del emperador. Ofrecía un ambiente amable el tercer sillón a Preysing, y luego lo envolvieron y confundieron en un peinador y una toalla.

—Un momento; el primer oficial acaba de ir a comer — le dijeron con exquisita cortesía, al mismo tiempo que le presentaban un montón de periódicos para que tuviera paciencia.

Demasiado cansado para protestar, Preysing se puso su cabeza contra el respaldo del sillón y empezó a hojear las revistas. Al principio no hacía diferencia, casi con tedio... pues no era aficionado a esta clase de pasatiempos;

prefería las lecturas serias que hacen trabajar el entendimiento; pero al cabo de algunos instantes acabó por animarse un poco y hasta hacerse gracia alguna que otro chiste. Hasta miró dos veces una fotografía de una joven semidesnuda para contemplarla más a gusto, y por fin ocurrió que al llegar a cierta página la dejó abierta delante de él todo el tiempo que pasó en el sillón de la peluquería. En efecto, estaba tan absorto en la contemplación de aquella fotografía, que le molestó la llegada del primer oficial, que se disponía a afeitarse.

Esta mujercita tan bien hecha y agradable era "Llamita", su maricalla, su menudito rostro felino, alegre e inocente; era la hermana familiar de "Llamita IV", con un rizo sobre la frente, donde el fotógrafo había puesto, por un exceso de refinamiento, un toque de luz suplementario. Con una perfecta naturalidad, con desenvoltura y candor, enseñaba así a todo el

AIREACION



Con el fin de renovar el aire de las habitaciones se acaba de inventar un pequeño filtro, que funciona a electricidad y se coloca en los marcos de las ventanas de los dormitorios. Su misión es llevar el aire del exterior a los cuartos, pero haciéndolo pasar por un tamiz o filtro que impide el paso del hollín, polvo o granos de polen.

mundo su cuerpo desnudo, cuya belleza había sido misma encañonada sin ninguna vanidad y de un modo objetivo, conforme Preysing se acordaba ahora. El director general enrojeció mientras tuvo esa imagen delante de los ojos; fué un rubor repentino y vivo que, subiéndose a la frente, le privó de su claridad de espíritu. Todas las arterias de su cuerpo empezaron a latir; él sentía golpear su sangre bajo la piel; hacía ya muchos años que no le ocurría esto.

Tenía cincuenta y cuatro años y no era un hombre viejo, sino un hombre dormido; el marido poco exigente de una mujer madura, el papá inofensivo de sus hijas. Había andado sin darse cuenta en torno a "Llamita II" por los corredores del hotel, y el ligero coque que sintió de momento en su sangre había vuelto a dormirse aquel día, pero ahora, allí, delante de aquel desnudo, ese hormigueo se despertaba, la emoción lo atragantaba.

—Cuando el señor quiera — dijo el peluquero, que con un gesto elegante acercó la navaja a la cara del cliente.

Preysing conservó la revista en la mano, apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Al pronto no vio más que una mancha roja y luego a "Llamita". Pero no una "Llamita" vestida de arriba abajo delante de su máquina de escribir, ni una "Llamita" desnuda como en la fotografía gris, sino más bien un compuesto de las dos cosas que excitaba fuertemente sus sentidos: una "Llamita" de carnes mórbitas y sangre chispeante, desnuda también y que, con el busto erguido, miraba por encima de un hombro...

—¿Quitamos el bigote? — preguntó el peluquero.

—No, ¿por qué? — dijo Preysing saliendo de su ensueño.

—Lo digo porque las guías blanquean ya un poco y eso hace viejo; si el señor me permitiera un consejo... El señor sin bigote se quitaría diez años de encima — mustió el peluquero, y con adularia miraba a su cliente en el espejo y se sonreía.

«Y cómo voy a presentarme delante de Mülle sin bigote, como un mono?», pensó Preysing mirándose. Efectivamente, su bigote había encañonado bastante y debía de él, sobre el labio superior, verla el perfectamente grotesco de sudor. «¡Mulle! Mülle...» y se le puede decir que este pensamiento, apenas concebido, sentenció a muerte el bigote.

—Sí, quítemelo; estoy siempre a tiempo de dejármelo otra vez cuando quiera.

—Ciertamente, sin dificultad — confirmó el peluquero.

Preysing volvió a tomar la revista y a mirar la foto...; pero ya no le bastaba, ya no quería ver; quería palpar, quería sentirla por sí mismo y asegurarse de que la "Llamita" ardía.

Todo el mundo en el hotel advirtió en seguida el despojo del bigote, pero no le dieron ninguna importancia.

Apresurado y jadeante, Preysing pidió su correo. Le entregaron una carta de Mülle, que se metió sin leer en el bolsillo y sin sentir el menor calor. Acto continuo dirigióse hacia las cabinas telefónicas. «Tengo que telefonar a Mülle — pensó —, pero hoy tiempo todavía». Se metió, pues, en la cabina reservada para las comunicaciones locales, pidió comunicación con el despacho del consejero de Justicia Zinnowitz para celebrar una breve conversación con "Llama I".

—¿Está su hermana en la oficina?

—No, se ha marchado ya.

—¿Y dónde se le podría encontrar?

—En la "I", viamente, pensaba que su hermana se había retrasado posiblemente un poco, pero que sin duda estaría para llegar al hotel de un momento a otro.

Con semblante estúpido, Preysing permanecía delante de la embocadura del aparato.

—¿Que va a venir aquí, al hotel, al "Grand Hotel"? Pero, ¿cómo?

—Sí — dijo "Llama I" prudentemente, al mismo tiempo que reflexionaba.

Por lo menos, eso era lo que ella creía haber comprendido: que "Llamita" había vuelto ya al hotel, sin duda para escribir al dictado. Pero quizá tuviera una cita, porque cuando se le decía no se sabía más que lo contrario: era muy independiente, y distinta por completo de su hermana. Sin embargo, como era muy puntual y cumplía siempre perfectamente con sus compromisos, era seguro que iría al hotel.

Preysing dejó las gracias y volvió el auricular, preguntando con alguna inquietud al cuarto del portero, a través del hall, Oíase la música que venía del pabellón amarillo.

—¿Ha preguntado por mí, mi secretaria? — se informó en la portería interrogando a Sinf.

Y el portero, sin comprender, volvió hacia él su rostro, en el que se leía el insomnio.

—De dónde habla usted? Haga a favor, mi secretaria. Esa señorita a la que he dictado ayer unas cartas — dijo Preysing nervioso.

Jorgito se mezcló en la conversación.

—No ha preguntado nada y hará unos diez minutos que estaba en el *ball*. Una señora joven, muy esbelta, rubia, ¿no es así? Yo creo que está en el té de las cinco, en el pabellón amarillo. Atávesele usted el *ball* y tome el siguiente corredor después del ascensor; me juro que oirá usted la música.

A esta hora, las cinco y veinte, el pabellón amarillo está todos los días atestado de gente. Los coramaes de seda amarilla, de armoniosos pliegues, cubren los altos ventanales. En los pisos arden lamparillas amarillas, y en cada mesa hay también una lamparita bajo una copa; también ardorosas, y se oyó el zumbido de dos ventiladores; el aire está vibrante de público. Las personas están sentadas muy cerca unas de otras, para dejar sitio a las parejas de baile en el centro del salón. Sobre el techo abovedado hay pintadas algunas figuras danzantes, en colores morado y azul; y a veces, cuando todo se mueve, parece un espejo colocado encima de los bailarines. Todo lo que ocurre en esta sala tiene una apariencia curiosamente angulosa, en forma de zig-zag: el baile no gira, sino que salta hacia adelante y hacia atrás. Y barrido hasta aquí por la tempestad que gruñe en su sangre, a la izquierda de la mecedora, Preysing se siente desorientado por completo. No ve a las personas enteras, sino cortadas en pedazos y mezcladas; no ve más que una cabeza, o un brazo, un muslo.

Preysing se detuvo al borde de la puerta, donde le tropezaron los mozos, que llevaban sendas bandejas con helados y vino; y se vio las piernas empujadas a coquelearse; mientras contrariado, seguía tratando de descubrir a "Llama II". Una vez más su labio superior desnudo y rejuvenecido volvió a cubrirse de sudor; limpióse el rostro con el pañuelo, que metió en seguida en el bolsillo exterior de su americana, donde fuertemente le hacía la estirada. Con un gesto algo azoroso, hasta llegó a arreglar la punta del pañuelo en el bolsillo del pecho como si sólo con ese ademán pudiera justificar su presencia en las jocundas regiones del "Grand Hotel". Sin embargo, nadie se ocupaba de él, y bien podía permanecer allí largo tiempo buscando a "Llamita", entre docenas mujeres jóvenes y esbeltas que bailaban.

—Cuando vi que iban las cinco y diez y no venía usted, pensé que ya no vendría —dijo "Llamita", que bailaba con Gaigern una variante desmadejada de "Charleston", un paso nuevo que a cada síncope de la música imponía una presión a las rodillas, cifrándose en una perfecta armonía ambos cuerpos.

—Nada de eso, al contrario, todo el día estuve acariciando el pensamiento de volver a verla —dijo Gaigern.

Era un poco más alto que "Llamita", a la que miraba en sus ojos felices con una fría sonrisa. Ella llevaba un vestido muy ligero, de seda azul; una cadena de cuentas de vidrio barata, y un sombrero arreglado con gusto y coquetería, comprado en un saldo por un marco noventa. Estaba encantadora con esas modestas galas, con una elegancia en la que se sentía la preocupación de conseguir su objeto.

—Pero es cierto que ha pensado usted en mí?

—A medias, la verdad es verdad y la otra mitad me encuentra a usted como una similitud... Acabo de pasar un día espantosamente aburrido —agregó suspirando—. He estado haciendo el papel de "cicerone" con un señor de edad, una cosa seria, como usted ve.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Porque espero sacar algo de ello.

—Pues entonces no se queje —dijo "Llamita" llena de perspicacia.

—Tiene usted que bailar con él dentro de un momento —dijo Gaigern atrayéndola hacia sí.

—Imposiciones, no.

—No se lo ruego amablemente. No sabe bailar nada y tiene tantas ganas de aprender!

Hágame usted cargo. Me conformaré con que se pase con él a lo largo de las paredes; hágalo por mí.

—Bueno, ya veremos luego —dijo "Llamita", y siguieron bailando en silencio.

A poco, Gaigern se la aproximó más todavía, sintiendo bajo su mano la flexibilidad de la espalda de la muchacha, lo cual lejos de producirle placer le molestó.

—¿Qué tiene usted? —preguntó "Llamita", que insintivamente se dio cuenta de ello.

—Nada, nada —dijo Gaigern entre dientes, enfureciéndose contra sí mismo.

—¿Pero qué es lo que le pasa? —preguntó "Llamita", llena de solicitud, porque lo encontraba muy huraño con su carácter juvenil, y se acordaba de la cicatriz por encima de la barbilla y de los ligeramente rasgados, y se sentía algo enamorado de él.

—Siento ganas de hacer alguna barbaridad; aquí no hay plan para nada; tengo deseos de morder, de pegar a alguien, de aplastarle; y allí, por lo menos, se iría a la cancha de boxeo, y allí, por lo menos, se iría a la cárcel.

—¡Ah! —dijo "Llamita"— ¿Conque va usted esta noche a ver boxeo? ¡Ah!

—Sí, con ese señor anciano —dijo Gaigern.

—Entonces, si usted... Se sacó "Llamita", pues había parado la música; inmediatamente se puso a aplaudir con entusiasmo en el mismo sitio donde se se había parado.

Gaigern quiso atraxarla desde el centro de la sala hacia la mesa donde había dejado a Kringelein sentado delante de una taza de café. Abriéndose paso con algún trabajo entre el barullo de las parejas, estaban ya a la mitad del camino cuando la música empezó a tocar de nuevo.

—¡Un tango! —exclamó frenética "Llamita" tomando posesión de Gaigern con la mayor desvoladura.

Puso la palma de su mano contra la de él con un gesto de súplica y concesión. Pronto sus miembros conculgaron en un tango lánguido y dulce. Todo el mundo se separó para admirar la maestría de su arte.

—Lleve usted admirablemente —murmuró "Llamita", lo que casi equivalía a una declaración amorosa.

Gaigern no supo qué contestar, y la muchacha repuso al poco tiempo:

—¿Por qué estaba usted así conmigo.

—Sí, ayer... —respondió Gaigern como si hubiera dicho cien años—. Pero entre ayer y hoy me ha ocurrido algo...

Y de pronto, sintiéndose a gusto al lado de "Llamita", le entraron grandes ganas de confíselo todo.

—Hágame usted pasada me he enamorado profundamente, ¿comprende usted? —dijo en voz baja en medio del tango, que estaba sollozando la sierra musical—, y esto me trastorna completamente. Es como si...

—Pero si eso no tiene nada de particular! —dijo "Llamita" irónicamente en su decepción mezclada de tristeza.

—Sí, si eso le parece es extraordinario. Quisiera un salite de su piel y convertirse en otro hombre, ¿comprende usted? Se imagina uno que no hay sino una mujer en el mundo y que todas las otras están de se. Se figura uno que no se va a poder dormir en otros brazos diferentes de los suyos. Todo le da a uno una idea absurda, y es como si de un calzonazo le lanzara uno hacia la luna, y uno quisiera otra parte donde todo fuera diferente.

—¿Y cómo es esa mujer? —preguntó "Llamita", intrigada.

—¡Ah! ¿Que cómo es? Pues ahí está el *quid*, que es muy vieja y muy flaca y muy ligera, que podría levantarse con un dedo; tiene la cara arrugada, los ojos enrojecidos de llorar, habla como un "clown" y le dan a uno ganas de reír y llorar al mismo tiempo... Bueno, pues a pesar de todo, me he enamorado de ella. Ese es el verdadero amor.

—El gran amor? Pero si eso no existe —dijo "Llamita".

—Sí, sí, ya lo creo que existe —dijo Gaigern, y su afirmación tuvo efecto tanto en "Llamita", que se paró un momento en pleno tango para mirar a Gaigern.

—Entonces, ¿es una ruina esa mujer? —murmuró la muchacha levantando la cabeza.

En este momento, Preysing logró por fin descubrir a la que buscaba entre el barullo de aquélla y de otras, y se acordó de la orquesta prolonga indefinidamente. Con los ojos que resplandecían y lleno de impaciencia esperó que acabara ese baile interminable y luego fue deslizándose hasta la mesa donde se había sentado "Llamita" entre dos señores, que él creía reconocer. En el hotel esta clase de conocimientos superficiales, que a veces se adquieren, todos se codician en el ascensor, se encontraban en los corredores en los tocadores, en el bar, se cedían la entrada por la puerta gloriosa, que se movía incesantemente, personas de fuera adentro, de dentro afuera.

—Buenos días, señorita "Llama" —dijo el director general con voz apretada y anticipada por el mal humor de la noche y por las preguntas a su silla para dejar libre paso a las parejas.

"Llama II" pestañó nerviosamente un momento ante la inesperada aparición de Preysing.

Buenos días, señor Preysing —dijo prontamente Kringelein levantándose. Pues le dan todas las vértebras del gran esfuerzo que hacía para no temblar, para no convertirse de nuevo en el miserable Kringelein de la oficina de los salarios.

Encogía las espaldas, los hombros, apretaba los dedos, y hasta abría las fosas nasales, que tomaban una expresión de toda una vida de dolor. Sin embargo, se mantuvo a la altura de las circunstancias: de sus irreprochable americana negra, de su fina ropa interior, de su corbata y de sus resplandecientes uñas, ánimos nuevos y misteriosas fuerzas pasaban a su corazón. Lo único que casi, casi le preocupaba, era el ruido que se hacía en la calma interior, pero él se acordaba de que Preysing no había sido transformado, porque, aunque llevaba el mismo traje de Fredersdorf, que él ya le conocía, estaba ahora sin bigote.

—Dispense usted... No estoy seguro, pero creo reconocerle —le dijo Preysing con toda la cortesía que una conversación tirante con "Llamita" podía permitirle.

—Sí, yo soy Kringelein, empleado de la fábrica en la...

—¡Ah!... —dijo Preysing enfriándose súbitamente—. Kringelein, Kringelein... nuestro representante, ¿no? —agregó dirigiendo una mirada a la espalda de "Llamita".

—No, señor, soy teneo del contable, contable auxiliar en las oficinas de los salarios, despacho número 23, edificio C. tercer piso —dijo Kringelein concienzudamente, pero sin humillación.

—Ya, ya —repitió Preysing, y se quedó pensativo.

Por increíble e indeseable e incomprensible que le pareciera la decisión a no dar por el momento ninguna importancia a esa historia, era un empleado suyo en el pabellón amarillo del "Grand Hotel".

—Tengo que hablar con usted, señorita "Llama" —dijo apartando su mano del respaldo de la silla donde estaba sentada—; se trata de una nueva serie de cartas —agregó con un tono concienzudo burocrático, destinado a los oídos del contable.

—Bien —dijo "Llama II"—, ¿a qué hora le conviene a usted? ¿A las siete, a las siete y media?

—No, inmediatamente —repuso Preysing sacándose el sudor.

Aquel individuo de Fredersdorf también tenía un pabellón en el edificio exterior de su americana, un lindo y coquetón pabellón de seda cuya punta asomaba sediciosa e imprudentemente.

—¿Inmediatamente? Imposible, lo siento mucho —dijo "Llamita" con amabilidad—. Tengo

tranquilo y que es la verdadera imagen verdadera. Gaigern toma a su amigo de la y la arrastra fuera del ball, donde hierve el escándalo, y Kringlein sale detrás de él, uniendo sus ojos al aniparo de un caliente y seguro.

Los muros. La Iglesia de la Conmemoración muros blanquinosos, lajo el reflejo al lúces que la circundan; sobre el gradiente, los brillantes surcos que ahondados de los coques; ante los resplandores escaparates de la Travesía, las pinturas gigantes parecen grandes manchas ne- buego, de pronto, se penetra en la calma seriedad, bajo la arbolada del Barrio Bá- aceras estrechas, grava en algunos trozos, y en reflectores se dibujan en la noche, Prosigamos.

Hemos llegado a un círculo donde se juega, se está instalado en las grandes habitaciones en club. El fúvno de olor a humedad a lo largo de los muros tapizados. Sombras silen- ciosas de caballeros de smoking; presenta- ciones. Muchos abrigos colgados en un guar- darrapio. Kringlein se reconoce en su guar- darrapio, sale al encuentro de un hombre pálido, distinguido y distinguido, vestido de oscuro, que se pasa la mano por la frente para atusarse un mechón de su cabellera en ruinas. Y este encuentro consigo mismo en el espejo, le sorprende. "En el fondo soy muy resistente", piensa, "de pronto se acuerda de su vida, de haberlo visto en sueños. Breve parada en una habitación con candelabros y una chime- ría simulada en un rincón, donde no se hace más que churrar y beber. En la estancia con- tigua están jugando al "bridge". "Este juego no se mucho más distinguido que el de la vida", piensa Kringlein, se pone al ancho de nuevos descubrimientos emocionales.

—Pasemos dentro — dice Gaigern a un ca- ballero —, venga usted con nosotros allí den- tro, señor director Kringlein.

"Dentro", es ya al final de la casa, al ex- tremo de un pasillo estrecho y feísimo, sobre el que se abre la fila de las puertas. Se abre la última puerta gris de dos hojas, se entra en una habitación más pequeña, tan oscura, que apenas se distinguen las paredes. No hay más luz que en el centro, encima de la mesa... como la luz sobre el ring en el Palacio de los Deportes. Rodean la mesa algunas personas, unas de pie, otras sentadas, aunque pocas en total, doce o catorce: su aspecto es serio y meditabundo y cambian entre sí contadas pa- labras, de las que Kringlein se queda completa- mente en ayunas.

—¿Cuanto va a arriesgar usted? — pregunta Gaigern, que se dirige luego hacia un pupitre que se alza en un rincón y detrás del cual la consola con un espejo de su y vestido de negro está sentada, como en la caja de una torada... ¿Qué le parece?

Kringlein pensó en seguida: "Diez marcos", pero respondió indeciso:

—No lo sé exactamente, señor barón,

—Bueno, entonces pongamos quinientos mar- cos, — sugiere, — dice Gaigern.

Incapaz de contradecir a su amigo, el contable sacó de su vieja cartera cinco billetes registrados recibiendo en cambio un puñado de fichas de diferentes colores: verdes, azules y rojas. Oía el ruido que hacían al caer en la mesa de jue- go otras fichas iguales y que producían un lige- ro chabido, como una cascada de huesos bajo la lámpara de pantalla cuadrada. "Adelante", se dijo con impaciencia.

—Apunte usted a lo que quiera — dijo Gaigern —, porque es inútil que se lo explique. ¡Juegue lo que quiera y donde quiera. La prime- ra vez que tienta uno la suerte casi siempre gana.

—¿Qué número hacia esta vez entre las nu- merosas veces que durante ese mismo día se había puesto Kringlein a correr peligros? El ya sabía que la vida no era sino caos. Sabía

perfectamente que la zozobra va pegada al placer, como la nuez a su cáscara. Presidente que puede perder allí en algunas horas todo el dine- ro ganado en Fredersdorf con los cuarenta y siete años de su vida... de esa existencia que ha ido cayendo en el vacío como a través de un cuentagotas. Sabe que en aquella sala obs- cura, entre aquellos señores lacónicos y lúgu- bres, inclinados sobre el tapete verde, sólo le queda dejarse arrastrar por el torbellino y arriesgar en el juego el importe de las tres o cuatro semanas de vida, una vida que se agota de la tumba. Y Kringlein, encaramado en lo alto del *hooping the loop*, siente esta nueva y para que les ponga delante altos montones de fichas.

Al acercarse a la mesa para iniciar el juego, sus orejas y sus labios están mortalmente pálidos, como la arena en las dunas, cuando el viento levanta las olas. Apunta y poco después una raqueta arrastra la ficha verde entre otras. Alguien pronuncia algunas palabras que no entiende. Vuelve a apuntar en otra parte y pierde. Sigue apuntando y perdiendo. Gaigern, al otro lado de la mesa, apunta también y gana una vez, pero vuelve a perder. Kringlein se reconoce en su ficha enca- rnaada rápida y suplicante que pasa inadvertida, porque allí cada uno está pendiente de lo suyo. Todas las miradas están clavadas sobre el ta- pete verde y todos con un esfuerzo supremo de la voluntad parecen esforzarse para la suerte y para que les ponga delante altos montones de fichas.

—¡Maldita mierda!... — se oye decir a alguien, y bajo la lámpara verde de esa habitación aislada y sombría esas palabras suenan como un eco sepulcral. Completamente abandonado a sí mis- mo, Kringlein se encamina hacia la señora de negro y cambia otros quinientos marcos en fichas. Vuelve a la mesa donde otra *croquet* barre con la raqueta las fichas de su ficha en- carnaada en unión de otra verde. Vuelve a apuntar y gana dos veces seguidas, y no sabien- do qué hacer, se mete algunas fichas en el bol- sillo. Vuelve a apuntar y pierde, pierde, pierde. Se para algunos instantes. Gaigern tampoco jue- ga. Vuelve a mirar a los otros, hasta que se mete las manos en los bolsillos y se ha limpiado.

—Permítame usted, señor barón — murmura Kringlein, y en la mano que el otro saca tie- biendo del bolsillo, le desliza una de las dos fichas encarnadas que le quedan.

—¡Hoy estoy demasiado flojo para jugar — dice al barón de negro.

Gaigern tiene algún olfato para la suerte (uno de los talentos de su vida aventurera), pero esa noche no está en vena, a menos que así se llame a su aventura sentimental con la Grusinskaja. Kringlein vuelve a la mesa. Pro- sigamos.

Daba la una en un reloj por allí cerca, cuando Kringlein, que sentía en su mano un minúsculo hélice gignra detrás de su frente, fué a la caja a cambiar las fichas; había ganado tres mil cua- trocientos marcos, y como sintiera que sus manos temblaban, se rehizo rápidamente aparentando serenidad, precaución absolutamente inútil, por- que nadie se ocupaba de él. En un par de ho- ras, nuestro héroe ha gastado todo el sudio últi- mo año en la fábrica y mientras neta los bi- lletes en la ruidosa cartera, Gaigern, a su lado, lo mira y bosteza.

—Me han deslumbrado, señor director, estoy como un hipocondríaco y ahora tenderé usted que cuidar de mí — dijo con indiferencia.

—Me he perdido en la mano, Kringlein no sabe qué hacer ni lo que se le da.

—Mañana no tendré más remedio que darle un sablazo — dijo Gaigern.

—Sí, hombre, sí; no faltaba más — respondió

elegantemente el contable... Y diga usted, ¿qué podemos hacer ahora?

—Vaya que tiene usted fibra, mi amigo; a estas horas no hay más que dos cosas posibles: el vino o las mujeres.

Con el rostro pálido y demacrado, Kringlein se aparta del exterior ante el que ha estado poniéndose el sombrero. Al salir desliza en su chaqueta *plengies* en la mano pedigría de un chico que se le acerca para abrirle la puerta de la calle. Vuelve a meterse la mano en el bol- sillo y esta vez es un billete de cien marcos lo que saca arrugado y hecho una pelotilla de papel, dándole al mozo cuando están en el pasillo. El mozo se inclina, ha perdido el sentido ca- lido de la orientación y del valor de las cosas. En un mundo donde se gastan mil marcos por la ma- ñana y se ganan tres mil por la noche, el con- table Kringlein, de Fredersdorf, se pierde co- mo en un laberinto, como en una selva encon- da y sin luz ni senderos. El cochecillo de cua- tro asientos los espera bajo un farol, en silencio, pero el viento levanta la vida, como la vida en un de un fiel can, al que se encuentra donde se le ha dejado. Al pensar en ello el contable siente algo de emoción y gratitud.

Prosigamos, prosigamos. Lluvia. El limpiacris- tales describe arcos de círculo, tie-tac, tie-tac, como el péndulo de un reloj, ante los ojos de Kringlein. El color de la escena anticipa ya una impresión de bienestar en el blando y caliente hogar. Grandes reflejos rojos, azules, amarillos, cabrillan sobre el asfalto mojado. A la luz amarillenta de sus sopletes se destacaban las sombras de unos obreros afanados en soldar un riel hacia la medianoche. Parece a Kringlein que el auto rueda demasiado despacio, y mira de reojo a Gaigern, que fuma. La mirada se pierde en el espacio y se enfusca. —Dios sabe dónde. La ciudad a las dos y media de la mañana ofrece un aspecto extraño, diríase que acababa de ocurrir alguna desgracia. Estaba despierta, bulle y casi más animada que por el día; un cúmulo de autos se amontona en los cruces, horafanos de guardias de la puerta. Arrilla se extiende un cielo rojo, como la sangre, que la torre de la Radio hace palpitar, por intervalos regulares, el resplandor más claro de sus faros giratorios. Prosigamos, prosigamos.

Luego es una escalera llena de gritos y un son de música que sale de tres pisos. Abajo ondean banderolas y serpentina; sobre las paredes, a regular altura, espejos sin azogue, con marcos de yeso dorado, desconocidos y desconocidos, crachos, otros melancólicos; mujeres jóvenes de carnes uñetas y ojos hundidos; mezclado entre la gente, Kringlein se abre camino rozan- do las espaldas empolvadas de las cabareteras. El edificio entero está lleno de humo de tabaco azul y opaco, que permanece suspendido en la atmósfera como un velo de las lámparas de papel modernista con que se decoran las paredes, tri- ticas en la caja de la escalera. Abajo hay un barullo inundo; en el primer piso las puertas abiertas dejan oír una música menos intolerable: están bailando. En el piso de más arriba reina el silencio. En la escalera una tanguista sentada, vestida de un *maillo* verdoso encendido, tie- ne una mano en el pecho; se luce la carota al paso de los dos amigos. Su espalda, dis- trola con el traje nuevo de Kringlein y éste se impacienta. Detrás de la puerta se abre un cuarto largo y casi en tieñelas. Algunos faro- lillos de papel sobre el mismo suelo difunden una luz muy atenuada. Allí toca también la mú- sica y Kringlein la oye, pero no puede verla. A la izquierda, en las esquinas, las piernas de mujer pasan bailando, viéndose las periferias hasta la rodilla; sin embargo, más abajo, todo queda sumido en sombras. Kringlein, como un niño pequeño, siente deseos de asirse de la ma- no de Gaigern, porque todo allí es confuso y estumado; no es difícil adivinar lo que ocurre detrás de los biombo pintarrafeados de vivos colores que separan algunos salones y espejos y unas mesas bajas. Kringlein se da cuenta de que está bebiendo champagne francés y siente

Fuésjapa delante de él al pequeño Kringlein, que, vacilante y casi desmayado de dolor, hacía grandes muecas gimnástico demente.

El doctor Otterschlag podía distinguir inmediatamente una grave enfermedad de formidable borraquia, aunque ambas cosas se manifestaran por un desmayamiento análogo. Pero el portero, que era mismo experto, echó una mirada severa y vigilante sobre las dos personas que entraban.

—Las llaves del 69 y 70 —dijo Gaigern a media voz—. El señor viene enfermo; yo llevo pronto a un médico... pero ambas cosas son ciertas. Kringlein, mientras con la otra apoderaba de las llaves; después condujo a Kringlein hacia el ascensor.

—Soy médico —dijo de pronto el doctor Otterschlag al portero con sorprendente vivacidad—. Que suban en seguida leche caliente al número 70. —Y dicho esto siguió a Gaigern y Kringlein.

—Dije usted; yo me ocuparé de él —dijo el barón mientras subía el ascensor—. No se queje, señor Kringlein; esto pasará pronto, ya verá cómo se acaba en seguida.

Y Kringlein, interpretando mal el sentido de estas palabras de consuelo, como de gentileza; materialmente doblada en dos, allí sentado sobre el bannillo del ascensor, hacía por contener los espantosos dolores que le atenazaban.

—Que se acaba ya —preguntó resignado—. ¿Pero cómo puede ser tan pronto si no ha hecho más que empezar?

—Es usted muy ansioso, se ha atracado demasiado de una vez —dijo Otterschlag y, aunque guardaba algún rencor, sin dejarlo traslucir, le tenía la mano asida, tomándole el pulso.

—Qué idiotez, Kringlein, ¿quién piensa en acabar? Ha bebido usted demasiado champán frío y eso es todo —dijo alegremente Gaigern. El choque del ascensor al llegar puso fin a esta conversación, llena de malentendidos. En el corredor, la doncella que los veía pasar sintió una fuerte emoción cuando las revueltas de Kringlein se negaron a sostenerle. El barón tomó en sus brazos a su hijo, que no pesaba más que un niño, y lo llevó hacia el lecho, y mientras le despojaba de sus pantalones, y se cubría con vino, y le abotonaba en el pijama sucio, el doctor Otterschlag desapareció presuroso, con ademán de estar preocupado.

—Un momento —había dicho, alejándose con un paso rápido, como electrizado.

Al volver encontró a Kringlein acostado, rígido en su lecho, las manos pegadas a los muros, como un soldado en su posición de firmes. Ya no se quejaba, pero es porque hacía un gran esfuerzo de voluntad. Cuando Kringlein se había puesto en campaña, en persecución y descubrimiento de la "vida", se había prometido morir valientemente, sin molestar a nadie, cuando llegara la hora para la liberación de la trivialidad y libertinaje de sus últimos días. Y así, en su lecho de cobre, Kringlein se afebraba a esa promesa. Nada importaba que el sufrimiento y el terror a la muerte cubriesen su frente y su nuca de frío sudor. Gaigern sacó de la americana su pañuelo de seda, frotándose perspicazmente la frente, como un hombre que se prepara para la lucha; pero al punto los ojos. Pero éste volvió a apartar del lecho para dejar paso al doctor Otterschlag.

Sacó éste de un estruchecito negro una jeringuilla, y como por arte de magia surgió al punto entre sus dedos una resplandiente ampolla cuya punta rompió con un presurizador, y, pasando luego el pulgar por la anilla de la jeringa, la llenó con una sola mano.

—¿Qué es eso? —preguntó el enfermo, aun-

que él ya conociera ese medicamento bienhechor de cuando estuvo en el Hospital.

—Es algo bueno, un caramelo muy dulce —respondió Otterschlag, como si fuera una cosa en la medida de sus extrañas manipulaciones, y, al mismo tiempo, pelizcando con dos dedos la flaca carne de Kringlein, dió un pinchazo en la piel. Gaigern miraba.

—Suerte y no poca ha sido que tuviera usted tan a mano la inyección —dijo.

Otterschlag levantó la jeringuilla contra la luz, y miró la altura de su ojo quejoso.

—Sí —respondió—. Esta es mi maleta, siempre dispuesta, ¿comprende usted? Porque, como dijo Shakespeare tan sabiamente, hay que estar preparado. Esto es muy esencial para el hombre: estar siempre dispuesto para el viaje, en cualquier momento, ¿comprende usted?; y tal es la vida de esta maleta.

Mientras así hablaba, levó la jeringuilla y tornó a meterla en su estuche. Gaigern tomó de la mesa aquel pequeño objeto negro, supendiéndolo. Pareció admirarse y no comprender. "Pero, ¿cómo es posible?", pensaba.

—¿Se le va pasando? —preguntó el doctor volviéndose hacia el lecho.

—Sí —respondió Kringlein, que había cerrado los ojos y le parecía flotar en una nube en cuyo seno evolucionaba rápido y ligero, al mismo tiempo que se fundía en sus propios dolores, transformándose en algo como una niebla que se disipaba en el aire. Todo le era ya indiferente y su angustia se había convertido en alegría también, como un animal negro que saliera burlando.

—Pues bien; ya ve usted que... así —dijo Otterschlag, volviendo a poner la mano del enfermo sobre el edredón de seda — así, tranquilizó un buen rato.

Gaigern, que durante este tiempo había cogido las prendas nuevas de Kringlein, accedió al lecho de cobre y pudo observar la respiración entrecortada y casi imperceptible bajo el pijama de seda azul claro.

—¿Dice usted que un buen rato? —preguntó débilmente—. No será esto... no me pasará... nada, no es... peligroso.

—No, no hay peligro. Podrá usted volver a bailar, porque el corazón responde, late bien, quiere vivir, es un instrumento del que se ha servido usted poco, señor Kringlein. Alrededor sí que los otros órganos están estropeados, pero el corazón quiere hacer valer sus derechos. ¿Quiere usted un cigarrillo?

Otterschlag —contestó Gaigern, con el pensamiento en otra parte, y cogiendo el cigarrillo se sentó bajo un bodegón, que representaba unos faisanes muertos. Pasaron unos minutos antes de comprender las palabras de Otterschlag.

—¿De modo que está muy enfermo, y a pesar de ello, no puede morirse?

—No, no puede —respondió —agradece en seguida.

Y Otterschlag, que había hecho signos afirmatorios con la cabeza a cada pregunta, respondió.

—Precisamente, diré a usted por qué yo aprecio tanto mi malicia. En el fondo, todo lo que aquí abajo se nos impone es insostenible, es una carga sólo lo soportamos porque estamos seguros de acabar cuando nos de la gana, ¿no es eso? La vida es una triste especie de existencia, créame usted.

Gaigern sonrió al oír esta observación.

—Sin embargo, yo amo la vida —dijo cándidamente.

Otterschlag volvió vivamente hacia él la mitad de su fisonomía.

—Si usted ama la vida, sus semejantes aman la vida: conozco a todos ustedes perfectamente y a usted también.

—¿Que me conoce usted a mí?

—Sí, a usted particularmente, pero a un modo completamente personal —y con el índice, amarrado de tabaco, señalaba la cara de Gaigern, que retrocedía sorprendido—. Un día le extraje a usted de allí una astilla de obús, y esa pequeña cicatriz que le hace tan interesante, se la esotó yo mismo, ¿no se acuerda? —[En

Fronelles? Ustedes olvidan todo, mientras que nosotros queremos anotarlos todo en la memoria si por escoria, en la memoria.]

—Ah, sí, ¿en Fronelles? En aquella infante ambulancia, ¿verdad? Apenas me acuerdo porque en aquel tiempo no estaba yo en todo mi juicio, era muy romántico y me parecía de buen tono desmayarme cuando se está herido, y por eso me desmayé.

—Pues bien, pero sí, porque era un soldadito hisopo, el más joven de cuantos pasaron por mis manos. De esa categoría de los que "marchan cantando hacia la muerte". Por lo demás, puede que personalmente no sea usted ese que yo digo, pero... en todo caso, se le parece usted mucho, no lo dude. ¿De modo que ahora le gusta la vida, ¿no? Era de modo que se complacía saberlo, pero le da de concederme usted una cosa, y es que la puerta giratoria debe permanecer abierta.

—¿Qué?... —preguntó Gaigern desconcertado por completo.

—La puerta giratoria, digo. Siéntese en el hall y estése usted mirando hacia una sola, sin descender. Entren, salen; entren, salen; entren, salen; y qué mecanismo tan ingenioso, lleva usted a marearse si la mira mucho tiempo. Atienda usted un momento a lo que voy a decirle. Supongamos que entra usted por esa puerta giratoria... y quiere, naturalmente, tener la certeza de que podrá volver a salir por ella, ¿no es eso? Que no le darán a usted con ella en las narices, dejándole encerrado en el "Grand Hotel".

Gaigern sintió subírle un frío hasta el cuello; la palabra "encerrado" sonó en sus oídos como una amenaza secreta.

—Evidentemente —dijo turbado.

—Pues bien. Los tres en un todo de acuerdo —declaró Otterschlag, que había vuelto a sacar la jeringuilla de su sitio, acercando amorosamente el cristal y el bruido níquel—. Es preciso que esa puerta permanezca abierta, para que la salida esté franca en cualquier momento, y poder morir cuando se quiera.

—¿Pero quién...? —preguntó Gaigern —dijo vivamente Gaigern, lleno de convicción.

—¡Bah!... —repuso Otterschlag dejando algo sin decir, Kringlein, acostado en su lecho de hotel, mustaba palabras incomprensibles, bajo su bigote alborotado—. Bah... mireme usted a mí, por ejemplo, mireme bien; yo soy un suicida, ¿comprende usted? Por regla general sólo se ve a los suicidas después de haber saltado la llave del gas o de haberse merido una bala en la cabeza. Pero tal como me ve usted aquí, yo soy un sujeto que se suicida, pero que aun no ha muerto. Soy un suicida vivo, en caso raro, desde luego. Bueno...

...pues cualquier día va a dar diez años más a la vida y a recapitular, las diez de golpe en una vez y entonces será un suicida difunto; saldré luego por la puerta giratoria, claro que en el sentido figurado, en tanto que usted podrá seguir esperando en el hall.

Suprindiendo, Gaigern recibió la impresión de que aquel idiota de Otterschlag le odiaba en el fondo.

—Puede que sea cuestión de gusto —dijo simplemente—. Yo, por mi parte, no tengo prisa, que quiere usted, me gusta la vida, la encuentro admirable.

—¡Bah, bah!, la encuentra usted admirable. Entonces, ¡pélelo en la guerra y haz volar de ella su cuerpo, encontrando la vida maravillosa! Pero, ¿través y trucos!... cómo vivir vosotros todos, ¿habéis perdido acaso la memoria? Bueno, ni hablémos de aquello... Todos sabemos perfectamente lo que allí pasa. Lo que yo comprendo, es que haya usted vuelto de allí abajo para seguir diciendo que la vida le gusta, ¿verdad? ¿Dónde está su vida, porque le ha buscado la vida y no la encuentra. Algunas veces me digo: Yo estoy ya muerto y sentado en la sala de la Cruz Roja. Esta es la verdadera impresión, la impresión real que me produce la vida desde que he vuelto desde allá abajo.

—¡Oh! dijo Gaigern, emocionado por la palmaria repentina que animaba a Otterschlag, y repitió: — ¡Oh! — y levantándose se dirigió hacia el lecho.

Kringelein dormía, aunque no tuviera los ojos completamente cerrados. Gaigern acercóse de puntillas a Otterschlag.

—Si, algo hay de verdad en todo eso —dijo en voz baja—. Al regreso, no ha sido sólo eso cuando me dió de nosotros dice "allá abajo", es como si dijera "en mi casa" o por lo menos. Vivimos actualmente en Alemania como en un pantalón que se ha quedado demasiado estrecho. Todo el mundo está indisciplinado, no hay sitio para tanta gente. Y ¿qué podemos comprender? ¡La Reichwehr, el ejército! ¡Para qué interrumpir, en caso de disturbios, en las elecciones? ¡Oh, no! gracias. Hacemos ser piloto, también lo he probado... He volado dos veces diarias y a horas fijas, Berlín-Colonia-Berlín, o bien hacere explorador, salir de expedición... todo esto es muy trivial y está desprovisto de peligro.

—Yo creo que la vida debería ofrecer más peligro y entonces la cosa marcharía bien, pero se la toma tal como se presenta.

—No, nada de eso, eso no es lo que yo quiero decir —repuso Otterschlag, disgustado—, quizá no haya en ello más que pequeñas diferencias de apreciación, quizá yo misma viva en la culpa con la misma calma que usted, si me quisiera comprar el rostro con tanto arte como yo a usted el suyo. Pero ¿qué importa el mundo a través de un ojo de cristal, tenía un aspecto curioso, bien puedo asegurárselo a usted... Bueno, señor Kringelein, ¿qué tal va?

Kringelein se había incorporado de pronto en su lecho, había alzado traslucidamente sus ojos, pesados por la morfinia, y buscaba algo. Sus manos estaban sobre el colchón, palpando en torbo suave con sus diez dedos, privados de sensibilidad por efecto de la droga.

—¿Dónde está mi dinero? —exclamó con voz sofocada. Al despertar de su sueño llegaba directamente de Fredersdorf, donde había un mo, donde había un pedaleo con Ana, de modo que tenía que hacer un gran esfuerzo para encontrarse otra vez en el "Grand Hotel" en su cuarto amueblado de nogal... ¿Dónde está mi dinero? —preguntó; su garganta estaba reseca y al pronto no dividió a los dos hombres sentados en los sillones de terciopelo, más que como unas sombras nuevas y desmesuradas.

—Pregunta dónde está su dinero... —comunicó Otterschlag al barón, como si éste fuera tardo de oído.

—¿Su dinero? Pero si lo ha depositado en la caja del hotel —dijo Gaigern.

—Lo ha depositado usted en la Caja del Hotel —transmitió Otterschlag como un intérprete, y Kringelein meditó difícilmente esta respuesta en su pesada cabeza... ¿Lo dice a usted aún? —preguntó el doctor.

—¿Cómo que si me duele? —preguntó Kringelein sentado sobre su nube.

La boca catastrófica de Otterschlag se echó a reír.

—La vida está ya olvidada —dijo éste—, los dolores y la buena acción también están olvidados; desde mañana podrá usted volver a la vida, como un acrobata que es usted, amigo mío —dijo con un desprecio no disimulado, Kringelein no comprendía una palabra.

—¿Dónde está mi dinero? —repitió con obstinación... ¿Todo mi dinero, el dinero que he ganado.

Gaigern encendió un cigarrillo, tragándose el humo hasta los bronquios.

—¿Dónde está su dinero? —preguntó Otterschlag.

—En su cartera —dijo Gaigern.

—En su cartera de usted —transmitió Otterschlag—. Siga usted, pues, durmiendo tranquilamente, y no se anime demasiado, si no quiere que le haga daño.

—Yo quiero mi cartera —exigió Kringelein separando los dedos—. En el estado nebuloso en que se hallaba, no lograba expresarse bien

del todo; sin embargo, a través de los velos que oscurecían su conciencia, se daba perfecta cuenta de que tenía que pagar con dinero cada minuto de su vida... pagarla cara, y al contado. Había visto asegurarse en sueños las dos cosas, su dinero y su vida, como la rapidez del arroyuelo de Fredersdorf, cuyo lecho de piedras se secaba todos los estios.

Otterschlag suspiró, metió sus manos en los bolsillos de la americana de Kringelein (que Gaigern había colgado del respaldo de una silla), y las sacó vacías. El barón seguía enfundado delante de la ventana, en la sala a la habitación, mirando hacia la calle, que estaba silenciosa bajo la luz de los arcos voltaicos.

—¿Aquí no hay ninguna cartera —dijo Otterschlag, con las manos colgando como si hubiera hecho un esfuerzo considerable.

De pronto, Kringelein saltó del lecho, y bruscamente, con la respiración entrecortada. Del rostro deshecho, se encontró en medio de la habitación sobre sus flacas piernas, que vacilaban dentro del pijama.

—¿Dónde está mi cartera? —se lamentaba —.

—¿Dónde está todo ese dinero, todo ese montón de dinero? ¡Mi cartera, mi cartera!

Gaigern, que hacía largo tiempo se había apoderado de ella, quiso hacer oídos de mercader a esta aflicción lanzada por una voz aguda y completamente catagada de sueño. Oía salir hacia el exterior, ésto pasos en el corredor, idas y venidas que apagaban detrás de las puertas abiertas y vuelta a la calma. Oía (o por lo menos a él le parecía), que alguien respiraba allí al lado en el cuarto número 71. Pero advertía igualmente la angustia de Kringelein, a quien en este momento odiaba feroz. Pensó, que de buena gana le hubiera matado. Volvió a sentir el dolor de la habitación, pero su puño se alzó a ver el miserable aspecto que Kringelein ofrecía; allí, en medio de la estancia, se había echado a llorar. De sus párpados, completamente atecados por la morfinia corrían las lágrimas que caían gota a gota sobre su nuevo pijama, de un azul claro; Kringelein se lloraba como un niño, lamentándose por su cartera perdida.

—¿Tenía dos mil seiscientos marcos esa cartera! —sollozaba—, dinero para vivir dos años, Otterschlag hizo un movimiento descorazonado, volviéndose hacia Gaigern.

—¿Dónde podrá estar la cartera... puesto que Kringelein insiste seriamente en que va a vivir todavía dos años? —preguntó queriendo echarlo a bruna.

Gaigern, los puños metidos en los bolsillos, se reía.

—Puede que se lo hayan limpiado las tangostas de la Alhambra —respondió expresando una idea que había preparado de antemano. Kringelein se encorvó en el borde de la cama, dejándose caer desvanecidamente.

—¡Oh, no —dijo dulcemente—, no, no!

Otterschlag le miró, después miró a Gaigern y otra vez a Kringelein por último. "¡Ah! entonces es que..." —dijo para sí, y tomando su estuche negro se dirigió a Gaigern, a la luz de las paredes (siguiendo la vieja costumbre de los moros de moverse en silencio), o como si no hubiera aprendido todavía a andar sin apoyo. Al llegar delante de Gaigern, se paró y volviendo hacia él la parte estropeada de su cara, le miró al cuello con su ojo de cristal.

—Es preciso que Kringelein recupere su cartera —dijo corrientemente en voz baja, inquietando por un segundo al barón.

Y en tal segundo se decidió su destino, porque ese instante de vacilación fué suficiente para quitarle todo su aplacón.

Gaigern no era un hombre honrado; había ya robado y cometido bastantes fechorías. Pero no era un criminal, puesto que los buenos instintos de su naturaleza y de su raza, que andaban con gran frecuencia sus móviles in-

tenos. Era un aficionado a la aventura y estaba dotado de alguna energía, aunque no fuera suficiente. Hubiera podido suprimir a aquellos dos hombres enfermos que tenía delante, eclipsándose en seguida. Hubiera podido rechazarlos y con su borbón en los bolsillos, huir a lo largo de la fachada. Hubiera podido salir de la habitación y pedir que alguien le llevara a la estación y desaparecer. Pero después de considerar todas estas salidas, pensó en la Grusinskaja; sintió en su brazo el cuerpo ligero de la bailarina; con él la conducía hasta lo alto de la escalera de su casa de Tremezzo. Hubiera podido ir a buscarla. Mas, era de pronto, la comisión que había que cumplir, por aquella mujer... aquella misma piedad irrazonable y conmovedora, volvió a sentirla en esta ocasión por Kringelein, por Kringelein desmadrado sobre el borde de la cama. Sintió lástima también de Otterschlag, que volvía hacia él su media cara destruida por la guerra. Y sin eso cuenta, tuvo también piedad de sí mismo... y esta piedad lo aniquiló.

Dió dos pasos por la habitación y empezó a sonreír.

—¿Aquí está la cartera —dijo—; la había puesto en seguridad para que no se la quitaran en la guerra, donde nos hallamos.

Buen, bien —dijo Otterschlag, desarmado por completo, tomando de las manos de Gaigern la vieja cartera llena de araños. Experimentaba una sensación de dulzura y de agotamiento porque era para él tan raro el contacto de una mano ajena. Volvió la cabeza hacia Gaigern, fijando su ojo sobre su ojo sano y dando a su rostro una expresión que podía ser de agradecimiento o de consentimiento rápido. Pero de pronto se asustó, porque el rostro de Gaigern (aquel semblante notablemente bello y duro) le pareció tan pálido, tan vacío y tan muerto, que tuvo miedo. "Pero es que no hay que tener miedo en este mundo!" se dijo, mientras se dirigía hacia la estancia donde puso la cartera delante de Kringelein.

Toda esta escena no había durado más que algunos segundos, durante los cuales Kringelein había permanecido sentado, silencioso y absorto en sus pensamientos.

Y ya que Otterschlag le tendía la cartera que tantas lamentaciones le tendía la cartera, se hizo eco de ella, pues la dejó caer sobre el edredón, sin mirar su contenido ni contar su dinero, aquel montón de dinero que había ganado en el juego.

—Le ruego que se quede conmigo —dijo pero no a Otterschlag que le había socorrido, sino a Gaigern, hacia el que tendía su brazo, mientras el barón, de pie delante de la ventana, con semblante preocupado y sombrío, fumaba otro cigarrillo.

—No debe usted tener miedo, Kringelein —interrumpió Otterschlag en tono tranquilizador.

—No, tengo miedo —respondió Kringelein, tercero y sorprendentemente despierto—, ¿dece usted que tengo miedo a morir? Nada de eso; por el contrario, lo que estoy es agradecido. Nunca hubiera encontrado el valor necesario para vivir, si no supiera que tengo que morir, y cuando se tiene esa certeza es precisamente cuando se tiene valor... pensando siempre en que hay que vivir, que es, es uno capaz de todo... este es mi secreto.

—¡Ah, ah! —dijo Otterschlag—. Ya caigo, es la puerta giratoria. Kringelein se vuelve filósofo. La enfermedad engendra juicio, ¿lo ha observado usted bien?

Gaigern no respondió. "¿De qué estás hablando —pensaba—. De la vida y de la muerte, como si se pudiera hablar de ellas; estos no son temas para una conversación. Si; vivo y nada más, y si me muero... Dios mío, me muero y me enterrarán. Pero ¿pensar en la muerte!... quí, y hablar de ella, nuevos todavía. Hay que reventar dignamente, eso sí, en cualquier momento, cuando haya necesidad."

como los menos y pronto dejé de hablar de la vida y de la muerte — pensaba desdén de la vida. Yo también estoy dispuesto... y por eso tengo necesidad de llevar siempre encima un maletín cargado de morfina". Gaigern bostezó y aspirando ávidamente el aire de la mañana que entraba por la ventana abierta, sintió de pronto un escalofrío que agitó sus espaldas de bovedal.

— ¡Ah, mi niño — dijo, y de improvviso se echó a reír con toda su alma —, esta noche pasada no he visto mi cama y ahora son las cuatro de la mañana. Vamos, señor director, cátese bien.

Kringelein obedeció inmediatamente; la cabeza pesada y el vientre aún dolorido, aunque muy fatigado, se acomodó bien en el lecho, cruzando las manos sobre el edredón.

— ¡Quédate aquí conmigo, se lo ruego, quédate — decía con insistencia, gritando casi, porque le acontecían continuos zumbidos de oído. De pie, junto a ellos, Otterschlag escuchaba; nadie se ocupaba de él, nadie le rogaba que se quedara.

— Ahora que tiene usted morfina en el cuerpo, creo que no me lo necesitará, ¿no le parece? — preguntó.

Pero Kringelein no comprendió esta bronca.

— No, gracias — dijo cándidamente, asiendo la mano de Gaigern como lo hubiera hecho un niño. Se arrojaba a Gaigern le quería. Hasta es posible que su alma, que se había hecho sumamente sensitiva, percibiera vagamente que Gaigern quería robarle... mas no importa, él se aferraba a Gaigern.

— Por favor, quédate conmigo — suplicaba.

Entonces Otterschlag también se echó a reír. Y a la pálida claridad de la lámpara, alzó su cara destrozada y con su boca torcida, se echó a reír... pero de manera muy diferente que Gaigern: primero sin ruido, después con sonos prolongados que le salían de lo más hondo de sí mismo, cada vez más estrépitosos, más burlescos, más ensañados y enconados de odio.

En el cuarto contiguo, número 71, dieron tres golpes con los nudillos en el tabique.

— ¡Hagan el favor de callarse. La noche se ha hecho para dormir y no para divertirse — dijo la voz enojada, ronca de sueño y contrada, de un sujeto totalmente desconocido. Era la voz del señor director general Preysing, el cual comprendía que en la habitación frontera a la suya, tres destinos humanos estaban entretendiéndose, para una hora breve y decisiva.

El "Grand Hotel" tenía la manga muy ancha para los principios de la moral. No se le había permitido al director general Preysing que recibiera en su habitación a su secretaria, pero en cambio no le pusieron ningún inconveniente en alquilarle una habitación para esa señorita. Y esto es lo que hizo Preysing. Encañando de rubor y entre explicaciones confusas, ignorante de la psicología humana. El administrador se disculpó de no tener más que una sola habitación disponible: el número 71; una habitación de dos camas separadas por una pared de baño del departamento número 71, que ocupaba Preysing. Por el bien parecer, Preysing murmuró algo que quería parecerse a protesta ante un gran trastorno que se le hacía... y con el mayor ardor, se precipitó resueltamente en su aventura.

Aquella mañana se recibió un correo de Frederisdorf, muchos cartas de negocios y una de Malle, al pie de la cual Babe había agregado dos líneas de una escritura de patas de mosca. Pero Preysing, que se sentía ya arrastrado lejos de las tranquilas riberas de la vida, en el torcente impetuoso que a veces lleva a los hombres de su edad... ese Preysing completamente transformado, leyó la carta con frialdad y recordamientos de conciencia, durante el desayuno, que estaba tomando junto a la aperitiva "Llanita", que se mostraba alegre y completamente a sus anchas.

Kringelein había tenido también una carta de Frederisdorf. Estaba sentado sobre su cama

de cobre, sin sentir ningún dolor, remozado por el bálsamo de vida de Hund y firmemente resuelto a conservar aquella sensación intensa y potente de vida que conocía desde la víspera. Después de haber triunfado esa noche de su miedo a la muerte, a la que había dado una patada, y de haber salido vivo de la lucha, sentía la impresión de estar hecho de un metal muy duro y transparente. Con los lentes cabalgando sobre su estrecha nariz, que aun se había afinado más, leyó la carta de la señora Kringelein, escrita en una tosca hoja de papel con rayas azules, que había arrancado de su Agenda.

"Querido Otto — escribía esa señora Kringelein, de la que él nunca se había sentido muy cerca, pero que ahora desaparecía en una lejanía inimaginable hasta llegar a serle indiferente por completo —. Querido Otto, he recibido tu carta y estoy segura de que tu enfermedad proviene únicamente de que no te cuidas bastante y esto misma piensa papá. Papá me ha redactado

dirme, para pedir que arregles la chimenea, cosa muy justa, después de todo, puesto que las cosas son propiedad de la fábrica. Pero no quiero hacer nada, Schriebes ha estado muy enfermo, con lo que yo soy un hombre completamente metalizado. Si recibio algo de la Caja de Socorros (papá cree que alforjaron treinta marcos, aunque yo lo dudo mucho, porque Preysing es muy avaro), se parece que mande arreglar la chimenea o la deje como está? Si ingresas en algún sanatorio recibirás subsidios suplementarios y habrá que pagar los gastos con las indemnizaciones corrientes? No sabes hasta qué punto está mal aquí todos con que no trabajes y cobres tu sueldo. Estoy huido de todo el mundo, no me rodan más que envidiosos. Haz el favor de ocuparte en seguida de la Caja de Socorros, porque me ha dicho la señora Pfahn que no pueden renovar el contrato si no me cuidan, ¿no? ... ten cuidado, no vayan a engañarte. Aquí hace mal tiempo, ¿y por qué?

"Sabes, te quiero tu Ana.

"Escribime en seguida lo que debo hacer de la chimenea o si quieres que espere a que vuelvas. Sale tanto humo que tengo los ojos irritados.

Con esta carta entre sus dedos cuidados por la manicura, Kringelein, profundamente pensativo, permaneció algunos minutos sentado al borde de su lecho; pero no pensaba en Frederisdorf, ni en su mujer, ni en la chimenea, ni en su crisis dolorosa y angustiada de la noche anterior. Pensaba... pensaba... en el axil de un que no se había mareado lo más mínimo; pensaba en la dulce sensación de orgullo y bravura que se había apoderado de él cuando al mirar un viaje muy cerrado el aparato, pudo él mirar sin desvanecerse a través de una ventana el mundo suspendido de través sobre su cabeza... — ¡Voy a levantarme en seguida y a ir a hablar con Preysing — se dijo, saltando de la cama con esa firme resolución.

No tenía más remedio que ajustar sus cuentas con Preysing, porque si no, todo lo que había él hecho no serviría para nada. Bañose, pues, Kringelein y empezó a alicilar a su nueva persona, a aquel Kringelein con camisa de seda, afeitado, enalbardado y plena conciencia de su actual elegancia. Con el corazón duro, apretado como un puño, se sentía el contable al abrir la puerta exterior del cuarto número 71 y llamar con los nudillos a la puerta interior, barnizada de blanco.

— ¡Adelante! — contestó Preysing, por pura y crápula rutina, porque no le gustaba que visitaran a un importante mientras desayunaba placidamente con la risueña "Llanita". Pero como había dicho: "¡Adelante!", abrióse la puerta, dando paso a Kringelein.

Se presentó pues, delante de Preysing, como si una explosión le hubiera lanzado hasta el segundo piso del "Grand Hotel" y se había venido volando adelante, en la habitación 71). Se había puesto su sombrero nuevo de fieltro de Florencia, nada más que por conservarlo sobre su cabeza y no se descubrió.

— Buenos días, señor Preysing — dijo, llevándose familiarmente dos dedos al ala de su flexible... — ¡Tengo que hablar con usted, señor director — dijo, porque él había entrado aquí — le interrogó con acritud, sin salir de su asombro al contemplar a aquel Kringelein vestido, con el sombrero encajuado, a aquel contador auxiliar de la oficina de los salarios, que se le aparecía como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

— ¡Llévate a la puerta y usted me ha contestado "adelante" — respondió el contador con una admirable lucidez... Tengo que hablarle y con su permiso me voy a sentar.

— ¡Síntese — dijo Preysing completamente desarmado, cuando el otro ya lo había hecho.

— Esta señorita me perdonará que la interrumpa — dijo para entusiar a Kringelein, con gran desvergüenza.

"Llanita" contestó amable y alegremente: — Este caballero y yo nos conocemos ya, so-



el borrador de una petición de socorros a la fábrica, pero aun no le recibido contestación sobre este punto. Esa gente no hace más que necerle a uno con esperanzas. Te escribo principalmente a causa de la chimenea, que no puede seguir como está. Binder ha estado aquí examinándola detenidamente y me ha dicho que está mal construida y que lo mismo pasa en todas las casas de la ciudad obrera, que tienen siempre algo que cojea. Ya que construyes mal las chimeneas, debían por lo menos darme el carbón, porque no hay que pagar la enorme cantidad de combustible que consumen. He hablado, pues, con Binder y me ha dicho que no podrá arreglarla por menos de catorce a quince marcos, pero luego nos economizaremos ese dinero en carbón. Claro que éste es un gasto considerable y quisiera que cuanto antes me dieras tu opinión sobre lo que vamos a hacer con la chimenea. No es posible vivir como estamos, ni podemos tampoco derrochar catorce marcos para este caso. He preguntado también a Kietzan, que es también inteligente en la materia, y cree que costará más de los catorce marcos, sin que pueda garantizarme que el consumo de carbón sea poco menor.

"Con este motivo he tenido que armar ruido en la fábrica, pues he ido a hablar, con Schriebes, aunque me ha costado mucho trabajo deci-

fuor director, por haber bailado juntos un lindo "fox-trot".

—Efectivamente —repuso Kringlein tendiendo para aclararse la voz y sintiendo en el cuello el latido de las arterias. Siguió un silencio.

—Bien, pero ¿qué dice se trata?, no puedo perder tiempo y tengo que dictar unas cartas urgentes a esta señoría, necesito finalmente el dictamen general de usted autoritario.

Sin embargo, Kringlein no se acuquió nada por ello, aun cuando así, al pronto, no encontrara un modo elegante para entrar en materia.

—Me ha escrito mi mujer que la chimenea ha vuelto a estropearse y que la fábrica se niega a pagar las reparaciones necesarias. Esto no puede tolerarse, porque las viviendas son de la fábrica y nosotros pagamos religiosamente nuestros alquileres, que se nos descuentan de los salarios. Por consiguiente, corresponde a la fábrica velar porque todo funcione bien en las casas de los empleados, para que no corramos el peligro de afiligranar, porque las chimeneas están ya obsoletas —dijo Kringlein a modo de exordio, pero Preysing respondió con un "ceño" y con la mayor calma posible:

—Ya sabe usted que nada de eso me incumbe. Si tiene usted que presentar alguna reclamación, diríjase a la oficina de construcciones. Es de una gran imperpetuidad venir a molestarme por una cosa así —dijo una pausa, y parecía que la frase terminaba allí; sin embargo, Preysing quiso agregar algo más y dijo:— Encima de que se les está construyendo una ciudad, en lugar de agradecerlo se muestran groseros. Es inaudito.

Aunque Preysing se había levantado, Kringlein continuó en su sitio.

—En fin, dejémos eso a un lado —dijo conciliador.— ¿A usted le parece que puede permitirme emplear palabras injuriosas? Pues, no señor, haga el favor de ser más conedido. Usted se considera un ser superior y no es más que un ser absolutamente vulgar, señor Preysing, aun cuando se haya casado con una rica —esté instalado en un hotel— es usted de una perfecta ordinariéz y de nadie se habla pero ni con más fundamento que de usted en la fábrica. Esta es la verdad y séjala usted de una vez.

—Me tiene sin cuidado; nada de eso me importa un comino. Márchese luego de aquí con viento fresco —dijo Preysing.

Sin embargo, Kringlein sentía en su ánimo una insuspechada reserva de fuerzas y como quería aliviar su alma del peso de sus veintiseis años de existencia subalterna y estaba cargado como un acumulador, no se movió de su sitio.

—Si que le interesa, y muchísimo, porque de otro modo no tenía usted que haberse casado con esas miserables espías, esos ruines aduladores, que le tiran de la levita, tales como su fiel amigo el señor Schriebs, y su otro compinche, el señor Kullenkamp, esa especie de celistas que dan la patada hacia abajo y encorvan la espalda hacia arriba. En cuanto algún empleado se retira tres minutos de su puesto, se le habla de usted de sus erizados como espías... eso sabe usted la fábrica. Y de lo que se refiere a nuestro trabajo, de eso no se habla, porque a nadie le importa que reventemos, para eso se nos paga. Usted no se preocupa de si podemos vivir como personas con sueldos tan mezquinos, porque tiene su auto, aunque a nosotros nos falta dinero para esos tacones de goma y esas botas de cuero, nos ha exprimido bastante y no, asimismo, a nadie le importa nuestra desmedida y miseria. El viejo Hannemann, atacado de cataratas después de llevar trabajando treinta y dos años en la fábrica, no recibe un "pfénig" de pensión.

Si Preysing hubiera sido el sombrío tirano que Kringlein representaba, habría estado en el empleado subalterno, le habría puesto inmediatamente en la puerta; pero como era un hombre bonachón y débil, en el fondo condescendiente a discutir,

—Se paga conforme a tarifa. Tenemos nuestra Caja de Retiros... —interrumpió con tono desabrido.— Y en cuanto a ese Hannemann no estoy al corriente del caso. ¿Quién es ese empleado?

—Valiente porquería con esas tarifas y esa caja —exclamó Kringlein.— Yo estuve en el hospital ocupando una cama de tercera clase y los cuatro días de operante pretendieron que comiera queso y salchichón; mi mujer presentó instancia tras instancia, sin que se me concediera ningún socorro; hasta tuve que pagar de mi bolsillo mi ambulancia a Micklenau. A un hombre sin estómago le dan queso. Luego, cuando llevaba cuatro semanas enfermo, me escribieron diciendo: "¿Por qué no se marcha a casa? ¡Ese carne me despidirá, ¿es o no cierto que me escribirá esa carta, señor Preysing, se acuerda usted, verdad?"

—No puedo acordarme de todas las cartas que dicto, pero, en fin, una fábrica no es un asilo de inválidos, ni un hospital, ni un seguro social, sino un lugar donde se hacen libros como enfermo y me lo encuentro aquí, viviendo como un príncipe, como un estafador de alto vuelo...

—Ahora mismo va usted a retirar esas palabras delate de esta señoría; le exijo que las retire inmediatamente, aquí mismo —gritó Kringlein.— ¿Qué le cree usted para injuriarme así? ¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho cree, acaso, una basura? Pues si lo soy, usted es otra mayor, señor director general, una basura mayor, sépalo bien, una basura, un inmundicia...

Los dos hombres se habían acercado el uno al otro, lanzándose miradas furiosas y comiéndoselas los ojos. Preysing se había puesto el rojo de ira, como una cereza, casi amarotado. Y grandes gotas de sudor perlaban su labio superior, afecado. Kringlein, a su vez, estaba livido, con su boca que parecía completamente exangüe y un violento temblor que le sacudía los codos, los hombros y todas sus articulaciones. "¿Qué me habla usted, afirmativamente, no, viniendo estrápidamente la cabeza hacia atrás, ¿quierda, como un gatito que juega con un ojo de hilo. Por lo demás, a pesar de la confusión que reinaba en las frases de Kringlein, había comprendido perfectamente su sentido... y estaba en un todo de acuerdo con él..."

—Sin duda no sabe usted nada de nuestra vida —exclamó Kringlein con los labios dilatados bajo el erizado bigote.— Nuestra existencia es desesperante; es como si hubiera que escalar un muro completamente liso, como si hubiera que pasar la vida encerrado en un sótano. Allí esperamos un año tras otro; primero, llegar a los 180 marcos, que después de otros cinco años se han vuelto en 180 marcos, luego seguimos arrastrando en 180 marcos, luego seguimos arrastrando en 180 marcos, luego seguimos arrastrando siempre. Después piensa uno: con el tiempo mejorará tu situación y podrás permitirtelo el lujo de tener un hijo... Pero, si, si... no hay tal, porque hasta tiene que renunciar a su perro, porque el sueldo no alcanza para mantenerlo; se espera a que vaque un puesto alzado, pero cuando se hacen méritos, reventando a trabajar en horas extraordinarias (que luego nos se cobran), para que otro se lleve ese puesto de 320 marcos, con vivencia familiar. Y todo eso ¿por qué? Porque el señor director general no sabe por dónde se anda en estos asuntos y si a algunos ascensos es a quienes no les merecen, el mismo Brohesmann, que me sorprendió, se ha jubilado en el mismo anda tan mezquino como mi júbilo, después de veinte años de servicios en la fábrica. Ni siquiera me felicito usted, ni a nadie se le ocurrió darme una gratificación. Allí estuve todo aquel día pegado a mi pupitre, esperando, pero nadie se movió y yo pensaba: "Es... no es posible, va verás como te están preparando una gran sorpresa, ¿cómo se van a olvidar de ti, después de écartos sirviendo tan mucho?" Dan las doce y nada... las seis de la tarde, y yo esperando siempre, con mi traje

de los dominos, que me había puesto. Volvíme a casa lleno de vergüenza delante de mi mujer y de Kampmann.

—Y, ¿qué tal? —me preguntó Kampmann—, ¿te han festejado bien? "Si" —respondí—, me pupitre estaba lleno de flores y me han dado quinientos marcos; el director general en persona me lo valudó como un discurso, diciéndome que sabía perfectamente que me había escrito en salir de la fábrica. Esto dije a Kampmann, para disimular la vergüenza. Seis semanas después, Brohesmann me llamó y me dijo:

—"Ahora me entero de que lleva usted trabajando veinte años en la fábrica, y la verdad, no lo habíamos tenido en cuenta. Vamos a ver, ¿qué le estamos dando? No me diga que no, pensar lo antes posible, ese es mi único deseo, para la vida de perros que llevo no es para otra cosa." Y entonces Brohesmann fue a ver al anciano señor, a su padre político de usted, que me subió el sueldo a cuatrocientos veinte marcos, a partir de fines de mayo, pero, a pesar de todo, usted sigue siendo tan miserable como antes. Entonces me juró que algún día tendría usted que oírme..."

Al principio Kringlein había hablado muy alto, pero su voz había ido debilitándose poco a poco, ganando en tristeza lo que perdía en volumen. Con las manos cruzadas a la espalda, Preysing se pasaba de un lado a otro por la habitación, estancado; cruzaba sus brazos bajo el peso del cuerpo; pero lo que más le irritaba era la presencia de "Llamita", que allí sentada escuchaba muy atenta, moviendo los ojos de un lado a otro. De pronto se detuvo delante de su interlocutor en ademán amenazador, acercando mucho su obeso vientre contra la americana, como si quisiera ahogarlo.

—En resumidas cuentas, ¿qué quiere usted de mí? Yo no le conozco a usted y usted entra aquí —dijo con su voz gangosa y fría—, tiene la insolencia de entrar aquí para soltarme un largo discurso comunista. ¿Qué me importa a mí su júbilo, ni usted mismo? Yo no puedo ocuparme de cada uno de los empleados de usted, cada uno de esos cosas más graves que en pensar. Yo tampoco voy sobre un lecho de rosas, ni mucho menos. Todos los que se distinguen por su capacidad o por su rendimiento, tienen buenos sueldos en la fábrica y hacen carrera. Los otros no me interesan, me usted tampoco; no me interesa lo más mínimo, no lo conozco a usted. Y basta ya, que estoy cansado de oírle..."

—¡Ah, sí! ¿Conque no me conoce usted? Pues yo sí que le conozco perfectamente desde que llegó a Fredersdorf de meritório y vivía en la trastienda del zapatero, y, por cierto, que siempre quedaba debiendo en casa de mi suegro la fábrica y el salchichón. Tómese buena nota del día en que yo le dije el primero de la saludar, señor Preysing, y el que comencé a hacer el amor a las hijas del vicío. He llevado una contabilidad regular y completa de sus hechos, señor Preysing, en la que no he olvidado ni omitido nada. Y si cualquiera de nosotros hiciera una mínima parte de lo que ha hecho usted, ¿cuánto tiempo le le habrían puesto en la guerra. Y cuando me dejó orgulloso y arrogancia con que atravesaba usted el corredor y se ganara de mirar a las gentes sin verlas, como si no fuéramos seres humanos. Y cuando, en 1912, por primera vez me casé, cometi un error en mis libros (un descubrimiento de trececientos diez marcos), me puso usted como trapo viejo. ¿Cómo voy a poder olvidar jamás. ¿Y los ochocientos obreros que me habrían puesto en la cárcel, si usted y yo hubiéramos matado a un obrero? Y cuando va usted en su auto y deja usted bien abierto el escape para que nosotros respiremos el peor aire posible, debe usted creerse que es algo; pero se lo repito...

Kringlein desbarbaba, mezclando todas las pruebas y todo el odio de veintiseis años, las causas importantes y las parvas, las verdades y la fantasía, las realidades y los chismes de la oficina. Y lo que había proferido, en esa

habitación del hotel, no era en suma más que la queja airada de un hombre dolido y desgraciado, contra un hombre que había hecho un camino llanamente, aunque con el alma atormentada... una protesta sincera e injusta y absolutamente ilegítima. Preysing, por su parte, no estaba por completo de juzgar un corazón humano, fué encolerizándose cada vez más, y cuando Kringlein habló de las deudas contradas ante él el oscuro tenducho de Sauerkatz, sintió que el vértigo se apoderaba de él y creyó, irracionado, que le había asaltado; oía presentir propia acusación, fúrgamente, por su garriga; todo lo vió rojo y confuso, a tal extremo se le inyectaron en sangre las venas de los ojos. Luego, dando dos pasos hacia Kringlein y agarrándole por el chaleco, lo zamarzó violentamente, como a un pelele. El sombrero nuevo de Kringlein cayó al suelo. Preysing lo aplastó con los pies, como hubiera aplastado a un animal. Pero, cosa singular, Kringlein sintió un vivo placer ante esa manifestación de brutalidad: "Pega, pega a un hombre sin defensa, a un hombre gravemente enfermo, a las puertas de la muerte, que eso te honra..." pensó casi satisfecho. Detrás del servicio de té del hotel, allí, sobre la mesita, "Lamita" miraba para sí:

—No, esto no, Preysing, arrojó a Kringlein contra la pared y abrió con violencia la puerta:

—Basta —gritó—, no quiero oírle más; salga inmediatamente de aquí. Se le despedirá a usted; soy yo quien lo despide. Desde este momento queda usted despedido, ¿me oye usted?...

Con el rostro blanco como su camisa, Kringlein, que había recogido su sombrero, se quedó parado entre las dobles puertas; la interior estaba ya abierta, pero seguía cerrada la otra, y mientras apovaba su espalda temblorosa cubierta de sudor contra la madera barnizada de blanco, se echó a reír a carcajadas en pleno rostro frenético de Preysing.

—¿Me despide usted, me amenaza? Y no sabe que no puede despedirme, que no puede hacer absolutamente nada contra mí, señor Preysing. ¿Sabe, lo que se dice nada, porque estoy enfermo, enfermo de muerte a breve plazo, ¿me entiende? Dentro de algunas semanas habré terminado y nadie podrá ya nada contra mí. Me moriré antes de que usted me haya despedido —gritó sacudido por la risa, mientras un agua pizante le subía a los ojos. Allí, en el fondo de la habitación, "Lamita" se levantó del sofá, inclinándose hacia adelante, Preysing se inclinó también, dejando caer sus manos y metiéndolas en los bolsillos del pantalón.

—Pero este hombre está loco —se dijo en voz baja— y hasta me parece que se rie. ¡Vámonos! Que se alegre de tener cerca la muerte. ¿Pero está usted en su juicio?

A estas palabras, Kringlein se puso súbitamente serio y pensativo, perdiendo algo de su energía. Aun siguió algún tiempo de pie, entre las puertas, mirando la estancia con mirada vaga y circular; la silueta de "Lamita", iluminada por un rayo de sol, cerca de la ventana; el corpulento director general, assegado ya, con las manos en el bolsillo del pantalón; la perspectiva por la puerta abierta de la alcoba y el cuarto de baño contiguo, todo esto, se le apareció trémulo y confuso a través de las inportunas lágrimas que velaban los ojos del enternecido Kringlein. Se le había caído su sombrero. Preysing recorrió tres veces la habitación de "Lamita":

—Le ruego me perdone esta molestia —dijo con su voz bien timbrada y agradable.

Preysing, cuya conciencia de haber estado no se sentía muy tranquila, interpretó estas palabras como una grosera y baja ofensa a su persona y, sacando los puños de sus bolsillos.

—Márchese inmediatamente —le dijo tan sólo; pero Kringlein había ya desaparecido.

Preysing recorrió tres veces la habitación de punta a punta; hinchábanse las venas de su

frete y su rostro aparecía completamente congestionado.

—¿Y ahora, qué? —preguntó "Lamita", a tiempo que el director general corría hacia la puerta y, abriéndola con fuerza, exclamó en el silencioso corredor, gritando como un elefante encolerizado:

—Ya le encontraremos a usted, descútese, que ya se le vigilará y veremos de donde ha robado el dinero que está gastando en zanjear aquí, ¡Comunista, granuja, insolente, canal!, mandaré que le detengan...

Pero Kringlein ya no estaba visible y no podía oír nada.

—En todo caso es un pobrecillo, que ha acabado por llorar —dijo de guisa de conclusión "Lamita", que había permanecido durante toda la escena sin despegar los labios.

—No te saques las medias, que son muy lindas —dijo Preysing sentado en la *chaise longue* del cuarto de "Lamita", número 72.

—No me responda "Lamita", no me gusta tenerlo puesto, porque no puedo pasarme a más anchas por la habitación con zapatos y medias...

A la luz de la lamparita de la cama, su cuerpo resplandecía, presentando sombras rojizas sobre el oro mate de sus crenchas. En las rodillas y en la espalda, la piel tersa y abombada presentaba ligeros reflejos. Sentíase azapato, se quitó sus flamantes medias de seda, arrollándolas cuidadosamente, con un gesto de seria preocupación. Cuando se inclinaba, le daba la luz de lleno en el busto y en su espalda, sus vértebras jugaban libremente. Preysing deleitábase en la contemplación de este desnudo.

—Eres exquisita musculatura, pero sin llegar a levantarse de su inómodo asiento...

Por encima del hombro "Lamita" le hizo un amable guiño para animarle. Llevó luego sus medias hasta la silla donde había puesto el vestido y, con interior (una sombra de ropa, de crespon de China), pliegándolo todo con la minuciosidad de una coleguila muy formal.

Preysing, levantándose al fin, se acercó a ella extendiendo su índice, en el que crecía un mechoncito de vello claro, tocó la espalda de "Lamita", con tanta precaución como hubiera hecho con un animal extraño, salvaje y peligroso. La muchacha sonreía.

—¿Entonces, qué? —dijo amablemente, aunque algo nervioso e impaciente, porque estaba dispuesta por su parte a cumplir puntualmente las cláusulas del contrato verbal a que se había comprometido.

En resolución, una persona formal no podía aceptar mil marcos y un viaje a Inglaterra y un nuevo abrigo y varios accesorios, sin ofrecer algo en cambio. Pero ese director general era tan corto y paguezco, que ya era la segunda noche que revoloteaba alrededor de ella (por lo menos así calificaba "Lamita" la corte timida y contenida que le hacía Preysing), y la cosa no podía serle más desagradable. Era como si le estuviera empujando una muña un dentista, un poco diestro. Hubiera querido haber pasado ya lo más difícil, pero aquello se alargaba y se alargaba, y como no se le veía el fin, le crecían los nervios. Retrocedió ligeramente su espalda para acercarla a la mano de Preysing, pero el índice meloso de éste había vuelto a meterse en el bolsillo del chaleco, donde al lado de la estilográfica, estaba descansando de su audaz aventura. "Lamita" suspiró, volviéndose para colocarse frente al director general. La perfección de su desnudo le llenó a un tiempo de entusiasmo y timidez.

—Al fin te voy; ahora puedo contemplarte a mi sabor —dijo emocionado.

El cuerpo de "Lamita" respiraba tal candor, en su lozanía y limpieza, que el director general sintió más ansiedad que delirio.

—¿Qué bella eres!... No eres así en la foto

de la revista —dijo con un dejo de desencanto.

—¿Pues, cómo? ¿Cómo era en la foto y cómo soy aquí?

—Allí eres más sugestiva, tenías un sabor más picante, ¿comprendes?...

"Lamita" comprendió, dándose cuenta de la desilusión de Preysing ante la falta, pura y del desmoro de la vida que él había nacer en ese burgues de sangre gorda y hastiada de aventuras... Pero ella no podía remediarlo. "Soy como soy" —pensó, y dijo luego:

—Sí, cuando la retratan a una, la obligan a hacer toda clase de visajes y monadas, y luego vienen abundantes retoques del fotógrafo. ¿De modo que la foto le gustaba, a usted más que el original?

—¿Qué cosas tienes. Tú eres exquisita —repitió Preysing, cuyo vocabulario amoroso era muy restringido—. Pero veo que no quieres tutearme, ¿por qué?

La muchacha volvió resueltamente la cabeza.

—No, es no.

—¿Que no? ¿Por qué no?

—Pues no puedo hacerlo y no lo hago. Usted, para mí, es un desconocido, ¿verdad? ¿Y cómo quiere que le trate de tú? Pero fuera de esto, estoy completamente dispuesta a darle el gusto en todo, menos en lo del tuteo.

—¿Qué criatura más original eres, "Lamita" —dijo Preysing, mirándole la piel desnuda y la boca pintada—. No sé cómo entenderle.

—¿Pues no tiene nada de particular que piense como pienso —repuso "Lamita" sin ceder en su terquedad, porque no carecía de cierta clase de pudor.

Luego, trató de explicarse:

—Estoy dispuesta a irme con usted a Inglaterra, y a todo lo demás; pero luego, tiene que concluir todo, no dejar huellas, y el tuteo, si siempre me deja alguna. Si dentro de seis meses me lo encuentro a usted por ahí le diré: "Buenos días, señor director general", y usted dirá: "Es mi secretaria, esa muchacha que llevé conmigo a Manchester". Esto es correcto, pero decir: "Tú...". Qué poco le gustaría a usted que le encontrara con su mujer y le dijese:

—¿Efecto, al oír este apostrofe, el director general tuvo un sobresalto. No faltaba más sino que ahora vinieran, en tan crítico momento, a recordarle a su mujer. El sentimiento de la fruta prohibida, del pecado, del adulterio, de la depravación, no sufrió con ello ningún golpe, pues, como un río de lava, corría por sus arterias de cincuenta años bien alimentado, en el que la extenuada presión sanguínea hacía presigir la arterioesclerosis. Sentíase sobre la silla más próxima y suspiró. La silla suspiró también, porque el pesado cuerpo de Preysing hacía siempre crujir los pisos, chascar los muebles y rechinar las puertas. Extendiendo las manos en un acceso de enardecido dolor, se le paró a la altura de la delicada curva del nacimiento de sus caderas y, en lugar de la carne fofa que esperaba encontrar, las palmas de sus manos ávidas tocaron con sorpresa una carne apretada, dura y elástica, como bandas estradas de goma. Preysing atrajo a "Lamita" hacia sí, para sentarla sobre sus rodillas separadas que, a pesar de los grandes esfuerzos que hacía por evitar, se temblaban como azogadas.

—Todas tenéis musculatura, como si fuerais hombres —murmuró turbado.

—¿Cómo todas?

—Sí, tú y todas las demás mujeres que conozco... —respondió Preysing, pensando en sus hijas Babe y Pepsine, cuando se ponían los trajes de baño.

"Lamita" que empezaba a sentir frío y se encontraba ya a gusto con el calor que se desprendía del cuerpo de Preysing, dejó el "usted" refrigerante para emplear una fórmula intermedia.

—Vaya, vaya, ¿conque el señor director conoce a las mujeres? —dijo, parándose a Preysing las manos por el pelo, que el peluquero había cortado la víspera, a la moda de la gran

ciudad y perfumado agradablemente. ("En fin, no parece que se pone mal la cosa" — pensó "Llamita" en ese momento).

— ¡Claro que conozco mejor, qué te habías figurado!; uno es de las manos, y a un pedo rivalizar con los pollos del té de las cinco. Toca, toca, verás qué fuerte soy — dijo Preysing, haciendo salir sus bíceps.

Sentíase también arrastrado ya por aquel maravilloso impulso glorioso y embriagador, que se había apoderado de él al terminar la conferencia coronada por el éxito, lanzándole a esta increíble aventura.

— Mira qué vigoroso soy, mira qué duro y qué fuerte — repetía tendiendo su brazo delante de "Llamita", que acabó por darle gusto, tocándole los músculos y, efectivamente, sintió bajo sus dedos un bíceps durísimo y desarrollado.

— ¡Oh!... — dijo "Llamita" con respeto — son de hierro.

Levándose de las rodillas poco confortables de Preysing, retrocediendo algunos pasos, y luego, cruzando las manos por detrás de la cabeza, miró largamente al director general entrecerrando sus ojos; en las axilas de "Llamita" brillaban los minus rísculos tenues y dorados que en su frente. Preysing sintió de pronto que de la cabeza de su camisa se le estrechaban por momentos.

— ¿Vas a ser buena conmigo? — murmuró con voz muy apagada.

— ¡Oh, sí! Ya lo creo — respondió "Llamita" con amable gentileza.

Un momento después el director general se acercaba más a ella, como un hombre que hubiera roto sus ataduras, atravesando murallas. Se cogió un hombre que se hubiera escapado de su prisión. Hubo lejos de sí mismo este Preysing tan correcto, tan concienzudo, tan equilibrado... se lanzaba como un cohete, para caer entre los brazos de "Llamita".

— ¡Al fin! — pensó la muchacha, algo comovida por el abandono, la ansiedad y la pasión que observaba en persona de Preysing, cuyo cuello rodó con sus brazos.

El lus sintió cerrarse en derredor suyo, como dos olas calientes en las que se dejó ahogar, en tanto que, ante sus ojos, cerrados, giraban en confuso tropel formularios, telegramas, incontables formularios, primero de un color rojo oscuro y luego amarillos, pero que acabaron por desaparecer cuando su boca saboreó el gusto a violetas de la boca pintada de "Llamita".

La noche ya estaba muy avanzada. Una vibración melódica atravesaba todos los muros del "Grand Hotel", donde ardía la música de baile en el pabellón anexo. Hacía más de una hora que el portero Senf había entregado la portería a la guardia del portero de noche. El doctor Oterschlag se había metido en su cuarto, donde, con los ojos cerrados y la boca abierta, descansaba sobre su lecho; dijérase una monja borracha. Su saquito de mano estaba allí, descolgado para el viaje definitivo, pero esa noche no había podido tomar todavía la resolución necesaria, para cumplir las últimas formalidades. En el número 68, una máquina de escribir tecleaba obstinadamente: el representante de la sociedad americana de películas cinematográficas había establecido allí su cuartel general, y sobre el mismo lecho de cobre, en que la Grusinskaja, viviera su noche de amor, había descolgado largas tiras de celuloide, que el americano examinaba, al mismo tiempo que despachaba su correspondencia comercial. El timbreco de la máquina de escribir llegaba hasta el número 70, donde Kringlein, sentado en su baño, se entretiene observando los juegos de una pastilla de jabón que flotaba sobre el agua, chocando contra el enorme blanco de la alfombra. El color estaba triste, en medio de su tristeza, cantaba a media voz, tímida, te, para darse ánimos. Cantaba en su bañera como un niño en el bosque. La jornada había

sido muy mala y llena de decepciones. Su explicación con Preysing le había gastado muchas fuerzas, dejándole agotado y convulso, y, lo que era peor, aún le quedaba el dolor de cabeza. Numerosa aquella fuente de energía, aquel hogar de calor, aquel hombre lleno de resolución y de valor, con el que había rodado a ciento veinte kilómetros por hora... Gaigern, había desaparecido. En su baño caliente, que mitigaba los dolores del contador, sentía éste la impresión de haber ya leído y vuelto la última página de su vida, y que todo el libro había ya terminado definitivamente e irremisiblemente.

Deslizándose a lo largo de la escalera, Karl Nipse, el mozo número 18, subía, se paraba, seguía subiendo, volvía a pararse y a subir de nuevo. Un círculo negro rodeaba sus ojos, como si se los hubiera pintado. Se trago la saliva: sufría de esa sensación de hambre nerviosa de la que padece casi todo el personal de los hoteles. Vivía en una calleja miserable, en un patio, y de ese cuchitril es de donde salía todas las mañanas para prestar su servicio en el "hall" del hotel, con sus colonnatas, sus tapices y su fuente veneciana, y después de terminado su servicio volvía a su sombría vida de proletario. A pesar de sus dieciocho años y de ser todavía un pipilo, tenía una amiguita, su presunta novia, cuyas exigencias no podía él satisfacer con sus escasos recursos. Por entonces es cuando se encontró la pitillera de oro en el jardín de invierno y durante cuatro días la guardó cuidadosamente en su escondrijo, haciéndose así casi culpable de un robo. Al fin da con un medio de salir del apuro: devolvérsela a su dueño, diciéndole que se la ha encontrado. Con el corazón palpitante se paró ante la puerta del número 66, quitándose el kapis, lo que instantáneamente dio individualidad a su rostro de carácter impersonal. Sus buenos siete minutos pasaría ante la puerta, dominando la emoción que le embargaba, hasta que se decidió a llamar.

Algunos Karl Nipse habían de pasar antes al baño Gaigern recordando la hora a la habitación, y, sin embargo, nadie respondió allí dentro. Vaciló un momento hasta que, cobrando ánimos, abrió la puerta exterior y dio con los nudillos en la del cuarto. Colgado entre ambas puertas pendían el "smoking" del barón, en espera de que lo limpiara el criado. Volvió a llamar el muchacho, y nada; espasmo, volvió a llamar, nadie contestó. Por fin abrió la puerta interior y vio que estaba vacía. Karl, que tenía ya alguna experiencia del mundo, echó a reír maliciosamente, y se puso a silbar quedo, dejando sobre la mesa la pitillera. En la habitación reinaba un orden completo. Estaba encendida la lámpara y el aire estaba singularmente fresco, sin esa atmósfera húmeda de la noche que allí se respiraba un ambiente agradablemente saturado de mentol, de lavanda, de cigarrillos turcos y de lilas blancas puestas en un florero con agua. Sobre el escritorio se veía la fotografía de un náufrago. En medio del cuarto dormían las zapatillas de Gaigern, con una expresión de fidelidad y contento de sí mismas. Impresionado, el barón, giró en el segundo momento aquellos elusivos de un joven elegante y se puso a pensar hasta que, de pronto, con un ligero latido de su corazón, volvió a coger la pitillera y metiéndosela entre la americana y la canchala salió sin hacer ruido.

Pasó rápidamente ante la puerta del pequeño cuarto de servicio, donde estaba sentada una camarera escribiendo una lista, y se dirigió al baño, donde se encontraba un ambiente de calma; más allá la hélice diminuta de un ventilador. En el pabellón amarillo bailaban un tango.

Un vaso son de música llegaba hasta el número 72 — la costosa habitación de dos cuartos que el director general había alquilado para su secretaria.

Sumergido en el singular perfume de violetas del perfume de baño, Preysing dijo, incorporándose de pronto:

— ¡Escucha...

— ¡Sí, hace ya tiempo que lo estoy oyendo, es

la música y me gusta mucho cuando la oigo así, desde lejos — repuso "Llamita".

— No, no es la música, ¿no has oído alguna otra vez cuando Preysing, que es un hombre tan semejante descompuerto se había sentado al borde de la cama, aguzando el oído con las reconcentrada atención, que tenía las cejas fruncidas y la frente surcada por una compleja red de arrugas, que los negocios complicados de su vida habían ido marcando año tras año — No es sólo la música lo que yo oigo, hay algo más — agregó ahora Karl Nipse.

— ¿Qué será? ¿Dónde lo has oído? — murmuró "Llamita", con los ojos vencidos de sueño tendió impaciente la mano hacia la cabeza de Preysing.

— ¡Alguien anda en mi cuarto — insistió el director, elevando los ojos en la puerta del cuarto de baño, que se había dejado abierto.

— ¿Y también oigo así ahora — dijo "Llamita", poniéndole a su amigo la mano sobre el brazo izquierdo del chaleco—. Siento latir tu corazón con toda claridad, tic-tac, tic-tac...

Y, efectivamente, el corazón de Preysing estaba en su ancho pecho un ruido insolito, impeliendo la sangre con latidos rápidos y cortados. Seguía aquí observando atentamente la puerta abierta, pero, cuando se reflejaba en la oscura estancia la claridad rosada de la lámpara de la cabecera del lecho.

— Déjame, voy a ver qué es... — y apartándose de su cuerpo las manos de "Llamita", salió del lecho haciéndole rechinar.

"Llamita" encogióse de hombros, mientras él en tres zancadas, desaparecía detrás de la puerta del cuarto de baño.

Normalmente, esa pueterica de madera blanca y una sola hoja tenía que estar cerrada. Separaba el cuarto del director de su secretaria. La administración del hotel no había hecho nada para que esa clausura desapareciera, por el contrario, como tenía picaporte, una vez cerrada la puerta, se podía abrir. Pero Preysing, valiéndose de una especie de palanquilla, que por una costumbre adquirida en la fábrica llevaba siempre consigo, había abierto esa puerta condenada, y así, aquella misma noche, abandonando su cuarto, en el que reinaba un orden minucioso con el calzado en sus fundas, los cuellos puestos en su caja, las esponjas en sus esponjones, frunció la pueterica forzada, metiéndose de cabeza en la inmensidad sin orillas de su improvisada aventura...

Atravesó rápidamente el cuarto de baño, que estaba a oscuras. Caía el agua gota a gota en la bañera. El salicorno contigo se hallaba igualmente a oscuras, sin que se oyera en él ningún ruido sospechoso. Preysing se detuvo un momento, buscando en vano el conmutador, y tuvo que encender a tientas, hacia la puerta cerrada de su dormitorio. De pronto se quedó inmóvil, como clavado a la tierra, y con la respiración anhelante. Se acordaba perfectamente de haber dejado apagada la luz de su dormitorio y, sin embargo, ahora estaba encendida. Pasaba bajo la puerta un estrecho filido de claridad que llegaba hasta los pies de Preysing, pero esto sólo duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie, esperaba algo muy desagradable, pero aún duró un momento, porque se apagó en seguida. Todavía permaneció algunos segundos plantado en medio de la habitación, con los ojos fijos en el lugar donde el luz luminosa que acababa de ver había seguido la oscuridad. La penumbra del hotel, en cuya fachada lucían reflectores, lámparas de arco y anuncios luminosos. Allí, de pie,

a la mente en tropel al director, hasta que se determinó a abrir bruscamente la puerta del dormitorio.

Estaba el interior oscuro y silencioso, allí no había nadie, no se oía a nadie, si bien es verdad que tampoco se oía la respiración de Preysing.

Retrocedió marchando a tientas hacia la puerta hasta encontrar el conmutador y dar la luz; pero inmediatamente después, el cuarto volvió a quedar en tinieblas; la luz no había durado más que un abrir y cerrar de ojos, y en ese relampago el director no había podido divisar absolutamente nada. Transcurrió luego un segundo lleno de mortal ansiedad. El cerebro de Preysing trabajaba activamente en medio de una gran luzidez y a una velocidad vertiginosa. "Debe haber otro conmutador en la puerta que al corredor — pensó aquel cerebro excitado — y claro, ahí afuera hay un individuo que apaga cuando yo enciendo..."

¿Quién está ahí? — preguntó en voz tan alta y tónica que le asustó.

Nadie contestó. Preysing, avanzando entonces, tropezó en su camino con el escritorio, que al chocar contra su espinaza le hizo ver las estrellas, y encendió la lámpara de la mesa, con lo cual pudo ya registrar la habitación con una rápida ojeada.

Y allí, junto al armario, cerca de la puerta que daba al corredor, estaba de pie un individuo, un hombre, un señor con pijama de seda. No era el empleado... Preysing le reconoció perfectamente a la claridad veridosa de la lámpara; era el otro buen mozo, el apuesto joven del hall, el mismo que en el pabellón amarillo había bailado con "Llamita". Manteniese erguido junto al dintel de la puerta y sonreía, aunque más bien con un gesto equivoco en aquel cuarto de hotel que no era el suyo.

—¿Qué hace usted aquí? — le interrogó Preysing con voz seca y engolada, pues tenía la boca como un espanto. Los latidos de su corazón le asustaban; por las rodillas y las yemas de los dedos le hormigueaba la sangre.

—Dispense usted — dijo el barón. Gaigern —, debo haberme equivocado de puerta...

—¿Que se ha equivocado?... Vamos, hombre, a otro perro con ese hueso. Ahora mismo vamos a ver si... — dijo Preysing roncamente, marchando en torno al escritorio, y como una bestia enfurecida avanzó con gesto amenazador sin ver otra cosa ante sus ojos que una nube de sangre; sin embargo, de improviso, y como por sortilegio, tuvo la visión perfectamente definida de que su cartera había desaparecido, ya que estaba sobre el escritorio, donde él, con su habitual minuciosidad, la había dejado poco antes de pasar al otro cuarto a reunirse con "Lla. mita". Sonó en su interior el eco de sus últimas palabras: "Ahora mismo vamos a ver si se ha equivocado usted de puerta..." Y dando un salto lanzóse sobre Gaigern.

En ese mismo instante el barón le recibió con el brazo derecho tendido horizontalmente delante de sí, apuntándole a la cabeza.

Al menor movimiento que hacia usted, disparo — dijo muy quedo y, en un momento de espanto, Preysing vio la boca negra de un revólver.

—¡Sí, eh! ¿Quiéres disparar? — aulló, e inconscientemente de lo que hacía así lo primero que halló a mano. Sintió luego que su mano blandía un objeto pesado, y poniendo todo ese peso en el golpe que iba a asestar, lo descargó soltando la cabeza del hombre; el crujido seco de aquel cráneo roto repercutió como un choque en el brazo de Preysing.

Por un momento siguió el barón en pie delante de él, con una expresión de asombro en el semblante; luego se doblaron sus rodillas, empezó a tambalearse y se vino a tierra, tropezando primeramente con la maleta que allí, junto a la puerta, estaba sobre el portaequipajes, luego sobre el piso, y por fin, en el silencio que siguió al estrépito de la caída, quedó tendido e inmóvil boca abajo.

—¿Conque querías tirar, eh? Pues ya te he dado lo tuyo — dijo entonces Preysing.

Se recobraba de su acceso de furor y de miedo, que se vuelve a la superficie de un torrente, y el aire le entraba a oleadas en la garganta.

—Ya te he dado lo tuyo... — repetiría a aquel hombre tendido allí con un largo y seco, pero lo decía cada vez más dulcemente, con una punta de disculpas y reproche. El hombre no rompía el mutismo. Preysing se inclinó sobre él, pero sin tocarle.

—Oiga usted, ¿qué tiene? Conteste, ¿qué le pasa? — le interrogó a media voz, al mismo tiempo que oía la música del pabellón amarillo y otra vez los latidos de su corazón y hasta el monótono pon, pon, pon, de las gotas de agua que caían en la bañera.

Pero el hombre allí tendido seguía silencioso.

Preysing se volvió, pues ahora se daba cuenta del objeto que tenía en la mano, con el que había golpeado a Gaigern: era el punto



ZANGANOS "QUIMICOS"

Se comprobó que si a los abejas reinas, que no han sido fecundadas, se les somete a la acción anestésica del anhídrido carbónico, ponen huevos de los que luego nacerán zanganos.

de bronce, con su águila de alas desplegadas. Vió también sus dedos y el forro de su americana — no grandes manchas de tinta. Pero, sin hacer ruido, el tintero sobre el escritorio, y sacando su pañuelo, se secó las manos cuidadosamente. Entonces volviéndose hacia el hombre que yacía en el suelo.

—Está desmayado — se dijo a media voz.

Mas, cuando se arrojó al lado de Gaigern y oyó la madera del piso crujir bajo el peso de su persona, con un ruido claro y sorprendente, sintió confusa y turbiamiento como si se ahogara.

"Haré que lo detengan", pensó, pero se hallaba demasiado excitado para llamar a la gente del Hotel. Le disgustaba enormemente ver a aquel hombre allí tendido, el rostro contra el piso, el cuello como roto y los brazos en cruz. Buscó en vano el revólver sobre el tapiz. En aquella habitación, llena un momento antes del estrépito de la caída vacilante de un cuerpo, reinaba ya un silencio obsesante. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, Preysing tomó al hombre por las espaldas, para acostarle más confortablemente, poniéndole boca arriba.

Vió entonces los ojos de Gaigern que esta-

ban muy abiertos, apérechidos de que aquel cuerpo no respiraba.

—¿Qué ha ocurrido, pues, — murmuraba —, ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

Y un número incontable de veces se hizo esta pregunta en su mente vacía e inconsciente. Permanecía agachado sobre el tapiz, al lado del hombre asesinado, intentando descubrir...

—¿Pero qué ha pasado, qué ha pasado aquí?

Gaigern, atento hasta en la muerte, le escuchaba con una sonrisa en su rostro. Ya no existía, ya había abandonado el "Grand Hotel"... había huido, sin que pudiera alcanzarle... Pero sus manos seguían aún calientes, mientras él, con los ojos cerrados, con los ojos abiertos, sobre el piso del cuarto número 7...

La luz verde de la lámpara del escritorio, iluminaba su hermoso rostro de correctas facciones, sobre el que había quedado fija una expresión de infinito asombro...

Así estaban cuando "Llamita" los encontró, al cabo de un momento de hora, porque al ver que Preysing no volvía, salió por la puerrecilla de escape, para ver dónde estaba. Entró descalza en el cuarto y paróse sobre el umbral, guiñando los ojos.

—¿Pero qué pasa aquí? ¿Con quién hablaba usted? ¿Se ha puesto enfermo? — dijo tratando de vislumbrar en la oscuridad.

Preysing quis responderle por tres veces, y hasta la cuarta no pudo articular ningún sonido.

—¡Sí, algo ha ocurrido — dijo por fin Preysing, con una voz que nadie en Fredersdorf hubiera reconocido.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? ¿Está esto tan oscuro?... exclamó "Llamita", presidiendo la luz del techón. Oh! — murmuró, evidentemente "Llamita" cubrió el rostro de Gaigern. No fue más que un pequeño grito de dolor, muy corto.

Preysing levantó los ojos hacia ella.

—Ha querido disparar sobre mí y lo le di un golpe... — murmuró —. Hay que llamar a la policía...

"Llamita" inclinóse sobre Gaigern.

—Vive, vive todavía — dijo en voz baja, en tono algo tranquilizador y, cándidamente, pensó para sus adentros: "Está muerto, qué pena, tan amable y simpático como era", e hizo un gesto como para extender la mano.

—No debemos tocar nada antes de que venga la policía — dijo Preysing con perfecta luzidez y en voz alta.

Fue entonces cuando "Llamita" comprendió lo que había acontecido allí.

—¡Oh! — repitió.

Y retrocediendo, sintió que un vértigo se apoderaba de ella y que todo le daba vueltas en la cabeza y parecían venírsele las paredes encima. Antes de caer desmayada, prefirió salir corriendo, y hubo de allí, tropezando y pasando puertas y puertas, un sinfín de puertas... "¡Socorro! ¡Socorro!", exclamaba en voz baja; todas las puertas vibraron, pero siguieron cerradas. Tan sólo una se abrió.

"Llamita" la vio abrirse y después ya no vió nada.

Suena a veces tal estrépito en el corredor del "Grand Hotel", que los viajeros llegan a protestar del ruido; el ascensor sube y baja con ruidos, los niños rompen en escaleras, los ruidos de los teléfonos; los viajeros ríen bulliciosamente al pasar, silban, cierran las puertas con ruido; al extremo del corredor, dos camareras disputan casi en voz alta y siempre que uno se encamina a los tocadores, es seguro que encontrará en el camino ocho personas por lo menos. Sin embargo, también, hay otros momentos del día en los que el corredor es desierto; entonces, aunque se pida socorro, nadie acude.

Sin embargo, Kringlein, que no podía dormirse porque esperaba angustiada el despertar de sus dolores de estómago; Kringlein, al que sus dolencias y su cercano peligro de muerte

le habían dejado en los huecos y afinado el oído, oyó las débiles y plañideras llamadas de "Llamita", que corría como loca por el corredor. Y no se hizo el dormido (como ocurrió en el cuarto contiguo con el hombre de las películas, el americano del número 68); antes al contrario, saltando precipitadamente de la cama abrió la puerta.

Un instante después, prodújose el milagro que había de completar y dejar terminada su vida...

Fa efecto, en momento después, Kringlein vió la desnudez íntima y perfecta de "Llamita" vacilar hacia él y caer pesadamente entre sus brazos, extendidos, donde quedó inmóvil.

Kringlein no perdió por eso la cabeza, ni sus fuerzas le abandonaron tampoco bajo el peso de la desmayada joven. Y aunque ese cuerpo aterciopelado y caliente, abandonado sin defensa entre sus manos, le llenara de igual, terror delicioso y de una emoción sin igual, tan aguda y placentera, hizo una serie de cosas sumamente sensatas. Levantó en sus brazos a "Llamita" y fué a depositarla sobre el lecho. Cerró luego las dos puertas que daban al corredor y respiró profundamente, pues su corazón atrojaba con densísima fuerza, como a través de su carne. De la mano que le colgaba a "Llamita", cayó un objeto al suelo; era un zapato azul, algo gastado y de taeo alto, que había estrechado hasta entonces contra su desnudo pecho. Lo había llevado consigo como si quisiera salvarle de un incendio u otra catástrofe que solamente le hubiera dejado esa prenda.

Kringlein asió la mano de "Llamita" y la colocó suavemente sobre la cama, junto al cuerpo de la muchacha. Pasó la mirada por todo el cuarto, y al ver el bálsamo de vida de Hont, echó algunas gotas sobre los labios de la joven. Pero ésta continuaba profundamente desvanecida y no podía beber, tan sólo un ligero temblor acusaba su vida. No obstante, respiraba normalmente y a cada una de sus profundas aspiraciones, los rictos de sus doradas crenchas alzaban suavemente sobre la almohada, para caer otra vez en seguida.

Kringlein corrió al cuarto de baño, y mojado una toalla en agua fría, echó sobre ella un chorro de vinagre aromático (era que desde la espera el cuerpo de Kringlein poseía un frasco de ese vinagre), volviendo al lado de "Llamita". Con mucho tiento y delicadeza, pasó la toalla sobre el rostro y la frente, y queriendo luego descubrir con su mano los latidos de su corazón, pudo sentirlos bajo la redondez morbida de su seno. Aplicó el trapo mojado y fresco sobre el lado izquierdo de su busto, y luego pasó a esperar de pie junto a la cama.

Ignoraba el condador que mientras estaba contemplando a la muchacha, su semblante había tomado una extraordinaria expresión de tímida e ilimitada sorpresa. Ignoraba que, bajo su bigote, florecía la sonrisa juvenil de un chico de die-siete años y, acaso ignorara, también, que exactamente en aquel momento fué cuando él realmente vivió, positiva y verdaderamente, lo que se llama vivir. Pero, si sabía una cosa: que la sensación que le agahaba con un ardor casi doloroso (aquella sensación que él tenía de volverse ligero y transparente como una pluma, de fundirse y disolverse, de perderse en un sueño, porque jamás hubiera creído que había de llegar el día en que esa sensación se convirtiera en realidad. Algo semejante había experimentado con la anestesia, antes de que el zumbido azul de su cabeza se hiciera negro y así, secretamente, en el fondo de sí mismo, Kringlein se había dicho: "¿Qué bien me gustaría morir como una flecha sin ígual, como la perfección absoluta que no dejaba ningún residuo detrás de sí. Es verdad que en aquel momento, ante la joven desmayada, que había buscado su protección, Kringlein estaba lejos de pensar en la muerte.

"Esto es una realidad—pensaba—, una realidad palpable, no un sueño. Es un hecho real y positivo que hoy soy una mujer joven.

desnuda, tan maravillosamente bella, tan incomparable, tan perfecta..." Buscaba más palabras, pero no las encontraba y así tuvo que repetir: "tan maravillosamente bella, tan maravillosamente bella..."

"Llamita" encará las cejas con gracioso mohín, como un niño que despierta, contrajo su boca y acabó por abrir los ojos; en sus grandes pupilas, la lámpara espejóse en una claridad un tanto amable. Luego, guiñando los ojos y con una sonrisa amablemente, mostró entre hondos suspiros de satisfacción:

—Gracias.

Y volvió a cerrar los ojos, como con ganas de seguir durmiendo. Kringlein recogió la colcha, que se había caído, extendiéndola cuidadosamente sobre la muchacha, y acomodó luego a ella, allí, según quisiera, junto a su lecho, espéro.

—Gracias.

—Volvía a decir "Llamita", al cabo de un largo rato.

Una vez totalmente despierta, quiso poner orden en sus ideas para acordarse con exactitud de cómo se habían desarrollado los sucesos. Sin embargo, lo que vino a complicar las cosas es que al recordar al momento de su suceso, confundió al flaco Kringlein, sentado a su cabecera, con otro señor: uno de sus amigos al que ella había querido mucho y del que se había separado con profunda pena. El pijama azul claro a rayas y la indefinible tierna solicitud con que Kringlein se había conducido, fueron parte a causar este error.

—¿Cómo es que estoy aquí?—preguntó "Llamita".

—¿Qué haces tú aquí a mi lado?—Al oírse tutear de un modo tan inesperado, Kringlein sintió una impresión deliciosa y penetrante que le hizo temblar de arriba abajo; pero como estaba viviendo en un continuo milagro, acabó por parecerse al momento de su suceso, y no pudo contestarle con responder.

—Estabas a punto de desmayarte cuando caíste en este cuarto.

Entonces "Llamita" comprendió su equivocación, y en un momento, viendo claro en su memoria, se incorporó en el lecho.

—Dispénsame usted—musitó—, pero me ha ocurrido un caso extraño.

Y subiendo la colcha hasta su rostro, hundió en ella su cabeza y echóse a llorar.

En el mismo instante, los ojos de Kringlein se llenaron también de lágrimas, y sus labios sonrientes empezaron a temblar.

—Es tan horrible—murmuraba "Llamita", tan horrible.

Lloraba copiosamente. Se apretaba la colcha contra la cara, y con su boca de carmín estampaba sobre el borde de la tela blanca toda una fila de manchitas rojas en forma de corazones.

Kringlein la miraba; picábanle los bordes de los párpados, tan fuerte era la emoción que estaba contentando. Finalmente, puso la mano sobre la cabeza de "Llamita".

—¡Vamos, vamos—dijo—. Así, así, así; vamos, vamos, vamos.

"Llamita" lo miraba a través de sus lágrimas.

—¡Ah! ¿Es usted?...—dijo satisfecha, porque hasta entonces no había reconocido en el flaco silueta inusual allí al borde de la cama, al ser derribado de la viga, tan tímido al bailar con ella y, sin embargo, tan hombre aquella mañana, durante su altercado con Preysing.

Un sentimiento de agradable confianza y de seguridad apoderóse de ella en aquel lecho, mientras la mano de Kringlein le daba golpecitos cariñosos en el cuello.

—¿Cómo se siente—dijo, y animada a pesar suyo por una gratitud animal, dejó que aquella mano la acariciara.

Kringlein cesó por fin de darle golpecitos, y juntando sus fuerzas, una masa inesperrada de fuerza y de aconitividad, le preguntó:

—¿Vamos a ver, qué le ha ocurrido? ¿Le hizo algo Preysing?

—No, a mí no...—dijo "Llamita" en voz baja.

—¿Hay que pedirle la reparación de algún mal que haya causado? Díganle, porque yo no le tengo ningún miedo a ese señor.

"Llamita" observó a Kringlein, erguido y pronto a la lucha, y se puso a reflexionar profundamente. Trató de evocar en su memoria la horrible escena del cuarto número 711 bajo la luz verde, dos hombres, uno muerto, tendido en el suelo con largo era, y el otro vivo, inclinado hacia el cadáver. Pero ya esa ligübre imagen se había borrado de su espíritu sano y maternal. Sólo los labios de Preysing le hacían recordar la escena, y la emoción puso un calambre en sus brazos.

—Le ha asesinado—murmuraba.

—¿Asesinado? ¿Quién ha asesinado a quién?

—Preysing ha asesinado al barón.

Kringlein saltóse casi a las profundidades de un torbellino, pero se mantuvo tieso y volvió a decir:

—Pero... sí, si no es posible...; si esto no puede ser—habluaba, y sin saber casi lo que hacía, con la cabeza de "Llamita" entre sus manos, le acercaba poco a poco hacia sí. La miraba en lo blanco de los ojos y ella temblaba a él en la misma forma, hasta que, finalmente, dijo "Llamita": "¡Ves, ves seguidas la cabeza, en señal de afirmación, muda, pero solemne, y, cosa singular, hasta que Kringlein no vio ese gesto, no creyó en el notición poco probable que ella acababa de darle.

Las manos se le cayeron, lacias y muertas.

—¡Muerto—dijo—. Pero si ese hombre era la vida misma, la fuerza misma, ¿cómo ha podido Preysing...?

Se levantó, y con sus flacos pies en las zapatillas nuevas de viaje, paseaba agitado, en silencio, por la habitación, poniéndose cada vez más bizzo de la emoción que le embargaba. Veía a Preysing acurrucado, sin solamente el comodón del departamento G de Fredericks. Oía su voz helada y gangosa, discutiendo las tarifas, y de pronto, oía temblar las puertas ante la rápida explosión de un ataque de furia del director general, de uno de aquellos accesos de cólera que había causado a todo el personal de la fábrica.

—¿Cómo es que estaba escrito—dijo por fin, y el sentimiento de la justicia, que se cumplía inexorablemente, se difundía por su cuerpo demacrado de enpleado subalterno—. Le ha llegado la vez ahora...—agregó—. ¿Lo han detenido? Pero, ¿cómo lo sabe usted? ¿Cómo ha ocurrido?

—Preysing estaba conmigo, en mi cuarto, y la puerta estaba abierta, cuando de pronto dijo que había oído un ruido en la habitación contigua y fué a ver qué era. Yo, entonces, acaso me durmiera algunos momentos, pues estaba muy marcada de cansancio. Luego oí un murmullo de voces y el ruido de algo que cayó sobre el piso, y como Preysing no volvía a mi lado, me levanté y fui a buscar la causa. La puerta estaba abierta, y allí, tendido en tierra, estaba Gaigern, con los ojos muy abiertos.

Dicho esto, "Llamita" derramó un segundo torrente de lágrimas sobre la muerte de Gaigern, secindándose con la colcha. No había podido explicárselo, pero sentía la impresión de haber sido víctima de un asesinato. La causa, la maravillosa ocasión de una aventura, que no volvería a presentársela nunca más.

—Ayer estubo bailando conmigo, tan simpático, tan fino, y ya no le veré más; ha partido para siempre...—sollozaba entre los pliegues de la colcha.

Kringlein fué a sentarse sobre el borde de la cama. Hasta llegó a pasar a "Llamita" su brazo por debajo de los hombros, para demostrar un afecto sincero y proteger a aquella joven afligida y llorosa. A él también le afectaba muy hondamente la muerte de Gaigern, con una pena voraz, silenciosa y contenida. Aun no se había hecho a la idea de que hubiera muerto hoy su amigo de ayer.

—¿Cómo...—dijo—, ¿cómo desahogado bien se dolor...—lloraba copiosamente, volvió a ser la misma mujercita discreta y razonable de siempre.

—¿Acaso fuera un ladrón, mas no por ello había que asesinarlo...—dijo la joven en voz

bajo, acordándose entonces Kringlein del incidente de la noche pasada, cuando su cartera sufrió una desaparición momentánea, hecho en el que él y la bella Vito, y más que en el hecho de que le hubiera faltado dinero y que lo estuviese buscando todo el día —pensaba para sus adentros—, porque a pesar de mostrarse siempre muy ufano y risueño con su elegante desenvoltura, quien sabe si no era más que un pobre diablo, y en un ataque de desesperación hizo lo que hizo, poniendo a la Preysing en un estado de tal confusión mental. Y luego, como desechando estas conjeturas, exclamó en voz alta:

—No, no es posible.

—En todo caso, esa mañana le has plantado a Preysing cuatro verdades muy bien dichas —repuso "Llamita", que se había hecho un tanto más atenta a los labios de Kringlein durante el evento de que lo estaba tuteando otra vez, cosa muy natural y explicable, después de todo, porque le trataba con una gran confianza, como si ya le conociera, y ese tuteo surgía espontáneamente de sus labios—, desde un principio se hizo antipático el tal Preysing —agregó rápidamente—, y Kringlein niédno uno ni dos años antes de formular una pregunta, muy delicada, que le abrasaba la boca desde la vispera, cuando "Llamita" había salido del baile para ir a juntarse con Preysing.

—Entonces no sé por qué... por qué te has comprometido con él —acabó por preguntarle, y "Llamita" contestó mirándole llena de confianza—.

—Pues, hombre, es muy fácil, por dinero; la cosa no tiene misterio —contestó la muchacha, con la mayor naturalidad.

—Por dinero —repitió Kringlein, no en tono interrogativo, sino más bien como contestándose a sus propios sentimientos. Si toda su vida había sido una lucha por el dinero, como un continuo "preysing", como no iba a comprender y disculpar allí a "Llamita", por endechar el otro brazo que le faltaba por enlazar al cuerpo de la joven, la dejó como aprisionada dentro de un gran anillo.

La chica se encogió, haciéndose un ovillo, apoyando su cabeza sobre el pecho de Kringlein; bajo una fina sombra del pijama, hubiera podido contar las costillas del tejedor de libros.

—En mi caso no lo comprenden, no se hacen cargo de estas cosas —dijo "Llamita", y por eso no soy feliz con mi familia, en constante lucha con mi madrastra y con mi media hermana. Llevo más de un año sin colocación y no por eso voy a cruzarme con los brazos cruzados, aguardándolas. Me dicen que no sirvo para las oficinas porque soy demasiado bonita, y así debe ser, porque en todas partes donde he trabajado ha habido siempre disgustos por esa causa; las casas de comercio serías no suelen tomar empleadas muy atractivas... Y se comprende. Por otra parte, tampoco me es indispensable para empezar. Como yo soy tan preciosa, no necesito, pero no quiero esperar mucho tiempo; los años van pasando y yo tengo ya diecinueve, de modo que debo preocuparme de mi porvenir. Ya sé que dirán algunos: no debes venderte por dinero al primer director general que se presente, y vo, en cambio, creo todo lo contrario: únicamente por dinero.

Cuando más dinero en ella, más seré, más útil me parece mi conducta. Nada cambia en mi por ella, ¿no le parece? Cuando se lleva un año sin empleo, yendo frecuentemente a la Bolsa de Películas, leyendo los anuncios de los periódicos, y empieza una a quedarse sin ropa blanca y no tiene qué ponerse, más que un vestido raído y un poco de ropa sucia, ¿no es terrible lo que he hecho; vestirme bien ha sido siempre mi ideal; el sueño dorado de toda mi vida. Nadie sabe cuán dichosa me hace un vestido

nuevo, tanto, que a veces me paso días enteros combinando telas y adornos... para trajes fueros. ¿Y los viajes? Los viajes me enloquecen; conocer otras ciudades, otras tierras, otras gentes, eso puede más que yo. No, no soy feliz en mi casa, te lo aseguro; ahora que como tengo muy buen carácter y soy muy sufrida, no me quejo nunca, y eso que algunas veces me entran ganas de marearme con el primero que llegue, sea quien fuer, con tal de salir de mi casa. Ahora que por dinero, tanto dinero, que me gusta, me el dinero es indispensable y el que diga otra cosa miente. Preysing me ofreció mil marcos, que ya es lo más suya; con ella hubiera podido ir tirando. Pero ahora se acabó todo y estoy otra vez con el agua al cuello. Tú no sabes cómo estamos en mi casa...

—¿Qué vas a contarme a mí? Me dices una porquería, porque la pobreza y la suciedad van de la mano. Hay que tener algún dinero para empezar a practicar la limpieza. Sin dinero no hay orden posible en las casas, todo anda revuelto, y hasta cuesta trabajo renovar el aire de las habitaciones, por mucho a detro de la calefacción, que tanto calor da como las habitaciones. No se puede uno bañar porque se necesita carbón para calentar el agua. Las hojas de la máquina de afeitar están viejas y melladas, levantando la piel. Se economiza en ropa de mesa, sustituyendo el mantel, las servilletas, economizando el jabón. El cepillo de cabeza tiene sucias las cerdas; la cinta de la corbata está sucia, y las soldaduras y las cucharas han ennegrecido. Las plumas baratas de las almohadas se apelotonan y no dejan dormir a gusto. Lo que se rompe, roto queda, porque no hay posibilidad de componer ni reemplazar nada. Y a fuerza de privaciones llega uno a hacerse la ilusión de que no vive mal... y que así es como se vive bien.

Con sus cabezas pegadas, recitaban la triste letanía de su miseria vida, mecidos mutuamente con palabras monótonas. Anchos estaban sin fuerzas, sin nervios y como atargados.

—Se rompe el espejo —dijo "Llamita", empezando a lamentarse a su vez— y no se puede comprar otro. Hay que dormir en una cama que no es un bieldo, oliendo continuamente a gas. Todos los días surgen nuevos disgustos con el casero. Le echan a una en cara lo que se come y no puede pagar, por hallarse sin empleo. Pero yo no cederé, no, no cederé —dijo con energía, y desprendiéndose de los brazos de Kringlein, se echó a reír, como si la culpa, el hecho, no viniera de la muchacha, sino saliente por el cuerpo de la muchacha, cayó sobre las rodillas del contador. Sintió éste, como un presente que le emocionaba el calor del cuerpo de "Llamita" transmitido a la tela—. Me abriré camino —dijo, y por primera vez se puso a soplarle el rictus de la boca, como si quisiera escapar de la fuerza, instinto seguro de que volvía a recobrar su optimismo y vitalidad—. Me abriré camino yo sola, sin la ayuda de ese director general.

—Por lo que dices del dinero, estos días me he dado muy bien cuenta de todas esas cosas —empezó a explicarle el contador, con satisfacción—, me diferencia cuando me tienes dinero y se puede comprar lo que se quiere; es como un otro hombre. Pero nunca creí que una cosa así pudiera comprarse.

—¿Y qué quisies decir con eso, que entiendo por "una cosa así"? —preguntó la muchacha sonriendo.

—Yo sé, como precisamente, algo así como tú misma, algo tan perfecto y bello como tú eres. Los hombres como yo, si quiera saben que puede haber algo tan bonito como tú. En su ignorancia y ceguera creen que todo eso (los gozos del amor y todo lo que atañe a la mujer) ha de ser, por fuerza, tan merquino y apollado, tan fat y sin alegría, como tú misma, cuando la veo, cuando ha poco te vi demanzada en el lecho, apenas me atreví a mirarte, Dios mío, qué hermosa; Dios mío, Dios mío, qué hermoso es esto, piensa uno

entonces, asombrado de que exista realmente. Existen pues las maravillas, las maravillas...

Así se expresaba Kringlein, sentado al borde de la cama, y no hablaba sino en un colapso auxiliar de cuarenta y siete años, sino como un enamorado... Su alma sencilla, buena, aunque torpe y apocada, rompe su cascarón y trata de volar con sus alitas nuevas.

"Llamita", con sus manos cruzadas sobre una pierna, le escuchaba sorprendida, con sonrisas escapadas. Entretanto, que Kringlein es un joven, ni ajusto, ni tiene un carácter estable, ni robusto; le faltan todas esas cualidades del amante. Mas, si a pesar de todo "Llamita" se ha sentido impresionada por sus palabras soas y tardas, por sus ojos bizcos, en los que arde la fiebre, y por sus típicos gestos que parecen siempre quedar colgando en el aire, es sin duda porque esa inclinación a su enormidad, la joven obedece a misterios más hundi.

Pero no; "Llamita" no se había enamorado de Kringlein así, de buenas a primeras, nada de eso; porque la vida está muy lejos de producir tan dulces prodigios de ternura. No obstante, en el cuarto número 70 que ocupa en sí, el fondo de su alma, una cierta intimidad, a un sentimiento de confianza, algo nuevo, en fin, que la hace más estable que las improvisaciones habituales de su inquieta vida de mariposa.

Kringlein ha abierto la espita de su verbo y habla, habla sin cesar con palabras que se repiten, se repiten, se repiten, para descargar el corazón del peso opresor de su enorme, parece que en toda su vida sólo tuvo un objeto y un fin: el milagro que ante él ha surgido... esa belleza perfecta allí tendida sobre su lecho, esa mujer joven que ha venido a él desde los brazos de Preysing...

Si a "Llamita" no tenía una opinión exagerada de sus propios méritos, sabía perfectamente su valor; veinte marcos por una fotografía de desnudo; ciento cuarenta marcos por un mes de trabajo burocrático; quince "pléniques" por una hora de escritura a máquina con una copia; un abrigo de piel de doscientos cuarenta marcos, por una semana de amable correspondencia; una carta de recomendación, ¿qué más? ¿Dónde podría encontrar ella una tasación más alta de su persona? Sin embargo, las palabras del contador se lo descubrieron, porque viose como en un espejo; su magnífica piel de dorada lozanía; sus crenchas anaranjadas, sus miembros todos eran otros tantos esplendores y sus maravillas; su fragancia, su descuido y despreocupación.

—Al fin y al cabo no soy ninguna cosa de otro mundo... — susurró, febril y modesta.

Tras medio del cloro de palabras de Kringlein, ella tuvo un sobresalto al oírle pronunciar el nombre de Preysing, porque en la última noche, al salir de la casa, se había olvidado de aquella hexateona acaecida en el cuarto número 71, bajo la luz verde, y todo el horror de aquel cuadro le acudía de nuevo a la mente.

—¿Es posible que yo vuelva allí? — susurró —; ya le habrán detenido y quedarán detenerme a mí también. Me quedará aquí escondida.

Kringlein sonrió, nerviosamente, y ella dijo: —¿Que te van a detener a ti? Bueno fuera... ¿Y por qué? —preguntó Kringlein con medio, porque surgía en su memoria el recuerdo de Gaigera, y lo estaba viendo perfectamente definido. Gaigera en el auto, en el avión, en la mesa de juego, bajo la luz blanca del "ring", inclinando la cabeza, desviándose su cartera, saliendo por la puerta giratoria del hotel. Y volvió a preguntar:

—¿Detenerte a ti, y por qué?

—Como testigo presenciar del crimen.

—¿Crees tú? —preguntó vagamente Kringlein, como si signiera viendo al muerto a través de "Llamita".

Y, de pronto, se encontró sumida en pleno vértigo, entre el súbito torbellino de pilgros que le habían asaltado la vispera.

—No temas nada, que yo te lo arreglaré todo —repuso prontamente—. Tú vas a quedarte

comigas, gverdás que síz, ya verás cuán dichosa he de hacerse, no quiero más que tu felicidad, sabes, dinero no me falta; aun tenemos para algún tiempo, y si luego volveré a ganar más. Viajaremos, iremos a París, o donde tú quieras. ¿Dónde quieres que te lleve?

—Tengo ya firmado mi pasaporte para Inglaterra.

—¡Ah, bueno, iremos a Inglaterra! donde quieras y como quieras. Tendrás los vestidos que te hagan falta y dinero en abundancia, cosas ambas muy precisas. Haremos locuras, ¿quienes? Por lo pronto, te regalo esos tres mil cuatrocientos marcos que he ganado en el juego, y luego ya veremos de hacer más dinero. No digas nada, no me irás a ver, sino que te iré a buscar a tu preciosa. Y a ti, ¿a ver que ya he pasado a transcribir. ¿Crees mis palabras, cuando te aseguro que serás más dichosa conmigo que con él? Voy a traerte todas tus cosas. Confía en mí y no tengas miedo...

Dicho esto desapareció en el cuarto de baño; parecían revolotear sus miembros al tiempo que se sentaban. La "Lamita" suspiró profundamente, le dolía la cabeza después de su desmayo y tenía secas las fauces. Sentía ganas de comerse una manzana y fumarle luego un cigarrillo. Cogió el frasco de Bálsamo de Vida de Hundt, que estaba allí sobre la mesita y quiso probarlo; pero aque fuerte olor a canela del potingue no le gustó más que el de la lavanda.

Poco después volvió Kringlein, tenía el aspecto de un hombre elegante y acaso lo fuera realmente nuestro Kringlein de Fredersdorf, por que espacio de veinte años, todas las noches, pararía la leña a su mujer...

—Ya estoy, me marché; tu sitio aquí tranquilo y confiado... ¿dijo poniéndose los lentes ante los ojos, clara brillante, los bigotes, cuyas pupilas parecían muy dilatadas y negras.

Ya estaba en la puerta, cuando se volvió, acercóse a la cama, y arrodillándose de pronto y tomándose la cabeza entre ambas manos, los dedos clavados en el colchón, articuló confusamente algo que "Lamita" no pudo oír.

—Sí, hombre, sí; cómo no, con mucho gusto —le respondió.

Kringlein levantóse y con la punta del pañuelo, que asomaba fuera del bolsillo, limpió sus lentos caminos de la puerta.

—"Lamita" oía correr con llave la puerta exterior luego el ruido de los pasos, cada vez más apagado, y al fin, a los minutos, la voz del pañuelo arañando, donde seguían bailando las mismas parejas al cabo de tres horas...



Gaigern sigue tendido sobre la alfombra del cuarto número 21. Está muerto. Ya nada puede ocurrirle, está a cubierto de amenazas y persecuciones y está también a salvo, porque difícilmente podrían meterle en la cárcel. Lo verdaderamente lamentable es que no podrá reunirse en Viena con la Grusinskaja, que lo está esperando. No obstante, este buen suceso tan disoluto como apuesto y atractivo, ha llevado a la vida franca y repartida: de niño ingé en los campos, de muchacho montó a caballo, de mozo fue a la guerra y fue luchador, cazador, jugador y un hombre amante y amado. Pero ya está muerto. Tiene el pie húmero y enredado; sobre su piñeta azul obscuro se ve una mancha blanca y roja, sobre su labio inferior, una mancha de ensombro y sorpresa. Una gruesa cascara de salteador cubren sus pies y en su panto derecha, rígida y verta, la herida que sacó de su última aventura no podrá ya cicatrizar.

Preisying oía también la música que llegaba a sus oídos desde el piso inferior al suyo, tornándosele lo indecible. Todos sus pensamientos

concordaban con el ritmo sincopado que desde el pabellón amarillo la Eastman-Band, difundía por todos los ámbitos del "Grand Hotel", a través de sus muros.

—Estoy perdido, definitivamente liquidado —se decía Preisying—, y no puedo ir a Manchester. El negocio con Chemnitz se fué al diablo. La policía no tardará en detenerme, luego el infame doctor, el infame sumario; claro, claro, claro, obrado en legítima defensa, eso es evidente, y nada puede ocurrirme; pero hay otra cosa, hay esa mocita, a la que interrogarán por qué yo estaba con ella, la puerta estaba abierta y sigue estándolo en este momento...

Preisying habíase sentado en el rincón más lejano de la habitación, sobre un extraño asiento de número 70 y en el momento en que una plancha tapizada, había encendido todas las luces de la araña, pero a pesar de eso no se atrevía a volverse y mirar detrás de sí; aunque se sentía impulsado a ello, a mirar al hombre a quien había matado, tenía la impresión de que iba a producirse sucesos espantosos en cuanto volviera la cabeza para ver si seguía abierta la puerta.

—"La puerta está abierta. No puedo cerrarla, no puedo tocar nada antes de que venga la policía; mañana dirán los periódicos que había una mujer conmigo en el Hotel, y Mülle se enterará de todo y los pobres niños también. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!" (¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer? se movió, porque no comprendes estas cosas. No, no es posible que ocurran cosas semejantes, no es posible; cómo podré acariar ahora a mis hijos, con estas manos...)

Y se miraba las palmas de sus manos rígidas, que estaban llenas de manchas de tinta. Sintió grandes deseos de ir a lavárselas al agua fría, pero no se atrevía a separar sus ojos del muerto. Allí muy lejos, muy lejos, tocaban en este momento el "Hallo my baby"...

—Voy a perder a mis hijos, voy a perder a mi mujer, porque el viejo me obligará a dejar la fábrica; eso es seguro, y no querrá tratos con un hombre que se comprometió como yo y todo por una muchachita. ¡Dios si me da vergüenza! ¡Vivencia con este hombre y si me atrajo a su habitación para poder maniobrar aquí entre tanto. Si, eso es y eso es lo que diré al Tribunal. Pero además, yo he obrado en legítima defensa, él iba a disparar sobre mí y yo..."

Preisying inclinóse por milésima vez, contemplando atentamente las manos del cadáver, que estaban vacías; la derecha convulsivamente apretada y la izquierda con el puño blandemente extendido; pero en ninguna de las dos había arma de ninguna clase. Preisying arrodillóse para examinar detenidamente el tapiz a la luz de la araña, y nada, el revolver con que aquel hombre le había arrojado, no estaba por ninguna parte y puede que no hubiera existido nunca. Arrastrándose, más que andando, Preisying volvió a sentarse; sentía muy cerca la locura. El terreno firme de su existencia burguesa había empezado a abrirse ante sus pies desde aquel momento crítico en que puso solo sobre sus hombros la herida del doctor Chemnitz, el telegrama de nul agiero... desde entonces, venía tropezando sin cesar de aventura en aventura. Dábase perfecta cuenta de esta rápida huida que le arrancaba de los rieles de su vida, hundiéndole en las negras sinas del abismo. Conocía a otros hombres como él, esas existencias que habían pasado de un pasado próspero y brillante, gente miserable y desahogada, que iban de la oficina en oficina mendigando un empleo. Veían como ellos arrastrar su vida, sin empleo, sin nadie para cuidarle, solitario y ríprobo de la sociedad. Su presión arterial, demasiado fuerte, retendábase por un doloroso choque en la base del cráneo y zumbidos en los oídos. Aquella noche, Preisying había, durante largos minutos la congestión libertadora, pero no se produjo. Gaigern seguía muerto y él vivo.

Y en esta situación lo encontró Kringlein cuando poco después de las dos de la mañana (en ese momento había concluido la música), entró en la habitación, luego de haber llamado

con los nudillos. Esa noche los labios de Kringlein estaban pálidos como la muerte, sin embargo, un intenso y brillante arrebol coloreaba sus mejillas. Sentíase en extremo exhausto, pero se mantenía frío y solemne, allí, de pie, serio y correcto con su americana negra, con el semicamitico perfectamente definitivo de lo perfecto e irreprochable de su elegante traje.

—Esa señora me está llamando aquí —dijo—, ¡veo que ha ocurrido una desgracia y quisiera que el señor director general me informara de todo.

Esperó a terminar este exordio para echar una ojeada al cuerpo de Gaigern, y lejos de asustarse al verlo muerto, no hizo más que admirarse. Era, efectivamente, durante el trayecto entre el cuarto número 70 y esta habitación, que se le había ocurrido que acaso nada de eso fuera verdad: que Gaigern vivía, que Preisying no había asesinado a nadie, que "Lamita" había soñado o bien que él mismo había soñado la presencia de "Lamita" en su habitación. Pero no había duda, allí estaba Gaigern rígido y tendido y era esto tan cierto como que él mismo había estado hablando en el su habitación. Inclínase luego sobre el cadáver y una extraña y fraternal simpatía no tardó en apoderarse de él. Arrodillándose profundamente emocionado junto a Gaigern, recibió el perfume, mezcla de lavanda y cigarrillos ingleses, respirado por él durante todo el trayecto. Como que el pobre muerto le había explicado y demostrado la vida, cosa que él no podría olvidar nunca.

—No se puede tocar nada antes de que venga el Juzgado —dijo Preisying bruscamente, deteniendo la mano con que Kringlein quería cerrar los ojos a su amigo.

Pero el contador, sin hacerle caso, cumplió con ese deber y volvió a su escritorio.

—"Esto mismo hará "Lamita" conmigo" —pensó para sus adentros, sin poder remediarlo.

—¿Ha avisado ya a la policía el señor director general? —preguntó discretamente, luego de levantarse—. Si el señor director general quiere que yo me encargue de ello, estoy a su disposición.

Y lo sorprendente del caso era que Preisying sentía un grandísimo alivio desde que Kringlein estaba allí, dispuesto, como un subordinado correcto, a cumplir los deseos de su jefe.

—Si, en seguida; pero todavía no, espere usted un poco... —murió.

—¡Qué gusto que avisar a su señor padre político!

—¿El señor director general desea que le mande un telegrama a su distinguida familia?

—No, no —respondió Preisying, con voz rápida y ronca.

—En todo caso, yo me permitiría aconsejar al señor director general que haga venir a un abogado. Claro que es ya muy tarde, pero en un caso tan excepcional como este puede tal vez a un abogado. Es seguro que van a detener en seguida al señor director general, para instruir el sumario y yo me pongo enteramente a la disposición suya, para hacer, antes de marcharme, cuantas diligencias sean necesarias —propuso Kringlein.

Kringlein, que se alzaba allí, modesto y triunfante, victorioso en una lucha de temores fecha y que el director había ignorado hasta ese día. Nada de rabia, ni de miedo, ni de cólera, ni de impotencia, ninguno de esos sentimientos que había experimentado en Fredersdorf abrigaba ahora; quizás tuviera una sombra de resignación.

—No puede usted marcharse —murmuró Preisying que seguía sentado en el rincón, sobre el canasto de ropa sucia—. Pronto se le va a necesitar, y a mí, particularmente, me hace falta. No piense usted, ni remotamente, en ponerse ahora en camino.

—Eso dijo el director en tono árido y áspero como la negación de un permiso.

Y luego: —Tiene usted que quedarse aquí para cuando llegue el Juzgado —ordenó el director general. —Pero es lo que tengo que declarar y acabar en seguida; pero, además, estoy enfermo y

tengo que marcharme mañana, para ponerme en cura — repuso Kringlein en tono de confidencia.

—No obstante, usted conocía a este hombre y a la muchacha también —replicó rápidamente Preysing.

—El señor barón y yo teníamos una buena amistad inmediatamente después de cometido el crimen, esa señorita vino a ponerse bajo mi protección —dijo Kringlein.

—Este hombre era un ladrón de hoteles y me ha robado la cartera, que debe llevar encima; eso ya se verá, porque no lo he registrado todavía.

Kringlein bajó sus ojos hacia Gaigern, le parecía extraño verle allí tendido y mudo, mientras ellos conversaban, y una sonrisa vaga e indefinible se dibujó en los labios del contable. Energías de hombres, cuyo desvelo corrigen sabiamente las almohadillas que el sastre había metido en la americana nueva. "Acaso, acaso —pensaba— ¿quién sabe! Puede que fuera un ladrón de hoteles; pero después de todo, la cosa no tiene tanta importancia, ¿qué importa cartera más o menos en un mundo donde el dinero se gana y se gasta y se juega por miles de marcos?"

Preysing, despertando de pronto de su profunda obsesión, preguntó huraño:

—Pero, por otra parte, ¿cómo ha podido usted entrar aquí? ¿Quién le ha mandado venir?

—Ha sido la señorita "Lamita".

—Sí, ella misma —respondió Kringlein—. Yo estaré en mi habitación, porque no quiero volver a la suya; me ha enviado aquí para que recoja su ropa y estar vestida cuando llegue la policía, ya que cuando se desmayó estaba casi desnuda.

—Entonces la interrogará —dijo el director con desesperación—, ¿verdad?

—Sí —respondió Kringlein brevemente—, y espero que la cosa no dure mucho, porque le he ofrecido un puesto a esa señorita y mañana nos pondremos juntos en camino —añegó, palideciendo bajo la asfixiante emoción del triunfo.

Pero como Preysing, en ese momento, sentía más apagado que encendido y estaba molesto de lo que quería luchar por la posesión de una mujer, se quedó tan tranquilo. No sospechaba siquiera: la importancia que el contador había dado al hecho de que "Lamita" le dejara para unirse a un empleado; algo inaudito, un milagro.

—La ropa de la señorita "Lamita" está en su habitación, número 72, la primera puerta a la izquierda... —dijo Preysing tratando de levantarse, pero sus rodillas entumecidas se negaban a sostenerle.

Y el muerto seguía tendido en el suelo...

Apenas llegó Kringlein a la puerta, cuando el director dióse cuenta de que iba a quedarse solo con el cadáver, y, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó.

—Bueno, espere todavía —dijo a media voz, como un grito ronco—. Oiga usted, señor Kringlein... quiero hablar con usted... antes... antes de que avise a la policía... Se trata de... de esa mujer. ¿Dice usted que sale de viaje con ella? Y no se podría... ¿dice usted que está en su habitación, verdad? ¿no habría manera de que las cosas quedaran en eso?...

—Es decir, que... mire usted, Kringlein: de hombre a hombre, yo tomo sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido, legítima defensa ¿no es así? Bien, legítima defensa, pura y simplemente. Es un mal negocio, pero yo puedo asumir la responsabilidad. De modo que yo no me preocuparé. Lo otro es lo que es lo que me angustia. La otra historia es lo que va a estropearlo todo. No podríamos... ¿es preciso que la policía se entere de esa historia con la señorita "Lamita"?... No se podría... bastaría con que yo cerrara la puerta del número 72, y entonces haríamos ver que la muchacha no había estado con usted, y que no sabe una palabra. Y usted, por su parte, señor Kringlein, lo ignore todo igualmente. Yo creo que es la mejor solución, porque si se pone usted en camino,

TINTA INDELEBLE

Se ha conseguido preparar una tinta que sirve para marcar de modo permanente vidrios, goma, películas fotográficas, porcelana, etc., sin necesidad de apolar al color por fijarlo. Se logra obtener en cuatro colores, y mientras está húmeda se puede limpiar con agua, pero en cuanto se seca es resistente al color y a la mayoría de los sustancias químicas.



no está usted obligado a declarar y la muchacha no tiene que ser interrogada. ¿Me comprende usted, señor Kringlein?... Usted conoce a mi mujer, casi tanto tiempo como yo, y a mi suegro... también conoce usted al señor anciano, puesto que está empleado en la fábrica, señor Kringlein, y es inútil entrar en largas explicaciones. Mi vida pende de un hilo... Se lo digo con la mayor franqueza y basta con una palanquilla de esa clase, con una vulgar historia del falsas, para que se se antengan a uno para... Señor Kringlein: quiero a mi mujer, adoro a mi mujer y a mis hijos —dijo el director, implorando a Kringlein como si lo hiciera a la misma Mulle—. Usted conoce a esta historia mía con la señorita "Lamita", ahora que no ha habido nada entre los dos; le doy mi palabra de honor: nada, absolutamente nada... —murmuró, dándose ahora cuenta de ello por primera vez—. Kringlein, avídense usted de los dos son los hombres, haga lo que le dije. Hace usted sus males, sale de viaje con la muchacha y me guarda el secreto, pero no me consiento. Siempre ha habido estos desacuerdos y errores entre jefes y empleados, y por eso no hay que darles demasiada importancia. Estoy dispuesto... le daré a usted... le entregaré un cheque antes de ponerme en camino. Ahora vaya usted al número 72 y cierre la puerta. La señorita "Lamita" dirá nada y la cosa aun tiene remedio. Si llegan a interrogarla, pues nada; que diga que fue a visitarlo a usted a las ocho, y que no ha visto ni oído nada. Yo se lo ruego, yo se lo suplico, señor Kringlein.

El contador contemplaba al director, escuchando su cuchicheo atropellado y como extrañado. El rostro de Preysing estaba descompuesto y bañado de frío sudor. La luz blanca de las sienes humilladas de la araña puesta en el suelo resaca. Se llegan a interrogarla, pues nada; que diga que fue a visitarlo a usted a las ocho, y que no ha visto ni oído nada. Yo se lo ruego, yo se lo suplico, señor Kringlein.

—"Pobre hombre!", pensó rápidamente Kringlein, y este pensamiento, completamente nuevo para él, quebrantaba cadenas y derribaba murallas.

—Mi destino depende de usted —musitó Preysing.

sing, ya convertido en un mendigo de misericordia, y que no sentía vergüenza al emplear esta angustiosa palabra: "destino".

—Y el mío? ¿No tengo también mi destino?...

—... —pensó de pasada Kringlein, pero sin que este pensamiento llegara a cristalizar.

—El señor director general exagera el influjo que yo pueda tener sobre esa señorita. El señor director general quiere salir del paso con una mentira, por lo que tendrá que salir el solito del atolladero y mentir cuanto le plazca —dijo fríamente—, pero creo que no debe tardarse más tiempo en avisar a la policía, de otro modo, ya a quedar mal impresionada cuando llegue. Voy ahora a recoger la ropa de la señorita "Lamita" y llevarla a mi cuarto. Estoy en el número 70, por si el señor director general me necesitara. Entretanto, tengo el honor de...

Preysing levantóse venciendo la debilidad de sus piernas y pudo ponerse de pie para volver a caer en seguida.

Acudió Kringlein solicitado a sostenerle. "¡Pobre atibolado! —volvió a pensar—. ¡Pobre atibolado!"

Con el brazo pesadamente apoyado sobre la espalda del contador, Preysing encontró aún algo que decir:

—Señor Kringlein, voy a olvidarlo todo, a correr un velo, sin tratar de esclarecer el origen de ese dinero que usted necesita para darse la buena vida que lleva. Y luego, a su vuelta, ya verá yo si puedo mejorar su situación, haciendo por usted cuanto me sea posible.

Pero entonces Kringlein echóse a reír con la mayor naturalidad y franqueza, sin demostrar el más pequeño resqueño, ni la más leve ingratitude.

—Gracias, muchas gracias —dijo—, por tan buenas intenciones, pero no son necesarias.

Y dejando a Preysing plantado junto a la pared, salió del cuarto.

El pobre director se quedaba allí, recordado contra el tapiz del número 71, y su fisonomía tenía la expresión de un alpuista que hubiera caído a un ventisquero. En el corredor habían apagado la mitad de las luces, y en un rincón, un aviso luminoso, decía: "Cáminese con precaución". Un reloj de pared dió por allí cerca tres campanadas.

Media hora después, el timbre del teléfono llamó al portero nocturno, que dormitaba con la cabeza recostada sobre la primera edición de los periódicos de la mañana.

—¡Allí —preguntó—, allí, allí...

No contestaba nadie; pero oyóse toser a lo

ma II" o más bien, tan sólo una parte de ellas: las cámaras, reproducidas en una foto gris, casi negra, de la revista que el azar llevó a las manos del director general, en el momento en que su destino echó a rodar. El abismo... Es extraño lo que ocurre a los huéspedes del "Grand Hotel": que ninguno de ellos consigue salir por la puerta giratoria, exactamente tal como entró. Freysing, ese ciudadano honorable y sin mácula al entrar en el hotel, sale ahora conducido por dos señores en calidad de reo... Es un hombre definitivamente perdido. Sin ruido y a hurtadillas, cuatro hombres conducen por la escalera de servicio a Gargen, que todavía ayer resplandecía de juventud y despertaba una sonrisa de simpatía al atravesar el hall, con su gabardina azul, sus guantes calados, su expresiva mirrada, dejando tras sí una estela perfumada de lavanda y cigarrillos ingleses. En cuanto a Kringlein, una vez terminado su interrogatorio y el de "Llamita", se le autoriza para comprender su viaje v, como un rey de la vida, sale del hall del Hotel entre una doble fila de empleados, que le hacen grandes reverencias y extienden la mano. Su esplendor acaso no dure más de una semana, hasta la primera crisis de sus espantosos dolores. Ahora nada le hace sospechar que este bravo moribundo no llegue a reunir nuevas fuerzas y no es tampoco enteramente imposible, que, a pesar de todos los diagnósticos, se quede aún en el mundo. Por lo menos, "Llamita" está convencida de ello, y Kringlein, en pleno éxtasis, se compaña en el crecero. En resumen: poco a poco, el tiempo que precede a vivir todavía Kringlein, porque (más larga o más corta), la vida sólo vale lo que de ella se saca, y dos días de plenitud de vida pueden ser más largos que cuarenta años de insipida existencia. Filosofando de este modo tan sabio y prudente, Kringlein, del brazo de "Llamita", sale del "Grand Hotel" y toman el auto que les conduce a la estación.

Esto ocurre a las diez de la mañana, a cuya hora tiene el Hotel su fisonomía habitual; bajo la mirada avizora de Rhona, que está de mal talante, aunque silencioso; una mujer de la limpieza barre el hall con aserrín mojado; el chorro del surtidor que como lluvia en los desayunos hay sentados algunos señores, con sus carteras allí delante, sobre la mesa, fumando largos cigarrillos habanos y discutiendo sus negocios. En los corredores, el personal cuchichea, pero nada ha llegado aún a oídos de los viajeros. El juzgado ha puesto sus sellos en el número 71, cuyas ventanitas permanecen abaracas por par en par, en ese fresco día de marzo. Allí, al lado, en el número 72, se pone ropa limpia a las camas.

A las ocho de la mañana, el portero Senf ha reanudado su servicio; tiene el rostro tristemente abotagado; toda la noche estuvo en un hilo de perder a su mujer de un momento a otro. Ahora está, pues, para oír lo que le cuenta el metecorío Jorgito, mientras empieza a clasificar en sus casillas el correo de la mañana.

—No me encuentro bien — dice a modo de excusa —, parece mentira que el sueño sea tan necesario. Y Y Pilzhelm, ha identificado al chefet, yo siempre he dicho que ese hombre es un as y si le hubiéramos puesto en seguridad sobre la pista del barón no se nos hubiera escapado encima este escándalo, con el que no va a ganar nada la reputación del Hotel — se interrumpe, empieza a dar órdenes a

los mozos: — "El desayuno para el número 22" — y continúa clasificando.

Luego dice: — Aquí hay unas cartas para mí, no sé qué hacer con ellas; las envío al Juzgado? Si, claro — y viendo al doctor Otterschlag, que amarillito y demacrado, con su ojo de cristal, se presenta ante el pupitre de nogal: — Buenos días, doctor — le dice —, muy buenos días tenga usted.

— ¡Ay! corro para mí? — preguntó éste. — No, lo siento. No hay nada hoy, doctor — dice.

— ¿Y telegrama? — No, doctor. — No ha preguntado nadie por mí?

— No, nadie hasta ahora. — Otterschlag, deambuló alrededor del hall, hasta llegar a su sirio habitual. El mozo número 7, salió detrás de él y el camarero trajo el ca-



—Lo que va a rabiar esta chica cuando se dé cuenta de que lo que estoy rompiendo no es la boleta, sino un papel cualquiera...

fé. Otterschlag dirigía su ojo de cristal con gran atención a la señorita que preparaba sus flores en el quiso de flores, pero no la veía.

—Buenos días, señores — dijo el portero a la pareja provinciana que se había parado en la portería —. ¿Desean ustedes una habitación? Muy bien, el número 70 está desocupado. Es un cuarto precioso, con una cama y cuarto de baño. Tenemos también el 72, que tiene dos camas, pero sin baño. Puede ser también que hoy o mañana se desocupe el cuarto contiguo, el número 71, que tiene baño; es un cuarto precioso. Si la señora y el señor quieren tomarse la molestia de preguntar aquí mismo al lado... ¿Qué?... allo, no entiendo — giró en el tubo acústico... ¿Qué ocurre?, si, ahora voy...

—Tengo que ir al teléfono. Es un asunto personal, me llaman de la Clínica — dijo a Jorgito, y con paso vacilante corrió atrave-

sando el hall y el corredor número 2, hasta el "star" telefónico, en cuya cabina, número 4, se precipitó como un loco.

Rigido, como si fuera de madera, el doctor Otterschlag se levantó, volviendo al cuaro del portero.

— ¡Está todavía el señor Kringlein en su cuarto? — preguntó.

—No, el señor Kringlein se ha despedido — respondió el metecorío.

— ¿Que se ha marchado del Hotel? ¿Pues sí? ¿Y no ha dejado nada para mí? — preguntó luego.

—No, lo siento mucho; no ha dejado nada. El doctor no media vuelta y volvió a su sitio, pero atravesando directamente el hall en diagonal, lo que era un caso verdaderamente excepcional en él. Se cruzó con Senf, que volvía corriendo del teléfono y cuyo rostro real y rubio de sargento gateaba de sudor. Hubiérase dicho que acababa de hacer un esfuerzo sobrehumano. Se dejó caer sobre su mesa como un fardo.

—Es una niña; ha habido que recurrir al fósforo, pero ya la tengo, la chionilla pesa cinco libras. La madre y la hija están perfectamente, viven como el pez en el agua — exclamó, y quitándose la gorra, con ceceo gesto que le despojaba de su fisonomía profesional, mostró un semblante jocundo y satisfecho, sobre el que corrían las lágrimas a raudales. Pero como Rhona mirara por encima del tabique de vidrieras, se rehizo enseguida.

La pareja provinciana entró en el ascensor, para subir al número 72, a aquella habitación de dos camas, pero sin baño, en la que Rhona todavía le finchó de los polvos perfumados a la violeta de "Llamita".

—Abre la ventana — dijo la dama.

—Sí, para que esto se ventile bien... — dijo el caballero.

En el hall, el doctor Otterschlag está sentado y entregado a un soliloquio: "Es espantoso — se dice —. Siempre lo mismo, nunca pasa nada; estoy terriblemente solo, el mundo es un asno apagado que va no caliente; veintidós de dos soldados perecieron en Rouge-Croix enterrados bajo un hundimiento. Acaso sea yo uno de ellos; acaso esté allí, entre los muertos, desde el fin de la guerra; muerto sin salero. Y si todavía en esta gran aula aconteciera algo que valiese la pena; pero no, no ocurre nada. Se ha marchado. Adiós, señor Kringlein", iba a darle a usted una receta para sus dolores; pero como se ha despedido a la francesa... Pugh... El jubileo de siempre: entran, salen, llegan, se van..."

Detrás de su mesa de nogal, Jorgito rumia algunos pensamientos estúpidos y profundamente triviales. "¿Qué cosa tan sorprendente ocurre en un "Gran Hotel" como ése? — piensa —. Es colosal; siempre hay algo nuevo que sorprende. A uno lo detienen... al otro se lo llevan en hombros, con las pies para adelante; hay quien sale para la estación; hay quien llega de ella, y mientras sacan a uno en unas angarillas, a escondidas por la escalera de servicio, al otro le anuncian que es padre... Es curioso, interesantísimo, pero así es la vida..." El doctor Otterschlag sigue sentado en medio del hall, como una imagen petrificada de la soledad y de la indiferencia. El tiene allí su puesto fijo, allí vive... Sus manos, lividas y plomizas, cruzan en la estación y su ojo de cristal mira fijamente hacia la soledad de la calle que no puede ver.

La puerta principal del "Grand Hotel" gira sobre sus goznes, gira, gira, gira. (FIN)

"GRAND HOTEL", de Vicki Baum,

ha sido publicada en forma de volumen por las Ediciones Siglo Veinte, de Buenos Aires, en su colección Editorial Cronos.

ASI ES LA VIDA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

sin recompensa, porque el recién nacido no tenía la menor idea de que era objeto de alguna atención. No sabía nada en absoluto; sólo poseía el instinto solitario que trajo consigo desde el regazo de su madre; el de mantener y aumentar la vida que existía en él.

Al despertarse, el niño furiosamente, hasta que pudo prendarse del pecho de su madre. Entonces calló en seguida. Sus mandíbulas se apretaron con firmeza sobre el pezón inflado. Su cuerpo se estremeció de un placer voluptuoso al sentir que el primer chorro de leche caliente caía sobre su lengua. Chupó hasta estar satisfecho. Luego volvió a dormirse.

Cuando no se sentía bien, ya fuera un dolor de estómago o cualquier molestia sin importancia, gritaba con violencia. Continuaba así, en la forma más primitiva, hasta que empezaban a mecer su cuna. Y tenían que seguir haciéndolo hasta que pasara el dolor. Al mercedo, le cantaba.

El proceder para con el anciano era bien diferente. Les merecía poco respeto. Le atendían por lástima, y no porque les causara un placer, y le echaban en cara hasta el más pequeño favor que le hacían.

—¡Miren a ese viejo demonio! —acostumbraban a decir — No sirve para nada! Está sentado al lado de la chimenea desde la mañana hasta la noche. ¡Sería mejor ir a pedir por los caminos que tener que cuidarlo a él!

La verdad era que no se podía reprocharles sus quejas. Tener que cuidar del pobre viejo era un trabajo desagradable. Debían sacarlo de la cuna cada mañana, lavarlo y vestirlo, sentándolo en un banquillo a un costado de la chimenea. Había que ahorar con que no se cañera en el fuego. A la hora de las comidas tenían que hacer un puré con éstas, y ponerlo en la boca con una cucharita.

Igual que un niño, dependía de ellos para todo.

—¡Ay! ¡Qué hombre tan sucio! —decían— ¡Si Dios lo llamara, qué gran favor haría a esta gente!

El abuelo permanecía todo el día al lado de la chimenea, adormido, dormido o dormido, amenazando a seres imaginarios con su bastón, disputando con enemigos que nunca hacía, en charlas idiotas con los habitantes del mundo creado por su locura.

AGUAS ARRIBA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

kilos y castiga finalmente el agua que se abre en espuma, como si hubiera recibido un gigantesco guachazo.

Alentran tanto, ha llegado el remolcador que llevará la jangala que está lista. Hay un "cater" que está un poco varado. Largan un ca-

Sólo salía de su estado de demencia al oír llorar al niño, cuando se desesperaba.

—¿Qué es eso? — preguntaba, escuchando—. ¿Quiénn chillas así?

Cuando la madre tomaba al bebé de la cuna y lo amamantaba en el rincón opuesto, los ojos del anciano brillaban, reconociendo al pequeño.

—¡Oh! ¡Oh! —gritaba con deleite—. ¡Oh, qué precioso! ¡Qué lindo hombrecito estoy viendo!

Trataba de llegar hasta el niño, y como la cuerda no se lo permitía, se enojaba.

—¡Déjame acercarme! —gritaba, luchando por abandonar su banco—. ¡Suelten la cuerda, demonios! El niño está allí, es uno de los míos... ¡Déjame acercarme! ¡Tiene mi sangre! ¡Déjame acercarme!

Su futuro no duraba mucho. Dejaba paso al deleite de ver al niño estirarse y estremecerse voluptuosamente al chupar.

—¡Bravo, chiquillo! —gritaba el anciano, saltando en su banco—. ¡No debes de una gota! ¡Ay! No puedes negar que eres mi hijo sangre.

¡Toma, toma!

Pasó casi todo el invierno antes de que el niño concierba a alguien. Hasta entonces sólo supo del seno de su madre y del calor de su cuna, por medio del tacto. Aunque a menudo observaba lo que ocurría a su alrededor, en sus grandes ojos azules no existía la comprensión. Luego llegó el día en que, al fin, en sus pupilas brilló el alma resplandeciente.

Estaba tendido boca abajo en las rodillas de su madre, con un ligero dolor de estómago, por haber tomado demasiada leche, cuando se fijó en los gestos raros del anciano, en el rincón opuesto. Primero sonrió. Después comenzó a golpear con las manos y a saltar del mismo modo que el viejo. Lanzó un pequeño grito jovial.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó la madre. — Todos los miembros de la casa se reunieron alrededor de él. Miraban al niño y al anciano, imitándose mutuamente los gestos alcohólicos, cada uno a un lado de la chimenea. Todos reían alegremente, excepto la abuela, quien empezó a llorar ruidosamente.

—¡Ay! ¡Señor! Las locuras de la infancia hacen gracia, pero es triste ver a un viejo que ha perdido la razón.

Desde ese día, el anciano y el bebé pasaron largos ratos jugando juntos, golpeando las manos, farfalleando. No se podía decir cuál de los dos parecía más loco. Cuando desterraron al niño, alimentaban a los dos con el mismo puré. A medida que el pequeño crecía, fortaleciéndose cada vez más, el anciano se debilitaba. En primavera tuvo bronquitis, y creyeron que ha-

bía llegado su fin. Recibió los santos sacramentos, y, sin embargo, se repuso de la enfermedad, y pronto pudo dejar la cama y volver a su sitio, junto a la chimenea. Ahora no era más que una sombra de lo que fuera. Se le podía levantar con una mano.

A principios de mayo llegó un día en que hubo una gran marea de primavera, y toda la familia fue a la costa a recoger musgo de Irlanda. La abuela se quedó para cuidar de la casa, el niño y el viejo. Era un hermoso día de sol.

—¡Sácame al patio —pidió el anciano a su esposa—. Antes de morir me gustaría ver el sol. Ella lo hizo, poniéndolo en una silla de paja, fuera de la puerta, mientras por su parte se instalaba en un banco próximo, con el niño sobre las rodillas, llamando a las aves:

—¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

Gallinas, patos y gansos llegaron corriendo a más no poder, y ella les arrojó restos de comida de una gran olla. Las aves peleaban por su alimento, gritando, saltando y picoteándose.

El tumulto encantaba al pequeño, que empezó a saltar y a dar saltitos, mientras contemplaba la lucha de las aves. A sus cacareos roncós, él respondía con gritos de entusiasmo.

El anciano se entusiasmó del mismo modo, imitando los gestos del niño. Palmoteaba, saltaba en su silla y murmuraba algo que no se entendía.

—Que Dios los ayude a los dos! —dijo la anciana.

De improvviso, el viejo calló. Su nuera lo miró con ansiedad, y vio que, incorporándose a medias, se inclinaba hacia adelante. Luego cayó al suelo. La esposa corrió hacia él, con el niño bajo el brazo, y oyó el ronquido de la muerte en su garganta. En seguida no se oyo ya ningún ruido.

La mujer se enderezó, comenzando las lamentaciones por el que acababa de morir:

—¡Ay! ¡Ay! —gritaba—. ¡Contigo qué de las alegrías de la vida, y sufrí las penas! Amor te fuiste, y pronto te seguiré. ¡Ay! ¡Ay! ¡Amor mío! Fuiste tú quien, en el día de nuestro casamiento...

Cuando llegaron los vecinos, la anciana estaba sentada en su banco junto al cadáver, lamentándose. El niño se hallaba en sus brazos, y las aves saltaban y luchaban todavía de un modo salvaje por la comida de la cacerola. Tratando de tocar las plumas brillantes de las aves, alargando las manos, el niño saltaba en el regazo, y daba grititos de alegría. ☼

HORTALIZAS
HUMEDAS

Las hortalizas frescas que se envían a los mercados, pueden mantenerse húmedas envolviéndolas en un nuevo papel que conserva su resistencia aunque esté empapado en agua.



RODO, PEREGRINO...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 16)

La política: he aquí la fatalidad de su vida! Porque fué su desdichada experiencia política la que puso en su alma esa amargura que lo llevó al renunciamiento y al voluntario destierro de su amada Montevideo, de la que no había salido nunca, como no fuera en 1910, para ir a Cile. Fué esa tremenda desilusión la que lo llevó a abandonar su casa y sus libros, y a separarse de su anciana madre, que se oponía a su partida, con el presentimiento de lo que ocurriría, y que la haría exclamar, deshecha en llanto:

"¡Ya lo sabí!... Sabía que Europa iba a robarme a mi hijo predilecto..."

Por encima de la contienda...

Partió en julio de 1916, casi al mismo tiempo en que arribaba a nuestro puerto el entonces joven pensador español José Ortega y Gasset. Que aunque la guerra comenzada en agosto del 14 estaba en todo su apogeo, era posible viajar de un continente a otro y aun visitar sin riesgo, en las naciones en guerra, las ciudades alejadas de los frentes de batalla. Tal vez le estaba permitido al intelectual moverse con cierta libertad, por encima de la contienda, en un ansia por salvar valores universales y eternos. Podía Romain Rolland lanzar su llamamiento a la conciencia universal. *Au dessus de la mêlée...*

Otros escritores y periodistas iban por aquel tiempo a visitar los frentes de batalla y a entrevistar a los jefes militares: él visitaría las antiguas ciudades de Italia, para interrogar a los mármoles y a los bronces, donde se perpetúa el sueño de arte de una humanidad capaz de crear tales monumentos. Marchaba, no como cronista de la hora trágica que nos como mundo, sino como peregrino de la eterna belleza.

A la hora de partir, el pueblo de Montevideo, en un movimiento instintivo, se congregó en el puerto, convirtiéndose su despedida en un grandioso homenaje. Y, en primer término, la juventud toda, que a ningún momento dejó de considerarlo como un maestro, fué allí a comunicarle el aliento de su adhesión, como para ayudarlo a borrar de su alma la amargura que los rencores políticos habían dejado en ella.

En la ciudad raíz de su sangre

En mayo de 1917 nos encontrábamos nosotros en Barcelona. Allí coincidimos, en el peregrinar ilusionado y los sueños de arte, con el pjinor uruguayo Rafael Barradas. En Barcelona había estado Rodó —camino de Italia— en agosto del año anterior, de lo que él mismo dejó constancia en una de sus crónicas enviadas a "Caras y Caretas" y que nosotros alcanzámos a leer antes de salir de Buenos Aires. "Después de un rápido paso por la corte de un viaje en ferrocarril que me hace pensar, con envidia profética, en los que burlarán a los colores del futuro viajando en aeroplano. Llego una tórrida noche a Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad raíz de mi sangre y objeto siempre para mí de estimación y simpatía, que acrecentaban mi deseo de verla".

Con la ilusión de que caminamos sobre sus huellas, nos lo imaginamos andando por las calles de la ciudad, en el solitario deambular que le era grato. Frente a la

muestra de una casa de comercio que ostenta su apellido, pensamos: aquí fué donde él se detuvo y tal vez fué el dueño de esta casa quien le explicó, "concienciosamente y prolijamente, que, en buena prole de catalana, la primera vocal —de Rodó— no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participa de la o y de la u".

Y hallándonos en un café de la Rambla, en Peña de amigos, donde se discutían las últimas expresiones artísticas, y Rafael Barradas ilustraba el mármol de la mesa con extraños dibujos precursores del surrealismo, un periodista contortuoso nuestro trajo la noticia:

—Rodó ha muerto!

—¿Eh!

—Sí, acabo de ver el telegrama en la redacción: ha muerto en Palermo.

¿Era posible? Nada más lejos de nuestro pensamiento. Suponíamos al gran escritor pleno de salud, recorriendo las ciudades y los pueblos de Italia como suponíamos igualmente que aun tenía mucho camino por hacer. Y, de pronto...

—Como Florencio!... —exclamó Barradas, asociando inmediatamente su muerte a la del genial dramaturgo, ocurrida también en Italia siete años antes.

Pero el caso no era el mismo. Con Florencio Sánchez, enfermo, viajaba la muerte, que le acompañó hasta Milán, donde lo arrojó definitivamente en sus negros terciopelos. A José Enrique Rodó la muerte le salió al encuentro por sorpresa, cuando parecía haber entrado en la región de los mármoles y los bronces inmortales, entre el David de Miguel Ángel y el Perseo de Benvenuto Cellini.

Su cuerpo, como su espíritu, daban una impresión de fortaleza. Recorría Italia lleno de entusiasmo, poniendo sobre la desilusión de ayer la esperanza del mañana, y cuando se iniciaba un nuevo florecer de su espíritu, vivía el día siguiente, señalado en la historia del arte por haber escrito allí Wagner el último acto de *Parísifal*. El mal que lo aquejó el 30 de abril y que él pudo creer pasajero, lo abatiría al día siguiente para siempre.

Rafael Barradas, con ese formidable sentido plástico, que no estaba solamente en su lápiz, sino también en sus palabras, evocaba la figura de su insigne compatriota desaparecido, tal como él solía verlo en las calles de Montevideo; el mismo tiempo trazaba sobre el mármol de la mesa del café los rasgos esenciales de su fisonomía, con su extraordinaria visión sintética, que le llevaba a darnos en unas pocas líneas la expresión de un rostro, porque eran las líneas que descubrían el espíritu... En tanto, nosotros componíamos en aquella misma mesa, una oración lírica a su memoria, que al día siguiente publicaría un periódico barcelonés.

También el viaje a Europa de Rafael Barradas fué un viaje sin retorno. También él, años después, cerraría sus ojos para siempre a orillas del Mediterráneo, en aquella misma Barcelona donde un día nos sorprendió la noticia de la muerte del maestro —maestro de América—, que nos unió —él, uruguayo; yo, argentino— en una misma fraternal congoja. *

En el próximo número:

"RAFAEL BARRET, HUMANO Y NOVELESCO"

AGALLITA

Por J. CHRISTIE M.

No hay peligro



UNA LADRONA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

imposible! Con aquella cara no se podía cometer el feo pecado de hurtar. Cierta que las mujeres más peligrosas, según los novelistas, eran siempre las más hermosas. Verdad también que el pecado, según los que comulgan, se alberga en los cuerpos más endemoniadamente fascinantes... ¡Pero no! Aquella muchacha no podía robar un par de medias, aunque fueran de seda. Lo único que la rubia podía robar, lo único, "serían corazones". Y el escribiente, sin dejar de chupar el mango de la lapicera, sonrió ante esa frase romántica que habíale espontáneamente brotado en su soliloquio.

Mientras, la rubia continuaba llorando. Una hora después llegó un hombre, pobremente vestido, que dijo ser el padre de la muchacha. Esta, al verlo, duplicó sus sollozos... Ambos conversaron unos minutos, con el escribiente de testigo. Aseguró el autor de sus días que ella no había robado. El padre la creyó. ¿Quién, sino él, había de creerla? Y el buen hombre, todo apesadumbrado, se fué en busca de otro, con quien regresó a la media hora. Este último se entendió por teléfono con el mismo comisario de la sección y al rato se dió orden de poner en libertad a la detenida, ante el contento y el asombro de todos, especialmente del muchacho escribiente.

—¡Lo que son las influencias políticas!
—pensaba admirado.

Al otro día apareció en la comisaría, poco antes del oscurecer, el padre de la muchacha rubia acompañado de un agente. En la papeleta que recibió el escribiente constaba que aquel sujeto había entrado en la casa central de "Fun y Fun" y tomado a golpes de puño a Tal de Tales, inspector de la casa. Al declarar, dijo que, en efecto, él había entrado en la tienda especialmente dispuesto a romperle la cara al señor Tales, porque el señor Tales lo merecía... (El escribiente trasladaba al papel de oficio aquella declaración con íntimo regocijo.) Y merecía no solamente eso, sino un buen tiro en mitad de la frente, por canalla —continuaba declarando el detenido—. El Tal de Tales había cometido una mala acción. ¿Recuerdan ustedes lo de ayer? ¿Recuerdan a esa muchacha acusada de haber robado un par de medias? ¿Sí? Pues muy bien, esa muchacha era su hija...

—Yo estaba seguro de que esa hija mía no podía "ensuciarse" por un par de medias. Somos trabajadores, y cuando no hay para un par de medias de seda nos ponemos medias de algodón, sin sufrir nada por eso... La muchacha no podía robar. Yo lo sabía bien. Aunque no podía ser así, no podía ser. Bueno, ella no me quiso decir toda la verdad de lo sucedido, pero como buena hija se lo dijo a la madre, sí señor, y la madre me lo

dijo a mí esta mañana. Y la verdad es ésta: ese tipo perseguía a mi hija, le hizo proposiciones que ella no oyó y entonces él se dispuso a hacerla despedir de la casa. Como la muchacha no daba motivo para ello, inventó lo de las medias... ¡Ya ve usted! El mismo tiró al suelo las medias cuando pasó mi hija... Y después todo lo que ya se sabe. ¡Oh, se la merecía bien la trompeadura que le di! ¡Lastima que me lo quitaron pronto de delante! ¡Pero eso no importa!... Algún día le daré el ojo... *

Terminada la declaración, el detenido pasó a ocupar un calabozo.

Al retirarse el sub de la comisaría, el escribiente fué a ver al preso, y le dijo: —Diga, don... ¿Por qué no avisa a ese señor de ayer para que venga y lo saque? ¿Quiere que yo le haga avisar que usted está acá?...

El hombre agradeció la atención, pero se negó a molestar nuevamente a su influente vecino. Prefería esperar a que le trajeran de su casa los cincuenta pesos de la multa, pagaría y salir en libertad. —No cree que vale la pena tirar a la calle unos pesos, aunque nos hagan falta para otras cosas, con tal de darle una lección a un canalla como éste? ¡Y, bueno! Pagaré, con mucho gusto, y en cuanto tenga otros cincuenta pesos ahorrados, voy y le pago otra patada. Quiero que se acuerde bien de mi nombre... *

El escribiente regresó a su mesa y se entretuvo en chupar el extremo de su lapicera, todo emocionado, pensando, pensando en... *

ASESINOS EN GAZAM

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 18)

a su prima. El camarero aguardó órdenes, pero en vista de que no se le daba ninguna, se retiró.

—Vámonos de aquí, Bárbara.

—¿Por qué?

—No tienes miedo?

Bárbara enarcó las cejas y abrió tamaños ojos, asombrada.

—De qué?

—Vámonos.

—Imposible. Tengo una cita.

—¿A quién esperas?

—A Jorge Blandir.

—¿A Jorge Blandir?... —murmuró Helen; y en vista de la obstinación de su prima, le dió la espalda y se marchó.

Cuando llegó a su casa se quitó el vestido y los zapatos, y se colocó una bata, reemplazando a aquéllos por un cómodo par de pantuflas; en seguida sonó el timbre del teléfono, y acudió a atender. Oyó una voz desconocida:

—¿Miss Helen Windsow? Habla el inspector Faris. Acaba de ocurrir una desgracia en el recreo de "Las cincuenta Danaides". Su prima Bárbara...

Conternada, Helen volvió a vestirse para la calle y acudió presurosa al lugar donde poco antes había estado. En ese momento, una cantidad de curiosos, entre los cuales se contaban el dueño del hotel y el inspector Faris, rodeaban el foso. Allí abajo, unos policías rescataban el cadáver de Bárbara Windsow de entre los adoquines, la tabla y el pasamanos del puentecillo, que se había despenado junto con la desdichada joven. Helen, sobreponiéndose a su emoción, se dirigió hacia el pequeño grupo, compuesto por el hotelero, el inspector y el doctor Craig, médico forense, a quien no conocía. Llegó en el preciso instante en que éste exclamaba, sentencioso:

—Dios ciega al que quiere perder.

El inspector, con cierto fastidio, se volvió hacia el que había hablado.

—Si eso quiere decir que Bárbara Windsow cayó al foso por accidente, porque equivocó el camino, no estoy de acuerdo con usted, puesto que ella había pasado antes por aquí, y debía estar prevenida; pero si piensa que la misma reflexión que usted ha hecho sirvió para que el criminal trazara su plan, le diré que comparto su opinión.

—¿Y en qué consistió ese plan, inspector? —interrogó can dorosamente el médico.

—En desviar el puentecillo de su dirección normal, levantándolo por su extremo y colocando éste en el borde mismo de la excavación. Claro está que para cualquiera que marchase hacia la gloria, la trampa no valdría; pero sí para quien regresase de ella encandilado.

Los tres hombres saludaron a la recién llegada, a la que el inspector Faris sólo conoce de vista, y el forense dijo:

—Entonces para usted, inspector, la incógnita sólo reside en la identificación del asesino.

—Tampoco —reveló con aplomo el funcionario.

—¿Luego? —indagó Helen.

—He dado orden de que sea arrestado el camarero Yusuf.

En ese punto del diálogo el hotelero se excusó, aduciendo la necesidad de atender a sus quehaceres, y se alejó en dirección al edificio central del recreo. El doctor Craig lo siguió un instante con la mirada, y sin volver la cabeza declaró, como al desgaire:

—Yo hablé con Yusuf. El asegura que es inocente, y que no vió a nadie en la gloria, con excepción de la señorita Helen Windsow.

La nombrada aclaró de inmediato:

—En efecto; estuve con mi pobre prima hace apenas una hora, y traté de persuadirla para que me acompañara a casa. Se negó, y la dejé sola.

Suspiró profundamente y añadió con tristeza:

—Era una oveja descarriada.

El forense, como si estuviera solo, empezó a murmurar, repletiendo a veces sus propios términos:

—Descarriada... Descarriar es descaminar, apartar a uno del camino...

En ese instante se aproximó a ellos Jorge Blandir. Saludó con un "buenas noches caballeros" seguido por una leve reverencia, y dirigiéndose de inmediato a Helen, expresó:

—No lo creas, Helen, te lo repito... Yo no estaba citado con ella. Aunque no me lo hubieras prohibido por teléfono desde aquí, yo...

Se interrumpió al sorprender en el rostro de la muchacha un gesto sumamente severo, y trató de disculparse con una mirada rebosante de mansedumbre. A pesar de su rubor

casí romántico, y del detalle, romántico del todo, de la cita con la extinta, era Jorge Blandir un hombrecillo algo más que cincuentón; exageradamente atildado, su calvicie no brillaba menos que los cristales de sus anteojos; y lo cuantioso de su fortuna brillaba aún más, pues no era un misterio para nadie que Jorge Blandir disfrutaba de rentas que cualquier vecino de Gazam hubiese honradamente envidiado.

El inspector Faris reveló la intención de decir algo, pero el doctor Craig, adelantándose, le rogó:

—¿Me permite, inspector, que paseemos un trecho bajo los árboles miss Helen y yo? Usted explicará entretanto con el caballero Blandir.

Y sin aguardar respuesta invitó a la predadora a distanciarse con él del foso y de los curiosos. Un airecillo fresco y ligero circulaba entre los grandes árboles que estaban lo suficientemente separados entre sí como para no ocultar a los paseantes el espectáculo inestable del cielo estrellado. Ya alejados de todo testimonio humano, el médico rompió a hablar, y su voz trasuntaba una indefinible fatiga espiritual.

—Cada persona, miss Helen, suele tener expresiones propias, palabras preferidas, del mismo modo que se tiene gusto por determinado artículo de tocador, o por una particular filosofía; es decir, que llega uno a apropiarse de palabras a fuerza de familiarizarse con ellas.

Se interrumpió un instante, y agregó lentamente:

—Pero a veces sucede al revés: hay palabras que terminan por esclavizar al que las frecuenta.

Una luciérnaga trazó ante ellos un minúsculo refugio. El forense prosiguió:

—Al separarse usted de su prima, después de haberle hecho ella la revelación de que esperaba al hombre con quien usted piensa casarse, y un poco antes de que usted llamara a ese mismo hombre por teléfono, la expresión "oveja descarriada" asumió en su espíritu un sentido literal; y fue como una instigación despótica, una orden.../

Las pisadas de ambos sólo eran perceptibles por la presión que hacían sobre la hojarasca dispersa; y ya parecían a punto de detenerse, cuando el doctor Craig, bajando aún más la voz, pero elevando sus ojos al cielo, dijo gravemente:

—Miss Helen... ¿Sabe usted por qué no caen las estrellas? Porque están más allá de Júpiter. Nuestra soberbia nos induce a contrariar las leyes de la gravedad... y lo cierto, es que no podemos contrariarlas, porque los mortales pertenecemos a la tierra.

Dich esto, y tomando de pronto por un atajo el médico desapareció. Un minuto después, mientras el inspector Faris y Jorge Blandir hablaban al mismo tiempo, callando de pronto, pues vieron que se acercaba a ellos Helen, sola, y oyeron de su boca estas palabras:

—Yo maté a Bárbara Windosw.

La noche siguiente, cerca del amanecer, cuando aun continuaba detenida Helen Windosw, el inspector Faris recibió un llamado telefónico. Uno de sus guardias le daba cuenta de que durante su paseo reglamentario había hallado en medio de la calle el cadáver de Jorge Blair. El cuerpo, todo magullado, estaba ubicado exactamente bajo la ventana con voladizo co-

respondiente al cuarto del hotel que la víctima ocupara. ¿Asesinato? No cabía duda. Un somero examen del lugar permitía establecer que Jorge Blair, hostigado por el intenso calor, salió en babuchas al balcón a tomar el fresco, y en tal ocasión alguien lo empujó con violencia, obligándolo a despeñarse por encima del antepecho; en consecuencia, resultado de peñaje policial, muerte por defenestración.

Un par de horas después el inspector Faris fue a visitar al doctor Craig. Guñó irónicamente un ojo y le dijo:

—Supongo que sabe lo de Blandir. Comprendo que la noticia lo mortifique. Cuando lo vi apartarse con Helen Windosw, me encontré en el recto. Imagino que su sermón iba a dar un resultado falso. Usted sospechó de Helen, y le soló algún discurso de tono confesional. Cuando ella regresó, se declaró culpable.

—¿Y acaso...?

—No. El asesinato de esta madrugada y el del doctor Blair han sido cometidos por la misma persona. Hay una modalidad que los relaciona: el despenamiento; y mucho me temo que se produzcan otros, si es que no logramos conjurar el móvil.

—¿Y a qué atribuye usted la autoacusación de Helen?

—Es muy simple. Todos sabemos que es una puritana casi maníaca; dado que, en efecto, ella debió desear en algún momento la muerte de su pecadora prima, las palabras de reproche de usted originaron en ella lo que yo llamaría una "necesidad de penitencia". Fue esa especie de crisis expiatoria lo que la indujo a declararse culpable.

—¿Y la rivalidad de ambas mujeres ante Jorge Blandir?

—Precisamente el lapso transcurrido entre el momento en que Helen dejó sola a su prima y aquel en que llamó por teléfono a Blandir para prohibirle que acudiera al recreo, fue lo que me hizo sospechar a Helen; pero Yusuf declaró haberla visto cuando ésta regresaba de la gloria, y atestigua que no se detuvo ni un solo instante al cruzar el puentecillo. Como usted verá, no es declaración que favorezca a Yusuf; de modo que si éste la hace, a pesar de todo, nadie puede dudar de que dice la verdad.

—Detuvo usted a Yusuf?— indagó el doctor Craig.

—Naturalmente— asintió sonriente el inspector.

El médico forense lo miró con curiosidad; las palabras de su interlocutor llegaban revestidas de un tono desafiante. El doctor pareció dispuesto a hacer otra pregunta, pero volvió a bajar la cabeza, permaneciendo caviloso; luego, como si pasara a otro orden de cosas, dijo lentamente:

—Si una persona se desbarranca, o se despeña, si se precipita, en fin, de una altura cualquiera, para la mente lógica la causa debió ser un traspaso del propio sujeto, o el empujón de otra persona, o un agente físico... o meteorológico, si usted quiere; es decir, una ráfaga de viento, un rayo...

—O un aerolito— agregó irónicamente el inspector Faris.

—Exacto. Y, sin embargo, querido amigo, la causa pudo obrar a la inversa. O sea, de abajo hacia arriba, atrayendo a su objeto en lugar de repelerlo.

—¿Por ejemplo?

El doctor Craig no contestó inmediatamente; más aun, se desentendió de la pregunta del inspector. Puesto de pie, dijo:

—¿Me invita usted a su casa? Sé que se desayuna tarde. Allí hablaremos.

El inspector Faris accedió, y ambos echaron a andar. Por el camino (la casa del inspector no distaba más de cinco cuadras de la del médico) éste expresó:

—Recuerdo ahora que usted vivió muchos años en Sudamérica; en la Argentina, para ser precisos.

—Es verdad.

—Yo nunca llegué tan lejos. Conozco las pampas a través de los libros de Guillermo Hudson. Un escritor admirable, ¿verdad? Se fascinó lo que describe. A propósito, supongo que usted guardará algún recuerdo interesante de su estada en aquellas hermosas regiones...

No se equivocaba. Una vez en la casa del inspector Faris, tuvo ocasión el doctor Craig de admirar un pequeño museo en el cual se guardaban curiosas muestras de la indumentaria y arreos tradicionales en sus márgenes del Plata. Después de un rato de charla amable, el médico forense se despidió del inspector. Echó a andar por el pueblo, haciendo averiguaciones acerca de las amistades de la extinta Bárbara Windosw, sus reuniones, su correspondencia privada; y de regreso en su casa, después de largas y silenciosas meditaciones que duraron hasta ya entrada la noche, se sentó a su mesa de trabajo y, dirigida al prefecto de Gazam, redactó la siguiente carta:

"Mi distinguido amigo: como ya lo he cice alguna que otra vez en mi función de dilettante detectivesco, me complace en participarle un descubrimiento. Su subordinado, el inspector Faris, debió tener muy buenos motivos, en su carácter de aspirante rechazado por la extinta Bárbara Windosw (¿quién no aspiró, por lo demás, a los favores de la bella Bárbara?) para desear su muerte... y también la de Jorge Blandir; al enterarse de que éste resultaba ser el preferido, y que iba a casarse con ella. Desgraciadamente, el inspector Faris es un hombre arbitrario y prepotente, habituado a salirse con la suya. La noche del asesinato de Bárbara, el inspector, que aprendió en sus mocedades a manejar con mucha deslealtad el lazo, se encontraba en el fondo de la excavación, la misma donde fue hallado el cadáver; simplemente enlazó a la infortunada joven desde abajo, al pasar ésta sobre el puentecillo. Luego fácil le resultó utilizar de nuevo el lazo para salir del foso y escabullirse hasta el momento de la alarma. La misma operación efectuó con Jorge Blandir, al sacarlo del balcón al que se asomara el hombrecillo en mala hora para tomar el fresco. ¿Pruebas? Por ahora, conforméme usted con un hermoso lazo de trenzado oscuro que hallaré en la vitrina de la casa del inspector Faris, y que tiene señales de haber sido usado muy recientemente. Además, nuestro hombre, seguro de su impunidad, no trató de probar su coartada. Como usted sabe, vive solo; y no hay quien sepa dónde estuvo realmente durante las horas en que se cometieron los crímenes. Suyo, Craig."

El médico dobló el papel, lo introdujo en un sobre, cerró la misiva y llamó al recadero. Se la entregó indicándole el destinatario, y se metió en la cama. ♦



OCHO SIGLOS DE LLANTO Y DE...

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 19)

deles o con las manos; el fantoche, la marioneta, que hizo y que hace aún hoy la felicidad de grandes y de pequeños. El siglo XVIII vio nacer a Guignol, el más popular de los títeres y que acabó por dar su nombre al teatro de muñecos.

Avancemos en el tiempo. Dejemos atrás la intensa piedad y el ascendero fervor religioso de la Edad Media. Corneille, Racine y Molière nos detienen en el camino. Ya el teatro se ha convertido en un espectáculo necesario para el público, y otro género artístico aparte, con sus reglas y sus exigencias. El artista es el llamado del público; ser "cómic" constituye una profesión riesgosa, vista con prevención por las gentes "honradas"; pero es una profesión admirada y buscada. Aparecen las primeras salas de espectáculos. Todos acuden a ellas en procura de mágicos sucesos que duran pocas horas los aparten de la vulgaridad, de las preocupaciones de la vida.

Corneille crea el Cid. Se exalta en su teatro la nobleza y el deber con brillantez de estilo y de gestos. Todo en la escena corneilliana adquiere tonalidades heroicas y elevadas.

Al mismo tiempo Molière se burla de

la coqueta, del avaro y del pedante; se ríe, solapadamente, con la camarera y con el burón y el pícaro. Sátira y gracia inimitables, unidas a un extraordinario sentido de la naturalidad, hacen de Molière el maestro de la comedia y uno de los mayores creadores de tipos humanos.

Racine, en cambio, es la voz mesurada, clásica y armoniosa. Poeta inimitable de la pasión y del dolor que se disputan el corazón del hombre, no pierde nunca, sin embargo, el equilibrio de las formas, y su verso se alza majestuosamente, llenando de cálidas resonancias la escena francesa.

Pero a esa época de cordura y de vigilante razón sucede el viento impetuoso del romanticismo. Es Victor Hugo, con su Hernani, el que se va a encargar de dar la batalla por el triunfo de las nuevas y revolucionarias ideas. Se estrena la obra en medio del estrépito y del escándalo. Gritos y silbidos que nos recuerdan, una vez más, que es en Francia donde siempre se debaten y se definen las fuerzas creadoras del espíritu, y luego llega el delicado y leve murmuro de Musset, la bondadosa sonrisa de Labiche con su Monsieur Perrichon, la tisis doliente de la Margarita, de Alejandro Dumas, hijo, que estremecía y estremece aún los delicados corazones adolescentes.

No podemos olvidar asimismo a las gran-

des intérpretes. La ilustre y magnífica figura de Sarah Bernhardt, con su voz "oro", que despertaba extraños ecos las salas colmadas de un público atraído por el extraordinario arte de la genial actriz. Con otro estilo triunfaba la genial y hermosa de la mimada E. Lavallière, que en el auge y esplendor de su arte supo alejarse, humildemente, hacia el claustro, donde, con dulce nombre de "soeur Eva", iba a representar su mejor "papel".

El teatro de hoy

El teatro moderno y contemporáneo hace audaz en las conquistas. La escenografía cambia totalmente y pasa de lo verosímil a lo exagerado a la breve ilusión que prestan unos cortinas. Aparece el instantáneo teatro de Lenormand, el ingeniosísimo y poético de Jean Giraudoux, la traviesa escenificada de un Jean Cocteau y la indiscutida grandeza de Paul Claudel.

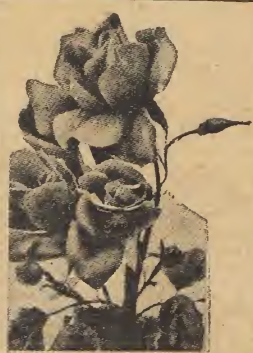
Pero el teatro siempre es el mismo o el fondo. El pueblo, el buen pueblo francés, se agita, goza, ríe y llora ante la escena como lo hiciera otrora ante el atrio de las catedrales o junto al tablado de aliterito. ♦

Aquí le contestamos

PERGUNTÓN, Capital. — Dicho autor falleció en Inglaterra, en el año 1856, en la mayor pobreza.

FOTOGRAFO, Mor del Plata. — Se consigue sensibilizar las placas para los colores verde y amarillo, mediante el siguiente baño: agua, 200 grs.; amoníaco, 5 grs.; solución de eritrosina al 1%, 3 grs. Se dejan las placas en este baño durante 2 ó 3 minutos y luego se escurren en la obscuridad.

ENRIQUE, Z. — 1º Para cobrear el hierro, se introducen los objetos de este metal, bien limpios, en una mezcla de 3 volúmenes de agua y 1 volumen de ácido clorhídrico, a la que se le ha agregado un poco de sulfato de cobre. Al cabo de algún tiempo, cuya medida exacta da la práctica, se añade poco a poco una solución concentrada de sulfato ferroso, repitiendo las adiciones hasta que la capa de cobre depositada sobre el hierro sea bastante fuerte. Entonces se sumergen los objetos cobreados en una lejía de soda cáustica y se lavan. Finalmente pueden frotarse con el pulidor, con un poco de creta. 2º La siguiente fórmula sirve para preparar una buena crema para el calzado negro: cera car-



A. GARGIULO (Corrientes). — Puede usted combatir los pulmones que comen sus rosales, aplicando a los mismos pulverizaciones. Se preparan de la siguiente manera: agua, un litro; jabón blando, 50 gramos; nicotina, 2 gramos... Esto le dará buenos resultados.

nauba, 15 partes; aceite de palma, 15 partes; esencia de trementina, 10 partes.

L. ALBERTTE, Tucumán. — Lamentamos no poder aceptar su colaboración, por cuanto actualmente "LEOPLAN" no publica obras en verso.

JUAN. — El Jorobado de Notre Dame, de Victor Hugo, fue publicado en el número 7º "LEOPLAN". Procuraremos complacerle, a medida que lo permita nuestro plan de publicaciones.

ETIENNE ACOSTA. — Por el momento, y debido al exceso de originales, hemos resuelto no aceptar colaboraciones espontáneas.

UN GRUPO DE LECTORES DE "LEOPLAN". — Hemos tomado nota de su pedido, y trataremos de complacer tan pronto como las circunstancias lo permitan.

LECTOR DE "LEOPLAN". — Para preparar blanquear paredes, de la tonalidad deseada, se le agrega a la cal, después de apagada y decantada el líquido, una cantidad de ocre. Dicha cantidad depende de más o menos intenso que desee dársele. TAREA. — Si desea usted editar su propia presupuesto a una editorial, indicarnos exactamente el número de páginas.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN "LEOPLAN"

Annual..... \$ 14.—
Semestral..... 7.20
Estos precios rigen para todo el país, América y España.